



**GERTRUDIS GÓMEZ DE
AVELLANEDA**

Novelas y leyendas

Recopilación de las siguientes novelas y leyendas:

Velada del helecho o el donativo del diablo (Madrid, 1852)

Leyenda fundada sobre una tradición suiza

La bella toda y los doce jabalíes

Dos tradiciones de la plaza del mercado de Bilbao

La montaña maldita

Tradicción Suiza

La flor del ángel (La Habana, 1857)

Tradicción vascongada

La ondina del lago azul

Recuerdo de mi última excursión por los pirineos

La dama de Amboto

Tradicción vasca

Una anécdota de la vida de cortés (Madrid, 1846)

El aura blanca

Suceso extraño ocurrido en nuestros días

El cacique de turmequé

Leyenda americana

La baronesa de Joux (La Habana, 1844)

Leyenda fundada en una tradición francesa



Gertrudis Gómez de Avellaneda

Novelas y leyendas

ePub (edición 1.0)

victus7 27.08.18

Título original: *Novelas y leyendas*
Gertrudis Gómez de Avellaneda, 1871
Género: Novela & Relatos
Editor digital: victus7



VELADA DEL HELECHO O EL DONATIVO DEL DIABLO

LEYENDA FUNDADA SOBRE UNA TRADICIÓN SUIZA^{[\[1\]](#)}

I

Al tomar la pluma para escribir esta sencilla leyenda de los pasados tiempos, no se me oculta la imposibilidad en que me hallo de conservarle toda la magia de su simplicidad, y de prestarle aquel vivo interés con que sería indudablemente acogida por los benévolos lectores (a quienes la dedico), si en vez de presentársela con las comunes formas de la novela, pudiera hacerles su relación verbal junto al fuego de la chimenea, en una fría y prolongada noche de diciembre; pero, más que todo, si me fuera dado trasportarlos de un golpe al país en que se verificaron los hechos que voy a referirles, y apropiarme el tono, el gesto y las inflexiones de voz con que deben ser realizados en boca de los rústicos habitantes de aquellas montañas. No me arredraré, sin embargo, en vista de mis desventajas, y la tradición —cuyo nombre sirve de encabezamiento a estas líneas— saldrá de mi pluma tal cual llegó a mis oídos en los acentos de un joven viajero, que— tocándome muy de cerca por los vínculos de la sangre — me perdonará sin duda el confiársela a la negra prensa, desnuda del encanto con que la revestía su palabra^[2].

Era la víspera del día en que solemniza la Iglesia la fausta natividad del Precursor del Mesías. El sol iba a ocultarse detrás de las majestuosas cimas del *Moleson* y del *Jornman*, magníficas ramificaciones de los Alpes en la parte occidental de la Suiza, y la pequeña y pintoresca villa de *Neirivue* —situada a alguna distancia de las orillas del río *Sarine*, en el cantón de Friburgo— presentaba aquella tarde el espectáculo de un movimiento inusitado entre sus pacíficos moradores. La causa, sin embargo, no era otra que el estar convidados una parte de ellos —que en la época de nuestra historia no llegaban a 300— a pasar la velada en la casa del rico ganadero Juan Bautista Keller, poseedor del más grande y hermoso *chalet* de cuantos se conocían en Neirivue, y en el cual celebraba todos los años, en compañía de sus amigos, la noche que antecede a la festividad de su santo.

Los viejos del país, que podían atestiguar la antigüedad que tenía en él la costumbre de solemnizar la mencionada noche con alegres veladas, acudían gozosos a tomar parte en la fiesta del espléndido Keller, quien en tales circunstancias ponía a disposición de sus convidados los más exquisitos productos de su quesera, y los mejores vinos de Berna y de Friburgo. Los mozos, por su parte, no desperdiciaban la ocasión de solazarse un poco, descansando de las fatigas de sus diarias faenas; animado además cada uno de ellos con la lisonjera esperanza de bailar con Ida Keller, que no era solamente una de las más ricas herederas del lugar, sino también la más apuesta y gentil doncella de cuantas pudieran encontrarse en muchas leguas a la redonda. A pesar de esto, se mostraba tan modesta y tan afable la hija de Juan Bautista, que la querían de todo corazón sus compañeras, y andaban también muy solícitas para ir a felicitarla el día de su padre, luciendo con tan plausible motivo las galas de los domingos.

Se veían, pues, circular por las calles de la humilde población — dirigiéndose de todas partes al chalet de Keller bulliciosos pelotones de zagalas y pastores, entonando a coros aquellos cantos particulares de su país, cuyo mágico poder sería probablemente nulo para los oídos del extranjero, si no conociese de antemano ser tan grande el que ejerce sobre los naturales, que— según nos ha hecho saber el elocuente autor de *La Nueva Eloísa* —hubo que prohibir bajo pena de muerte que se tocasen aquellas melodías, llamadas *Ranz de las vacas*, entre los soldados suizos; pues era tal la impresión que les hacían, que desertaban para volver a su patria o sucumbían a la terrible enfermedad de la nostalgia.

El siempre limpio chalet del opulento ganadero ostentaba aquella tarde señales del extraordinario esmero con que procuraba la bella Ida hacerlo más agradable y digno de los regocijos de que iba a ser teatro. Hallábase construido aisladamente a las orillas de un arroyuelo formado por parte de las aguas del torrente de *Hongryn*, que — después de perderse entre las villas de Allieres y Montvobon— vuelve a aparecer cerca de la de Neirivue, cuyo nombre toma, andando para ello cerca de legua y media por un canal subterráneo.

Lo exterior de aquel sencillo edificio de madera no ofrecía nada de notable; más cuando se traspasaban sus humildes dinteles, echábase de ver que no carecía en él su dueño de ciertas comodidades poco comunes en los *chalets*; los cuales no consisten, generalmente, sino en cuatro extensas paredes de madera formando

una cuadra, con techo de tablas sobrecargado de piedras, para servir de abrigo en el mal tiempo a los ganaderos y a sus reses, que se aposentan juntos en maravillosa armonía.

Se distinguía el de Keller tanto por la mayor solidez de su construcción como por su capacidad y buen arreglo. Constaba, como los otros, de un solo piso bajo, pero suficiente para prestar alojamiento a los varios pastores que empleaba el dueño en la guarda de su numeroso ganado; teniendo además otro departamento reservado para él, y que será el único de que hablaremos, por estar destinado a servir de punto de reunión a los convidados para la velada de San Juan. Se componía, pues, dicha parte de la casa, de dos salas cuadrilongas, de las cuales una estaba señalada —el día a que nos referimos— para la recepción de los convidados, y la otra para las mesas en que debían disfrutar más tarde la agradable refacción que se les preparaba. Ornaban las paredes de la primera varias cornamentas de gamuza, que indicaban no ser Keller menos buen cazador que ganadero; confirmando la verdad de dichas señales, grandes cuchillos de monte confundidos entre aquéllas, y las escopetas que — en unión con gruesos garrotes de agudas y férreas puntas, indispensables a los que transitan por los Alpes— se veían hacinadas debajo de las altas rinconeras en los cuatro ángulos de la sala. Dos largos bancos de pino, pintados de verde; una monstruosa mesa de encina; y algunas sillas de haya —agrupadas cerca del hogar— completaban el mueblaje; que tenía por exuberancia la añadidura de cuatro figuras de aliso hábilmente labrado, representando a la Santa Virgen, al bienaventurado San Juan Bautista, al glorioso apóstol San Pedro y al bendito San Nicolás, objeto de especial devoción entre los friburgueses. Se ostentaban las mencionadas efigies sobre las rinconeras de encina, entre jarrones de flores, agrupadas con tal arte y variedad de colores, que demostraban haber andado en ellas la delicada mano de Ida Keller.

A pesar de la buena disposición de su chalet, el ganadero era bastante rico para no vivir en él, y había hecho construir en el centro de la villa una linda casa de dos pisos, en la que se daba la importancia de un señor feudal; si bien conservándole siempre a su chalet el exclusivo privilegio de servir de teatro a las campesinas fiestas de la víspera de su Santo.

La tarde aparecía serena, y el sol se aproximaba a su ocaso, dejando coronadas las montañas con brillantes aureolas de sus últimos rayos, cuando los

convidados de Keller comenzaron a llegar al chalet, que al punto fue iluminado con numerosas hachas de viento, sembradas en las márgenes del arroyo, y por grandes faroles que se encendieron en el interior de la casa. Juan Bautista, con aire de hospitalidad verdaderamente patriarcal, salió al encuentro de sus huéspedes; mientras que su graciosa hija —puesta de pie en el umbral— tendía por todos los grupos que se acercaban anhelantes miradas, como procurando distinguir algún objeto, que sin duda no logró encontrar, pues —exhalando un suspiro— se adelantó a recibir a sus alegres compañeras, con una sonrisa que tenía algo de forzada y melancólica.

En breve fue tan numerosa la concurrencia, que hallándose apretados en la pequeña sala del chalet, y viendo la serenidad del tiempo, corrieron los jóvenes de ambos sexos a esparcirse y a bailar a las orillas del arroyo, en tanto que las personas de madura edad tomaban posesión, en fuerza del hábito, de las inmediaciones del apagado hogar.

A los sonidos del tamboril y la zampoña, que tocaban dos pastores, la bulliciosa tropa juvenil comenzó a bailar con creciente vigor; pero Ida continuaba distraída y displicente, negándose a tomar parte en la danza, por más que la invitasen a porfía los mejores mozos de la villa. Sin embargo, quien la observase atentamente hubiera notado, poco después, iluminarse de súbito su mirada con inefable expresión, y prestar nueva gracia a su fisonomía cierta sonrisa de triunfo, en el instante en que vino a interrumpir momentáneamente el baile la presencia de un nuevo personaje.

Era este un joven como de 22 a 23 años, delgado, esbelto, de estructura nerviosa, con hermosos ojos azules y rizados cabellos oscuros, tez fina y pálida, y manos cuya blancura indicaba un hombre no dedicado a los trabajos del campo.

—¡Arnoldo Kessman! ¡Arnoldo Kessman! Exclamaron al verle los circunstantes. — ¡Que baile con Ida! Dijeron las doncellas.— Sí, que baile con Ida, repitieron, aunque de mala gana, los mancebos.

El recién llegado obedeció, presentando su diestra a la hermosa hija de Keller, que no se negó esta vez a tomar parte en la danza; no, empero, sin decir antes a su pareja con tono de reconvención amorosa: —Sois el último que habéis venido, Kessman.

—Ya sabéis que me hallo verdaderamente esclavo —respondió el joven al conducirla;— os he dicho cien veces que estoy sujeto al hombre más adusto o

intratable de Helvecia.

—Salid, pues, de su casa; dejad a ese rudo conde de Montsalvens, repuso la doncella. ¿Os parece justo que no podamos vernos sino cuando su capricho lo permite?

El mancebo suspiró, pero no contestó palabra, porque la danza comenzaba. Mientras ella dura, quiero dar algunas noticias a mis amables lectores del individuo cuya presencia ha disipado los enojos de la linda Keller, y del otro que parece haber sido causa de la tardanza que les diera origen.

No era ciertamente la época de nuestra historia de las más prósperas para el feudalismo, en la antigua Helvecia sobre todo; pero hay que advertir que el lugar que tenemos por especial teatro, es el que conservó por más tiempo el sello de aquel sistema.

Corrían los primeros años del siglo XV, y no se contaba todavía Friburgo entre los cantones emancipados, cuya confederación consolidaron las victorias de Grandson y de Morat, obtenidas a mediados del mismo siglo. No se preveía entonces aquella próxima ruina del poder de Borgoña, ni menos se contaba con los repetidos desastres que habían de forzar —poco después— al emperador de Alemania a renunciar sus derechos y a celebrar la paz con la Suiza. Los friburgueses, constantemente agradecidos a los privilegios que les concediera Rodolfo de Habsburgo por los años 1274, se mantenían fieles y adictos, no obstante el contagio de tan opuestos y victoriosos ejemplos, hasta que en 1450 la misma Austria tuvo a bien eximirle de sus juramentos.

Así, pues, aunque el feudalismo hubiese comenzado a decaer en Helvecia desde el siglo XIII; aunque las cruzadas —disminuyendo las familias privilegiadas— favorecieran el desarrollo de las ciudades; y que la triunfante insurrección de Uri, Schwytz y Untenvalden, hubiese dado golpe mortal a la nobleza, ligada con el Austria en contra de ellos; ni esto ni los nuevos levantamientos que se sucedían rápidamente, siempre coronados con el triunfo, habían podido destruir el prestigio de las casas aristocráticas en el cantón de Friburgo. El feudalismo, pues, aunque amenazado por todas partes, y en muchas completamente hundido, declinaba con gran lentitud en aquel lugar, hallando tenaces simpatías —que en vano hubiera buscado en ningún otro de la antigua Helvecia— cuyo nombre se había cambiado por el de Suiza desde el sangriento bautismo de Morgarten.

Entre los grandes señores que tenían sus dominios en Friburgo, uno de los

más poderosos, después de los condes de la Gruyére, era el de Montsalvens, al cual servía en clase de paje el joven Arnoldo Kessman, quien —como ya han comprendido sin duda nuestros perspicaces lectores— gozaba la dicha de ser adorador preferido de la bella Ida Keller. Según conjeturaban las gentes de Neirivue, pertenecía aquel paje a alguna noble familia, pero debió quedar huérfano desde los primeros días de su vida, y con nada —al parecer— había contado ni podía contar en el mundo, sino con el amparo de su señor; a quien la voz pública no aclamaba, sin embargo, hombre compasivo y generoso.

Enterados los lectores de las antedichas circunstancias, tornaríamos a buscar los pastores y las zagalas, que están dando fin a su prolongada danza.

—¡Arnoldo! Decía un robusto mocetón, que veía con envidia las preferencias que aquél alcanzaba de la hija de Juan Bautista, y que deseaba probar la superioridad de su propio mérito, graduado por él según la extensión de las fuerzas corporales. ¡Arnoldo! ¿queréis luchar conmigo? El que derribe a su contrario tendrá derecho de estar toda la velada cerca de Ida Keller.

—Forma un talle como el mío cada uno de vuestros brazos, Gester, respondió el provocado; pero no importa, lucharé con vos si lo permiten estas beldades.

—No por cierto, dijo Ida, asiéndose de uno de los brazos de su amante. Mirad, amigos; el cielo se va oscureciendo y viene de las montañas un viento desagradable. Os ruego volvamos al chalet, donde ya debe estar preparada la frugal colación en que tenéis la bondad de querer acompañarnos.

—Dice bien Ida, observó otra de las doncellas; ¡estaba tan hermoso el tiempo hace un momento! Kessman, —Añadió riéndose,— habéis traído con vos la tempestad.

—La llevo siempre en el corazón, dijo Kessman en voz baja a su linda compañera; y continuó con ella en animada conversación dirigiéndose al chalet, y siguiéndolos en tropel toda aquella gente turbulenta, que inundó como un torrente el hasta entonces pacífico recinto en que platicaban las personas machuchas.

Habían discutido sin alterarse sobre los precios de los cereales en aquel año; graduado la exportación de quesos que tuviera Friburgo; y aun entraban ya en la enumeración de las arbitrariedades y rapiñas del gobernador austríaco (a quien cordialmente detestaban, a pesar de obedecerle sumisos), cuando se vieron de

pronto interrumpidas por la bulliciosa tropa que invadió sus dominios y desterró de ellos para siempre toda esperanza de calma. En balde los más ancianos, — que son por lo común los más tenaces,— intentaron repetidas veces reanudar el roto hilo de sus graves discursos; imposible fue entenderse en medio de la algazara de la joven cuadrilla, que intentaba continuar en la sala el baile comenzado en el campo. Para acallar a unos y disipar el enojo de otros, Juan Bautista creyó lo más prudente anunciar en alta voz que iban a dar las nueve, y que le parecía conveniente pasar a la otra sala, donde la refacción los esperaba.

Nadie oyó con disgusto tan halagüeña noticia, y en un instante se vio sitiada por todos lados la ancha y larga mesa, colocada en medio del cuadrilongo que formaba el nuevo recinto, y que —cubierta por blanco mantel— ostentaba ricos quesos del país y exquisitas mantecas, alternando con promontorios de sazónadas y diversas frutas, y flanqueadas por anchas ánforas llenas de vino, y por cestillos atestados de tortas de cebada y panecillos de trigo.

Durante algunos minutos preocupó tanto a los convidados la presencia de aquellos apetitosos objetos —cuyo goce no limitaban solo al sentido de la vista — que reinó gran silencio en toda la compañía y pudo oírse el ruido del viento, arreciando por instantes, y no permitiendo duda de que el inconstante cielo de la Suiza había hecho suceder la tempestad a la deliciosa calma con que comenzó la noche.

Sin embargo, la gente desvelada no parecía inquietarse por aquel cambio repentino, a que están habituados los moradores del país, y como la estación alejaba temores de una *avalanche*^[3], ni los silbidos del viento, ni los sordos y dilatados truenos —que devolvían las montañas— interrumpieron las inequívocas señales con que daban a entender a Juan Bautista que encontraban deliciosa la colación prevenida.

Dos personas únicamente hacían poco honor a los incitantes manjares: eran Ida y Arnoldo, quienes —aprovechándose de la general distracción— continuaban charlando en los términos, siguientes:...

II

... —Vuestro señor me parece un mal hombre, —decía, haciendo graciosos mohines, la hija de Juan Bautista. —No lo he visto sino una vez, que andaba de cacería con otros propietarios de los alrededores; pero os confieso, Arnoldo, que me hizo muy desagradable impresión su figura alta, flaca y acartonada, con aquellos ojillos grises y hundidos bajo la ancha y protuberante línea de sus cejas encrespadas. Apostaría cualquier cosa a que jamás se ve asomar la risa a los labios del tal magnate, y a que apenas conocen su voz las gentes de sus dominios. Pues no; los condes de la Gruyère, con ser tan grandes y poderosos, no tienen el orgullo de vuestro áspero Montsalvens, y no digo nada del joven barón de Charmey, que es la llaneza misma. ¿Conocéis al bailón de Charmey, querido Arnoldo?

—Su castillo no está distante del de Montsalvens, Ida, pero no recuerdo haber visto nunca al sujeto a quien celebráis. Creo que viene rara vez a sus posesiones.

—¿Sus posesiones? No son muy vastas por cierto.

Aunque dice mi padre que ha sido opulenta aquella ilustre casa, y que aun debía serlo hoy día, por una herencia a la que le asistía incuestionable derecho. En todo el país se murmura de vuestro señor, porque se ha apropiado dominios pingües, que le corresponden al barón.

—Esas son, sin duda, habladurías, pues bien debéis conocer que no se dejaría despojar tan tranquilamente el señor de Charmey si tuviera en realidad los derechos que le supone el vulgo. He oído decir que cuando el conde tomó posesión de los señoríos a que habéis aludido, y que son, por cierto, de los mejores de Helvecia, intentó disputárselos el barón; pero pronto debió convencerse de la injusticia de sus pretensiones, toda vez que se apartó de ellas y no ha vuelto a pensar en renovarlas.

—Es verdad, Kessman, muchas veces se ha admirado mi padre de esa

conducta del señor de Charmey, que él llama incomprensible; porque nadie le podrá persuadir que, no tiene derechos preferentes a los dominios en cuestión. Pero ya veis: el barón es joven y un poco mala cabeza, según dicen; así se cuida poco de sus intereses y, sólo piensa en divertirse. Os aseguro que me alegraría mucho de verle mostrar más prudencia, porque es tan amable, tan franco! Habla con los villanos como si fuesen sus iguales, y todos lo quieren como a las niñas de sus ojos. ¡Mi padre, sobre todo, le tiene una ley!... ..es verdad que la merece, pues los Kellers siempre han sido muy favorecidos por los señores de Charmey. Mi difunta madre fue hija de un montero del viejo barón (que Dios haya perdonado), y el dicho montero mi abuelo (que también descansa en paz), tuvo una vez la dicha de salvar la vida a la señora baronesa Eleonora, que dicen era la más hermosa dama de su tiempo. Os contaré, si queréis, la ocasión y el modo de prestar mi abuelo tan importante servicio a la casa de su amo.

—Dejadlo para otro momento, mi querida Ida. ¡Alcanzo tan raras veces la felicidad de poder hablaros! Decidme solamente si habéis pensado en mí algunos minutos, durante tantos días que hemos pasado sin vernos.

—¡Y qué! ¿Necesitáis preguntar eso, ingrato? Exclamó la joven, dándole un golpecito sobre las manos con el ramillete que tenía en las suyas.

—No; sé que me amáis; pero ¡oh Ida! Temo que no haya esperanzas para nosotros, que nunca, nunca he de poder llamaros mía. Este pensamiento ha de volverme loco.

—Dios protege los sentimientos puros, —repuso ella; ¿por qué no hemos de confiar en su bondad infinita?

—Soy pobre, lo seré siempre, y vuestro padre (perdonadme el decirlo), vuestro padre es codicioso. Jamás dará su hija a un hombre que nada posee, ni espera poseer.

—Pero sois noble, Kessman, y cómo mi buen padre es también algo vano... ¿Noble? ¡Decís que soy noble! ¿sé yo por ventura lo que soy? No he conocido nunca a mis padres; desde muy niño me hallé recogido como por caridad en casa de Montsalvens. No existe nadie por estas cercanías que tenga el apellido que a mí me dan, y que ignoro a qué familia pertenece. ¡El conde es tan taciturno! Por más que me he aventurado en diversas ocasiones a hacerle preguntas sobre mi nacimiento, sólo he podido entrever que soy huérfano, y que mis padres, aunque muy desgraciados, no eran personas oscuras. Esto me ha indicado el conde; esto creen —sin darse cuenta de los fundamentos de su creencia— las personas del

lugar; pero ni yo mismo puedo estar seguro de que sea cierto, y aun siéndolo, no es mi suerte, querida niña, muy envidiable por ello.

—Sabed, Kessman, que no falta quien sospeche podáis ser hijo natural del mismo Montsalvens, y como no los tiene legítimos, bien pudiera suceder.

—Pero no, no quiero aceptar la suposición de que tengáis por padre a ese antipático personaje. Vos, tan hermoso y tan bueno, ¿habríais de proceder de un hombre tan feo y tan egoísta?

Se sonrió el paje y respondió:

—Sois muy lisonjera conmigo y muy severa con mi protector; pero pienso, como vos, que carece de toda verosimilitud la suposición a que os habéis referido. Sí, el conde de Montsalvens no es mi padre. Más hablemos del vuestro, Ida. ¿Tenéis alguna esperanza de que pueda ablandarse en favor nuestro?

—Confieso que lo conceptúo un milagro, y que, por tanto, sólo lo aguardo del poder y de la piedad divina.

—¡Ah! ¡No! Yo no espero nada, —exclamó el mancebo con profundo dolor. Nací con aciaga estrella; no hay para mí felicidad en la tierra!

—Es cosa horrible que os desalentéis de ese modo, mi buen Arnoldo, le dijo la doncella esforzándose por ocultar una lágrima —que temblaba a pesar suyo en sus hermosos párpados.— ¡Escuchad! Hablábamos hace poco del barón de Charmey, y no sin idea he pronunciado su elogio, porque más de una vez se me ha ocurrido implorar su poderosa mediación en favor de nuestros amores. Habéis de saber que cuando fuimos mi padre y yo a felicitarle y a ofrecerle nuestros respetos, la última vez que estuvo en su castillo, me dijo muy bajito al despedirme: «Ya sé por William (William es su conserje, querido Kessman); ya sé por William que un buen mozo delira por tus ojos y que el papá no se muestra propicio; cuenta con mi apoyo cuando lo necesites». Por desgracia dejó el castillo algunos días después, hace ya dos meses, y aún no ha vuelto.

—Y eso que en aquella ocasión le dijo también a padre: «Resérvame un jarro de vino y el mejor pedazo de queso, la noche de la volada de San Juan, pues te advierto que quiero visitar tu chalet en aquella ¿poca de su gloria».

—No prestéis crédito, «ángel mío, a las promesas de los nobles señores, porque tan pronto son en hacerlas como en olvidarlas. Además, por grande que pueda ser el respeto de vuestro padre por el barón de Charmey, no condescendería en dar su hija única a un pobre mancebo como yo, sin porvenir

en el mundo. Necesito ser rico, y me es imposible. ¡Oh! ¡no acertaréis a imaginar cuan devorante es esta sed de oro que el amor ha despertado en mi alma! Daría mi vida por un solo día de riqueza, porque ese día, Ida, lo pasaría en vuestros brazos. ¡Dios mío! ¡Perdonadme! Pero momentos hay en que creo pagaría el oro a precio de mi salvación eterna.

—No digáis eso, Arnoldo; ¡oh! ¡No digáis eso nunca!

Quiero que me améis más que a todas las cosas del mundo, pero no consiento en que me prefiráis a vuestra felicidad en la otra vida. A pesar de todo lo que nos aflige, tengo el presentimiento de...

La doncella no había «acabado su frase, cuando una de las puertas de la pieza en que se hallaban se abrió de repente con estrépito, y entró por ella un gallardo joven de hasta veintisiete o veintiocho años, en traje de cazador, dejando oír al mismo tiempo la concurrencia esta exclamación unánime: ¡El señor barón de Charmey!

—El mismo en persona, respondió el nuevo personaje, apoderándose sin ceremonia de una de las sillas próximas a la mesa. Heme aquí, rollizo Keller; vengo en busca de la parte de tu refacción que te encargué me reservaras. No os molestéis por mí, buenas gentes —añadió al ver que se mantenían en pie los circunstantes:— volved a ocupar vuestros asientos y continuad divirtiándoos como mejor os plazca, mientras reconozco por mí mismo si Juan Bautista tiene, cual se asegura, los mejores quesos y los más añejos vinos del país.

Acabando estas palabras, empezó a comer y a beber con muestras de muy buen apetito; si bien echando investigadoras miradas por su alrededor, hasta que —descubriendo a Ida— las detuvo en ella, exclamando con galantería: — ¡Bendita sea por el glorioso San Juan la rosa de Neirivue, la estrella del Moleson! Brindo por la salud de Ida Keller.— Y desocupó de un solo trago los restos del ánfora que tenía delante.

Juan Bautista se apresuró a acercarle otra enteramente llena, hacinando además junto a ella todos los cestillos de tortas y los diferentes platos de mantecas y quesos que quedaban en la mesa; no sin expresar al mismo tiempo cuán sensible le era no los hubiese comenzado su ilustre huésped, y que —si se dignaba aguardar un instante— se traerían nuevos manjares, más exquisitos e intactos.

—No hagas tal, contestó a esto el joven cazador; los restos de tu refacción

bastarían para abastecer por muchas semanas la cartuja del Val-Sainte, fundada por mi digno abuelo el barón Gerardo de Corbières. Bebo segunda vez a la salud de todos los de la velada, y en particular por la persona que sea más grata entre todas a los bellos ojos de Ida Keller.

—¡Os ha mirado, Arnoldo! Dijo en voz baja la doncella a su amante.

—A vos es a quien mira demasiado —respondió él, dominado por cierto impulso de celos.— Y desde aquel momento, a pesar de la hermosa y simpática presencia del joven barón, y de la llaneza casi excesiva de su trato, se sintió poco dispuesto a participar del orgullo y la satisfacción que causaba en los campesinos ver a un gran señor alternando con ellos. Keller, sobre todo, en quien recaía la mayor parte de tan extraordinaria honra, no cabía en sí de gozo, y tan trastornado lo puso el regocijo, que rompió seguidamente dos grandes ánforas llenas de vino, de cuyo contenido hizo partícipes a los vestidos del mismo Charmey y de otros varios de sus convidados. Todo, empero, se le perdonaba en circunstancia tan rara como gloriosa.

Cuando hubo dado fin el barón a la doble ración de queso que él mismo se sirviera, sazónándola con repetidas libaciones, dijo volviéndose al ganadero: —Ya ves que soy fiel a mi palabra, pues he venido a tomar parte en tu fiesta desde no pequeña distancia; y luego, ¡con qué tiempo! ¿Sabéis, mis buenos amigos, añadió dirigiéndose a la reunión, que hace una noche horrible para los que intenten *velar el helecho* este año? Vosotros al menos veláis debajo de un buen techo, y si aprieta el viento frío— que va haciéndose sentir— tenéis abundante fuego, que he visto encender a mi llegada.

—Cuando vuestra señoría lo disponga, dijo Keller, nos acercaremos a él; pero me sorprende, señor barón, que tengáis noticia de la *velada del helecho*, pues creía que sólo nosotros, los hijos del pueblo, conocíamos esa vieja costumbre.

—Permitidme decir, vecino Keller, repuso otro ganadero llamado Tomas Huber —reputado hombre muy instruido entre sus compañeros— que la costumbre a que aludís no existe desde hace bastante tiempo; y tan es así, que acaso los jóvenes que se hallan presentes no tienen noticias de ella.

—¡Yo sí! —¡Yo sí! — ¡Yo también! Exclamaron muchos pastores y zagalas.

—No está tan olvidada como pensáis la velada del helecho, Sr. Huber, dijo entonces el anciano Nicolás Bull. Sin ir más lejos, os puedo asegurar que dos

personas la hicieron el año último, y no creo falte alguna que la haga en éste, a pesar de la tempestad que aumentará los horrores del *camino de Evi*.

—¿Conoce vuestra señoría, preguntó Keller a su noble huésped, todas las particularidades de la tradición de que se habla?

—Mejor sin duda de lo que crees, contestó aquél; pero, pues me brindabas hace poco con el calor de tu hogar, vamos allá, y me contaréis todo lo que sepáis de esa antigua costumbre, que sentiría hubiese caído en desuso, como afirma el buen Tomas; pues tengo grandísima inclinación y singular respeto por las viejas tradiciones.

El barón se levantó, se acercó a Ida, la ofreció el brazo, no sin mirar antes al joven Kessman con incalificable expresión, y toda la compañía fue a instalarse alrededor de la gran chimenea, en que chisporroteaba la gruesa leña de encina invadida por las llamas.

—No sé, dijo entonces Keller —sentándose en frente de su ilustre huésped, —ni creo que pueda nadie saber, desde qué tiempo data precisamente la popular creencia, cuyas particularidades desea conocer su señoría; así como tampoco podríamos decir su origen: lo cierto es que de padres a hijos se ha trasmitido durante muchas generaciones, y que —según ella— es cosa notoria que la víspera de mi glorioso patrón, cuando se cubren de helecho— planta hija de las sombras y de la humedad —los bordes del precipicio que llaman los de la tierra *camino de Evi*, precisamente a la mitad de la noche aparece en aquel lugar el mismo Satanás en persona, y, mediante ciertas condiciones, enriquece cada año a aquel o a aquellos que se encuentren velando el helecho en un paraje cubierto por dicha planta.

—¿Y no se explica cuáles son las condiciones que impone el diablo a los que alcanzan sus donativos? Preguntó el barón, que parecía tratar con seriedad aquel asunto, ridículo probablemente a juicio de nuestros lectores.

—Sólo se dice, repuso Juan Bautista, que la persona agraciada debe hallarse completamente sola y en profunda oscuridad, y no falta quien asegure que el demonio exige, además, se le entregue un papel, y que en dicho papel escribo, para hacerlo constar a su debido tiempo, la compra que hace de aquella pobre alma.

—¡Dios mío! Exclamó Ida estremeciéndose; ¿luego se condena para siempre quien recibe el donativo?

—El diablo no regala nunca, niña mía, dijo con acento grave el anciano Nicolás; sólo hace cambios en provecho propio. Cualquiera que acepta sus dones queda esclavo suyo por toda la eternidad.

—Yo no lo entendía así, dijo el barón; pensaba que ese donativo era un castigo que imponía Dios a Satanás, obligándole a ser generoso a su despecho, y a festejar el día del santo Precursor del Mesías. Tengo razones para creer que no son funestos sus dones para quien los recibe en tan fausta ocasión, y que el documento exigido debe ser como una prenda, que —depositada ante el trono de su Juez— pruebe hallarse cumplido, su mandato.

—Eso no es tan horroroso, observó Ida, quien, sin embargo, continuaba temblando y acercándose maquinalmente a Arnoldo, que había vuelto a su lado; pero éste por primera vez de su vida parecía olvidado del objeto de su amor. Con la mirada fija, la frente más pálida que de costumbre, y el aliento casi suspenso, atendía con todas sus potencias a la conversación que se había entablado.

—El señor de Charmey hace demasiado honor al demonio, dijo a su turno el erudito Tomas, cuando presume que desempeña con tal fidelidad las comisiones del Altísimo. Sabido es que aquel enemigo de nuestras almas es un rebelde pertinaz, y si alguna vez nos dispensa aparentes beneficios, no cabe duda en que lo hace por cuenta propia, y siempre seguro de resarcirse con usura. Pero no veo en la tradición de que se trata sino un cuento de viejas; nadie, que yo sepa, ha recibido nunca el tal donativo de la velada del helecho.

—Es verdad, dijo otro interlocutor, que la tía Andrea, —que fue una de las dos personas que pasó en el camino de Evi toda la noche víspera de San Juan hace un año,— sólo sacó de allí una pulmonía, que la llevó al sepulcro algunas semanas después.

—Y el pastor Lamí, añadió una zagala, ha hecho la velada tres años seguidos, y tan pobre se está como se estaba.

—¡Jesús, María! Exclamó otra; ¿con que, hay quien desee el oro hasta de manos del diablo?

—¡Dios nos preserve! Dijo santiguándose Nicolás Bull; pero por desgracia es cierto que existen muchas gentes que no reparan en nada cuando tratan de enriquecerse, y que si no se venden al diablo, es porque no quiere comprarlas por el precio en que se estiman.

—¿Qué tenéis, Arnoldo? Preguntó en aquel instante Ida a su joven amante.

Estabais pálido, y ahora parece que quiere saltar la sangre de vuestra cara.

El paje nada respondió: evidentemente todo su ser estaba concentrado en un pensamiento único. Tan extraña preocupación debió ser notada por el barón, pues tenía clavados en él sus penetrantes ojos —color de venturina— cuando pronunció estas palabras:

—Como la conversación que hemos entablado pudiera afectar a las personas excesivamente nerviosas e impresionables, os ruego, mis buenos amigos, que cambiemos de asunto; pero permitiéndome antes deciros que aunque vosotros —los poseedores de la tradición— no tenéis noticia de ningún hecho que la acredite, yo, con pertenecer a una clase que apenas tiene conocimiento de ella, puedo atestiguar su verdad con un ejemplo respetable.

Todas las miradas se fijaron con ardiente curiosidad en el semblante del ilustre joven, quien —echando de ver que se esperaba con ansiedad la relación del suceso que acababa de indicar,— atizó la leña, tosió por dos voces, para desembarazar su garganta y aclarar su voz, y se expresó como verán a continuación nuestros lectores benévolos.

III

«Mi abuela, que Dios tenga en su reino, señora de cuya escrupulosa veracidad no nos es permitido admitir la menor duda, refería gravemente que allá en los tiempos de su mocedad tuvo por amiga a una hermosa dama llamada Emma (espero que me dispensaréis de decir los nombres de familia), la cual amaba apasionadamente al doncel Arturo de... con quien la naturaleza anduvo tan pródiga, como avara la fortuna. Para mayor desgracia, el barón, padre de la doncella, se hallaba arruinado y era hombre incapaz, por su carácter, de comprender el invencible poderío de una pasión generosa. Así, pues, negándose a aceptar por yerno al noble doncel sin patrimonio, se decidió a dar la mano de su hija a cierto plebeyo rico, que se ofrecía —ambicioso de emparentar con gente ilustre— a pagar las enormes deudas del magnate. En tal estado las cosas, llegó al país en que pasaban, la vieja Margarita, labradora de Albeuve, y que había sido nodriza de la madre de Arturo, a quien recibió en sus brazos cuando vino al mundo. Halló al pobre mozo en triste situación, y pronto echó de ver que corrían a la par inminente riesgo su razón y su vida, si llegaba a perder de todo punto la esperanza que —aun contra todas las probabilidades— alienta todavía en el fondo del corazón más destrozado. La anciana labradora se acercó al lecho en que yacía, postrado por su tristeza, el amante de Emma, la noche en que acababa de saber estar definitivamente fijado el día funesto que pondría entre los dos un muro insuperable, y colocando su diestra sobre el pecho del joven, — ¿Tenéis valor? Le preguntó.

—¡Oh! Exclamó él, ¡si sólo se necesitase arrostrar los más inauditos peligros para conquistar a Emma ...

—Pues no es menester otra cosa, dijo —sin dejarle concluir— Margarita. ¡Levantaos, Arturo! Id a presentaros al barón, pedidle que difiera por sólo dos meses el casamiento concertado, y que si al cumplimiento de dicho plazo volvéis

a su presencia siendo poseedor de una fortuna superior a la del rival a quien sois pospuesto, os conceda el derecho de entrar con él en competencia, decidiendo Emilia cuál de los dos es más digno de su mano.

—¿Estáis loca, buena anciana? Repuso el doncel. ¿Qué caso ha de hacer el barón de semejante proposición, ni qué ganaría yo con verla admitida? Bien sabéis que no puedo abrigar la menor esperanza de hacerme rico en tan breve tiempo.

—¿No estamos en los últimos días del mes de abril? Preguntó Margarita.

—Así es.

—¡Pues bien! En los últimos días de Junio podréis ser más opulento que el villano que osa competir con vos; porque aquel que ha de dotaros ha sido llamado, y debe serlo todavía, *príncipe del mundo*.

—Ningún poderoso de la tierra me ha protegido nunca, observó el mancebo.

—Hay poderes superiores a los terrestres, respondió la vieja.

—Nada comprendo de cuanto queréis decir, Margarita, pero no importa; necesito una esperanza, por quimérica que sea: ¡mandad! Haré cuanto queráis.

—Marchad, pues, sin tardanza a pedir al barón el plazo que os he indicado. Sois noble, y alcanzaréis desde luego que os prefiera —en igualdad de las otras circunstancias— al caballero de nuevo cuño, a quien quiere honrar con su alianza. Aseguradle que, de hoy en dos meses, sus deudas estarán satisfechas y os ofreceréis a Emma con una corona de conde.

—Pero, Margarita.

—¡Callad! Nada lograréis, os lo advierto, si no tenéis, en primer lugar, fe; en segundo, *valor*.

—¡Bien! Voy a obrar como si poseyera la una, y os afirmo que deseo ardientemente pongáis el otro a prueba.

En efecto, Arturo hizo al barón su demanda, y aunque sin duda le pareció a éste muy risible o extraordinaria, se prestó —después de algunas vacilaciones— a los deseos del mancebo, y le empeñó su palabra de no casar a su hija antes del postrer día del mes de Junio, a cuyo tiempo, si volvía a presentársele tan rico como su rival, Emma sola decidiría la elección.

Volvió Arturo con esta promesa adonde lo esperaba Margarita, y la dijo:

—¿El plazo está concedido; heme aquí! ¿Qué debo hacer ahora?

—Acompañarme a mi lugar, respondió ella.

—Estoy determinado a seguir en todo vuestros consejos, repuso Arturo; pero ¿no queréis darme alguna luz respecto a vuestros intentos? ¿Qué esperanzas tenéis? ¿Adónde me mandaréis a buscar esos tesoros que deben adquirirme la posesión de mi amada?

—*Al camino de Evi*, respondió sin vacilar Margarita.

—Pero, si no estoy trascordado, —observó el joven,— el camino de Evi no es otra cosa que una senda casi intransitable que conduce al Moleson. ¿Cómo es posible que encuentre allí los medios de enriquecerme?

—Allí es donde únicamente podéis hallarlos, contestó Margarita.

—Me parece, replicó Arturo, que habéis hablado de no sé qué protector ¡de un príncipe! ¿Quién es ese personaje, de quien tanto esperáis?

—Es poderoso; todos los hombres nacen siervos suyos: todos le rinden tributo durante su vida.

—¿Pero su nombre? Decidme su nombre, Margarita.

—Va a daros miedo.

—Os juro que no soy susceptible de otro temor que el de perder a Emma. Pronunciad, pues, ese nombre, cualquiera que sea.

—Pues bien, Arturo, el protector que os ofrezco se llama..... ¡Satanás!

Palideció el doncel y se quedó suspenso por algunos instantes, mas no abandonó su empeño. Siguió a Margarita a la villa de Albeuve, que, como sabéis, se halla vecina del camino de Evi, y dos meses después —el día 30 de Junio— volvió a verlo entrar por las puertas de su castillo el arruinado barón, que por su parte cumplió religiosamente la promesa empeñada.

Mi abuela asistió algunas semanas más tarde a la suntuosa boda de la hermosa Emilia con el muy alto y poderoso conde Arturo, poseedor de vastísimos dominios en la parte occidental de la Helvecia. Aquella enamorada pareja disfrutó muchos años en este mísero mundo la felicidad más completa que pueda en él alcanzarse, y debemos esperar piadosamente, mis buenos amigos, que el soberano dispensador de todos los bienes la haya prolongado más allá de su vida pasajera, puesto que dieron ejemplo, durante ella, de acrisoladas virtudes; habiéndoles proporcionado el donativo del diablo poder alegar muchas

buenas obras delante de Dios.

—Que descansen en paz, como su señoría lo desea, dijo el viejo Bull cuando acabó su relación el barón; pero que nos preserven nuestro divino Redentor y el bienaventurado San Juan Bautista, a todos los que aquí estamos, de anhelar jamás tesoros venidos por semejante conducto.

—¡*Libéranos, Domine!* Repitieron los labriegos, y el mismo señor de Charmey respondió devotamente :—¡*Amen!*

En aquel momento la gran campana de la parroquia de Neirivue sonó lentamente las once, y —al espirar la última vibración— se vio levantar al paje de Montsalvens, como si súbitamente le hubiese mordido una víbora, y lanzarse hacia la puerta con tal ímpetu, que hubiera podido creerse era impulsado contra su voluntad por la fuerza superior de una potencia invisible.

—Kessman, Kessman! Lo gritó Ida, ¿queréis dejarnos ya? No son más que las once, y hasta la media noche no se termina la velada.

—Volved, Arnoldo, añadían las demás doncellas. Mirad que —con el permiso del señor barón— bailaremos un poco todavía; venid tendréis a Ida por pareja. ¿No oís cómo brama la tempestad? Dejadla calmar un poco su violencia antes de ponerlos en marcha para el castillo.

El paje —que se había detenido en el umbral de la puerta mientras se le dirigían tan persuasivos ruegos— volvió, en efecto, hacia la reunión; pero fue para despedirse de ella, haciéndose sordo a todas las instancias con que se pretendía detenerlo.

Apenas traspasó los umbrales, cuando una sonrisa indefinible apareció y desapareció fugaz en los labios del barón, y si hubiese habido allí algún maligno observador que recordase el disimulado empeño con que aquel personaje había provocado y sostenido la conversación de la *Velada del Helecho*, y las penetrantes ojeadas que de tiempo en tiempo lanzaba sobre el amante de Ida, acaso hubiera sospechado que —adivinando la nerviosa vehemencia de aquel pobre joven y la especial predisposición en que se hallaba su espíritu—, obraba en todo con refinado artificio, para alejarlo de allí y poder suplantarlo cerca de la linda criatura.

Esta suposición, que no nos atreveremos a decir fuese de todo punto infundada, hubiera adquirido mayor fuerza al ver que —no bien pasados tres minutos de la ausencia de Kessman— el galante Charmey fue a ocupar la silla

que dejara vacante junto a Ida; andando no menos listo — cuando un instante después se trató de renovar la danza— para ofrecerse por su caballero. La doncella, sin embargo, no parecía muy lisonjeada con las preferencias de que era objeto; desde que Arnoldo dejó la reunión, Ida perdió su alegría, y hablaba y bailaba como autómata, pintándose en su semblante la preocupación de su ánimo.

Por poco perspicaces que pudieran ser en general los asistentes a la velada, no dejaron de hacer aquella doble observación, y se entablaron en voz baja algunos dialoguillos, poco más o menos de la índole del siguiente:

—Mirad qué derretido está el barón con la hermosa hija de Keller; el pobre Arnoldo se ha marchado sin duda por eso. Había estado acechando las miradas del joven caballero, y conoció ser Ida el objeto a quien se dirigían constantemente. Se ha alejado de aquí loco de celos; ¿no notasteis qué cara tenía tan desencajada, y cuán desatinado se iba, sin decir adiós a nadie?

—Pues lo que es la muchacha no le da, por cierto, motivos para estar celoso. Mirad cuán displicente se muestra mientras baila con el señor de Charmey. Está perdidamente enamorada del paje, y no comprendo qué esperanzas puede alimentar; pues es bien seguro no consentirá nunca Juan Bautista en que se case su hija única con un hombre que no tiene más que la noche y el día, como decirse suele.

—¡Escuchad! Decía otra voz femenil. Se han visto grandes señores casarse por amor con humildes pastoras. Tiene tan feliz estrella eso Keller, que no será mucho le veamos convertido en padre de todo un barón.

—A la verdad, añadió un acento menos blando que el anterior, son extraordinarias las demostraciones de aprecio que dispensa a esta familia el señor de Charmey, y sólo se pueden explicar creyendo que encierran miras particulares. Pero ¡qué! No hay que pensar por eso que se le ocurra la idea de casarse con Ida. ¡Vosotras las mujeres sois a veces tan cándidas! Las gentes de cierta clase se persuaden que honran mucho a una villana tomándola por querida.

—¡Pues no, lo que es eso no sucederá con Ida! Dijo un mozo, no insensible a los encantos de la que nombraba. Se engaña su señoría si piensa que nos dejaremos robar la perla de las doncellas del país, para que le sirva de juguete. No le faltan a Ida Keller buenos partidos para establecerse, aunque no seamos barones.

—Pero es extraño que no esté más alegre, bailando con un caballero tan galán, que se conoce la va diciendo cosas (>muy dulces, dijo una rolliza zagala que se había quedado sin pareja. A mí me parece mejor mozo el barón de Charmey que ese Arnoldo, tan descolorido y tan triste. ¡Oh! ¡Tiene el barón unos ojos!

—Los mismos de su madre, observó Nicolás Bullí La baronesa Eleonora era de las bellas si las hay. ¡Lástima que la hubieran casado con un hombre que podía ser su padre! Lo menos hace diez años que murió, y me parece que la estoy mirando. ¡Qué talle aquél! ¡Qué garbo! Su hijo se le asemeja bastante: sólo que tiene la boca un poco grande, como el padre, pues lo que es la de la baronesa, aquello no era boca, sino un botón de rosa.

Mientras así charlaban los excluidos del baile, la parte de la reunión que gozaba de aquel placer daba muestras de ser verdaderamente incansable, y no sabemos hasta cuándo se hubiera prolongado la velada si Ida no se hubiese sentido ligeramente indispuesta. Desde el punto en que la reina de la fiesta se mostró poco deseosa de continuarla, la general animación comenzó a decaer visiblemente, y acabó del todo cuando el barón —no obstante las miras que le sospechaba— declaró no hallarse dispuesto a prolongar por más tiempo su permanencia allí. Al chasquido del látigo que llevaba en la mano, apareció el palafrenero que le acompañara, y —cumpliendo órdenes perentorias— fue corriendo a ensillar los caballos, volviendo muy en breve con el anuncio de que ya estaban prontos.

Se despidió el ilustre joven de todos y de cada uno en particular, con cuya atención acabó de ganar los corazones; por manera que luego que se ausentó hubo por algunos minutos numeroso coro de alabanzas, que Keller escuchaba con tanto orgullo como si fuese el barón un miembro de su familia.

Era tan grande el vacío que dejaba éste en la rústica sociedad, encantada con su presencia, que no fue posible reanimar los espíritus, y a la primera campanada de las doce todos se apresuraron a separarse; los más para ir a dormir tranquilamente, descansando de los placeres de la velada; algunos para pensar en ellos; y la hermosa Ida para contar hora tras hora en fatigante insomnio; pues se hallaba enteramente perturbada por la inexplicable conducta de su amante en los últimos momentos pasados junto a ella. ¿Qué origen pudo tener la profunda preocupación en que cayó Arnoldo, haciéndose sordo e insensible a la voz que hasta entonces ejerció siempre tan gran poder en su alma? ¿Por qué se había

alejado, despreciando una hora más que podía pasar junto a su amada? ¿Se habría enojado contra ella? ¿Estaría realmente celoso del barón? Pero, de todos modos, ¿qué significaba aquella salida súbita y desordenada? ¿Adónde había ido?

La pobre Ida no podía adivinarlo, por más que martirizase su pensamiento en aquella noche de vigilia; mas yo me apresuraré a sacar de iguales dudas a los amabilísimos lectores — que se dignen dispensar al héroe de mi historia sus lisonjeras simpatías— haciéndoles saber dónde se encuentra Kessman, en tanto que vela, pensando en él, su interesante Ida.

Oscura por demás estaba la noche en el momento en que abandonó el paje la casa de Juan Bautista. Sólo le alumbraban de cuando en cuando los relámpagos, que —como fugaces sierpes de fuego— se tendían y desaparecían instantáneamente sobre las montañas. Algunas gotas de lluvia comenzaban a desprenderse de las densas nubes que envolvían el cielo, y el viento —que las movía al parecer con trabajo— dejaba oír fuertes y penetrantes silbidos, confundiéndolos con los rimbombantes ecos del trueno, que rodaban incesantemente desde aquellas alturas.

Arnoldo respiró con avidez los soplos de la tempestad, y recibió la lluvia en su cabeza descubierta, como si quisiera apagar con ella el devorante pensamiento que sentía abrasarla. Andaba deprisa, y —cuando brillaba la siniestra luz de los relámpagos— volvía los ojos atrás con notable azoramiento, como recelando de ser seguido y acechado por algún malicioso espía.

El castillo de Montsalvens, cuyas ruinas se enseñan todavía al viajero, estaba situado al declive del puntiagudo Mont-Merlan, guardando —por decirlo así— a la villa de Cruck, que se extiende en la orilla derecha del Sarine, en la confluencia de dicho rio y de los torrentes de Jogne y de Treme; pero no era ésta la dirección que tomaba Arnoldo Kessman. Se encaminaba hacia el S. E. del Moleson, y al cabo de inedia hora de marcha se encontró a la entrada de un sendero sombrío, del cual se oía salir la amenazante voz de un torrente, sobresaliendo entre los bramidos de la tempestad. Se detuvo allí el mancebo: gruesas gotas de sudor se mezclaban en su frente con el agua que destilaban sus empapados cabellos, y si alguna vista humana hubiera podido contemplar —en medio de las tinieblas— la mortal palidez que le cubría, su mirar extraviado, sus rodillas trémulas, y la expresión de cruel vacilación que se pintaba en todas sus facciones, hubiera creído sin duda hallarse presenciando los últimos esfuerzos de

la razón y del instinto contra el atroz pensamiento del suicidio. Sin embargo, Arnoldo no iba a buscar la muerte; sin que nos atrevamos a decir por esto que era menos culpable y horrorosa la idea que se albergaba en su alma. ¡Tenía delante de sus ojos *el camino de Evi!*

Todavía existe allí, tal cual estaba en la época de que hablamos, aquella gruta abierta en peña viva, y encajonada— digámoslo así —en los bordes de un hondo precipicio, en cuyo fondo muge incesantemente— aprisionado entre murallas de piedras, que apenas dejan paso a la luz del día —un espumoso torrente. Los ganados que tienen sus pastos hacia aquella parte del Moleson, toman algunas veces tan peligroso sendero; más los pastores no dejan entrar sus reses sino de dos en dos, o de tres en tres, y el cura del lugar— con el hisopo en la mano —los espera para bendecirlos antes de que penetren en aquella especie de abismo.

Nadie, empero, se hallaba allí en tan tempestuosa noche para dar una bendición al desdichado huérfano, que —dominado casi a su pesar por sus ideas religiosas, mas empujado por la irresistible fuerza de una pasión delirante— se adelantaba y retrocedía repetidas veces delante de aquella entrada tenebrosa, que bien podía representar una de las bocas del infierno. De repente se le ocurrió que mientras perdía el tiempo en cobardes vacilaciones, acaso estaba a punto de sonar la hora solemne de la media noche... Inexplicable vértigo se apoderó entonces de su turbada cabeza; pensó que llegaban hasta su oído las palabras que la vieja Margarita había dirigido un siglo antes a otro amante tan desesperado como él : —*¡Tened valor!*— Y desatentado, loco, con el cabello erizado y las trémulas manos extendidas, se precipitó entre las tinieblas por la angosta garganta del precipicio.

Los campanarios de Neirivue y de Albeuve, villas cercanas a aquel lugar, daban en el mismo momento las doce. ¡Aquella era la hora precisa de la aparición del diablo!

El ruido de las pisadas de Kessman había cesado de percibirse ya, y sin embargo, a la pálida luz del relámpago se hubiera podido descubrir una figura siniestra, que se deslizaba silenciosa por la entrada de la gruta.

IV

Lucia el 28 de Junio; había trascurrido tres días desde la noche de la velada, y Arnoldo Kessman no había vuelto a aparecer por la casa de su amada. No era ciertamente la primera vez que pasase tanto tiempo, y aun otro más dilatado, sin verse nuestros jóvenes; pues distaba cerca de tres leguas el castillo de Montsalvens, y no siempre alcanzaba permiso el paje para ir a pasearse a Neirivue, ni tenía proporción de escaparse sin que se notase su ausencia. Nunca, empero, había sido tan alarmante y dolorosa para Ida la separación de su amante como lo era la vez a que nos referimos. La doncella —que no podía explicarse a sí misma satisfactoriamente la conducta de aquél en las últimas horas de la velada— ansiaba ocasión de hablarle, y —después de pasar tres largos días en inútil expectativa— resolvió hacer alguna diligencia para encontrar a aquél que parecía olvidarla.

Era domingo, y tales días, en la buena estación, solían las zagalas subir al Moleson en las primeras horas de la mañana, para correr y bailar sus anchuras, aprovechando la festividad. Arnoldo asistía algunas veces a aquellas reuniones matutinas, porque no dejaba Ida de tomar parte en ellas, siempre que Juan Bautista se hallaba favorablemente dispuesto en el instante de pedirle permiso. Por fortuna sucedió así el día 28 de Junio, y la joven —que no había dormido mucho la noche anterior— saltó del lecho a los primeros gorjeos de las aves, saludando el alba, y vistiéndose con ligereza corrió a juntarse a la lozana tropa juvenil, que iba a emprender la subida al compás de tamboriles y zamponas.

Estaba alegre y fresca la madrugada, y las muchachas gozosas y juguetonas como los pájaros, que saltaban trinando entre las ramas de los árboles, y como los corderos y ternerillos, que triscaban subiendo por las herbosas faldas de la montaña; pero nada alcanzaba a distraer a nuestra heroína de sus amorosas inquietudes, y en medio del regocijo de la naturaleza parecía presentir que aquel día, tan sereno y tan puro al despuntar, sería señalado para ella por graves e

inesperados sucesos.

El Moleson, elevado 1997 metros sobre el nivel del mar, notable por su forma pintoresca, por sus riquísimos pastos y por las plantas útiles y raras que en él abundan, es, además, uno de los puntos de más hermosas vistas que pueden gozarse en aquella parte de la Suiza. No lejos de su cúspide se eleva también la del Jomman, desde donde exclamaba, trasportado, el celebre autor del *Childe Harold*: —«¡Esto es hermoso como la ilusión de un sueño!».

En efecto, así en aquella altura como en la del Moleson, admira el viajero uno de los cuadros más grandiosos que puede presentar la naturaleza. La vista se extiende por todo el rico territorio de Friburgo; contempla el de Vaud, encajonado entre elevadas cumbres; recorre gran parte del de Berna, Soleure y Neuchatel, con su borrascoso lago; alcanza las amenas orillas del Morat, y —siguiendo la inmensa cordillera del Jura— penetra en el cantón de Basilea, descubre la Saboya y el bajo Valais, y se pierde en el magnífico anfiteatro de los Alpes.

Vacadas y rebaños cubrían las pendientes de la montaña, y mientras los pastores que las custodiaban se reunían a las jóvenes, y preparaban —sentados en la hierba— un desayuno frugal, Ida de pie en lo más elevado de la cima, tendía a un lado y a otro sus afanosas miradas, indiferentes, sin embargo, al soberbio panorama que se desplegaba ante ellas. ¡Arnoldo no estaba allí! ¡Arnoldo no aparecía por ninguna de las subidas del monte!

Ida —que con tal circunstancia no hallaba atractivo alguno en aquella fiesta campestre— se escabulló al cabo, sin ser notada, en el instante en que se disponía una danza, y comenzó a bajar tristemente por el sendero más corto.

Insensible a la fatiga y a los ardores del sol, regresaba cabizbaja a su domicilio, sin conceder una mirada a los bellos paisajes que la rodeaban, cuando de repente un grito de júbilo se escapó de su pecho, que palpitó conmovido: la voz de Arnoldo acababa de pronunciar su nombre, y dos minutos después se apoyaba en aquel brazo que le era tan querido.

¿Qué os habéis hecho? Articuló entonces con quejumbroso acento: ¿os ha sido imposible hasta ahora alcanzar permiso del conde para venir a Neirivue?

—De hoy en adelante, respondió él, no será menester licencia de nadie para veros. He dejado el servicio del señor de Montsalvens.

—¿Habéis sido despedido?

—No, Ida; pero le he dicho al conde que no podía permanecer más tiempo en su casa, porque iba a casarme.

—¡A casaros!

—De eso necesitamos hablar, querida mía.

—¡Arnoldo! Temo que no esté muy en caja vuestra cabeza. Os veo demudado, y las palabras que proferís.

El joven se pasó la mano por la frente, cual si quisiera tomar todas las señales de la extraña turbación que leía la doncella en su semblante, y dijo luego con acento más tranquilo:

—Oso esperar que obtendré vuestra mano, que quiero pedir inmediatamente al Sr. Keller. ¿Sabéis dónde se halla?

—Pero ¡Dios mío! ¿No estáis persuadido de que jamás consentirá?

—Callad, Ida; ya tocamos los umbrales de vuestra casa, y veo aparecer en ellos a vuestro padre. Dejadme con él: pronto saldremos de dudas.

—Decidme antes, en nombre del cielo, Kessman...

No pudo Ida terminar su frase, porque se les acercó Juan Bautista, fruncido el entrecejo y desapacible el gesto al ver llegar a su hija acompañada de Arnoldo; pero éste, sin intimidarse le dijo resueltamente:

—En vuestra busca vengo, Sr. Keller; hacedme el favor de que entremos ambos en el chalet, donde podamos hablar sin testigo alguno.

—Retírate a tu cuarto; pronunció el ganadero, dirigiéndose a su hija, mientras que —sin mirar siquiera al paje de Montsalvens— atravesó, precediéndole, los umbrales de la casa.

Ida, amedrentada de la audacia de su amante, que no acertaba a explicarse, se arrinconó, ocultándose en un extremo de la estancia en que iba a tener lugar la conversación del ganadero y del paje, la cual no tardó, en entablarse de la manera siguiente:

—¿Qué me queréis? Dijo Keller, no sin alguna aspereza.

—Debéis conocer, articuló Arnoldo conmovido, que hace más de un año amo apasionadamente a vuestra hija, cifrando mi felicidad en que me la deis por esposa.

—¡Hum! ¿Qué decís? Exclamó Juan Bautista, saltando de la silla en que se

había sentado, como si le pinchasen alfileres. ¡Daros por esposa a mi hija! —Esa es toda mi ambición, repuso el joven, perdiendo del todo la serenidad con que comenzó a explicarse.

—Lo comprendo, dijo Juan Bautista con maliciosa sonrisa: Ida es única heredera de un hombre que puede alfombrar con sus quesos todo el camino de Neirivue al Moleson; pero —aunque me hagáis la justicia de pensar que no soy avariento ni orgulloso— debierais conocer que es imposible participe yo de los deseos que expresáis. No quiero que Ida compre a su marido, ¿entendéis? Hay un antiguo refrán, que dice que en el casamiento, si uno lleva el almuerzo, le toca al otro el aportar la comida.

—Eso no me parece mal, replicó el joven; pero no presumo que exijáis sea un potentado vuestro yerno.

—No, ciertamente, dijo Keller: ni un potentado ni un mendigo; ni más ni menos que mi hija; pero sabed, Kessman, que el día que se case Ida llevará por dote a su marido un *alpaje* de primera clase con una *sennte*^[4] de 200 vacas de las mejores del país, y por añadidura 400 ducados de Berna^[5] en buena moneda de oro.

—¿Os bastaría, preguntó Arnoldo, que esa dote pudiera ser aumentada por el marido de Ida con mil piezas de oro de treinta y dos *franken*^[6]?

—¿Qué duda cabo? Contestó el ganadero, que no sabía qué pensar de todo aquello. Os he dicho que no ambiciono por yerno a un potentado; que me contento con que mi hija no caiga con su dote en manos de ningún descamisado: esto no lo digo por vos, Arnoldo; no trato de ofenderos en lo más leve. Si se la presenta un partido ventajoso —y por tal estimarla al mozo que comenzase su carrera con mil piezas de oro de 32 franken,— no sólo lo aceptaría gustoso, sino que hasta aumentaría la dote de la niña con 50 vacas más.

—Pues yo vengo precisamente a rogaros, Sr Keller, me guardéis en depósito esa suma, que traigo encima y que me pesa sobrado, dijo el joven, desenvolviendo su talle de dos anchas fajas elásticas, que tenían por entretela lucientes monedas de oro, las cuales empezaron a caer sobre la mesa a medida que las sacaba su dueño de aquella especie de cárcel.

Juan Bautista, con los ojos desmesuradamente abiertos y atentos los oídos al choque del sonoro metal (pues no se fiaba del testimonio de un solo sentido), miraba sucesivamente a Arnoldo y al dinero, sin acabar de persuadirse —con

todo eso— de ser realidad lo que pasaba a su vista.

—Aquí tenéis mil piezas de 32 franken, dijo Kessman cuando acabó de amontonar delante del ganadero todo el oro que traía: podéis contarlas si gustáis.

Lo hizo Juan Bautista, mientras su interlocutor —aprovechando el momento — buscó con los ojos a Ida, que, alelada por cuanto presenciaba desde su escondite, apenas podía decir si estaba despierta o dormida. El joven se acercó a ella, la tomó por la mano, y el ganadero se halló con entrambos en frente cuando concluyó la cuenta.

—Mira, Ida, mira, dijo trasportado: ¡mil piezas de oro de 32 franken! De Arnoldo, ¡todo es de Arnoldo! ¿No es así, mi guapo Kessman? ¿Vuestro exclusivamente?

—Sí, Sr. Keller, esa suma me pertenece, y si os parece suficiente para equilibrar mi posición con la de Ida, los dos os suplicamos que señaléis sin demora el día de nuestro enlace.

—Ningún inconveniente miro ya, respondió Juan Bautista; pero ¿sabéis que no hubiera sospechado jamás fuese tan generoso el conde de Montsalvens? ¡Mil piezas de oro de 32 franken!... Creo ahora positivamente, mi querido Arnoldo, que era fundada, exacta, la suposición que hacían algunos en el lugar... Sí, el señor de Montsalvens es vuestro padre.

—No es el conde quien me ha hecho ese donativo, repuso el mancebo, bajando los ojos y cambiando de color dos o tres veces en un minuto.

—¡No ha sido el conde! Pues mirad, me alegro, Arnoldo; me alegro de que no debáis la vida ni la fortuna a eso usurpador de los dominios ajenos. Pero decidnos pronto, decidnos quién es el protector generoso...

Arnoldo le interrumpió articulando con temblorosa voz:

—Os ruego encarecidamente que no me hagáis pregunta ninguna: debéis comprender que existen a veces circunstancias graves, que exigen secreto.

—Estoy en todo, dijo Keller, queriendo prestar a su ancha y mofletuda cara un aire de sutil penetración. Hay probablemente mezcladas en este negocio personas de importancia; se sabe que pertenecéis a una noble familia; todos lo creen así por lo menos: vuestros padres, o ilustres parientes, os habrán hecho ese regalo para que podáis estableceros: nada más natural; pero, en fin, cuando uno no ha nacido con autorización del cura párroco es menester que las cosas se hagan con cierto misterio, sobre todo tratándose de gentes encumbradas. En mi

concepto, nada os perjudica, querido joven, el que vuestros padres no puedan reconocer públicamente: no por eso dejáis de ser noble y tener derecho a que miren por vos, como ya —a Dios gracias— han empezado a hacerlo. ¡Oh! Yo os aseguro que debéis esperar mucho de la ternura paternal, tanto tiempo reprimida. Decidme píamente.

—Nada sobre ese particular, mi amado Sr. Keller, le interrumpió Arnoldo: vuelvo a suplicaros no me hagáis preguntas que me molestan, porque no debo, no puedo responder a ellas. Os basta saber que ese dinero es mío, y tened la bondad de guardarlo; pues habiendo dejado para siempre el castillo de Montsalvens, e ignorando aún dónde he de albergarme esta noche, no quisiera tenerlo conmigo.

—Quedáis desde este instante instalado en mi casa... en la vuestra, pues ya la debéis considerar como propia. Corre, niña, haz que la criada disponga habitación para Arnoldo: mañana dejaremos el chalet para trasladarnos a nuestra casa de la villa.

Ida obedeció regocijada. Las hipótesis de su padre — respecto a la procedencia del súbito caudal de su amante— la habían parecido completamente satisfactorias, y cualesquiera que hubiesen podido ser los temores que se le ocurrieran en el primer momento de tan extraordinaria sorpresa, todos quedaron disipados, dejando reinar absoluta la seductora idea de que nada se oponía ya a la ventura de su amor; que iba a ser en breve para ella un deber tan dulce como sagrado. Mientras tanto había sacado Keller de un escaparate una bolsa de piel de gamuza, en que guardó el dinero, diciendo —durante esta operación— a su futuro yerno, que la miraba en silencio:

—Pues deseáis señalemos hoy el día de la boda, y que os quedáis en casa desde luego, creo, mi buen Arnoldo, que lo más pronto es lo mejor, para evitar habladurías y murmuraciones del lugar. Así, pues, id vos ahora mismo a prevenir al cura, a fin de que todo se arregle con la brevedad posible, y yo por mi parte avisaré al escribano y daré parte a los amigos; pues —si no lo lleváis a mal— celebraremos mañana el contrato y la comida de boda, y el 6 del próximo Julio —día en que cumple Ida sus diez y ocho años— se puede verificar la ceremonia nupcial.

—Me parece muy bien, respondió Kessman, y os ruego me dispenséis además el obsequio de ser nuestro padrino.

—Sí que lo seré, hijo mío; pero ¡maldita casualidad, que se haya marchado a

Friburgo el buen barón de Charmey! Si estuviera en su castillo, él, y no otro, os acompañaría al altar. ¡Oh, sí! Es bien seguro que lo haría con mil amores.

—Renuncio sin pena al honor de tener por padrino a ese personaje, dijo Arnoldo, —que aún no había olvidado las atenciones del joven barón hacia Ida; —me agrada más que lo seáis vos, Sr. Keller.

—Os lo agradezco infinito. ¡Eh! Ya está bien encerrado vuestro oro: voy a meterlo en el arca, y saldré al instante a cumplir mi parte de diligencias. Marchad vos a casa del cura: ya conocéis el adagio, *Casamiento y caldo escaldando*.

Acabando estas palabras, salió el ganadero de la estancia para ir a guardar los doblones de su presunto yerno, ansioso de comer enseguida por toda la villa divulgando aquellos sorprendentes sucesos y rindiendo testimonio de que Arnoldo había descubierto ser hijo natural de un magnate muy opulento, a quien motivos poderosos obligaron a guardar hasta entonces el más profundo silencio; pero que acababa de reconocerlo, haciéndole —por primera demostración de su paternal afecto— un regalo de *dos mil* piezas de oro de 32 franken: no ignoraba Juan Bautista que— tocante a intereses pecuniarios —es asaz general la antigua costumbre de atribuirse el duplo de lo que realmente se posee; siempre que no sea mayor la conveniencia de rebajarlo.

Kessman por su parte salió también, menos por ver al cura que por respirar al aire libre, ensanchando su pecho, y procurar sobreponerse a los contrarios sentimientos que le combatían.

Logró, en efecto, presentarse más tranquilo a la hora de la comida, y sostuvo las conversaciones de la noche con bastante desembarazo; pero cuando se halló sólo —encerrado en el cuarto que le habían señalado para dormitorio—; cuando se volvió a encontrar consigo mismo en el silencio y pavora de la alta noche, esforzándose por conciliar el sueño, que tenazmente le huía; entonces, decimos, cambió completamente de aspecto, y hubiera causado lástima a su mayor enemigo (si algunos tenía), la deplorable situación de su conturbado espíritu. ¡Oh! Bien se echaba de ver que un recuerdo horroroso, un remordimiento profundo, se albergaba en aquella alma. Los descompasados pasos con que recorría el triste recinto de su estrecha estancia; los estremecimientos nerviosos que por momentos le asaltaban; la especie de pánico terror con que se asombraba al más leve rumor de la madera que crujía, del gato que saltaba al tejado; la expresión particular de sus ojos y la contracción de sus labios... todo estaba

indicando que el malaventurado joven se hallaba muy distante de la serenidad de conciencia, con que descansaba — bajo el mismo techo que él— la inocente Ida en su lecho virginal.

Cayó, por último, de rodillas después de su prolongada y tétrica agitación, y un torrente de amargas y abrasadoras lágrimas brotó con violencia de sus párpados.— ¡Oh Dios!

¡Dios de misericordia! Exclamó con voz ahogada; tenedla de este infeliz culpable. ¡He sucumbido al irresistible poder de una pasión insensata, en un momento de delirio y de fascinación!... pero no me desechéis para siempre! ¡no me condenéis, como merezco!

Aun permaneció postrado y llorando delante de Dios una gran parte de la noche, y esto pareció calmarle, pues se adormeció por fin cerca de la madrugada; y cuando — al despertar al otro día— vio su estancia inundada de luz, y a Keller que estaba poniendo sobre la mesa hermosos ramilletes de flores salpicadas de rocío —que Ida había ido a recoger por sí misma a las laidas de la montaña, para enviárselas como primer saludo;— cuando oyó cantar las aves y mugir las vacas, y sintió por todas partes el movimiento y la actividad de la vida, le pareció que sus anteriores pesares no habían sido más que una tormentosa pesadilla, y que salía de ella con nuevo vigor y aliento.

En efecto, el cielo despejado y sereno, la tierra alegre y engalanada con la pompa de la estación y de la aurora, todo contribuía a hacer olvidar las tétricas meditaciones de la noche, y anunciaba que aquel día —en que se iban a celebrar los convenios de los novios— presidirla dignamente tan faustos preliminares de próxima ventura.

Arnoldo se sintió gratamente impresionado por las influencias exteriores, y al presentarse delante de su amada, su hermoso aunque descolorido semblante había recobrado la natural expresión de apasionada dulzura. Pero bien pronto fue menester separarse: aquél era un gran día; Keller no paraba dando disposiciones para la traslación a su linda casa de la villa, donde había determinado solemnizar con un banquete la celebración de los contratos. Ida, que esperaba asistiesen a ellos todas las mujeres del lugar, se apresuraba a preparar sus galas; Arnoldo, que debía hacer su regalo de boda en el acto de firmarse las capitulaciones, aun no lo había comprado; cada cual, pues, tiraba por su lado, y todo era agitación en la casa del ganadero, que tenía la gloria de haberla hecho extensiva a la

población entera, pues no había quien no hablase de los acontecimientos ocurridos y de los que debían ser su consecuencia inmediata.

—¿No os decía yo que Juan Bautista Keller era el hombre más afortunado del mundo? Pronunciaba la frescota propietaria de una de las mejores viñas del país; mientras en unión con tres o cuatro vecinas iba colocando por sí misma — en un cesto— los hermosos frascos de barro vidriado, llenos de excelente vino, que destinaba por regalo a los novios. ¡Ya veis! Su hija no se casa con el barón, pero el paje se convierte de pronto en rico caballero para ser su yerno: eso es tener buena estrella, o no las hay buenas en el firmamento.

—Hace mucho tiempo que había oído yo decir que el joven Kessman era noble; pero a la verdad no se me pasaba por la mente que podía salir siendo hijo de un conde ¿no dijo Keller que era conde el padre de su yerno?

—¿Conde decís? ¡Príncipe! A mí me han asegurado que es un príncipe de no sé dónde.

—Tenéis razón vecina: Juan Bautista es hombre de suerte; todavía lo habéis de ver a él mismo, en carne y hueso, hacerse conde y príncipe el día menos pensado.

—Callad, vecina, callad; que hay cosas capaces de hacer dudar de la justicia del cielo; porque, pregunto yo: ¿qué virtudes tan grandes practican ciertas gentes, que en todo son venturosas? ¿Qué es lo que han hecho para merecer su constante fortuna? Otras hay que se consumen trabajando y nunca salen de pobres.

—Vos no podéis quejaros; vuestras viñas prosperan a pedir de boca; pero ¡yo, pobre de mí! Soy viuda de un escudero de buena alcurnia, y aun no he podido reunir un miserable *sennte* de 100 vacas!

—Pues ¿qué decís de mí? Saltó otra; mi marido era el jefe de los monteros del conde de la Gruyère, y sin culpa ninguna se ve arrojado del castillo y obligado a ganar el pan guardando ganados de plebeyos.

—Mi hijo se hubiera muerto de hambre después que salió del servicio del conde de Montsalvens, si ese buen joven que Dios bendiga, el baroncito de Charmey, no lo hubiera hecho su paje de cámara; por cierto, vecinas, que ha venido a verme esta mañanita; él fue quien me despertó, ¿y sabéis lo que me dijo?

—¿Qué? Preguntaron a la vez todas aquellas comadres.

—Me dijo, prosiguió la otra en tono de confidencia, que el barón iba a... a... ¿creeréis que lo he olvidado? Pero... debió ser a Friburgo, porque allí es, según creo, donde se ventilan esas cosas.

—¿Qué cosas, vecina? ¡Si no habéis dicho nada!

—¿No lo dije? ¡Ah, tengo una cabeza! Pues bien, ¿no habéis oído asegurar que las pingües posesiones que constituyen las riquezas de Montsalvens, pertenecen en justicia al barón de Charmey?

—Eso es positivo, y luego que despache este regalo os he de poner tan en claro los derechos del barón sobre dichos dominios, que podáis jurar en conciencia ser tan suyos como míos estos frascos; mientras no salgan de mi casa, se entiende.

—Pues bien, mi hijo dice que el señor de Charmey ha ido a reclamar lo que le pertenece, y que Williams, el conserje del castillo, da por seguro que ha de volver triunfante antes de mucho.

—Ya lo creo: si eso consiste en enseñar sus títulos y ya está. Lo extraño es que no se le haya ocurrido hasta ahora a ese buen barón el hacerlos valer; pero ¡Dios mío! ¿Qué hora es esta que suena? ¡Las doce, y a las tres se firman los contratos! Dejadme, os ruego, vecinas mías; tengo que mandar mi regalo y que arreglar mi vestido color de escarlata.

—Nosotras también estamos convidadas.

—¡Oh, todo el pueblo! Keller es rumboso; tocante a eso no se le puede tildar.

Las mujeres se separaron para hacer sus *toilettes*, y en idéntica ocupación se halló una considerable parte de la gente femenina del lugar, hasta que sonaron las tres en la gran campana de la iglesia. Entonces los ámbitos de la casa de Keller comenzaron a llenarse de lucida concurrencia. Ida hacia los honores, vestida sencillamente con infinita gracia, y poco después se presentó el ganadero, enlazado un brazo al de su yerno futuro, y ostentando sus más lujosos atavíos.

Unánime aclamación resonó en la sala, y todos los asistentes se apresuraron a felicitar a ambos, y en especial al hijo del *opulento príncipe*, que recibía por primera caricia paternal dos mil piezas de oro de 32 franken.

Al mismo tiempo apareció el escribano con las manos cargadas de legajos, y leyó en alta voz la escritura dotal de la novia, en la que declaraba el esposo

recibir de su padre político un extenso alpaje con 200 vacas gordas, otro más pequeño con 50, y la cantidad de 400 ducados de Berna en buena moneda de oro.

—¡Viva el rico ganadero! ¡Viva el generoso papá! Exclamaron los testigos; mientras Keller entregaba a su yerno las escrituras de donación, y en un lindo bolso de seda los 400 escudos mencionados. Nuevos vítores resonaron al ver en manos del joven aquella dote, considerable para ser de una villana, y se aumentó el entusiasmo cuando Arnoldo declaró dotar, por su parte, a la joven desposada con mil piezas de oro de 32 franken.

—¡La mitad de su fortuna actual! Decía Keller al oído de sus vecinos; pero ¿qué es eso para el hijo de un potentado?

—¡Viva el señor Kessman! ¡Viva el novio espléndido! Exclamaban todos, exaltados por aquel rasgo de desprendimiento y de conyugal ternura, y el joven firmó las escrituras entre un concierto de aplausos.

En tal momento nuevo tropel de gente invadió de súbito la sala de reunión, y todo ruido cesó, y todas las miradas se preguntaron con lenguaje mudo qué significaba aquello; pues los recién venidos eran hombres de armas y traían la divisa de una ilustre y temida casa.

—Señores, dijo Keller, adelantándose, ¿qué buscáis aquí de esto modo, en un día de regocijo para mi familia?

—¿No se oculta en este recinto, —preguntó el que hacia veces de jefe, —el joven Arnoldo Kessman?

—Es novio de mi hija, respondió Juan Bautista, y no se oculta de nadie: hele allí; ¿qué queréis de él?

—¡Arnoldo Kessman! Pronunció entonces con atronante voz el que capitaneaba a los otros. En nombre del muy alto y poderoso señor conde de Montsalvens, de quien sois vasallo, quedáis preso desde esto instante. Seguidme; tengo orden de ponerlos incomunicado en uno de los calabozos del castillo.

—¡Preso! Exclamaron todos asombrados.

—Pero ¿de qué delito es acusado este joven? Preguntó balbuciente el ganadero.

—Se ha perpetrado un robo en el castillo de su señoría, respondió con rudeza el hombre de armas, y todas las sospechas recaen en ese perillán. Asidlo vosotros, añadió dirigiéndose a su gente.

—No es menester —dijo Arnoldo adelantándose hacia ellos, pálido como un espectro—: estoy pronto a seguirlos.

V

Mientras la pobre Ida, desmayada, era conducida a su lecho por algunas vecinas caritativas, que se afanaron por asistirle; y mientras que Juan Bautista,—espantado y trémulo ante el miedo de aparecer cómplice o encubridor de un robo,— se disponía presuroso a ir a poner en manos del Gobernador de Friburgo la cantidad de que Arnoldo le hiciera depositario; la mayoría de los convidados para la celebración de los contratos nupciales, se alejaba cuchicheando de aquella casa donde acababa de penetrar la desgracia.

—He aquí en lo que han venido a parar los humos del rico ganadero, decía la propietaria de viñas. Después de tanta bambolla, se ve hoy objeto de burla o lástima para todo el lugar. ¡Vaya con su yerno, el hijo del príncipe, de qué modo prueba su elevado origen!

—Parece increíble que ese muchacho haya podido cometer un delito infame. ¡Tiene aspecto tan noble y aparenta tan buenos sentimientos! Pero la culpa no es suya, sino del codicioso que se negaba a darle su hija si no se hacía rico. Ya veis, era ponerle en el disparador, porque el pobre chico estaba furiosamente enamorado.

—¿Y por qué tuvo la audacia de remontar tan alto su pensamiento? Preguntaba cierto mocetón, idólatra de Ida y envidioso de Kessman. Nunca me ha petado el tal paje, con sus pretensiones de nobleza, sin ser más —en resumidas cuentas— que un espurio, que no conoce el nombre de sus padres ni el lugar de su nacimiento.

—Por dicha reputaría al presente fuera tal ese misterio que lo envuelve, que no pudiese probar el conde de Montsalvens estar sujeto a su jurisdicción (pronunció gravemente el viejo Bull); pues creo capaz a aquel magnate, —Dios me perdone el mal juicio,— de hacer ahorcar sin misericordia al pobre joven por sólo la sospecha de una falta.

—¡Falta! ¿Llamáis falta a un robo considerable con abuso de confianza? Repuso el mocetón envidioso: tal crimen, además, aparece claro como la luz del día. ¿De qué modo explicar, si no, que Arnoldo, sin tener sobre qué caerse muerto, deje de repente el servicio del conde, y aparezca poseedor de mil piezas de oro de treinta y dos franken?

—En efecto, la cosa no admite dudas, —añadió la propietaria de viñas. Compadezco con todo mi corazón al desventurado Arnoldo; pero es preciso confesar que todas las apariencias le condenan.

Después de estas palabras, cuyo peso debieron sentir vivamente las personas que se mezclaban en la conversación, el pobre amante de Ida quedó declarado reo casi unánimemente, y apenas si hubo una voz misericordiosa que se negase a calificarlo de ladrón desalmado.

Sin embargo, casi en los mismos momentos se entablaba en el castillo de Montsalvens un diálogo singular entre el juez acusador y el vasallo acusado, que, a ser oído por los vecinos del pueblo de Neirivue,— como lo será por nuestros benévolo lectores, a quienes se lo trascribiremos fielmente, —les hubiera sorprendido no poco, dando a sus pensamientos inesperado giro.

—Arnoldo, decía el conde, a cuya presencia fue conducido el preso; malignas sugerencias os persuadieron sin duda de que temáis derecho a sustraer de mi escritorio los documentos que repentinamente han faltado de él; pero escuchadme, porque os voy a hablar con toda sinceridad y con el interés que un padre pudiera sentir hacia su hijo. Las ventajas que podáis sacar de la posesión de aquellos escritos, que —no sé cómo— habéis logrado robarme, son muy inferiores a las que estoy dispuesto a concederos si me los devolvéis inmediatamente; dejando burladas las ambiciosas esperanzas del enemigo mío que ha abusado de vuestra candidez, para engañaros y decidiros a una mala acción impropia de vuestro carácter, y la cual ciertamente no debía esperar el amigo, el protector que os acogió desde vuestra desvalida infancia, y que os quiere;oh! Sí, Arnoldo, —os quiere, podéis estar seguro, con la ternura de un padre.

Jamás hasta entonces había sido el conde de Montsalvens tan benigno, tan blando, tan expresivo con su paje, el cual, conmovido indudablemente por aquellas; muestras insólitas de generosidad y de afecto, no pudo menos de precipitarse a sus pies, exclamando con lágrimas:

—Perdonadme, señor; confieso arrepentido que, aprovechando vuestro sueño, la noche siguiente a la de la velada de San Juan, os cogí la llave del escritorio, y busqué y hallé la cartera a que hacéis referencia. No me posesioné de ella por creer pudiera encerrar algún secreto que me conviniese descubrir, ni tenía motivo alguno para suponerme con el menor derecho a ejecutar lo que hacía ¡Ah, señor! Habéis adivinado la verdad: fui arrastrado por sugestiones malignas. Obré bajo la influencia de una voluntad más poderosa que la mía. Perdonadme pues, perdonadme.

—Os perdono, sí, —repuso el conde, temblando de cólera, pero tendiendo al joven las manos con aparente conmiseración: os perdono, querido Arnoldo, y tan pronto me devolváis mis documentos os daré explicaciones satisfactorias de muchas cosas que habréis encontrado en ellos, y que quizás sean todavía harto oscuras para vos.

—No he abierto aquella cartera, señor conde, dijo el joven —siempre contrito y arrodillado;— no he leído ni uno sólo de los escritos que contiene.

—Tanto mejor para vos, replicó Montsalvens, a quien las últimas palabras de su interlocutor complacieron visiblemente. Decidme al punto donde tenéis el objeto sustraído, y de nada podréis ya reconveniros; todo quedará olvidado; seré más que nunca vuestro amigo, vuestro favorecedor, vuestro segundo padre.

—La cartera —balbuceó Arnoldo, asiendo las manos del conde con un gesto de amarga desesperación—; la cartera, señor, no está, por desgracia, en poder mío.

—¡Cómo! Exclamó el conde, perdiendo de un golpe su fingida dulzura. ¡Infame! ¿Habéis, pues, entregado mis documentos al barón de Charmey para que me despoje, para que me arruine?

—Sólo una vez en mi vida he visto al barón de Charmey, repuso el joven, y nada sabe su señoría de los documentos en cuestión.

El conde clavó con incredulidad sus chispeantes ojos en los de Arnoldo, y después de un instante de silencio —durante el cual procuró reconcentrar su violento despecho—, articuló, por último, estas palabras.

—Si lo que decís es verdad, aún podemos entendernos, Kessman; aun puedo yo perdonaros; pero no estando en manos de mi enemigo, ni tampoco en poder vuestro los importantes documentos que me sustrajisteis, ¿en quién los habéis depositado?

—¡Ah, señor conde! Exclamó el joven estremeciéndose: eso es un misterio horrible.

—¡Explicadlo! Yo lo quiero, yo os lo mando, dijo el conde, ebrio ya de furor, pero procurando todavía dominarse.

—¡Pues bien! Sabedlo todo: amo a una joven del país, cuyo padre había dicho muchas veces no se la daría jamás por mujer a un hombre privado enteramente de bienes de fortuna.

—¡Y qué! Dijo impaciente el conde.

—Y hay una tradición popular, prosiguió Arnoldo con voz ahogada, que asegura que en la noche víspera del día de San Juan ¡Oh, señor conde, tened piedad de mí! Es espantoso lo que voy a deciros.

—¡Acabad! ¡Acabad! Gritó Montsalvens, golpeando colérico el pavimento con sus descomunales pies.

—Existe a poca distancia de Neirivue, prosiguió Arnoldo, un lugar que llaman *el camino de Evi*, y la tradición afirma que el diablo aparece allí a mitad de la mencionada noche, y enriquece al individuo que osa esperarlo en un paraje oscuro y cubierto de helecho.

—¡Miserable! ¿Me venís ahora con cuentos de viejas?

—No, señor conde, esto no es un cuento; porque yo... yo estuve la víspera de San Juan en el camino de Evi.

—¿Y qué tiene que ver eso con el robo que me hicisteis?

—Que el diablo, señor conde, el diablo mismo fue quien me sugirió aquel crimen. Su voz ronca y terrible llegó a mis oídos, en medio de la oscuridad de aquella noche pavorosa. —Arnoldo Kessman, me dijo, no vienes a pedirme la posesión de un trono o de feudales dominios; sólo anhelas a una mujer, y para que la obtengas me hasta hacerte un modesto donativo. No seré, por tanto, exigente contigo; no te pido el alma; sólo reclamo una señal de tu valor y obediencia. El conde de Montsalvens, tu amo, guarda en su castillo cierta cartera, cuyas señales te daré, y que contiene escritos que no le pertenecen; pues son míos... si, sólo el diablo tiene derecho a ellos. Es menester que descubras el sitio en que se encuentra esa cartera; que la sustraigas, y que dentro de tres días, a esta misma hora, me la entregues en este sitio. En cambio de ella, tendrás al instante mil piezas de oro de treinta y dos franken. Guárdate, empero, de abrirla; porque, si lo haces, quedas desde aquel instante siervo del infierno para siempre,

y yo no quiero en mis dominios sino a los que conquistan su entrada con servicios más grandes y trascendentales.— ¡Oh! Señor conde, prosiguió el joven sollozando: cuando salí de aquel lugar funesto, me hallaba resuelto a no cumplir las condiciones del maligno, a renunciar, como debía, su ominoso donativo; pero ¡él lo tenía todo dispuesto para tentarme! La noche del 24 de Junio pusisteis en mi presencia, bajo la almohada en que descansáis la cabeza al acostaros, la llave del escritorio en que yo había visto, una vez que lo abristeis delante de mí, la misteriosa cartera cuyas señas me había dado el demonio.

Aquella llave estaba al alcance de mi mano, vuestro sueño parecía profundo ¡Oh! ¡Perdonadme! Caí en la tentación, señor conde, y Satanás recibió dos noches después el objeto que deseaba.

—¿Estáis loco, ¡desdichado! Me juzgáis por un imbécil? Gritó el conde. Que ya no podía contener más los ímpetus de su ira.

—No señor, respondió Arnoldo; toda la villa de Neirivue sabe que, después de aquella aciaga noche, soy poseedor de mil piezas de oro de treinta y dos franken, recompensa que me dio Satanás por la villana conducta a que logró arrastrarme.

—¡Oh estúpido! Exclamó —fuera ya de juicio— Montsalvens: si pierdo mi fortuna por la sustracción de esos documentos que no quieres devolverme, tendré al menos el consuelo de verte perecer quemado vivo; pues acabas de delatarte reo del más horrendo de todos los delitos. Venid—, añadió, llamando a su capellán, que entraba en aquel momento en la pieza inmediata; —venid para ser testigo de la acusación espantosa que este desalmado lanza contra sí mismo. Declara haber celebrado pacto con el demonio, vendiéndole su alma por mil piezas de oro de treinta y dos franken.

—¡Dios mío! Exclamó horrorizado el sacerdote; ¿cómo tolera vuestra señoría en su presencia un monstruo semejante, y no le ha entregado al punto al verdugo para que le arranque de la haz de la tierra?

—¡Piedad! ¡piedad! Repetía Arnoldo, queriendo abrazar las rodillas del ministro de los altares; pero éste lo rechazó con santa indignación, mientras que el conde de Montsalvens —infernamente gozoso al ver que le daba el desdichado los medios más seguros de perderle y vengarse— ordenaba precipitadamente la formación del proceso, en que debía resultar convicto y confeso de haberse vendido al diablo.

El pobre joven no se defendía, ni lo consideraba posible. Abrumado bajo el peso de su propio remordimiento, se entregó cual resignada víctima a los furores vengativos del terrible magnate, y la muerte le parecía pequeña expiación del odioso delito que se imputaba.

Pero ¿por qué el conde —que indudablemente se reiría en su interior de las liberalidades del demonio en el camino de Evi—; por qué el conde, que se jactaba de *esprit fort* muy superior a las supersticiosas creencias del ignorante vulgo, se aferraba para su venganza en aquel pretexto inesperado, en vez de proceder contra Arnoldo como reo del verdadero delito de haberle sustraído documentos importantes?

El capítulo siguiente nos aclarará acaso este misterio.

VI

El barón de Charmey se había ido efectivamente a Friburgo —según se ha indicado antes— y sin pérdida de momento hacia valer sus derechos a las posesiones usurpadas por Montsalvens; desplegando actividad y energía tan extraordinarias, como lo habían sido la indiferencia o incuria con que hasta entonces sufriera pacientemente la usurpación escandalosa.

Pero si él se daba prisa en mirar al cabo por sus antes descuidados intereses, entablado litigio cuyo éxito no parecía dudoso, el conde por su parte no obraba con menos diligencia y ardor para apresurar el curso del proceso formado contra Arnoldo, y —por desgracia— también era fácil de prever un resultado inmediato conforme a los deseos de su implacable encono.

Aunque el fanatismo religioso —creador del funesto tribunal que osó llamarse *santo* —no se igualase nunca en la Helvecia al que dominó largo tiempo en nuestra infortunada España— donde se quemaban mujeres, calificadas de brujas, por *volar y otros excesos*,— todavía era potente entre ciertas clases de la sociedad, y todavía —máxime siendo activado por influencias tan eficaces como la del señor de Montsalvens— podía levantarse amenazador e irresistible al ruido de un proceso por diabólicos pactos. Harto lo comprendía así el rencoroso conde, y convencido de que iba a perder para siempre la cuantiosa fortuna que por tantos años se había injustamente apropiado, se consolaba en parte con la feroz satisfacción de creer también indudable que haría pagar muy caro el triunfo de Charmey al infeliz joven a quien reputaba su instrumento.

Mientras tanto la enamorada Ida —que había logrado enterarse mejor que la generalidad de los vecinos de Neirivue de cuál era el crimen de su Arnoldo, y cuál el castigo que le amenazaba;— la enamorada Ida, decimos, presa de insoportables angustias, rogaba al cielo la sacase del mundo antes que condenarla a ser testigo del bárbaro suplicio de su amado, a quien incesantemente la representaba su imaginación envuelto por las llamas de la

hoguera, entre los clamores de la execración pública.

En este estado las cosas, ocurrió de pronto un notable incidente, que dio abundante pasto a la curiosidad general, produciendo contradictorios comentarios, ninguno de los cuales se fijaba en lo cierto.

Era el caso que —sin saberse en el pueblo de quién partía la iniciativa— debía tener lugar una entrevista secreta e importante entre los dos señores de Montsalvens y Charmey, cabiéndole la honra al chalet de Juan Bautista de ser escogido para teatro de ella.

Efectivamente, el suceso se realizó en uno de los últimos días de aquel verano, fecundo en novedades.

A la misma hora en que algunas semanas antes apareció repentinamente el joven barón donde se celebraba la alegre velada de San Juan, se le vio nuevamente atravesar los umbrales del ya solitario chalet; pero no llevaba esta vez impresa en el semblante la franca jovialidad con que había regocijado a los concurrentes de la fiesta de Keller; antes bien, si alguien le observara la noche a que ahora nos referimos, sorprendería de seguro en su hermosa y abierta fisonomía cierta veladura de zozobra y tristeza; difícil de explicar en los momentos en que se anunciaba próximo a fallarse a favor suyo el litigio que debía hacerle uno de los más opulentos señores de la comarca.

Sin embargo, aquellas señales de malestar, que cualquiera hubiese podido descubrir en su aspecto en el instante de penetrar por segunda vez en el modesto recinto del chalet del ganadero, —y que se acrecentaron visiblemente cuando se encontró en la misma estancia donde había referido dos meses antes la historia del donativo del diablo al amante de la bella Emma—, aquellas señales reveladoras al parecer de tormentosos recuerdos, fueron poderosamente dominadas por enérgica voluntad, al presentarse —torva y sombría— la antipática figura del conde de Montsalvens. Entonces, como si quisiera contrastar con su enemigo, el barón supo recobrar de súbito su sonrisa habitual, y — en apariencia al menos— hizo brillar en sus hermosos ojos la expresión serena de un alma tranquila y satisfecha.

—Gozad de vuestro triunfo, le dijo ásperamente, al observarlo, el conde de Montsalvens. Dentro de poco me dejaréis reducido a la indigencia; pero sabed, si lo ignoráis, que al ir a tomar posesión de los dominios de que seré desposeído, los hallaréis alfombrados por las cenizas humeantes del seducido Kessman,

confeso del atroz crimen de haberse vendido al espíritu del mal.

—Os estáis burlando, sin duda, respondió su interlocutor, procurando no inmutarse. Bien convencido estáis, señor conde, de que el crimen que mencionáis no existe más que en la turbada imaginación del desgraciado mancebo.

—Sí, comprendo que en todo este asunto no hay otro diablo que vos — repuso el conde; —vos, que a trueque de poder arruinarme, no habéis vacilado en comprar la conciencia, arrastrando al precipicio a un infeliz, que tiene derecho a toda vuestra ternura; pero, aunque os reconozca y os confiese único y verdadero autor de tan satánica obra, no por eso se escapará Kessman de la hoguera, ni vos —si sois capaz de sentirlo— del remordimiento de haberlo precipitado en ella.

—Debo persuadirme —dijo el joven barón con admirable tono de sangre fría — que no serán muy rudas las torturas del remordimiento con que me amenazáis; toda vez que no disteis señales de ellas cuando usurpasteis mis bienes, empleando las armas más desleales y villanas toda vez que tampoco os han impedido hacer alardes de caridad generosa, persuadiendo a todos que era Arnoldo Kessman un indigente sin otros recursos que vuestros beneficios; mientras os utilizabais del módico patrimonio de que os hizo depositario el padre de aquel mísero huérfano, cuando os lo confió moribundo.

—¡Probadlo ante un tribunal! Pronunció casi ahogado por la cólera el iracundo conde. Presentad los documentos que atestigüen vuestro aserto.

—Os consta que no lo haré, replicó el barón conservando su aplomo, y por eso es por lo que os atrevéis a provocarme. Sí, conde de Montsalvens, confieso que no quiero ni debo presentar nunca los escritos que patentizan la verdad de mi aseveración; confieso asimismo que no salvaría a Arnoldo del suplicio a que presumís sea condenado, si para alcanzar su justificación me era forzoso explicar ante los hombres la causa del interés inmenso que tenía en arrancar de vuestras manos los indicados documentos; interés que me inspiró la estratagema que os ha suministrado pretexto para perder a un desvalido.

—Pues bien, — dijo Montsalvens,— si os halláis, como lo supuse desde luego, resuelto a no declarar que habéis sido el diablo que dictó y pagó la traición de mi paje, — porque no os conviene dar explicaciones del misterioso motivo que justificarla la verdad de vuestro dicho;— si Antes que patentizar secretos ignominiosos consentiréis perezca aquél en las llamas, ¿por qué fingir

que tomabais a burla mi amenaza, como lo hicisteis al comenzar esta desagradable plática? ¿Será que me juzgáis tan bueno o inofensivo, que no la lleve a efecto por conmiseración magnánima?

Al pronunciar las últimas palabras el conde parodió una sonrisa, de tan horrible carácter que hizo palidecer al barón; por más que se esforzaba para mostrarse sereno, no dando a su adversario la bárbara satisfacción de conocer tenía miedo a su perversidad inexorable.

—En verdad, Sr. de Charmey, añadió éste, que no puede menos de parecerme muy singular la confianza que os inspiro.

—Os engañáis, Sr. De Montsalvens, contestó su interlocutor. Me habéis hecho comprender demasiado lo mucho de que sois capaz; pero he venido aquí dispuesto a proponeros una transacción, que — en las presentes circunstancias— os debo ser más ventajosa y lisonjera que el triste triunfo de vuestro rencor. Por eso me anima la esperanza de que, si no habéis perdido el juicio, no os empeñaréis— después de haberme oído —en hacer quemar vivo al hijo de vuestro paciente y amigo, que os lo recomendó en su lecho de agonía.

Semejante ferocidad fuera para vos completamente inútil; mientras que aceptando mi proposición de avenencia, os evitaréis la completa ruina a que aseguráis os reduzco por el invencible poder de mi derecho.

—Y ¿cuál es la transacción? Preguntó Montsalvens sentándose en un sillón, con el aire de quien se prepara a sufrir alguna impertinencia. El barón, sin desconcertarse por ello, tomó también asiento y formuló con entera voz su pensamiento, en los términos siguientes:

—Lleváis —aunque indignamente— un nombre ilustre, que quiero respetar, y me interesa no salgan jamás de labios como los vuestros otros nombres, que respeta todo el mundo. Os obligaréis, por tanto, —so pena de quedar invalidado en todas sus partes el convenio que ahora hagamos—, ¿guardar absoluto silencio sobre los secretos que revelaban los documentos contenidos en la cartera de que se posesionó Arnoldo con legítimo derecho, y a cambio me comprometeré yo solemnemente a callar también el vergonzoso fraude que habéis cometido, al despojar al huérfano de un modesto patrimonio, de cuya pérdida tomaré a mi cargo resarcirle.

—¿Es eso todo? Dijo Montsalvens con su cínica sonrisa. ¿Habéis formulado por completo vuestro gran proyecto de transacción y avenencia?

—No, conde; me resta exigiros la anulación del proceso contra el joven Kessman; anulación tal, que en ningún tiempo sea posible revivirlo. ¿Lo entendéis bien? Vuestra actividad e influencia —que han sido tan grandes para formarlo— deben emplearse con igual éxito para invalidarlo prontamente, dejando el buen nombre del procesado en el lugar que merece.

—¡Magnífico! Exclamó el conde con horrible mueca de sarcasmo; pero ¿cuál es la estupenda concesión que queréis proponerme para compensar el sacrificio de mi justa venganza?

—A eso voy precisamente, respondió Charmey, conservando siempre admirable apariencia de sangre fría. Me habéis hecho el honor de darme varias veces el nombre del príncipe del abismo, y oso esperar, Sr. De Montsalvens, me permitáis repetir en vuestro favor, cada año, mientras durare vuestra vida terrestre, el *donativo del diablo*.

—Es decir, que queréis darme una renta vitalicia de mil piezas de oro de treinta y dos franken. ¿No es así?

—La creo más que suficiente para ponerlos a cubierto de la indigencia, que tanto os atemoriza, y en la que ciertamente no me halagaría ver a un hombre de vuestra alcurnia.

—Pero, puesto que aceptáis el papel del espíritu maligno, debe comprender vuestra sagacidad que no pueden tentarme vagas promesas sin ninguna garantía.

—Indudablemente, Sr. De Montsalvens; y ahora —que leo en vuestro semblante que mi transacción prometida empieza a mereceros algún aprecio— os diré de una vez que estoy pronto a daros cuantas seguridades necesitéis. El día mismo en que Arnoldo Kessman, completamente justificado por vos, vuelva al goce de su libertad y de su honra, pondré en vuestras manos, en documentos a satisfacción vuestra, la obligación que contraigo.

—Supongo que esperaréis —para poder estar cierto de cumplirla— a que sea fallado el litigio pendiente entre los dos.

—Aun cuando así se haga (dijo el barón poniéndose en pie, como si diera por terminado el convenio), la espera no será larga, señor conde, pues harto sabéis que nuestra contienda judicial está tocando a su término; no permitiendo otra cosa la evidencia de mi justicia.

—Sí, articuló el conde levantándose también y ahogando apenas un rugido de despecho: sí, Sr. de Charmey, sé que seré vencido, porque vuestra diabólica

astucia ha sido mayor que todas mis prevenciones; pero no es tiempo de entrar en esta materia. Me habéis hecho una propuesta de transacción, y os pido tres días para meditarla y resolver.

—Ahora o nunca, dijo con firmeza el barón. Es preciso que admitáis o que rechazéis, clara y resueltamente, aquí, al instante, porque los momentos son preciosos para mí y también para vos —que tenéis que andar muy listo si habéis de destruir a tiempo los efectos de la horrible causa que habéis hecho formar al desventurado cuya suerte os fue confiada. Decidid, pues, sin demora, Sr. De Montsalvens. Sólo aguardo un sí o un no de vuestros labios, para tenderos mi diestra, olvidando todo lo pasado, o para dejaros entregado— bajo el peso de mi maldición— a la justicia divina, que os hará perecer en la miseria.

El conde guardó silencio por algunos instantes. Era evidente que vacilaba todavía entre su odio y su conveniencia; entre su necesidad de venganza y su necesidad —no menos apremiante— de salvarse a cualquier precio de una completa ruina.

Durante aquel intervalo de rudo combate en el alma de su enemigo, también en la de Charmey pasó, seguramente, cierta incertidumbre dolorosa; pues —no obstante sus esfuerzos continuos para mostrarse sereno— si el conde, menos preocupado con sus propios sentimientos, se hubiese detenido a observarle, lo habría visto palidecer y estremecerse, aguardando con invencible ansiedad la terminante respuesta que lo exigía.

Por fortuna pudo más la codicia que el rencor en el ánimo de Montsalvens, y aunque no sin hacerse violencia —hasta el punto de morderse los labios haciendo saltar la sangre— pronunció, por último, con cierto gesto singular, que parodiaba una sonrisa:

—Bien, queda aceptado el *donativo del diablo*, toda vez que espero no me ha de exigir el alma en cambio de lo que otorga.

—Perded cuidado, respondió el barón —respirando, al fin, e imitando la forzada jovialidad de su enemigo—: no tiene el diablo necesidad de pedir lo que hace tanto tiempo le pertenece. Dicho esto, saludó cortésmente a Montsalvens, dándole la mano y manifestándole que esperaba aviso suyo en el castillo de Charmey, para que quedase definitivamente cumplida la transacción estipulada.

VII

Pocas semanas después, la villa de Neirivue se hallaba alborotada por notables sucesos, casi simultáneamente ocurridos.

El joven barón de Charmey —tan simpático para todos los habitantes de aquel pueblo— había ganado completamente el litigio entablado contra el temido conde de Montsalvens; siendo puesto en posesión de los pingües dominios que habían constituido la opulencia de este personaje durante muchos años. Pero no era esta sola la novedad causante del interés general: el conde, edemas, se había ausentado, jurando, en su despecho, no volver a pisar el suelo de la Helvecia; pero antes había puesto en libertad al procesado Arnoldo Kessman, cuya inocencia resultó patente según confesión de su mismo acusador; quien reconoció y probó haber sido efecto de momentáneo enajenamiento mental —nacido de la vergüenza de verse sospechado injustamente de un robo— el haberse denunciado el mismo, absurdamente, reo de un pacto diabólico.

Todas las buenas gentes de Neirivue participaban sinceramente, en esta fausta ocasión, del júbilo indecible de la interesante Ida, que —desde la terrible peripecia que tuvo lugar el día de sus contratos matrimoniales— había sufrido amarguras y zozobras indecibles, de las que iba a compensarla, por fin, la Providencia divina, realizando el anhelado enlace en que cifraba toda su ventura.

Pero aunque simpatizase el pueblo con el gozo de los dos amantes, no dejaban de circular habladurías y murmuraciones sobre el papa Juan Bautista; cuyo orgullo llegaba al apogeo al declarar a sus amigos —muy orondo y satisfecho— que su ilustre amigo Charmey le pedía con insistencia irresistible le cediese la honra de servir de padrino a los felices novios, de los cuales se declaraba protector decidido. El ganadero solía añadir —en tono confidencial— que no le quedaba ya la menor duda de la nobilísima alcurnia del que iba a ser su yerno, ni de que recibirían regalos dignos de príncipes los jóvenes contrayentes.

En efecto, aunque tildasen los vecinos de ponderativo y jactancioso al bueno

de Juan Bautista, pronto se supo con evidencia que era realmente el barón padrino del próximo casamiento, y que preparaba para solemnizarlo presentes y festejos de los que quedaría perdurable memoria en la modesta villa de Neirivue.

Nadie hablaba, por tanto, de otra cosa que del ya célebre desposorio; para el cual todas las mujeres compraban galas a porfía, y todos los hombres aprontaban su contingente de obsequios, con el doble objeto de demostrar a los novios su amistad, y al poderoso padrino lo mucho que sabían agradecer la honra que dispensaba, en Juan Bautista, a todos los hijos del pueblo.

Solamente Arnoldo, —que debía ser el más contento y ufano,— parecía no gozar por completo de la general alegría; porque le preocupaba en gran manera no hallar explicaciones en su mente, del inesperado y venturoso cambio que acababa de tener su suerte. ¿Por qué el conde de Montsalvens, —tan rencoroso y tenaz, —había pasado repentinamente desde la encarnizada persecución que le había jurado, hasta el extremo de hacerse su defensor y panegirista? ¿Por qué el conde de Charmey, —que indudablemente había influido en la anterior incomprensible mudanza, —le dispensaba a él, pobre mancebo oscuro, tan señales pruebas de interés y patrocinio? ¿Qué misterio se encerraba en la singular coincidencia de haber hecho valer sus derechos, por tanto tiempo desatendidos, precisamente cuando el usurpador, —en las reconvenciones que dirigía a su ex paje, —le acusaba de haberse hecho instrumento de los intereses de aquel joven magnate?

Por último, ¿qué debía pensar del *donativo del diablo*, origen para él de remordimientos no disipados todavía?

No hallaba Arnoldo, por más que meditaba —dando tortura a su inteligencia — manera clara de resolver tales dudas; y en medio de su inmensa felicidad, las nubes de misterio que envolvían el origen de ella, bastaban a oscurecer con frecuencia las irradiaciones de su luz.

Llegó en tanto la víspera del día solemne que debía unirle para siempre a su adorada Ida, y el joven se resolvió entonces a pedir al barón algunos minutos de conversación sin testigos, para suplicarle le sacase de ansiedades dándole la clave de tan complicados enigmas.

—Señor de Charmey (le dijo apenas se vieron solos), tengo la íntima convicción de que habéis contribuido no poco a que el conde de Montsalvens desistiera del proceso que me hacía formar, como a reo confeso del abominable delito de un pacto diabólico, y quisiera mereceros el nuevo favor de que me

explicarais cómo y por qué trabajasteis en beneficio mío, hasta obtener resultado completo.

—Lo que he hecho por vos, mi querido Arnoldo, contestó el barón con acento un tanto conmovido, era un deber de conciencia. El dinero que creísteis recibir del demonio salió de mis manos para pasar a las vuestras. Yo fui quien os hizo aquel donativo, que pudo seros funesto.

—¡Vos! Exclamó Arnoldo admirado.

—Desde meses antes de la velada de San Juan, añadió el barón de Charmey, concebí el designio de usar de la estratagema, que ahora reconozco imprudente. Erais paje de cámara de un hombre que guardaba ciertos escritos, capaces de comprometer gravemente el honor de una ilustre familia; pensé que podría sustraerlos por vuestra mediación, y no vacilé en aprovechar las favorables circunstancias de aquella antigua tradición, y del anhelo que debíais tener por adquirir medios para ser aceptado como marido de Ida Keller. Entonces, Arnoldo, — añadió el joven caballero más conmovido aún,— ignoraba lo que me hicieron saber después los documentos en cuestión: ignoraba que al quitárselos al conde, no hacíais más que tomar lo que podíais legítimamente considerar vuestro.

—Pero si me pertenecían los escritos a que hacéis referencia, observó Kessman, ¿por qué os interesaba tanto el conquistarlos vos, señor de Charmey?

—¡Escuchad, Arnoldo! Dijo el barón bajando la voz —trémula ya por el exceso de un enternecimiento visible—. Cierta dama de elevada clase, hallándose ausente su marido, tuvo la desgracia de inspirar pasión tan invencible como la que sentís por Ida Keller, a un caballero ilustre que poseía todas las dotes para hacerse querido. Así, el tirano sentimiento que os hizo aceptar un donativo, en vuestro concepto infernal, fue también funestamente poderoso en el alma de aquellos dos desdichados. ¡Todo lo olvidaron en momentos de delirio! Pero volvió el esposo, los culpables tuvieron que separarse para siempre, y algún tiempo después murió uno de ellos en brazos del conde de Montsalvens, que era su amigo, su deudo además, y que entonces —arruinado por los desórdenes de una juventud libertina— se hallaba muy lejos de imaginar pudieran nunca recaer en su persona los vastos dominios del opulento personaje, lejano pariente suyo, cuya herencia se apropió posteriormente pasando por encima de mis preferentes derechos.

—Pero ¿por qué causa tolerasteis semejante usurpación? Preguntó Arnoldo.

—Quedó en poder del malvado que la cometió, —continuó diciendo Charmey, mientras temblaba en sus párpados una lágrima que no pudo contener —; quedó en poder de Montsalvens, repitió procurando dominarse, un niño infeliz, fruto de los infaustos amores que dejó mencionados, y con aquel sagrado depósito —que le hizo un padre moribundo— recibió también los documentos cuya existencia ignorabais. Muchos de ellos eran cartas de la ilustre dama a su amante, cartas trazadas con tanta pasión como imprudencia, firmadas con su nombre, timbradas con su escudo.

Otros eran escritos de la misma mano, dirigidos al confidente y amigo del difunto, conteniendo recomendaciones ardorosas a favor del huérfano confiado a su tutelay en ellos consta que sois vos, Arnoldo, aquel inocente niño, y que vuestro padre os dejó en manos del infiel amigo una parte no despreciable de su modesta fortuna.

Nada de esto sabía yo cuando me valí de un ardid peligroso para moveros a ser mi cómplice en la sustracción de tan graves documentos; sólo me movía el anhelo de arrancar de manos de Montsalvens las pruebas evidentes del deshonor de una respetable familia, y de las cuales osaba hacerse un arma para proteger usurpaciones. Sí, Arnoldo, era bastante bajo para decirme:

—El día que intentéis matarme en duelo, o hacer valer vuestros preferentes derechos a los bienes de que me he posesionado, ese mismo día divulgaré los secretos de que soy depositario, removeré las cenizas de la desgraciada que ya no existe, y despojaré su memoria del inmerecido respeto que la acompañó a la tumba.

—Me estáis descubriendo la más inaudita infamia, dijo Kessman, y os rindo infinitas gracias, señor de Charmey por haber salvado el honor de mi madre escogiéndome por instrumento de vuestro noble designio; pero permitidme os diga que aun no comprendo qué interés personal teníais en todo esto: sí, no alcanzo el motivo que os pudo hacer tan precioso el buen nombre de mi familia, que para conservarlo hayáis dejado por tanto tiempo al conde en tranquila posesión de la gran fortuna que os pertenecía.

—¿Es posible que no lo haya adivinado vuestro corazón, Arnoldo? Repuso el joven caballero reteniendo con dificultad el llanto que se agolpaba a sus ojos. Pues bien, yo os lo explicaré: sabed que nos es común a los dos el sagrado deber de conservar sin mancha el nombre de aquella que os dio la vida; porque, también en su seno comenzó la mía.

—¡Sois mi hermano! Gritó trasportado Kessman.

—No alcéis tanto la voz, respondió Charmey; venid a pronunciar ese dulce nombre sobre este corazón, que os ama, pero después olvidadlo. Tal sacrificio nos impone a ambos el respeto debido a nuestra infortunada madre.

Los dos jóvenes se precipitaron el uno en brazos del otro, y confundieron sus lágrimas en aquel largo y cordialísimo abrazo; pero al mismo tiempo llegaron a sus oídos —para sacarlos bruscamente de su profunda emoción— las estrepitosas aclamaciones de —¡Viva el barón de Charmey! ¡Vivan los novios!

Los vecinos de Neirivue habían invadido tumultuosamente la casa de Juan Bautista, ansiosos de admirar los grandes regalos del ilustre padrino a los dos venturosos amantes, y también venían aguijados por la curiosidad de conocer el motivo de un espectáculo sorprendente, que no acertaban a explicarse. *El camino de Evi* había aparecido —desde las primeras horas de la noche— profusamente iluminado, y multitud de sirvientes, con la librea del barón, se ocupaban en cortar el helecho —tan abundante en aquel sitio— para alfombrar con él la capilla del castillo de Charmey, en que a la mañana siguiente iban a recibir Ida y Arnoldo las bendiciones nupciales.

Pronto se supo —y se celebró por todos— que el espléndido padrino quería comenzar desde aquella misma noche los festejos de la boda con una alegre velada; durante la cual se serviría opíparo banquete, que prometía repetir en la próxima víspera del bienaventurado San Juan Bautista, en testimonio de su amistad por Keller, y renovando —con nuevos regalos a favor de los novios— la memoria, casi olvidada, del tradicional donativo del diablo.

LA BELLA TODA Y LOS DOCE JABALIES

DOS TRADICIONES DE LA PLAZA DEL MERCADO DE
BILBAO

I

En el verano de 1858 pasé con mi marido algunos días en la limpia y bonita ciudad que es capital de Vizcaya. Durante aquella breve temporada tuvimos ocasión de estrechar relaciones de afectuosa amistad con una muy apreciada familia del país, de la cual era miembro la amable persona que tuvo la condescendencia de acompañarnos en todos nuestros paseos y pequeñas excursiones, desempeñando con admirable inteligencia el cargo de *cicerone*.

Una hermosa tarde de Agosto me hallaba con ella en la antigua Plaza Mayor —hoy del Mercado— y sin saber la causa, me sentí súbitamente poseída de cierto sentimiento de vaga melancolía, que no pudo escapársele a mi perspicaz compañera.

—Usted tiene maravilloso instinto de poeta (me dijo de pronto, interrumpiendo el silencio que guardábamos ambas hacia algunos minutos). Su corazón se siente conmovido, como si adivinase que el sitio en que estamos ha sido teatro en otros tiempos de dramáticos hechos, que la tradición ha trasmitido a los nuestros. ¿Ve aquel vetusto caserón que hace esquina con la carnicería? Pues sepa que fue llamado *palacio* cuando lo habitaba la bella Toda de Larrea, cuyos irresistibles, encantos hicieron infiel (si no erró la popular creencia) nada menos que al augusto marido de la gran reina Isabel la Católica.

Allí vino al mundo, fruto infeliz del regio devaneo, una niña, cuya extraordinaria hermosura fue el asombro de cuantos la conocieron; los cuales la llamaron la *excelenta*, no ocurriéndoles término mejor con que expresar la perfección de sus gracias, superiores con mucho a las de su misma madre.

La inocente y peregrina criatura aún no había salido de la infancia, cuando— sabedora la austera soberana de Castilla de las consecuencias que había tenido el secreto extravío de su consorte,— ordenó la reclusión perpetua de la madre y de la hija en un convento de Madrigal, donde efectivamente se las sepultó para siempre. Mire aquella puerta, que hoy sirve de puesto a una expendedora de

verduras, por ella se dice que salió vestida de negro, bañada en llanto, y acompañada de su preciosísima hija, la infeliz amante del monarca aragonés, cuando la arrancaron de la suntuosa morada —testigo de sus pasados placeres— para trasladarla al sombrío claustro que debía ser su expiación y su tumba.

Nadie volvió a tener noticia alguna, desde entonces, de su triste vida, consagrada a la penitencia, nadie se acordó más de la bella Toda, que había sido el ídolo de Bilbao en los primeros dichosos años de su juventud florida, y un rudo pescador poseía y usaba sin escrúpulo alguno la barquilla dorada, en la cual —sobre almohadones de terciopelo— solía la noble *traviata* pasearse muchas tardes de verano por las tranquilas aguas del Nervión.

Algunos años después —traspasando los densos muros del monasterio— corría la fama de una joven religiosa de Madrigal, a quien su singular belleza conquistaba el dictado de *monja angélica*. La tradición afirma que el rey D. Fernando de Aragón visitó el convento el día solemne en que recibió la investidura de abadesa —aunque muy joven todavía— la célebre *monja angélica*, y que enternecido vivamente al aspecto de aquella maravillosa beldad, sepultada en perdurable encierro, algunas lágrimas humedecieron sus párpados reales, mientras que la *excelenta*, la infortunada hija de Toda Larrea (ya difunta), besaba humildemente —como súbdita respetuosa— la mano paternal que no osó nunca extenderse sobre ella para bendecirla.

—Pero observo —añadió mi amable *cicerone*— que se detiene en el centro de la Plaza, como si fijase sus plantas una atracción misteriosa.

—En efecto, respondí, me parece presentir que no son únicamente las lágrimas de la bella Toda las que han prestado a esta vieja Plaza el inexplicable poder con que agita mi fantasía. ¿No es verdad que va a referirme alguna otra historia de los antiguos tiempos, aún más patética quizás que la de Toda y su hija?

—Algo más larga también, repuso mi amiga; sentémonos, por tanto, si gusta, y prepare su cartera de viaje para tomar notas del trágico suceso que tuvo lugar en esto mismo paraje, porque no se engaña en sus presentimientos: no sólo han humedecido lágrimas el suelo en que se asientan sus plantas, sino también sangre, sangre ilustre, que —aunque borrada por los siglos de la tierra que la recibió— no lo ha sido aún de la memoria de los bilbaínos, quienes conservan con fidelidad la terrorífica tradición siguiente.

II

No ha existido jamás en Vizcaya doncella tan adorable como Elvira. El día de su boda, cuando salía vestida de blanco de la capilla del alcázar de su familia, apoyada suavemente en el brazo de su noble esposo y en medio de lucidísimo séquito, no se oían salir de todos los labios sino estas exclamaciones: ¡Bendiga Dios a la encantadora desposada! ¡Qué felicidad la de poseer una mujer tan perfecta! ¡Dios premia dignamente las virtudes de D. Juan de Avendaño, al darle tal compañera!

En efecto, el hombre dichoso que acababa de recibir en el altar los sagrados juramentos de la hermosa Elvira, era digno de tan lisonjera suerte. Bizarro, valiente, diestro en todos los ejercicios propios de un noble de aquellos marciales tiempos, se distinguía, además, por otras prendas menos comunes, y más preciosas en toda época. Su franqueza y lealtad desdeñaron siempre la mentira; su rectitud proverbial no se torció nunca a impulso de ningún interés; su beneficencia le hacia el ídolo de los pobres; su afabilidad le granjeaba el afecto de los proletarios enriquecidos; todos los que le conocían, en fin, le señalaban como el más cumplido caballero.

Entre las nobles damas y los ilustres señores que asistían jubilosos a la nupcial fiesta del castillo, había, empero, una persona que no participaba —al parecer— de la satisfacción general; y ante la cual pasó risueña la enamorada pareja, sin que saliese de sus labios ni una alabanza para la bella novia, ni un parabién para el feliz desposado. Era esa taciturna persona el caballero de Lezama, favorito del joven D. Tello, señor de Vizcaya. Desde que sus ojos se dirigieron por primera vez al semblante de Elvira, se clavaron en él —digámoslo así— con incansable tenacidad; pero lejos de esclarecerse su ceño, naturalmente torvo, pareció condensarse sobre sus duras facciones la nube de displicencia que a menudo las velaba. Cualquiera que lo observase habría conocido que aquel casamiento —motivo de satisfacción para todos— producía en el soberbio

personaje impresiones inexplicables; pues pudiera creerse que al adusto desdén que aparentaba se unía la amargura de una envidia sañosa.

Los festejos duraron todo el día y parte de la noche, sin que Lezama tuviese un solo instante de expansión y placer. Su frente continuaba sombría; sus labios desdeñosos; pero su mirada fija siempre en Elvira se fue volviendo más y más ardorosa. Los recién casados, enajenados con su dicha, no notaron nada; pero algunos de los asistentes se decían al oído, al retirarse:

«El valido se ha enamorado de la esposa de Avendaño. A mala tentación ha cedido el novio cuando convidó a sus bodas al caballero de Lezama».

Todo aquello se olvidó pronto, sin embargo, pues los dos esposos pasaron su *luna de miel* en delicioso retiro, y Lezama continuó su vida de cortesano influyente, sin que al parecer se cuidase de otra cosa que de ostentar su privanza.

Algún tiempo después fue invitado Avendaño con instancia para una gran montería presidida por el príncipe. Es de advertir que D. Tello se preciaba de ser el mejor jinete y el más diestro montero de sus dominios, y que precisamente en ambos ejercicios sobresalía mucho el marido de Elvira. Quizá por esta circunstancia el señor de Vizcaya, que no lo había contado nunca entre sus palaciegos familiares, quiso entonces dispensarle la señalada honra de participar de sus placeres. No era, por cierto, extraño que desease poder apreciar por sí mismo si merecía el modesto caballero los encomios que le dispensaba la fama, en las dos habilidades en que él se reputaba el primero. Avendaño, por su parte, no juzgó compatible con su deferencia de súbdito el rehusar la gracia con que le brindaba D. Tello, y asistió a la montería, separándose por primera vez algunos días de su queridísima consorte.

Lezama, por el contrario, faltó por primera vez también del lado del príncipe, alegando en la hora de la partida una indisposición repentina; pero ¡ah! En el mismo día pudo emprender Elvira cuál era el motivo real de la permanencia del favorito en la capital abandonada por la corte. El orgulloso Lezama había creído suficiente la breve ausencia de Avendaño para triunfar de él en el corazón de su esposa. Tan necia presunción hubo de quebrantarse en un desengaño harto cruel, pues al regreso del marido no encubrió ya su rival el odio con que lo miraba y la acerba envidia que le consumía.

Por desgracia no eran más favorables al noble caballero los sentimientos del príncipe, porque —más sincero que prudente— había aquél ostentado durante la

montería su gran superioridad en los ejercicios en que D. Tello no había creído posible encontrar nunca vencedor. Herido en su vanidad, irritado por la idea de que un súbdito le había usurpado los honores de héroe de aquella fiesta, apenas acertaba el joven señor de Vizcaya a dominar los violentos impulsos de su mal humor contra Avendaño, y fácil es comprender cuán simpáticas le serían las demostraciones de hostilidad con que empezaba a perseguir a éste su altanero favorito.

Todos los palaciegos echaron de ver al momento que estaba en desgracia el marido de Elvira; solamente él y ella se preocuparon poco con los ostensibles síntomas de disfavor. Ni uno ni otra sentían ambición de privanza o afán por los placeres de la corte. Felices en su independencia, con su modesta fortuna y su acendrado cariño, no acertaban a desear sino la continuación de aquel dulcísimo aislamiento en que vivían desde su fausta unión; que el cielo estrechó más en aquellos días con el nacimiento de un hijo. ¿Cómo en los momentos de tan gran felicidad doméstica pudieran pensar mucho los dos esposos en si eran o no bienquistos del príncipe y su valido? Además, el noble corazón de Avendaño no acertaba a persuadirse de que cupiese en el de D. Tello un villano sentimiento, y la prudencia de Elvira le había ocultado los que Lezama tuvo la loca audacia de declararle en su ausencia.

Pocas semanas habían pasado desde que el tierno primogénito de los dos felices consortes había ingresado en el gremio de los fieles, cuando todo Bilbao se alborotó por la noticia de una próxima y singularísima fiesta. Don Tello —que a todo trance quería borrar los recuerdos de la aplaudida destreza de Avendaño— había ideado hacer en la Plaza Mayor un extenso circo, en el cual fuesen encerrados doce corpulentos jabalíes, que él —antes que nadie— debía alancear a presencia de su corte, montando un brioso corcel de raza núnida, que aún no estaba avezado a obedecer al freno.

No sólo se proponía con esto ostentar a vista de sus súbditos la destreza y valentía de que estaba ufano, para oírse aclamar de nuevo incomparable e invencible, sino que necesitaba para su completa satisfacción que fuese testigo de sus triunfos el único que podía disputárselos: necesitaba que todo Bilbao viese al caballero de Avendaño humillado en cierto modo, por tener que presenciar y aun aplaudir una habilidad que haría olvidar la suya.

Como el caballero vivía en una de las casas de la plaza elegida para teatro de la extraña fiesta —pues era su morada el ruinoso edificio que tenemos al frente

—, nada más probable que el que contemplase desde sus balcones el curioso espectáculo excitador de la curiosidad pública; pero el príncipe no se conformó con esta esperanza, sino que hizo incluir al esposo de Elvira en la lista de cortesanos que debían formar su séquito; inesperada honra, que —lejos de ser interpretada por el demasiado noble caballero en el sentido que hemos indicado — lo pareció, al contrario, una muestra solemne de no ser cierta la ojeriza que contra él suponían algunos en D. Tello.

Elvira misma participó de esta idea, y ambos esposos celebraron ver desvanecidas sospechas, que, más que alarmantes para ellos, les parecían ofensivas para su joven señor.

Llegó la tarde anhelada por el público: un inmenso gentío se agolpó desde muy temprano alrededor del circo, en el cual se veían ya doce enormes jabalíes, cuyo solo aspecto era capaz de aterrorizar al más valiente. Los balcones comenzaron a poblarse también de hermosas y elegantes damas; distinguiéndose entre todas la celestial Elvira, que apareció vestida de color de rosa, con su niño en los brazos, asemejándose a una de esas púdicas imágenes de la Reina de los ángeles que nos ha legado el inspirado pincel del artista de Urbino.

Pronto circuló por entre la apiñada muchedumbre un movimiento eléctrico, y se elevó de todas partes cierto sordo rumor semejante al de las olas cuando empieza la tempestad a agitarlas. Era que D. Tello y su comitiva se columbraban ya en lontananza.

Los jabalíes, como si comprendiesen que había llegado el momento de empezar a ser actores en el drama de que la Plaza iba a ser teatro, se erizaron todos, gruñendo horriblemente; pero su voz quedó ahogada entre el ruido de trompetas y clarines, los relinchos de los caballos (animados con los guerreros sonos), los vítores del pueblo y la alegre algarabía de las damas, que principiaban a discutir sobre los ricos trajes y briosas cabalgaduras de los caballeros; prefiriendo una el blanco corcel y el leonado vestido que ostentaba Lezama, otra la magnífica yegua torda y el traje verde mar que lucía Avendaño, y no pocas el negro potro núpida cuyos lomos oprimía trabajosamente don Tello, y la púrpura deslumbradora del manto que cubría en parte la brillante malla de su ligera coraza.

Por un instante se vieron undular, casi confundidas, las variadas plumas de las gorras, pues los caballeros se arremolinaron en torno de su jefe, formando vistoso grupo; pero a una señal del príncipe se deshizo aquél, se abrieron las

puertas del palenque, y el joven señor se adelantó solo, ordenándose a su espalda —en doble línea— la brillante comitiva de cortesanos que (después del príncipe) debían tomar parte en la singular lid que aquél iba a comenzar denodado.

III

Los espectadores se volvían todo ojos, como suele decirse; nadie chistaba en aquel momento; nadie parecía respirar; sólo se oían los resoplidos de los jabalíes, y los del fogoso númida, que —de mala gana y con síntomas de próxima rebelión— obedecía, tascando el freno, a la regia mano que lo guiaba a la entrada del palenque. Pero apenas se vio dentro y a presencia de las fieras, que esgrimían —erizándose— sus largos y encorvados colmillos, el animal, espantado, retrocedió tan violentamente, que hubiera dado en tierra con otro jinete menos diestro que el príncipe. Blandió éste su lanza, oprimió los ijares de la cabalgadura, animándola con el ademan y la voz, y llegó, en fin, hasta ensangrentar sus espuelas; pero todo en balde. El númida impaciente daba botes y coces, sin adelantar un paso.

—¡A fuera ese caballo! ¡Afuera ese caballo! Comenzó a gritar la multitud (siempre soberana en las diversiones públicas); y D. Tello, colérico y casi frenético, redobló sus esfuerzos con tal violencia, que el bruto exasperado hasta el extremo, acabó por lanzarlo de la silla, y — saltando la barrera— fue a caer entre la turba, que se desparramó asustada.

D. Juan lo detuvo y sujetó al momento, mientras que sus compañeros corrían en tropel a socorrer al príncipe. Las fieras, tranquilas hasta entonces, se agitan al aspecto de tanta gente, y la embisten —en tropel también— con tal ligereza que dos caballeros son malamente estropeados, y los otros apenas tienen tiempo de huir llevándose a su señor.

Horrible fue entonces la grita que atronó la plaza, aumentando la rabia del mal parado D. Tello; que montaba en aquel instante, cubierto de sudor y polvo, y con el rostro echando fuego, un dócil palafrén presentado por sus escuderos.

Viendo todo aquello D. Juan de Avendaño, siente que le domina irresistiblemente el instinto acometedor que siempre despierta en su pecho al primer son de un instrumento de caza. Parecele, además, que está en el deber de

borrar el ridículo con que se ha inaugurado la fiesta, y sin más ni más salta de su yegua, oprime los lomos del númera, que —como si comprendiese cuán vigorosa diestra iba a regirle— apenas opone resistencia, y dirigiéndose al señor de Vizcaya le dice resueltamente: —Os pido, señor, vuestra augusta venia para castigar al corcel que ha osado rebelarse contra vos, obligándole a saltar por encima de los doce jabalíes cuyo aspecto le espanta.

Suspenso quedó un instante D. Tello a tan inesperada demanda; pero el aplauso unánime con que la acogió la multitud no le permitía vacilación. Por otra parte, le asistía la convicción de que D. Juan saldría desairado de su presuntuoso empeño, y esta idea bastaba a consolarle de su propia malandanza.

—Id, caballero —le respondió por tanto— y si lo que anunciáis hacéis, yo os declaro el mejor jinete y el más atrevido montero de la tierra de Vizcaya.

Saludó D. Juan al príncipe, respondiendo con una sonrisa a las ofertas de ayuda que le dirigían algunos caballeros, y en vez de mandar que se le abriese la puerta del palenque, hizo que salvase el bridón con un salto admirable— según lo diera para huir —la barrera de dos varas de altura.

El clamoreo jubiloso del pueblo no fue largo, sin embargo, porque otro espectáculo más interesante reclamaba su atención.

El potro númera, una vez dentro del circo, pareció tornar a su rebeldía. Durante algunos minutos corcoveó impaciente, cubriendo el freno de ensangrentada espuma; pero el impulso que recibió de pronto fue de tal manera hábil, vigoroso y seguro, que se le vio al cabo levantar la cabeza, dilatar la nariz, sacudir las crines, y —lanzándose como una saeta— saltar arrogante por sobre las doce fieras, que se habían agrupado en el centro de la plaza.

Vencida una vez su pavora, se volvió el corcel sin resistencia al terminar su magnífico salto; y arremetiendo el caballero —lanza en mano— a los asustados jabalíes, atravesó a uno de parte a parte.

No contento con esto, alanceó a los otros, que se le volvían furiosos, tiñendo con la sangre de muchos la revuelta arena del palenque, y acosándolos y fatigándolos a todos hasta dejarlos rendidos en completa derrota.

Durante la singular pugna, D. Tello, en medio de sus cortesanos, se retorció — digámoslo así— como agitado por las convulsiones de un cólico, y a los, vivos colores de su tez había sucedido una palidez lívida.

Esto duró, empero, sólo hasta el momento en que su favorito Lezama llegó a

colocarse junto a él, y comenzó a hablarle no se sabe de qué, pues nadie pudo recoger palabra alguna de aquella misteriosa plática. Lo que sí observaron todos los que estaban próximos, es que a medida que hablaba el cortesano, parecía calmarse el malestar del príncipe y se iban disipando las nubes de su frente, dibujándose, últimamente, en sus contraídos labios cierta sonrisa indefinible. Así fue que en el momento en que el bizarro vencedor llegó a rendir a sus plantas los trofeos de su triunfo, entre el frenético aplauso de la entusiasmada muchedumbre, D. Tello, casi alegre, le recibió lisonjeramente, diciéndole en alta voz, aunque algo trémula:

—Sois muy feliz, caballero de Avendaño, pues tenéis derecho a conceptuaros el primer jinete y el superior montero de mis estados. Id a descansar de las fatigas de la tarde; que yo os aseguro que premiaré como debo la bravura y destreza con que habéis reparado la humillación de nuestra mala fortuna.

—Señor, respondió Avendaño, la mayor merced que puedo desear es que me permitáis emplear toda mi vida en vuestro servicio.

—¡Oh! Sí por cierto, repuso D. Tello con singular expresión; súbditos como vos siempre honran y glorifican al príncipe.

Saludóle al concluir estas palabras, que —oídas por los cortesanos— lo valieron a D. Juan muchos parabienes y alabanzas, y se dirigió a todo el galope de su caballo a la morada señorial, adonde le siguió Lezama; único que no había dicho nada al héroe de la fiesta; pero que al dejar la plaza lanzó al balcón en que se hallaba Elvira una mirada lasciva y a la par amenazadora, como si el deseo y la venganza se confundiesen en sus ardientes rayos.

Avendaño, llevado en triunfo a su casa por el jubiloso pueblo, se sorprendió del aspecto que presentaba aquélla. Elvira y las damas que la acompañaban, parecían, no alegres y ufanas, sino más bien espantadas y tristes. Por esa intuición maravillosa del corazón femenino habían comprendido todas ellas que había algo de funesto en la victoria del noble caballero; presentían que la sangre de los jabalíes —que corría por la plaza— no trazaba en ella sino la primera página de un drama cruento, cuyo desenlace no se haría aguardar mucho.

La presencia de Avendaño no bastó a disipar aquellas, al parecer, inexplicables impresiones, y cuando las señoras se fueron retirando silenciosas y cabizbajas, pareciendo que salían de un mortuorio más bien que de una fiesta, Elvira apretó su niño contra su pecho —como para defenderlo de una amenaza del destino— y dijo a su esposo, que permanecía en pie cerca de ella,

sobrecogido de extrañeza en vista de la recepción que se le había hecho:

—Amigo mío, bendice a nuestro hijo y levantemos ambas nuestras almas, rogando al Omnipotente no haga extensivas a él las desgracias que puedan sobrevenirnos.

—¿Qué significa todo esto, Elvira mía? Preguntó entonces D. Juan. Tú y tus amigas me habéis parecido consternadas. ¿Es ése el efecto que debía prometerme de la diversión que os he proporcionado?

—Querido esposo, replicó la joven madre, bendice al niño como te he suplicado, y no me preguntes nada. ¿Cómo podría explicar lo que no entiendo yo misma? Sólo sé que desde el momento en que vi al caballo saltar los doce jabalíes, el corazón me saltó también dolorosamente; y cuando Lezama —al partir con el príncipe— echó una mirada sobre mí, corrióme por las venas un frío como de muerte. Mira, añadió: la tarde moribunda presenta un no sé qué de lúgubre. Esos rojos celajes, que borran las huellas del astro del día, parecen de sangre; el viento, que se levanta silbando, imita lastimeros gemidos.

Avendaño no pudo menos de sonreírse de los pueriles terrores de su mujer, y creyó disiparlos con sólo burlarse de ellos. Pero, aunque la noche se pasó agradablemente, por las muchas visitas de ilustres señores que acudieron a felicitar al caballero, Elvira no se mostró risueña como de costumbre, y frecuentes estremecimientos revelaban a su esposo la pánica pavora que seguía dominándola.

Por fin quedaron solos; entonces agotó D. Juan su elocuencia para tranquilizar a la joven, probándole que era un capricho de la imaginación todo lo que sentía.

—Así será, respondía ella tristemente; pero dame el gusto de orar conmigo antes de recogernos.

Avendaño no podía negarse a complacerla. Estuvieron ambos en muda oración a los pies de una cruz pendiente a la cabecera de la cuna de su hijo, y luego le acariciaron ambos conmovidos; pues —sin saber cómo— acabó Elvira por comunicar a su marido algo de sus impresiones. Besó, por tanto, al tierno infante una, dos, tres veces seguidas; abrazó a la joven madre silenciosa y tiernísimamente; y cuando entró en el lecho se sintió —con sorpresa— tan triste, tan abatido, tan inquieto, que tuvo vergüenza de sí mismo.

Elvira, por su parte, temiendo haber desvelado a su esposo con

aprehensiones que su propia razón condenaba, se esforzó por mostrarse serena, y aun hizo cuanto pudo por conciliar el sueño; pero en el momento en que empezaba a lograrlo se oyeron repetidos golpes a la puerta de la casa.

Saltó al punto la joven de su lecho y corrió al de su marido, a quien se abrazó despavorida; mientras llegándose el ayuda de cámara a la puerta del aposento, les hizo saber que venían de parte del señor de Vizcaya a comunicar al caballero órdenes importantes.

—¡Abre! —exclamó Avendaño, al mismo tiempo que Elvira repetía con trémulo acento, sin soltar a su esposo:

—No, no; yo lo prohíbo, yo presiento desgracia.

Pero el criado se dirigió a cumplir el mandato de su amo.

—En nombre del cielo, querida mía, dijo éste, desecha ese espanto risible, y déjame levantar para recibir como es debido las órdenes del príncipe.

La joven no le oía; se había desmayado en sus brazos.

En el mismo instante la puerta de la cámara se abrió, dando paso a tres hombres, cuyas facciones ni aun pudo distinguir el caballero en la opaca luz de la estancia; pues apenas entraron, se arrojaron sobre él con la velocidad del rayo.

—¡Miserables! —Fue todo lo que pudo decir el desgraciado D. Juan. Su sangre saltó a los repetidos golpes de tres puñales— que le traspasaron el pecho —sobre el blanco rostro de su esposa, exánime a su lado.

Enseguida abrieron los asesinos el balcón cercano y arrojaron a la plaza el todavía caliente cadáver, del cual a la mañana siguiente sólo quedaban morondos y esparcidos huesos; pues los jabalíes se restauraron de la malandanza de la tarde con el pasto que les prestaron, durante la noche, las carnes y la sangre de su vencedor ilustre.

Tal fue el espectáculo que se presentó a los ojos de Elvira cuando —huyendo con su hijo en los brazos— a los primeros albores de la aurora, de aquella casa en que había tenido tan lúgubre desenlace la fiesta de los jabalíes, corrió a demandar asilo para su viudez a los silenciosos muros de un convento.

D. Tello, al difundirse la noticia del bárbaro homicidio, hizo alardes de grande indignación; pero pareció convencerse pronto de la exactitud de ciertos insistentes rumores, que, negando el crimen, atribuían a la imprudencia de Avendaño su desastrosa muerte.

Según dichas voces, al caballero se le había ocurrido, a hora avanzada de la

noche, acabar con las heridas y maltratadas fieras, para ofrecer sus cabezas a la esposa que adoraba; y recobrados ya un tanto los feroces jabalíes, lo habían rendido y despedazado. No faltaron testigos —de entre los mismos criados de Avendaño— que depusieran a favor de este ridículo cuento, contra el cual protestó en balde la conciencia pública, que rara vez puede ser ofuscada.

El señor de Vizcaya se limitó, por tanto, a lamentar la terquedad de la viuda en resistirse a la merced que quería dispensarle, dándola —en su favorito— un esposo digno de reemplazar al perdido; y concedió al hijo de éste —el día en que profesó su madre— la honra de poner en su escudo doce jabalíes de oro.

Cuando mi amiga terminaba el anterior relato, las sombras de la noche descendían, envolviendo aquellos sitios de trágicos recuerdos, y prestándoles a los ojos de mi mente cierta poesía indefinible. Sin embargo, nos alejamos de ellos, bien que con lento paso y en prolongado silencio, y cuando algunas horas después quise encontrar en el sueño reposo de las emociones del día, me fue imposible alcanzarlo.

En mi insomnio agitado me parecía estar mirando las lágrimas de la bella Toda, arrancada de su palacio con la divina *excelenta*, y la sangre de Avendaño corriendo bajo los pies de los furiosos jabalíes.

LA MONTAÑA MALDITA

Tradicion Suiza

Aun no era llegada la estación de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el más riguroso invierno. Jamás se había visto en Suiza tiempo tan nebuloso y frío en aquella época del año. Marchitas aparecían ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; se oía silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas —haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debían convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; —y se precipitaba prematuramente por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, la cual, a manera de vellón, alfombraba el seno de muchos de sus más fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores; en las de clima más benigno luchaba todavía la vegetación contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquélla iba a consumarse muy pronto.

¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasión de tan rígido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta, que aún no ve concluida la humilde casita de madera levantada con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos días!

Mas nada les importa a los ricos la extemporánea crudeza de la estación. Dígalo, si no, Walter Muller, el opulento propietario de la *Blumlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets*. Dígalo Walter Muller, que guarda en su granero provisiones bastantes para abastecer a un ejército durante todo un año de carestía, y que quema más leña diariamente en sus cocinas y chimeneas que la que ha menester Marta para construir diez casas mayores que la que logra ver comenzada a los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos de su laboriosa existencia. Y, sin embargo, Marta — la pobre anciana que aún no tiene techo que la abrigue, la que ha pasado veinte años sirviendo

asalariada en las queseras ajenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los días de su vejez,— Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado a sus pechos, robustecido a precio de sus sudores! Marta expió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasía a un pérfido seductor, y está expiando todavía— después de otros veinte años de abandono y de miseria —la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predilección al desnaturalizado Walter. Esos veinte años le han sido suficientes para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blumlisalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña más fértil y pintoresca que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blumlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros días^[7].

Pero Marta no osa llegar a la Blumlisalp, temerosa de desagradar a su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y contemplar a distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario.

¿Era, por ventura, la avaricia lo que le inspiraba a Walter tan inconcebible conducta con la mujer a quien debía la existencia? ¿Temía acrecentar sus gastos llevando a su madre junto a sí, para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana excusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blumlisalp. Aunque no ama a nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras ajenas, gusta de mostrarse espléndido, cuando se lo presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida a comer a los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa; si obsequia con un baile campestre a las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas, en las que siempre se acredita de galán y rumboso; si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de

veinte leguas a la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta extravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado a hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y para la que mandó construir un establo tan extenso y tan rico, que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta —como único dueño— el gallardo animal por quien manifiesta el ganadero predilección decidida; de él le sacan a pacer con respetuosos cuidados tres hombres, dedicados exclusivamente a su servicio; y en él lo visita Walter todos los días, haciéndole cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es húmedo y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, alguna de las muchas veces que ve a su ternera blanca tan magníficamente alojada. Jamás, al preparar el abrigo de la bestia favorita, se le ha venido a la mente la desnudez y miseria en que se encuentra la que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increíble se hace semejante indiferencia en el corazón de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algún linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana —agriada por el infortunio— se haya vuelto regañona y arisca, hasta el punto de fatigar a su impaciente hijo? No; cuantos la conocen ponderan la blandura de su condición y los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. Pero ¿acaso los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! Tampoco; el gran pecado de aquella infeliz es su excesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Supondremos, pues, que se avergüenza éste de deber la vida a una flaqueza de Marta, y que castiga la falta cuyo fruto ha sido él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis, es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud; toda voz que no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza a la infortunada mujer, cuidándose más de su ternera blanca que de la desvalida madre, que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

—Habito, decía jactanciosamente el propietario de la Blumlisalp, en la más fértil montaña de todo el cantón de Thun, y tengo en mi ganado la más hermosa res que ha pacido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un día su vecino

Nicolás Heber, porque también os ha dado la mejor madre que existe en el mundo.

Walter se desentendió; mas nunca desde entonces volvió a convidar a Nicolás a sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba a nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar a todos para persuadirlos de que era una apariencia engañosa.

Cuando algunas comadres solían preguntarle —maliciosamente— por qué tenía encapricho de no querer vivir con un hijo tan excelente como pintaba al suyo.

—¿Qué queréis? Respondía ella; por mucho que se amen dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca a mi hijo, y él, por su parte, se ha acostumbrado a no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si, llevando más lejos la curiosidad o la barbarie, le preguntaban enseguida a cuánto ascendía la pensión que le tenía señalada su opulento hijo para que pasase en holgura su achacosa vejez, aseguraba con prontitud serle tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas lo permitían.— tengo lo necesario, añadía, y no he menester que Walter se prive de nada por mí. Bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la Providencia; pero soy más dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase — colmada de sus dones— una vejez ociosa.

De este modo se expresaba por lo común la desgraciada madre; más se quejaba amargamente al cielo cuando podía hacerlo sin testigos. —¿Qué le he hecho, Dios mío, exclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crie a mis pechos, pagando esta dicha a precio de mi honra y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?

En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurría a Marta que estaba excitando con ellas la indignación de Dios contra su hijo, y solía interrumpirse bruscamente, poniéndose de rodillas y achacándose a sí misma toda la culpabilidad de Walter. —Yo lo he echado a perder, bendito Dios, prorrumplía sollozando: he sido una madre débil, y obráis con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le toméis cuenta

de él, Dios mío, porque no hace más que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegación no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy lejos de encontrarse habitable.

¿Por qué no recurrir a mi Walter? Se dijo, últimamente a sí misma. Acaso ignora que me hallo sin asilo, que paso estas frías noches guarecida, por caridad de los pastores, en algún establo. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladrón, para verle de lejos cuando sale a cazar con el rico traje verde, que aumenta su gallardía? No por cierto; iré a abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando estuve a comunicarle mi proyecto de levantar una casa con mis ahorros, del disgusto que le causaría me presentase tan huraña y tan encogida, que hasta los criados se reían de mi necia turbación. Pues no, lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡Soy su madre! Y entraré sin pedir permiso, y me arrojaré a sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy a vivir a su lado hasta que se concluya mi vivienda.

—Venid en buen hora y me dirá; ¿qué otra contestación puede darme? Nunca me he atrevido a confesarle que estoy muy pobre, que ya no puedo trabajar a causa del deterioro de mi salud y de la cortedad de mi vista; pero esta vez le hablaré claro, se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos creen. ¡Qué dicha la mía si logro ver confundidos a todos los que censuran a mi hijo! Si puedo decir en alta voz: —Walter Muller es un hombre de bien a carta cabal, y su madre tiene a orgullo el haberle dado la existencia.

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta a visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el día 10 de Noviembre, en que cumplían treinta y cinco años del nacimiento de aquél. También el amor maternal tiene sus coqueterías; así es que la buena mujer pasó una semana preparando sus atavíos para aquella solemne y suspirada entrevista, en la cual quería lucir la saya de bayeta verde y el corpiño negro de pana que había estrenado en el bautizo de su hijo, y qué guardaba desde entonces como preciosas reliquias.

—No hay para qué avergonzarlo, decía, presentándome a él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el día más feliz de mi vida; el día que

lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que ingresara en el gremio de los fieles.

Llegado el momento solemne, se hizo peinar Marta por una de las más hábiles muchachas de aquellos contornos; colocó sobre sus cabellos grises — alisados y entretejidos con cintas negras de estambre— una gran cofia blanca con abultados follajes; vistió su traje verde de corpiño oscuro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su bastón de viaje con regatón de hierro; y emprendió su marcha a la mitad del día, después de encomendarse a los santos de su particular devoción, y muy especialmente a la bienaventurada Virgen Madre.

Se proponía llegar a la casa de Walter en la misma hora que lo había echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al advertir que el día, sereno hasta entonces, se iba anublado a toda prisa, comenzando a soplar un viento recio y frío, que hacía en extremo desagradable y fatigante la ascensión de la montaña.

Walter, mientras tanto, se levantaba perezosamente del mullido lecho, donde descansara de las gratas fatigas de la noche anterior, en que había solemnizado con baile y opípara cena la víspera de su cumpleaños. Eran las dos de la tarde cuando —viendo lo desapacible del tiempo, y que caía menuda pero incesante lluvia— mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; desistiendo de su primera intención, que había sido celebrarla con sus pastores en los bosquecillos que bordan todavía las amenas orillas del lago *Oeschi*. Por merced extraordinaria, en gracia de la festividad del día, admitió a su mesa el altivo propietario a sus criados favoritos, y duró más de una hora el banquete con que le complació regalarlos.

—¡Viva Walter! ¡Viva el generoso ganadero de la hermosa Blumlisalp! Gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo —que apenas había probado los añejos vinos ni los variados manjares, fastidiado de su propia opulencia— fue a tenderse bostezando en un ancho sillón cerca del fuego; mientras sus servidores lo encomiaban a porfía, tambaleándose unos, tiesos otros como husos, para dar pruebas de que no les hacían, efecto la cantidad y calidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos. —¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oír caer el agua y silbar el viento, estando al abrigo de un robusto techo y al calor confortante de una buena chimenea!

—Pero ¡qué horroroso —respondió el pastor Franz, que se había acurrucado a sus pies— para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¡Quita allá con tus reflexiones, borracho! Exclamó Walter: nunca faltan techo ni hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen se haga mención de ellos.

En aquel instante entró otro pastor, a quien prestaban atrevimiento los vapores del vino. —Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué se le ofrece? Preguntó el ganadero, arrellanándose más en su poltrona.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo; querrá echar un trago a vuestra salud, y por San Beat que bien lo ha menester, pues está tiritando de frío.

El propietario de la Blumlisalp se removió de nuevo en el sillón, como si le pinchasen alfileres, y dijo luego con desabrido tono:

—¡Pues bien! Llevadla vosotros a la cocina, y que se caliente y se refocile como mejor lo parezca.

Obediente a esta orden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar a salir tropezando lo menos posible, cuando — sin aguardar contestación — se presentó ella, empapados sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

—¡Señora! Exclamó Walter, ¿qué venís a hacer aquí con un tiempo como éste?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mío, y la que te dio a luz en esta misma hora no debía dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era excusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pie ni ofrecer silla a su madre; pero, ya que os habéis tomado, id con mis pastores a tomar algún refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apenas sostenerse; descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y la única gracia que te pido es que me dejes estar a tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohín de fastidio, pero mandó que acercasen silla a la chimenea, y expresó con una seña que permitía a la anciana el ocuparla. Tiempo

era ya, pues la pobre mujer iba a caer en tierra, sucumbiendo al frío, a la fatiga, y a la emoción de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un día tan malo; si algo necesitabais pudisteis decírselo a vuestro compadre Heber, que me ve con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo era verte y oírte, hijo mío, repuso con timidez y turbación la desgraciada Marta.

—Y ¿qué pensáis hacer ahora? Preguntó el ganadero; ¿cómo regresaréis a vuestra casa con tiempo tan atroz?

—No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harías la merced de recibirme en la tuya hasta que... Walter no la dejó acabar la comenzada frase.

—¡Imposible! Exclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar más de eso. Os daré algún dinero para que os proporcionéis asilo; pero debéis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó a Marta aquella inaudita dureza la prestó momentánea energía, y —con voz más firme que hasta entonces— pronunció estas palabras —: ¿Me arrojarás de tu hogar, a mí, a tu madre, en el mismo día, a la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo, para modelo de ingratitud y de barbarie? ¡Walter! ¿Es cierto que me echas de tu casa a perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vivo Dios! Gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan inoportuna visita. ¿Reconvenciones ahora? ¿Cuál es la ingratitud que me echáis en cara? ¿Qué es lo que os debo? Si me arrojasteis al mundo no fue ciertamente por hacerme bien; y cuando a fuerza de trabajo he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, ¿venís a recordármelo con impudencia y me acusáis de barbarie porque no me postro a vuestros extravagantes caprichos? ¡Acabemos, señora! Si queréis vacas o comestibles, haré se os lleven al paraje que indiquéis; pero dejadme tranquilo, y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡Cruel! Prorrumpió la anciana con indescriptible acento: mátame, y no me hables así. ¿Quieres afrentarme delante de tus criados? ¡Oh! ¡Eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! Dijo con ademan imperioso el ganadero, y no me

obliguéis a trataros como no quisiera. Retiraos pronto, señora, guardándoos en lo sucesivo de ponerlos en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, más no se lo permitieron sus fuerzas, y — perdiendo la dignidad que por un momento le prestaron la indignación y el dolor — se abatió completamente, hasta recurrir a las más humildes súplicas.

—No me arrojes de tu casa, ¡hijo mío! Dijo juntando sus manos. Mira, ya es de noche, está lloviendo... hace frío.

No me arrojes de tu casa a semejante hora, con este crudo tiempo; ten compasión de la madre que te ama. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas, que te has criado de mis pechos, que he trabajado quince años para mantenerte. Si ahora soy un ente inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejéis tranquilo, voto a sanes! Exclamó Walter, dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto a su madre que se echaron a reír los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena.

Marta, empero, no recobró, con todo esto, su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apenas sea de día: me iré, Walter, te lo prometo, repetía la infeliz. Sólo pido que me permitas pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea más que por ser aniversario de la primera que pasaste en mis brazos. Si no quieres verme, me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo a tu ternera blanca? Pues bien, me iré con ella, dormiré a su lado, y te la cuidaré como a las niñas de mis ojos. Sé que es un gallardo animal y te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedís! Dijo Walter con una carcajada, que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!, Tened entendido que ese establo es un palacio, según lo llaman en el país, y que reina en él con propiedad absoluta y exclusiva, mi hermosísima bestia. Nadie entra allí, señora, nadie sino yo y los servidores de mi favorita; así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga más oscura la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió a estas palabras: aun se reían los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento, que

aumentaba por instantes su espantosa violencia. De repente se pone en pie la anciana, cuya estatura parece haber crecido, —según le presta majestad la expresión extraordinaria e imponente que adquiere de improviso toda su persona. —A la rojiza luz que levantan los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que —escapándose de la cofia— se extienden empapados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear —bajo dos cejas contraídas por la indignación— los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado, al fin, vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperación; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y vibrante, que domina los bramidos de la tormenta— *¡Maldito seas! Pronuncia; ¡malditas tus riquezas y la montaña que habitas!*

No dice más; nadie osa responderle; todo queda sumido en pavoroso silencio, y ella sale de la inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso, a quien acaba de entregar a la venganza divina.

La noche era profunda, la llovizna incesante, el viento penetrante y frío. Marta comienza, sin embargo, a bajar la montaña con paso lento, y a medida que va descendiendo, aquellas amenas faldas —tan celebradas por su fertilidad y lozanía— se van cubriendo de un manto de nieve, que las vuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los pies de la anciana se asientan en el último recuesto, un estrepito horroroso arranca de su tranquilo sueño a todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blumlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al día siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro un espectáculo extraordinario. *La Montaña florida* se había convertido en triste monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y los enormes trozos de piedra, desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del Norte. Bajo aquellos fragmentos yacían sepultados también Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destrucción había sido completa!

Al pie de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradición asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dio, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Más en balde esperaron aquellas buenas gentes un año y otro año, un lustro y otro lustro, que volviese a cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blumlisalp*. Jamás, desde entonces, se han derretido sus perdurables nieves; jamás hierba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamás han vuelto a trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del país a quienes sorprende la noche por aquellas cercanías, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de *la montaña maldita*. Sin embargo, todavía la designan los guías de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros días *la montaña florida*, la célebre *Blumlisalp*!

LA FLOR DEL ÁNGEL

TRADICION VASCONGADA

I

Vivía no sé en qué tiempo (pues la tradición no lo fija), en uno de los blancos caseríos de las verdes montañas que ven correr al Deva, una joven bellísima, llamada Rosa, hija única de cierto labrador acomodado. Tuvo por compañero de su infancia a un pobre huerfanito, que otro vecino de la aldea había por caridad prohiado; y de tal modo se amaron desde los primeros años, que podrían aplicárseles aquellos lindos versos de Hartzenbusch, referentes a otros amantes tradicionales:

Y así fue nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnación del cariño
Que se adelantó al nacer

Pero Rosa llegó a cumplir los quince años, teniendo ya diez y ocho su amante Félix Erliá —a quien ningún mozo de la comarca se igualaba en gallardía— y si sus mutuas ternezas de niños no habían llamado seriamente la atención de nadie, su acendrado amor de jóvenes no podía menos de inquietar en sumo grado al padre de la doncella, al cual no le cuadraba en manera alguna tener un yerno tan pobre. Nuestros amantes y aquellos con quienes los tengo comparados, ofrecen —como irán notando mis benévolos lectores— no pocos puntos de triste semejanza.

Erliá, como *Marcilla*, halló inflexible al padre de su amada; y si bien esta se contentó con llorar en silencio, porque era modelo del respeto filial (generalmente profundo en los corazones vascongados), el joven persistió de tal modo en su amoroso empeño, y rogó y gimió tanto a las plantas del insensible padre, que alcanzó al cabo, cual suprema merced, esta declaración solemnemente articulada:

—Dentro de tres días es el primero de Marzo, fiesta del Ángel Custodio, y en él cumple mi hija sus diez y seis primaveras. Te doy palabra de honor de *no obligarla* a recibir esposo hasta dentro de dos años, y pasado que sea el mencionado día. Si para entonces has adquirido medios de mantener como se debe a la mujer que escojas y a los hijos que te dé, preséntate a mí el 1.º de Marzo del año señalado, y juro por los ángeles que se festejan en él, que será tuya la mano de Rosita, siempre que ella voluntariamente no se la haya destinado a otro. Pero si la Providencia te niega sus recursos, no pienses en aportar por estos alrededores, teniendo entendido que daré, con su gusto o sin él, otro marido a la chica.

No osó replicar Erliá; antes bien se retiró dando gracias al viejo, y como algo esperanzado.

Tres días después, el de la fiesta del Ángel y cumpleaños de Rosa, se hallaba ésta sentada tristemente sobre unas piedras a las orillas del río. En su distracción amarga tronchaba maquinalmente, unas tras otras, las ramas todavía desnudas de los arbustos cercanos, y aun iba a dejar caer su destructora diestra sobre la única florecilla que entreabría solitaria su modesto cáliz al abrigo de la peña —y que era conocida en el país con el nombre de la *flor del ángel*, por ser producto de una planta que, según la tradición asegura, jamás dejaba de comenzar su milagrosa florecencia en el primer día de Marzo— cuando de repente llegó Erliá, y fue salvada la flor; pues Rosita sólo se ocupó ya en contemplar a su amante.

—Vida mía, la dijo él sentándose a su lado, y mostrando en su rostro extraña mezcla de dolor y de esperanza; ya conoces la resolución de tu padre. Me es preciso ser rico dentro de dos años, a contar desde hoy.

Rosa prorrumpió en llanto.

—No llores, prosiguió Félix, temblándole la voz por más que se esforzaba aparentando firmeza. Mi corazón está lleno de halagüeñas esperanzas, porque —inspirado por mi ángel y por el tuyo, bajo cuyo patrocinio he puesto nuestros castos amores,— voy a partir para buscar fortuna en una tierra donde se dice que son de oro hasta las arenas de los ríos. Sí; me voy al Nuevo Mundo, y el buque en que me admiten como marinero voluntario se da a la vela esta noche.

Los sollozos de Rosita parecían desgarrarla el corazón; pero Félix, armándose de valor, pudo añadir todavía:

—Dentro de dos años, en tal día como éste, en este sitio y a esta hora, volverás a verme reclamando tu mano.

—¿Y si no vuelves? Exclamó la doncella, dejando caer su desfallecida cabeza sobre el hombro de su amante.

—Si no vuelvo, respondió Erliá con amargura, ruega por mí a Dios y encomiéndame a nuestros ángeles, porque habré pasado a mejor vida.

—¡No! Repuso ella; otra podrá ser también la causa que nos separe. ¿Quién me asegura que no te olvidarás de mí en aquel suelo lejano?

En el mismo momento una abeja libaba susurrando la temprana florecilla del ángel, y haciendo un juego de palabras con el nombre del insecto y el apellido de *Erliá* —que en vascuence significa *abeja*— dijo el joven a su querida, señalando a aquél, posado amorosamente sobre la flor solitaria:

—¿Ves cómo viene a buscarla apenas aparece en la tierra? Pues primero olvidará esa abeja a la flor, que pueda este otro Erliá olvidarse un instante de su Rosa.

La doncella se sonrió en medio de sus lágrimas; pero no parecía completamente tranquila, porque le cabía la desgracia de ser un tanto desconfiada y celosa, lo cual sabía su amante, y por lo mismo se apresuró a añadir:

—¡Yo te lo juro! Puesto que no tienes en mi corazón la fe que tengo en el tuyo, te juro por nuestros ángeles, presentes en este sitio, que seré contigo tan constante como con la flor la abeja.

Rosa, a su vez, prometió ante los mismos célicos testigos no aceptar esposo alguno en los dos años de libertad que le permitía su padre. Luego guardaron los dos largo y elocuente silencio, apretándose las manos y dejando correr sus lágrimas con los cristales del río.

Llegó por fin el momento de la separación, y ¿quién puede explicar lo que es ese momento para dos corazones que se aman? En él solo están resumidas todas las amarguras de la más larga existencia. ¡Pobre Félix! ¡pobre Rosa!

¡Presentían sin duda que aquel amargo beso de despedida era el primero y el último que se darían en la tierra!

Al día siguiente volvió Rosa a orar por los navegantes al sitio en que se había despedido de su Erliá, junto a aquella misma solitaria flor que había libado la

abeja Y la abeja volvió también a libarla en aquel día, y al otro, y al otro cada vez que la joven iba a la orilla del río para pensar en su amante, iba también la abeja a posarse en la florecilla — aunque ya mustia y marchita— como si quisiera con su constancia responder de la del ausente, que tenía su nombre y se había con ella comparado.

Otras muchas flores se fueron abriendo sucesivamente; pero sólo las de aquel arbusto, el más humilde acaso de los campos, tenían atractivo para el insecto leal; sólo en ellas le veía Rosa posarse cada mañana, susurrando y batiendo las alas de placer.

Aquella circunstancia rara llegó a ser para la joven motivo de superstición. Se imaginó que los ángeles custodios —invocados por ella y por su amante, como testigos de sus sagradas promesas y protectores de su inocente amor— hacían venir milagrosamente al fiel insectillo para calmar con su perseverancia las incurables inquietudes de un corazón desconfiado.

Bien lo había menester la pobre Rosa, pues pasaron días, y después semanas, y después meses, sin que llegase a ella la menor noticia del viajero. En balde iba a Deva cada vez que divisaba una vela desde la altura de los montes. En balde esperaba en la playa horas enteras, y —apenas anclado el barco— se deslizaba entre los marineros, interrogándoles uno a uno sobre lo único que le interesaba en el mundo. Nadie respondía a su esperanza; nadie sabía nada de Félix Erliá, y la triste Rosa se volvía al caserío cabizbaja, con el pecho rebosando recelos. Pero corría junto al arbusto, cuyas últimas flores pronto barrería el cierzo, y la abeja acudía también presurosa para consolarla, mostrando su fidelidad inmutable.

II

Llegó el invierno, y con él el luto de los campos. Rosa, taciturna y abatida, pasaba los días y las noches hilando bajo el techo de su casa, y rezando a su ángel para que le conservase la ternura de Félix; pero —a pesar de todo— los temores de su alma iban creciendo en progresión terrible, no alcanzando a salir de esta cruel alternativa: *ha muerto o ha cesado de amarme*. Contribuía bastante a tan tristes cavilaciones el no poder ya contemplar a la constante abeja en su amada florecilla. ¡Ah! No quedaban flores en aquellos campos, vestidos solamente por la escarcha, y el insecto guardaba su retiro o había perecido con los seres que amaba.

Lloraba Rosa al pensar en ello, y lloraba y lloraba tanto, que casi llegó a marchitarse su peregrina hermosura.

Pero se acercó al fin la primavera con sus tibios días, sus balsámicos auras; y reanimada Rosa corrió palpitante de temor y de esperanza al sitio consagrado por sus recuerdos.

¡Oh dulce espectáculo! La planta había retoñado, renovando sus flores, y la abeja —saliéndole al encuentro de entre ellas— pareció reconvenirla con sus susurros por las injustas sospechas que abrigaba.

¡Que no se burle nadie de las tiernas puerilidades de las almas amantes! Rosa sintió como por encanto calmarse en un momento sus más crueles temores, y pronto volvieron a colorarse sus mejillas y a anidarse en su corazón las esperanzas. No pasó ya ni un solo día sin que tornase cada mañana junto al arbusto querido, y tampoco la abeja faltó un solo día del modesto cáliz de su flor.

Aquél era el único consuelo de la pobre niña, porque sus repetidas excursiones a Deva continuaban siendo sin resultado.

Vino a habitar por entonces uno de los mejores caseríos de aquellas montañas, cierto antiguo piloto cansado ya de la agitada vida de marino, y que se proponía pasar tranquilamente el resto de sus días en la tierra de su nacimiento,

con el capital que había logrado reunir. Se llamaba Antón Ondarra, y era hombre entrado en años, pero agradable todavía por su carácter franco y bondadoso. Conoció a Rosa, y pensó desde luego que era la mujer que le convenía para compañera de su nueva existencia. Ninguna la igualaba en hermosura, en modestia y en religiosa fe. Ondarra lo comprendió así desde la primera ojeada, y pidió sin más preliminares la mano de la doncella.

Fuerte tentación era ésta para el codicioso padre, pues el pretendiente podía reputarse uno de los mejores partidos de la comarca; pero fiel —sin embargo— a su palabra, le manifestó terminantemente que no podía disponer de su hija hasta el primero de Marzo del año próximo.

Antón Ondarra se resignó a esperar, y como no tardase en saber los sentimientos de Rosa, se dedicó a probarle— en vez de la apasionada impaciencia del amante —la apacible ternura del amigo.

—He creído, la dijo un día con su noble franqueza de marino, que podía haceros dichosa dándoos mi corazón, mi nombre y mi fortuna; pero si todo lo que queréis admitir de mí es la amistad de un hermano, os la ofrezco también a presencia de Dios, tan desinteresadamente cuanto es posible a un hombre. Disponed de ella, segura de que no habrá sacrificio que no haga con gusto por contribuir a vuestras alegrías, o dulcificar, al menos, vuestras penas.

Rosa no podía ser desagradecida a conducta tan noble y generosa. Aceptó lo que se le ofrecía, y Antón fue pronto su único confidente y su respetado consejero. La pobre estaba siempre tan triste, tan sola, tan sin arrimo (pues no tenía ya madre, y su padre era más honrado que afectuoso), que el fraternal cariño del piloto llegó a serle indispensable en las crecientes amarguras de su situación. Ondarra, por su parte, célibe machucho y sin familia, se apegaba más de día en día a aquella niña tan bella y desgraciada, complaciéndose en merecer de ella —ya que no podía ser otro sentimiento— la casta afección de hija.

La acompañaba en sus excursiones; pasaba a su lado horas enteras a las orillas del río, oyéndole la incesante historia de sus recuerdos, y consolándola con el feliz augurio de la abeja, que no olvidaba a su flor; y de aquel modo el viejo marino y la joven aldeana llegaron antes de mucho a hacerse inseparables; con gran contento del padre, pues había ofrecido *no obligar* a su hija a que tomase esposo en los dos años, pero no estaba en el deber de impedir que se lo tomase ella si se cansaba de aguardar al que parecía olvidarla.

Un día, sin embargo, se extendió de improviso por la aldea una noticia

importante. Se afirmaba haber fondeado en el puerto de Deva el mismo buque de que se hizo marinero el joven Félix Erliá, y no hay necesidad de decir con qué apresuramiento y esperanza voló Rosita a las playas. Su emoción al verse a presencia del capitán del buque se hizo de tal modo opresora, que lo faltó completamente la voz, y Ondarra— que la acompañaba —fue quien hubo de preguntar (combatido por tan opuestos sentimientos, que no sabía él mismo qué respuesta deseaba):

—¿Forma todavía parte de vuestra tripulación el marinero Erliá?

—¿Erliá? Respondió el capitán, sin cuidarse de la ansiedad con que eran escuchadas sus palabras. ¡Voto a bríos, que no conozco bergante más afortunado que él! Me engañó para que lo llevara de balde en mi goleta; pero supo arreglarse —durante la travesía— con cierto colono ricacho que iba también a bordo, y al que tuvo, además, la buena suerte de salvarle la vida en el naufragio que tuvimos cerca de las costas de Jamaica. ¡Le daba el corazón al perillán que aquel hombre había de hacer su fortuna!

—¡Su fortuna! Articuló trémulamente Rosa. Pues ¡qué! ¿Se ha hecho rico ya Félix Erliá?

—¡Vaya! Repuso el capitán. El viejo colono le ha pagado el servicio dándole su hija única, que lleva una dote pingüe.

Rosa cayó exánime en los brazos de Antón, que gritó fuera de sí,— sobreponiéndose a todo otro sentimiento el interés que le inspiraba aquella pobre criatura:

—¡Mentís! ¡Mentís! ¡Eso no puede ser cierto! Erliá no se ha casado.

—Mucho será, repuso impasible el otro; pues cuando he dejado —hace dos meses— las costas de Nueva-España, no se hablaba de otra cosa que de aquella próxima boda, de que había dado parte a todos sus conocidos el padre mismo de la novia.

—¿Oyes, Rosita? Exclamó Antón. Aun no se había verificado el casamiento; aún puede ser que se engañe este hombre.

Pero Rosa no le oía: síncope mortal la embargaba. Cuando volvió en sí se encontró a la margen del río, junto al arbusto del ángel, en torno del cual zumbaba alegremente la abeja; y Ondarra, que la sostenía en sus brazos, se la mostró, murmurando en su oído estas consoladoras palabras:

—Ella es fiel... ella es fiel todavía.

—¡Pero él no! Gritó la joven, que recobraba con la vida la conciencia de su desventura.

Y los celos, aquella horrible pasión a la que, por su mal, era propensa; los celos la encendieron de súbito en tan violento furor, que maldijo al insecto con destempladas voces, acusándole de haberla engañado durante diez y seis meses. No contenta, sin embargo, con esto, su mano — convulsivamente agitada— cayó de repente sobre la pobre abeja, que acababa de posarse en su querida flor, en la única que no había sucumbido todavía a los ardores del estío, y en cuyo cáliz, tantas veces acariciado, encontró la triste su sepulcro.

¡Oh! ¡Con cuántas lágrimas tenía que ser expiada aquélla muerte impía, que acaso hizo gemir a los dos ángeles que cobijaban —bajo sus blancas alas— los inocentes amores de aquellos pobres niños!

III

La cólera y el dolor son malos consejeros. ¡Rosa los escuchó, sin embargo; los escuchó demasiado!... No le bastaba la destrucción de la abeja; hizo más todavía para aniquilar sus recuerdos. Le otorgó su mano a Antón Ondarra, apresurando la realización de aquel enlace, que debía probar al inconstante Félix que no se había tenido la credulidad de esperarle fiel y enamorado.

Rosa estaba loca en aquellos días fatales. Quizá no debió Ondarra cumplir los ciegos votos de la venganza en su suprema energía; pero ¡ah! Él amaba con extremo a aquella niña interesante; la creía abandonada, y esperaba poder consolarla con su indulgente e inagotable ternura.

La abnegación del viejo marino había sido sublime mientras juzgó contribuir con ella a la ventura de Rosa; pero faltando aquel estímulo, privado de aquella esperanza, ¿cómo y por qué rehusaría un bien que se le venía a las manos, cuando menos lo esperaba y más reconocía merecerlo?

Tal heroísmo era superior a una flaca naturaleza mortal.

La boda se dispuso deprisa, y sólo al ver llegar el momento de ella comenzó la exaltación de Rosa a dejar algún campo al raciocinio. Sólo entonces comprendió que su resolución era violenta; que el dicho del capitán no presentaba carácter infalible; que al romper ella sus juramentos tomando esposo — antes de cumplir el plazo de los dos años otorgados a Erliá por su padre— se hacía reo de un crimen que no alcanzaría a justificar la inconstancia de aquél, aun después de ser completamente probada.

Estas reflexiones y otras muchas atormentaron de pronto a la desgraciada Rosa; pero eran ya demasiado tardías. El casamiento se celebraba aquella misma noche. Sólo pudo llorar, llorar sin consuelo entre sus galas de novia, y sentir que se despertaban —a pesar suyo— en lo más íntimo del alma, los dulces y tristes recuerdos que había querido en vano aniquilar.

Entonces se acordó de la flor y de la abeja... de la pobre abeja sacrificada.

—¿Qué hizo? Se preguntaba con enojo a sí misma: ¿qué hizo jamás para merecerla muerto? ¿Debí castigarla porque animó mi esperanza con su fidelidad? ¿Es tan grata la verdad presente, que no deba perdonar y agradecer aquel engaño dulce, aquella ilusión que era mi vida?

Discurriendo así, no pudo resistir a un repentino impulso. Aún faltaban algunas horas para la nupcial ceremonia, y Rosa fue a pasarlas llorando junto al *arbusto del ángel*. ¡Ay! Barrían ya el suelo sus amarillas hojas, y la última flor que había adornado su tallo —la última que libara la abeja— se desprendía seca, esparciendo con sus restos los del insecto aplastado en su corola. La joven recogió aquellas reliquias, recogió también la semilla que dejaba la flor, y todo lo guardó cuidadosamente envuelto.

—¡Erliá! ¡Mi querido Erliá! ¡Perdóname! Decía al apretar dichas reliquias sobre su afligido corazón. Y se complacía en repetir tales palabras, dirigidas a la abeja, pero que le daban ocasión de articular un nombre que era también el de su antiguo amante. Sin embargo, no volvió ese nombre a salir de sus labios; porque Rosa fue desde entonces la mujer de Antón Ondarra, y tenía demasiada virtud para acariciar lo pasado. Nada le quedaba de él sino los míseros restos de la abeja y de la flor.

Rosa no era feliz: no podía serlo; pero llenaba sus deberes con aparente agrado, y respirando de continuo en la atmósfera de paz y de ternura de que la rodeaba su marido, acaso llegó a esperar que se cicatrizaran con el tiempo las profundas heridas de su alma.

Así pasó el otoño; así pasó también el largo y nebuloso invierno, y llegó el último día del mes de febrero, trayendo en pos una noche tenebrosa y fría como ninguna.

Tronaba, llovía copiosamente, y Rosita —sin embargo— permanecía en su ventana, fijos los ojos en el enlutado firmamento, que surcaban a intervalos los relámpagos, y como si se embelesara oyendo retumbar los truenos en las montañas.

Quizás su pensamiento se hallaba muy lejos de cuantos objetos parecían preocuparla, pues de pronto se estremeció toda, como si despertara de un sueño.

Entonces prestó visiblemente atentísimo oído, no al trueno— que no resonaba en aquel instante, —no a la lluvia y al viento, que comenzaban a

aplacarse; sino a una voz dulce, lastimera, que acababa de articular su nombre bajo su misma ventana.

La oscuridad era tan profunda, que nada podía distinguirse; pero largo y tristísimo adiós, murmurado apenas en medio de las tinieblas, llegó a herir en lo más hondo todas las fibras del corazón de la joven.

¿Qué nombre iba a escaparse de sus labios, convulsivamente estremecidos? No puedo asegurarlo, pues Antón llegó en aquel instante, haciéndola desviar de la ventana, cuidadoso por su salud expuesta imprudentemente al borrascoso viento de la noche.

Rosa, empero, no durmió ni un momento, y apenas la campana de la parroquia anunciaba el comienzo del día consagrado o la fiesta del Ángel de la Guarda, cuando saltando de la cama, con el rostro encendido por la fiebre, corrió desatentada a orillas del Deva.

Por todas partes se presentaban a sus ojos vestigios de la tormenta pasada; pero ella nada veía. Sus pies se sumergían a cada paso en los charcos formados por la lluvia; pero ella corría sin cesar, como si fuera empujada por una mano invisible.

Llega, divisa el paraje donde floreció antes el arbusto ligado para siempre a sus recuerdos, donde había recibido el último adiós y las sagradas promesas de su amante, donde ella le empeñara tan solemnemente las suyas, y donde, por último, en el furor de su despecho al creerse abandonada, había levantado una mano destructora sobre el inocente insecto que por tanto tiempo acudió fiel a sostener su esperanza.

Ya no existían ni el arbusto, ni el insecto, ni la esperanza, ni los juramentos de Rosa ¡pero Erliá estaba allí, fiel a los suyos! ¡Estaba allí, como se lo había prometido hacía dos años, en tal día como aquél, y a presencia de sus ángeles, del arbusto, de la abeja y de la flor!

IV

Rosa no lanzó un grito ni articuló una palabra, porque el silencio es la expresión suprema de las supremas emociones. Cayó de rodillas, y su mirada —en que se retrataban los inefables tormentos de su alma— fue la única impetración de piedad que pudo dirigir a su juez. Pero aquella mirada era tan elocuente, tan desgarradora, que el corazón ofendido no pudo resistir a ella.

—Sí, yo te perdono, dijo Erliá — desviándose estremecido de la que tanto había amado— así te perdonen también Dios y los ángeles, a cuya presencia Las perjurado.

Rosa ocultó el rostro entre sus manos, y — como la compañera de Adán al verse ante Dios después de haber comido la funesta manzana— sólo pudo articular estas palabras, tan difíciles para el orgullo y tan socorridas para la debilidad:

—¡Fui engañada!

Erliá se sonrió con amargura.

—Se, dijo, que tu corazón creyó, con harta presteza en la mudanza del mío. Que estuviste lejos de sospechar siquiera que la esposa que se me brindaba no tuviese, con todos sus tesoros, bastante para comprarme la constancia de mi amor y la santidad de mis promesas. ¡Oh! ¡Ella y su padre me hicieron más justicia! Ellos, al oír la sencilla historia de mi vida, que no es más que la de mi corazón, comprendieron al instante que no había para mí sino una felicidad posible, y me dieron generosamente los medios de venir a conquistarla; mientras tú no vacilabas en creer que yo la vendía infamemente por un puñado de oro.

—¡Erliá, Erliá! Gritó la infeliz Rosa, abrumada a los pies de su amante por el enorme peso de su dolor y su arrepentimiento. ¡No hay para mí perdón! ¡No merezco misericordia!

Tan lastimero era su acento, tan profunda su desesperación, que el noble

pecho del joven sintió que se sobreponía a sus propios dolores la compasión que le inspiraban aquellos de que era testigo, y sólo buscó ya palabras de consuelo para la culpable.

—La fatalidad, dijo, la fatalidad lo ha hecho todo. Ninguna de las noticias que he procurado darte han llegado hasta ti, y aquel silencio, la distancia, el tiempo, la natural desconfianza de tu carácter, disculpan sobradamente tu injusticia de un momento, que no es a mí solo ¡oh Rosa! A quien ha hecho desgraciado. Nuestros ángeles no han querido que gozasen dos mortales en la tierra de una felicidad sin límites.

—Ellos, por el contrario —exclamó Rosa inconsolable— ellos han hecho venir infaliblemente cada día a la fiel abeja con quien te comparaste, para que tranquilizase mi corazón con su inmutable constancia. ¡Pero nada bastó! ¡A nada atendió, sino a sus celos, este corazón indigno! ¡Mi mano, mi propia mano mató al insecto sobre la flor que amaba! ¡Oh, sí, Erliá! ¡Lo destrocé como a tu corazón! ¡Lo aniquilé como a mis juramentos! ¡Aquí tienes... aquí tienes sus restos con los de la flor!

Y la joven sacó de su pecho el envoltorio que contenía las reliquias, fijando en él convulsivamente sus labios descoloridos.

Erliá lo tomó en sus manos, le abrió, y contempló largo rato aquel polvo, corriendo gruesas lágrimas por sus pálidas mejillas, un tanto tostadas por el sol ecuatorial.

—¡Ah! Pronunció al fin con un acento que partía el corazón; sus cenizas, al menos, están para siempre confundidas. Las nuestras, Rosa, no lo estarán jamás. Prométeme siquiera que esparcirás estos polvos en la tierra de mi sepultura, y que irás alguna vez a regarlos con tus lágrimas.

—Sí... sí... articuló ella entre gemidos; hasta que en aquella tierra se confundan pronto los restos de todos cuatro.

En tal momento llegaba sofocado el buen Antón, que había corrido las montañas en busca de su mujer. Erliá la tomó por la mano y se la entregó, diciéndolo:

—Hazla feliz, porque ha comprado ese derecho a precio de mi vida; y cuando yo no exista, no la impidas cumplir el último juramento que me ha empeñado, y en gracia del cual los ángeles la perdonarán, al fin, la infracción de los primeros.

Dicho esto, desapareció entre los jarales, y Ondarra trasportó en sus brazos a Rosa, desmayada, a la pacífica mansión a que él creyó un tiempo llevar con ella la ventura, pero en la que comprendía ya que sólo el dolor debía habitar para siempre. Violenta fiebre asaltó a la pobre joven en aquel mismo día, poniendo en riesgo su vida durante muchas semanas, y dejándola por convalecencia la tristeza sombría de una ictericia profunda.

Erliá, por su parte, pareció no ocuparse en otra cosa, desde la amarga entrevista, que en el cuidado asiduo del viejo labrador que le había acogido en su desvalida infancia, y que se hallaba postrado por una parálisis incurable. Empleó el dinero destinado antes a los gastos de un nuevo y feliz estado, en rodear de comodidades a su bienhechor y á la familia de éste, pagándoles con usura el generoso cariño que en otro tiempo dispensaron al huérfano.

Nada le complacía tanto como pasar las largas horas de la noche leyendo el libro de Job cerca de la cama del anciano; por más que le molestase con frecuencia una tosecilla seca y angustiosa, durante la cual solía mancharse con sangre el pañuelo que llevaba a sus labios. ¡Ay! Aquellas dos hermosas y juveniles existencias, heridas de un mismo golpe, podían ser comparadas a dos flores que —apenas abiertas a los besos del céfiro— reciben en su seno el gusano destructor que las va lentamente devorando.

Sin embargo, con los apacibles días de la primavera mejoróse algún tanto la situación de Rosa, y esta circunstancia y los desvelos paternos que la prodigaba Antón, podían dar la esperanza de un completo cambio favorable.

Félix luchaba también, con todo el vigor de sus veinte y dos años, contra aquella terrible enfermedad cuyos progresos no ha alcanzado todavía a detener la ciencia, y que se ceba con tanto mayor encarnizamiento cuanto es más florida la juventud de la víctima.

Mientras duró el buen tiempo no ocurrió nada que de contar sea; mas al caer amarillas las postreras hojas de los árboles, el pobre Erliá cayó también en su lecho para no volver a levantarse. La enfermedad lo había vencido al cabo, y corría con espantosa rapidez a su último período e inevitable desenlace.

Rosa, en tanto, sentía simpáticamente renovarse el progreso de su lenta consunción, y su alma se iba cubriendo de brumas más oscuras y tristes que las que el cielo tendía gradualmente sobre la hermosura marchita de los campos.

V

Hubo aquel año un invierno riguroso. El frío era intensísimo; las cimas de las montañas no se desnudaban jamás de su pesado manto de nieve; continuas nieblas se interponían entre ellas y los valles y cañadas, robándoles la vista del firmamento, donde el sol avaro dejaba escapar escasamente algunos rayos fugitivos; y gracias si de vez en cuando, rompiendo un peñasco los espesos vapores, descubría lentamente sus picos descarnados, que a manera de fantasmas tornaban a desaparecer entre las brumas.

No se oían otros rumores que el zumbido del viento entre los castaños desnudos y las encinas escarchadas —entorno de los cuales solían revolotear medrosos algunos mudos pajarillos,— la caída de los aludes, y acaso los graznidos del cuervo oculto en los agujeros de las peñas.

Rosa no salía de su casa, pasando tan tristes días casi inmóvil en su gran sillón de baqueta; mientras, para distraerla, Antón le contaba largas historias de sus viajes de marino, que ella escuchaba por lo común visiblemente abstraída. Sin embargo, siempre al dejar la silla para trasladarse al lecho, alargaba su flaca y yerta mano a su marido, dándole gracias con una melancólica sonrisa. Ondarra movía tristemente la cabeza, osando apenas besar aquella mano, y al retirarse —después de arroparla y arrullarla como a un niño— no dejaba ningún día de decirse a, sí mismo:

—Está peor que ayer la pobrecilla.

Con todo, la rigidez de la estación iba ya casi de vencida. Había llegado el último día de Febrero, víspera del Ángel Custodio, y la renovación de la primavera, que se acercaba, era motivo de nuevas esperanzas para Ondarra. Aquella mañana el sol había lucido sereno por muchas horas, reanimando con sus tibios rayos a la querida enferma: aquella noche Antón no la había oído suspirar entre las angustias del insomnio, y casi llegó a prometerse verla pasar gratamente su decimonono cumpleaños.

Se felicitaba por ello el antiguo marino, y en muestra de su alegría iba a cegar otro sueño en su mullido colchón —renunciando por aquella vez a su hábito de madrugador— cuando sintió a Rosa levantada y andando por la alcoba, con paso más firme que de costumbre. Acudió presuroso a preguntarla si se la ofrecía algo. La halló vestida, envuelta en su gran capa de paño, y guardando en su seno el envoltorio que encerraba las reliquias, no ya desconocidas para Ondarra.

—¿Qué haces? La dijo éste. Desde que estás delicada no acostumbras levantarte temprano, y aún menos debes hacerlo mientras no haya pasado del todo esta estación rigurosa.

—Voy a salir, contestó resueltamente la joven.

—¿Salir? ¿Ahora? ¿Con este frío? Exclamó Antón asombrado. No; no lo permitiré por cuanto hay en el mundo.

—Lo permitiréis, repuso ella con voz firme, porque *él* os suplicó no pusierais obstáculo al cumplimiento de mi última promesa —para que el cielo me perdonara el haber faltado a las primeras— y ha llegado el momento previsto en aquel en que os dirigió su súplica.

Antón creyó que Rosa deliraba. Sabía por ella cuál era la última tristísima promesa a que se refería; pero tampoco lo ignoraba, — pues se lo dijeron el día antes los mismos hermanos adoptivos de Félix,— que precisamente aquel día se encontraba éste en repentina y notable mejoría, que los llenaba de júbilo. Quiso, por tanto, obligar dulcemente a Rosa a que se volviese al lecho; pero halló tal resistencia, que hubo de plegarse él mismo, limitándose a acompañarla.

La joven se dirigió despacio, pero con planta segura, al pequeño cementerio del pueblo; al llegar cerca de él vio Ondarra (que la seguía inquieto) salir de sus puertas un grupo de hombres, trayendo vacía la camilla en que sin duda acababan de trasportar un cadáver. La impresión causada por aquella vista fue tanto más profunda, cuanto reconoció al momento a los hermanos adoptivos de Erliá formando parte del lúgubre cortejo. Lleno de sorpresa y zozobra, se acercó para inquirir si era verdad lo que comenzaba a sospechar; pues aún le parecía más probable que fuese el viejo paralítico quien hubiera sucumbido.

Rosa, mientras tanto, continuó su camino sin aparente emoción, como si nada hubiese visto; y entrado que hubo en el solitario recinto, se dirigió sin vacilar a un paraje en que la tierra, recientemente removida, indicaba que

acababan de ser depositados en su seno los restos de un mortal. Se arrodilló sobre ella, la besó con religioso respeto, y empezó a esparcir con mano trémula las pobres reliquias de la abeja y de la flor, entre las que se hallaba la semilla de ésta. Se inclinó luego nuevamente, regando el suelo con sus lágrimas, y en el momento en que Antón, turbado y lleno de asombro, llegaba junto a ella — preguntándose a sí mismo quién había podido comunicarle la noticia del triste suceso cuya certeza acababa él de adquirir— la oyó murmurar con dulcísima voz sobre la humilde sepultura:

—¡Adiós, Erliá! Pronto te cumpliré el resto de mi promesa. Pronto descansaremos juntos.

Dicho lo cual se levantó, rebozándose de nuevo en su capa, y tomó el brazo de su marido para regresar a su albergue. Pero lo que la había oído despertaba una sospecha demasiado horrible en el alma de Antón para que pudiera disimularla, y la dijo —a los pocos pasos— con acento profundamente afectado:

—Él ha pasado de esta vida a la otra con todos los sentimientos de un buen cristiano, cuando Dios le llamó; y no debes olvidar, Rosa, que los que levantan contra su propio pecho una mano criminal, acortando voluntariamente el plazo que les señaló el Criador, jamás serán partícipes del descanso que ya goza en este momento aquel por quien lloramos.

—Sospecháis mal de mí, le contestó ella con dulzura. Nunca daré cabida a la espantosa idea de semejante crimen; pero sabed que anoche —en el instante mismo en que el ángel de Félix llevaba su alma al seno de la infinita misericordia— mi ángel me hizo entender que yo sería pronto perdonada, y se me llamaría a participar del dichoso destino de mi amado, tan pronto viniesen a anunciármelo sucesivamente siete abejas y siete flores.

VI

Antón volvió a temer por la razón de Rosa, y guardó silencio, redoblando sus cuidados y proponiéndose no oponer resistencia a sus más extraordinarios antojos.

Pasó, no obstante, algún tiempo sin que ella pusiese de nuevo a prueba la condescendencia del marino; pues las profundas emociones de aquel día la rindieron de modo que durante un mes no pudo moverse de la cama, limitándose a preguntar con frecuencia si no aparecía cerca de su habitación ninguna abeja o flor maravillosa. Como recibió siempre respuesta negativa, no le fue dado resignarse a esperar por más tiempo, y el día 2 de Abril declaró a su marido que se hallaba resuelta a hacer nueva visita al cementerio.

Ondarra la llevó casi en sus brazos; tan grande era la debilidad de la enferma; pero apenas respiró el aire del asilo de los muertos y vio nacida en la tierra de la sepultura! La semilla conservada en su pecho tanto tiempo — y que, convertida ya en planta, crecía lozanamente,— de súbito pareció que se reanimaba su alma, concibiendo una halagüeña idea.

—¡Tú serás, decía acariciando las tiernas hojas de la planta; tú serás —ya lo comprendo— la que produzcas las siete flores que vendrán a libar las siete abejas, anuncios de mi perdón y mi ventura!

Al retirarse del campo santo pudo hacerlo por sus pies y brillando en sus ojos nuevos destellos de vida. Desde aquel día sus visitas al postrer asilo fueron frecuentes y largas, complaciéndose en ver cómo crecía el arbusto de sus recuerdos y de sus esperanzas, y festejando la aparición de cada nueva hoja como suceso próspero e importante.

El último día del mes un botón se presentó, por fin, coronando el tallo, y la joven rindió gracias a su buen ángel, vertiendo —por primera vez después de largo tiempo— lágrimas sin amargura.

¡Con qué impaciencia anhelaba el completo desarrollo de la flor y la llegada

de la abeja, que quizás acudiría presurosa a los primeros hálitos que esparciera en el ambiente el ser de sus amores!

Tal era la esperanza de Rosa; pero ¡cuál sería su júbilo cuando —viniendo muy de mañana el 3 de Mayo— vio que la flor, que aún no hacía más que entreabrirse, ostentaba ya entre sus hojas al insecto suspirado!

Cayó de rodillas; en su primer impulso aplicó los labios al capullo con más ardor que cuidado, retirándolos enseguida pesarosa, pues le pareció imposible no haber ahuyentado al huésped querido de la flor. Pero se engañaba; la abeja estaba inmóvil. Admirada Rosa, la miró más de cerca, la tocó sacudió el tallo. ¡Cosa rara! ¡la abeja, impasible, continuaba libando! ¡La abeja no podía volar! ¡Estaba unida inseparablemente con la flor!

Dos días después se abrió un nuevo botón, y una nueva abeja apareció también adherida maravillosamente a su cáliz. Otro tanto sucedió con la tercera, y con la cuarta, y con la quinta, en fin; pues todas se desplegaron rápida y sucesivamente, con gran júbilo de Rosa; cuya emoción, al aparecer el sexto capullo, fue tan superior a sus fuerzas, que Ondarra la trasportó sin voz y sin conocimiento al lecho, por tantos días abandonado.

La fiebre se presentó de nuevo con terrible violencia; la naturaleza de la pobre joven se hallaba tan gastada por continuadas y fuertes emociones, que el 15 de Mayo hubieron de serle administrados los auxilios supremos de la religión, que ella recibió con edificantes disposiciones.

En todo aquel día no pareció pensar en otra cosa que en dar gracias a Dios, encomendándose a su misericordia; pero al amanecer del siguiente llamó a su marido — que lloraba en silencio a algunos pasos de su lecho— y le pidió como última muestra de su generosa ternura el favor de ser conducida un momento a respirar el tenue aroma de las florecillas que amaba.

Antón, desesperanzado de su vida, nada acertaba a rehusarle, y fue llevada —por consiguiente— en una silla de manos al sitio que había indicado.

Apenas se vio en él Rosa, sus apagados ojos se brillaron; su amarillenta tez tomó por un instante colorido; y arrojándose de la silla, fue a ponerse de hinojos junto al arbusto, que presentó entonces a su vista la séptima flor que acababa de abrirse, dejando descubierta la séptima abeja, parte integrante de su maravillosa estructura.

Un débil grito armonioso salió de los labios de la joven; sus brazos rodearon

el arbusto; su cabeza se inclinó —como otra flor tronchada— sobre las siete flores de la tumba; y Ondarra oyó, durante algunos minutos, el blando murmurio de una acción de gracias dirigida al Ángel de la Guarda.

Luego el murmullo cesó; los brazos que oprimían al arbusto cayeron suavemente en tierra; y Ondarra — que se precipitó para levantar a Rosa— sólo tomó en sus brazos un cadáver. ¡El alma había volado con el primer perfume de la séptima flor!

El viudo cumplió la última parte de la promesa empeñada a Erliá por su desgraciada esposa: los dos amantes descansaron juntos, y la flor —que se multiplicó sobre su sepultura, formando desde entonces una nueva clase— cesó de llevar el nombre *del ángel* para tomar el *de la abeja*; no floreciendo ya su arbusto, como entonces, en el primer día de Marzo, sino a la llegada del mes en que Rosa y su Erliá se reunieron en el cielo.

Yo he visto, lectores míos, yo he tenido en las manos varias de esas flores de tan poética historia, que se encuentran en los sitios más sombríos y solitarios de las márgenes del Deva — como esquivando las profanas miradas de los hombres— y puedo aseguraros que me ha costado trabajo convencerme de que la abeja no era otra cosa que una parte integrante de la flor.

Por cierto que la primera vez que tuve ocasión de admirar tal maravilla, fue precisamente en un paraje que, según me dijeron, ha sido teatro de uno de los más sangrientos episodios de la última guerra civil; pero la flor se desplegaba tan fresca y lozana en aquel suelo — regado con sangre vertida por manos fraticidas— como sobre la sagrada tierra de la tumba, donde era regada por lágrimas de amor.

¡Ah! Lo mismo se desplegará todavía, después que se hayan mezclado en la tierra que las produce las cenizas de la presente generación y de otras infinitas.

El tiempo —ese eterno removedor de las costumbres, las leyes, los usos, las ideas y los nombres— que muda sin cesar la faz de las sociedades, borrando una civilización al soplo de su sucesora el tiempo no puede nada sobre esas hierbecillas de los campos, cuyas humildes generaciones atraviesan las edades sin recibir la menor alteración en su esencia ni en su forma, para ostentarse el último día tan bellas y tan puras como en el primero de su creación.

LA ONDINA DEL LAGO AZUL

RECUERDO DE MI ÚLTIMA EXCURSION POR LOS PIRINEOS

I

Era el año de 1859, y tocaba a su término la temporada veraniega — que habíamos pasado en los Pirineos franceses— por lo cual aprovechábamos con avidez los serenos días que aun restaban de la buena estación, para proseguir nuestras agradables excursiones por tan pintoresco país.

Habíamos visitado recientemente a Gabarnie, sin intimidarnos ante los angostos desfiladeros; las sendas serpenteando por flancos de la cordillera, suspendidos sobre abismos; las bóvedas de monstruosos peñascos que — socavados por la *Gave Bearnese*— parece que amenazan desplomarse; los vericuetos glaciales, donde no se halla un árbol que susurre, ni un pájaro que píe, ni un insecto que se mueva y de todas las penalidades del molesto viaje nos compensaron ampliamente las impresiones sentidas a vista de la bellísima cascada de Gédre —derrumbando a nuestras plantas las perlas y los diamantes de sus inexhaustas corrientes; —y la del *Cáos*, desordenado agrupamiento de enormes masas de granito, que pudiera creerse fueron hacinadas allí por brazos de los Titanes para la audaz empresa de escalar el cielo; y la de las famosas *torres del Marboré*, gigantes calcáreos que se pierden en las nubes; y la del indescriptible *Circo*, en fin, encerrado en sus altísimas murallas, con sus torreones y sus almenas —sólo accesibles a los hielos— y de los que saltan, cruzándose, espumosos y atronadores torrentes de infinitos cambiantes; obra todo ello de una naturaleza primitiva y caprichosa, pródiga de maravillas en aquellos lugares agrestes, sin darles otra voz que la de las cataratas que nos envolvían entre sus nieblas perdurables.

Luego —instalados en Bagnères de Bigorre— recorrimos sucesivamente sus deliciosos alrededores, y realizamos atrevidos la fatigante ascensión al Pico del Mediodía; contemplando desde su cima piramidal —en variados términos y perspectivas— los vergeles magníficos de *Luz*, las ásperas gargantas de *Barèges*, las colinas del *Bearne*, los pintorescos campos del *Garona*, y porción de

ciudades —que se presentan como puntos blanquecinos—, y cadenas de picachos vestidos de deslumbrante nieve; pero aún nos faltaba conocer otra de las más raras curiosidades de aquel suelo privilegiado. Sí, aun no habíamos visto el *lago azul*, y resolvimos aquella excursión postrera en compañía de algunos otros bañistas, que nos presentaron por *cicerone* al inteligente Lorenzo, a quien soy deudora de la extraña historia que voy a referir a los benévolos lectores de estas desaliñadas páginas.

II

Descendíamos las escarpadas márgenes del hermoso lago que parece haber robado al cielo su más espléndido manto, en el momento de subir por ellas — lentamente y apoyado en grueso báculo— un anciano de aspecto noble y triste, a quien noté saludaba nuestro guía con emoción cariñosa.

—¿Conocéis a ese hombre? Le pregunté, movida por cierto instinto que me hacía adivinar en aquel viejo, de pálida y grave frente, algún infortunio extraordinario.

—Sí, señora, respondió Lorenzo. ¿Quién no ha visto muchas veces al pobre tío Santiago mezclar sus lágrimas con las azuladas ondas del lago? Mientras viva no dejará de venir un solo día a rezar por el alma de su hijo en estas márgenes solitarias.

—¿Querréis decirme —repuse— qué misterio encierra la preferencia con que busca este sitio, para un acto que cumpliría mejor en la iglesia de su pueblo?

—Es un misterio bien singular y doloroso —replicó el *cicerone*— y que a vos, señora, que me parecéis afecta a todo lo maravilloso, no podría menos de interesaros en extremo. Pero ¡ah! Vale más no recordar aquí sucesos tan raros como lamentables.

Terminando estas palabras, se alejó Lorenzo para hacer notar a los compañeros, que me precedían, las bellezas de la zafírea llanura que estaban contemplando.

Tan hábil retirada en el instante mismo en que acababa de excitar hasta lo sumo mi impaciente curiosidad, era un rasgo digno de Dumas o de Soulié: como aprendiz en el oficio supe apreciarlo desde luego, y concedí a mi hombre el placer de fastidiarme un rato en ansiosa expectativa; pero al cabo logré posesionarme de él —aprovechando los instantes en que mis compañeros se diseminaban por las inmediaciones— y lo pedí con instancia me refiriese las desgracias del melancólico anciano, cuya fisonomía me había sido tan simpática.

—Sólo por vos —contestó galantemente— pudiera prestarme a traer a la memoria en estos sitios, hechos capaces de volver a uno loco. Lo haré, porque comprendo no sois persona que indague las cosas por mera curiosidad, sino porque se interesa por cuanto es patético y extraordinario. Ahora bien, sentémonos, si os place, a la orilla de este lago— que representa gran papel en el drama de que voy a ocuparme, —y tened la bondad de prestarme atención durante algunos minutos.

Hice lo que me pedía, y él dijo con visible enternecimiento, que me pareció contagioso:

Al tío Santiago se le murieron tres hijos en menos de dos años: no le quedó al pobre otro ser a quien amar que su chiquitín Gabriel, cuya venida al mundo le costó la vida de su esposa. Gabriel fue, por tanto, querido y mimado con extremo, lo cual —en verdad— nos parecía a todos cosa naturalísima; porque al niño podía tomársele por un serafín, según era de hermoso.

Gozaba Santiago de bastantes comodidades, y hasta de cierto lujo, pues ningún labrador de su pueblo — que es de los más bonitos del valle de Lesponne — podía jactarse de más rico que él gracias a su constante laboriosidad, y a la economía de su difunta, que no tuvo igual en cuanto a hacendosa y mujer de gobierno.

Viéndose, pues, el padre con sobrados medios, se le metió en la cabeza darle al hijo una educación fina, y no hubo modo de apartarle de aquella idea, que todos —hasta yo que aún no tenía pelo de barba— todos, repite, conceptuamos desacertada. En fin, cumplió su gusto, pues Gabriel a los diez y ocho años era la maravilla del pueblo por las muchas cosas que sabía; sobresaliendo principalmente en las habilidades de tocar la flauta y componer versos, que él mismo ponía en música y solía cantar con admirable primor. Era también muy dado a leer libros, no sólo los escritos en nuestra lengua, sino hasta los que venían de Alemania y otras tierras extrañas; pues los entendía todos, y nos recitaba luego en francés interesantes cuentos que contenían, narrando los hechos con tal gracia y facilidad que nos embobábamos oyéndole.

Añádase a lo dicho la singular belleza de su figura, la elegancia de sus modales, el esmero con que sabía vestirse— hasta en los días de trabajo — y ya comprenderéis, mi querida señora, que aquel muchacho debía hallarse entre estas montañas como fuera de su centro. Así lo consideramos en el pueblo, diciéndole con razón a Santiago que lo mejor sería mandarlo a una gran ciudad, donde se

proporcionara carrera adaptada a la educación que le había dado; pero el viejo no quería por cuanto hay en el mundo desprenderse de su Benjamín, y contestaba siempre que para todo habría tiempo; que el chico era delicado de complexión y necesitaba por algunos años más los aires de la tierra. Mientras tanto, se desarrollaba más y más en Gabriel— a medida que avanzaba en la juventud — un carácter melancólico y raro.

No creáis que se viesan en él las inclinaciones propias de su edad. Aunque no había en el pueblo doncella que no lo mirase con buenos ojos, jamás hizo el menor caso de ninguna; como tampoco manifestó disposición para trabar amistad con los mancebos, ni hacerse partícipe de sus diversiones. El único placer del hijo de Santiago era vagar día y noche por esas montañas, llevando por toda compañía algún libro de versos o cosa semejante, y su flauta inseparable; que no pocas veces oía yo resonar en la espesura, de algún bosque o en las orillas de este lago, cuando pasaba con mi mulo cargado de leña para la casa de su padre, a quien ayudaba en sus faenas, siendo bien agradecido y recompensado, pues —según indiqué antes— Gabriel no le servía para nada.

En el momento en que llegaban a mis oídos los sonos de la flauta, me detenía involuntariamente para escucharlos más tiempo, y tales eran de dulces y amorosos, que solía alguna lágrima humedecer mis párpados, sintiéndome el corazón como si quisiera venírseme a los labios para responder con suspiros a las cosas tiernísimas que me revelaban aquellas melodías. ¡Oh señora! No penséis que exagero; la flauta de Gabriel no era un instrumento como otros de su clase: él hablaba por medio de ella todo cuanto quería, y aun creo que decía muchas veces más de lo que alcanzaba a comprender. Aquella flauta lloraba, gemía, cantaba, expresaba ardientes deseos, respondía a secretos pensamientos, articulaba misteriosas promesas, y hacía nacer de súbito dulces, aunque indeterminadas esperanzas.

En una ocasión me atraieron tan poderosamente los admirables sonidos del instrumento armónico, que sin darme cuenta de ello me fui apartando del camino y descendiendo el ribazo, hasta encontrarme al frente del joven músico, en este mismo sitio en que ahora nos hallamos. Tan embelesado estaba él con los primores que producía su soplo, como yo lo estaba escuchándole; pero luego que se apagaron en los aires las últimas notas de la flauta —confundidas con los suaves suspiros de la brisa— me entró cierta especie de vergüenza del poderío

que ejercía en mi alma con su prúsica aquel muchacho holgazán y — poniéndome de mal humor— me acerqué a él con un tanto de aspereza, y le dije — sacándole del arrobamiento en que parecía querer perseguir todavía, por entre los murmurios de las ondas del lago, las ya extinguidas vibraciones de su flauta armoniosa: —Tienes admirable habilidad, Gabriel amigo; pero pasan días y días sin que pienses en otra cosa que en corretear y tañer la flauta, dejando a tu pobre padre solo y sin ayuda en las faenas de su hacienda. No lo digo porque me pese suplir tu falta; antes bien prescindo de mi propio interés— que sería el de hacerme necesario a Santiago —porque nada deseo tanto como ver contento ni excelente anciano, y a ti portándote según corresponde a un buen hijo y cual hombre de provecho.

Gabriel levantó la cabeza, me miró fijamente un instante con expresión distraída, y concluyó por rogarme que le repitiese cuanto había dicho, pues confesaba no haberme entendido. Hice lo que pedía, añadiéndole algunas reflexiones, a mi parecer oportunas, y él mostró esta vez escucharme con atención y sin ningún asomo de disgusto. Terminado mi sermón, me dijo con tono melancólico:

—Gracias, Lorenzo; gracias por el interés que te tomas por mi padre y por mí; pero ten entendido que no creo faltar a mis deberes siguiendo mis inocentes inclinaciones, ni doy gran importancia a los adelantos de mi hacienda. ¿Para qué necesito las riquezas? Yo vivo en un mundo que no es el vuestro, y saco mis alegrías, como mis dolores, de fuentes misteriosas que no pueden seros conocidas. En buen hora guárdate si llega a faltar mi padre— esos bienes que lo ayudas a conservar y a acrecer, y que yo sólo estimo por las comodidades que le proporcionan en su cansada vejez; pero déjame mi libertad selvática, déjame mi independencia vagabunda, seguro de que ellas son mis verdaderos tesoros, y de que con nada me probarás mejor tu amistad que con no mezclarte en mi destino.

—Seca es tu contestación, y hasta dura —repuse yo un poco lastimado—, mas no se dirá que por respetos a mi amor propio retrocedo en el terreno a que me ha traído un sentimiento más noble. Te llevo siete años largos, soy deudor a tu familia de beneficios que no olvidaré nunca, y estas circunstancias me obligan a aconsejarte según mi leal entender y escaso saber. No olvido que eres un mozo ilustrado y que yo carezco de esa ventaja: también confieso que Dios se ha servido darte un talento que supera naturalmente al mío; pero todo lo que me falta puede ser compensado por el buen deseo que me anima, y los ojos

desapasionados con que miro tus acciones; mientras que tu ingenio y tu instrucción no bastan, en mi concepto, a suplir por la experiencia de que careces, ni levantan tu propio juicio para ver desde su verdadero punto y estimar imparcialmente la conducta que estás observando, con gran daño del sosiego presente de tu padre y de tu misma felicidad venidera. ¿Qué es lo que ganas —dímelo por tu vida— con pasar horas tras horas en la soledad de estos montes? Por deliciosas que sean las armonías que sabes arrancar de tu flauta, ¿no te cansarán al cabo abusando de ese placer? ¿Puedes hallarte mejor solo con tu música y tus libros, que en la grata compañía de tu padre, tus amigos y las muchachas más lindas del lugar, que todas aspiran a agradarte, y entre las que hay algunas que son muy dignas de fijar tu atención el día que resuelvas escoger una esposa? Si las riquezas tesón indiferentes; si no abrigas afición al trabajo —aunque todo hombre debe considerarlo un deber— ten al menos el gusto que es natural en tratar con tus semejantes, y no te condenes —afligiéndonos con tal capricho— a ¡jasar aislado y triste los años más floridos de tu vida.

—Escucha, amigo, —dijo suspirando el joven luego que esto me oyó:— siéntate y atiéndeme un momento, para que no vuelvas a atormentarme con reconvenciones inútiles.

Me senté a su lado, y él añadió:

—Tienes razón, según el mundo, en juzgarme extravagante. Cuánto acabas de decir está arreglado a la prudencia humana y a las exigencias sociales. Más aún veo en ello una prueba de tu sincero afecto, y declaro complacido que me obligas a quererte desde hoy y a apreciarte, como no quiero ni estimo a ningún otro hombre, si se exceptúa mi padre. Por eso voy a expresarme a tu presencia con el corazón abierto; por eso te permitiré entrever esta vida íntima de mi alma, que no puede avenirse con la vida común de los seres que me rodean: después de vislumbrarla, estoy seguro de que no volverás a exigirme el infructuoso sacrificio de ir a respirar en aquella atmósfera en que no puede vivir mi cuerpo sino matando a mi espíritu.

III

Hablando así, Gabriel —con un abandono lleno de gracia, que no le había visto hasta entonces— apoyó sus dos brazos sobre mis rodillas, y en sus blancas y delicadas manos su barba de suaves contornos, cubierta —como su labio superior— por un vello todavía sedoso; y dejando vagar sus miradas con expresión que fue haciéndose más y más extraordinaria, pronunció estas palabras, que creo haber conservado fielmente, pues el cielo me concedió felicísima memoria:

—Ignoró si mi educación ha sido causa, o sólo auxiliar, de este sentimiento profundo que me aleja del círculo en que debiera vivir. Algunas veces creo que aun cuando me hallara en la ciudad más ilustrada de Europa, entre los ingenios más sublimes, tendría —como tengo entre los rústicos habitantes de nuestras montañas— este instinto de aislamiento, esta aspiración a otro mundo mejor, que me haría despreciar los placeres, las pompas y hasta los goces intelectuales de las grandes sociedades; lo misino que desprecio ahora la sencillez, la paz y los goces domésticos que me ofrece el estrecho —pero apacible— ámbito de la vida campestre. Sea de ello lo que fuere, amigo Lorenzo, te aseguro de veras que no ambiciono, no deseo nada de cuanto la tierra pudiera ofrecerme; porque hay en mi alma necesidades misteriosas, cuya satisfacción logro entrever únicamente algunas veces en los éxtasis inefables de mis ensueños solitarios. Solitarios he dicho, pero no es cierto: jamás estoy menos solo que cuando ninguna criatura humana respira cerca de mí. Entonces todo se puebla a los ojos de mi mente de seres benéficos y bellos, con los que me comunico por medio de inexplicables armonías. Entonces viene —púdica y amorosa— a identificarse con mi espíritu, la mujer ideal de mis ardientes aspiraciones, ante la que quedarían oscurecidas las más perfectas beldades de la tierra.

»Yo la veo en los risueños albores de la aurora, como en los tristes crepúsculos de la tarde; a la deslumbradora claridad del astro del día, como a los

destellos apacibles de la luna argentada. Tan pronto es la sílfide aérea que hace ondear su vaporoso manto entre las nubes que coronan los montes; tan pronto la dríada juguetona triscando por la esmaltada pradera o a la sombra de sus queridos bosques; o bien — con más frecuencia aún— la pálida y melancólica ondina, dejando sus palacios de líquido zafiro para sonreírme cariñosa en esta orilla escarpada, oculta entre los arbustos balsámicos que riega cada día con su bella urna de nácar.

»¡Oh Lorenzo! Los que por su desgracia, o su dicha, no han recibido de la naturaleza una organización de artista como la que en suerte me ha cabido; los que no ven en estos campos sino árboles, hierbas, aguas, nunca podrán comprender los misterios de la existencia mía. ¿Cómo explicarles con el lenguaje humano el sentido que descubro en esos susurros de las movibles ramas, esos murmurios de las corrientes sonoras, esas mil voces de la tierra y de los aires? ¿Cómo iniciarlos en el íntimo secreto de mis goces intelectuales en este mundo de mi predilección, entre estos seres que me acarician en cada rayo de luz; que me hablan desamor en cada eco de la vida inmensa que por todas partes palpita?

»¡Ah! ¡No! No quieras quitármelos; no quieras envolverme en el frío positivismo, que secaría mi alma. Déjame aquí con mis ensueños, con mis ilusiones, con mis delirios... Déjame con la compañera de mi soledad encantada, con mi rubia ondina de nacarado seno y ojos color de cielo, que hace un momento recogía quizás desde su lecho de espumas los sonidos de mi flauta, que la repetía —*¡Te amo!*

»En el instante de articular Gabriel esta última palabra, —sin que me permitiese ni aun respirar el asombro con que escuchaba tan extraña jerga, que me hacía sospechar un trastorno en su juicio, —en el mismo instante, señora, se movieron produciendo ruido los arbustos que le servían de respaldo, y — volviendo de pronto la cabeza— se encontraron mis ojos con otros ojos bellísimos, que parecían haber robado al lago el puro y trasparente azul, con que brillaban entre el tupido ramaje. Los vi tan claramente cual veo ahora los vuestros; pero fue aquello un relámpago desaparecieron al punto, dejándome atónito, y preguntándome a mí mismo si era Gabriel quien estaba loco, o si debía yo creerme solemnísimo bruto, por no haber ni aun sospechado hasta entonces la existencia de aquellos hermosos seres sobrehumanos, que le prestaban compañía.

»Verdad es que cuando niño me contaba mi madre cuentos de hadas y de duendes, que me hacían morir, de miedo; pero después que me sentí hombre sólo la risa me provocaban; tratando como invenciones de la ignorancia cuanto solían decirme respecto a este y otros sitios, en que —según el vulgo, —aparecían de vez en cuando ondinas que extraviaban los rebaños y hacían *mal de ojo* a los pastores galanes, a fin de que no se enamorasen de ellos las muchachas bonitas de las poblaciones del valle.

»Pasado apenas mi primer estupor, quise a todo trance salir de dudas, y levantándome prontamente sin decir palabra a Gabriel —que parecía no haberse apercebido de nada—, corrí a registrar la maleza, arbusto por arbusto y rama por rama; pero no pude encontrar, con toda mi diligencia, ni una sombra de figura humana o sobrehumana. Recorrí con la vista las márgenes del lago y todo aquel contorno pero ¡nada! Los ojos azules se habían desvanecido cual si fueran dos gotas de las ondas del lago, evaporadas por el calor del sol.

Lo que sucedió con aquel incidente extraño fue que no osaba ya reprender al joven sus desvaríos, ni aun me sentía seguro de que lo fueran; pues de tal manera me preocupó lo que había oído y visto, que al llegar a la habitación de Santiago no acertaba a responder coordinadamente a las preguntas que me dirigió sobre cosas de la hacienda, y hubieron de llamarlo la atención mi aire alelado y mis frases inconexas.

«Pero todavía no era nada: otro motivo más grande de sorpresa y asombro me estaba reservado para el día siguiente».

Mis compañeros de excursión —que se habían alejado recorriendo los alrededores— llegaron en tropel, interrumpiendo la relación de Lorenzo, y anunciándome que la caravana estaba impaciente por conocer otra líquida llanura, no distante, y a la que había dado la naturaleza el color precioso de la esperanza.

Fue preciso ceder al voto general, aunque me contrariase no poco abandonar aquel sitio llevando en suspenso mi curiosidad de mujer y de poeta, vivamente excitada por lo que acababa de oír de la historia del hijo de Santiagodel joven y desconocido artista de las montañas; de cuya flauta maravillosa aun me parecía que vagaban errantes, a las orillas del lago, ecos perdidos de místicos amores.

IV

Costeando la izquierda del Adour nos dirigimos al lago verde, que contemplé con distraída mirada, no pudiendo perdonarle el no tener —como *su compañero azul*— alguna ondina que lo poetizase; y cuyos ojos de esmeraldas viésemos resplandecer de repente entre los frondosos «majes que aprestaban sombra y colorido. Luego, mientras descansábamos en una amena hondonada, donde el río que habíamos perdido de vista durante algunos instantes volvió a presentársenos en forma de lindísima cascada —a cuyo ruido se unía el canto de malvises y jilgueros, pobladores constantes de los abetos y las hayas, que forman allí bosquecillos encantadores— procuré y conseguí otro *tête-à-tête* con el *Dumas campesino*, que continuó su peregrino relato en los términos siguientes, o muy semejantes:

»Veinte y cuatro horas hacía de mi conversación con Gabriel, cuando me llamó a su aposento el abandonado padre, y encerrándose conmigo me dijo suspirando: —Ya ves, querido Lorenzo, la extraña conducta de mi hijo: ayer apenas lo he visto a las horas de comer; hoy dejó la casa antes de que me levantara, y su puesto en la mesa lo hemos contemplado vacío. Esto, como comprendes, no puede prolongarse, pues mi corazón sufre demasiado con la certeza de que proviene semejante alejamiento de un fastidio profundo que devora a aquella alma, haciéndole insoportable hasta la presencia de este mísero padre. Ahora bien; meditando en cuáles serían los mejores medios de remediar el mal, se me han ocurrido dos: o casar al chico, dejándole elegir la novia que quiera en quince leguas a la redonda— pues no seremos desairados por ninguna doncella que nos conozca; —o si se niega a tomar el santo estado, cuyas obligaciones pueden arrancarle del género de vida con que ahora nos contrista, resolverme— aunque sea con dolor de mi corazón —a mandarle donde tenga medios de completar sus estudios y abrazar cualquiera profesión honrosa. Una vez fijado mi pensamiento en estos dos partidos, me pareció desde luego que tú eras más a propósito que

nadie para proponérselos a Gabriel; puesto que no solamente debes a la naturaleza gran facilidad para expresarte, sino que también le mereces a mi hijo particular aprecio, mirándote él y yo cual miembro de la familia.

»¡Ea, pues, amigo! No perdamos tiempo; no pienses por el momento en otra cosa que en buscar a ese vagabundo —que Dios sabe dónde estará a estas horas — y emplea cuanto talento tienes, y toda la influencia que alcance a darte la amistad que te profesa, para hacerle aceptar la primera de mis proposiciones; o la segunda, si fracasamos por desgracia en el preferente empeño. El Padre celestial te pagará Van buena obra en la venidera vida, y este otro pobre padre te bendecirá agradecido mientras goce de la presente.

»Durante este discurso de Santiago estuve más de una vez a punto de interrumpirle, refiriéndole lo ocurrido el día anterior; pero me contuvo el recelo de alarmar demasiado aquella alma timorata y religiosa, concibiendo, además, alguna esperanza todavía de que Gabriel renunciase sus singulares delirios, ante la certidumbre de poder trasladarlo a una ciudad populosa, y conseguir en ella empleo digno de su ingenio y capaz de lisonjear su orgullo. Se añadía a esto que yo empezaba a concebir algunas dudas sobre la verdad de lo que había creído ver a las orillas del lago: mi imaginación, predispuesta de antemano a lo maravilloso por las extrañas melodías de la flauta y las extraordinarias alucinaciones que me comunicara el joven músico, podía quizás haberse exaltado hasta el punto de tomar por ojos humanos, o diabólicos, los de cualquiera alimaña que casualmente se albergase en la maleza.

»Todas estas razones — que se me presentaron en tropel— me decidieron a no decir nada por entonces al pobre viejo, que me confiaba aquellos proyectos en que fundaba sus últimas esperanzas, y a auxiliarle en ellos por cuantos medios me parecieran posibles.

»Con tal resolución me despedí de él, asegurándole mi buena voluntad; y —dándome el corazón que encontraría a Gabriel donde mismo le había hablado últimamente— tomé sin vacilar el camino del lago.

»La tarde era hermosa y apacible, pero se hallaba ya bastante adelantada; y como yo caminase, además, muy despacio —por ir preocupado de mi misión y coordinando los mejores medios de llevarla a cabo felizmente, —sucedió que Antes de llegar al término de mi marcha se me echaron encima las sombras, sorprendiéndome precisamente en lo más estrecho y triste de la áspera garganta que atravesaba. Entonces, —lo confieso con vergüenza,— los pensamientos que

me venían distrayendo se desvanecieron de pronto, sucediéndoles cierto sobrecojimiento de pavor, que no acertaba a vencer.

»El silencio que me rodeaba; la semioscuridad, que me permitía distinguir, aunque confusamente, las formas vagas y caprichosas de las pardas peñas y los negros abetos que siembran por todas partes aquella lúgubre angostura; el rumor de las aguas, llegando a mis oídos como lejano lamento, y al cual se mezclaba el ruido de las piedras que —desprendiéndose de la altura— rodaban al fondo de los precipicios; las nubes que envolvían los picachos desnudos; las brumas que se elevaban del lago, formando a distancia fantásticas figuras, todo contribuía a inspirar inexplicable terror a mi imaginación, algo supersticiosa. Llegó a dominarme tan rápidamente aquel sentimiento ridículo, que —despertándoseme la memoria de cuantos relatos conocía sobre espantosas apariciones, se me representaban todos los objetos verdaderos fantasmas, levantándose amenazadores para impedirme la entrada en los dominios de la acuática amante de mi desgraciado amigo.

»¡Oh! Reíd si queréis, señora; pero es lo cierto que en aquel lugar, en aquella hora indecisa— que no pertenece ni a la noche ni al día —y después de lo que la tarde anterior me había pasado, no se necesitaba ser un ignorante labriego— como yo —para sentirse poseído por extrañas ideas. Lo más que pude hacer, a fuer de hombre no desprovisto de valor, fue no cejar ni una línea en mi camino, y llegar a despecho de todo hasta aquellas orillas en que Gabriel me había dado las raras explicaciones de su misteriosa vida.

»Me hallaba precisamente tocándolos arbustos que sirven de respaldar al asiento rústico que ocupaba con él en el instante en que vi brillar los bellos ojos azules; es decir, pisaba el mismo palmo de terreno que debió pisar la persona que poseía aquellos ojos —si era en efecto *persona*— y la maleza me separaba únicamente del tronco en que suponía hallar al joven, entregado —como de costumbre— a sus singulares devaneos. Pero al separar las ramas para contemplarle sin ser visto de él, noté que el asiento se encontraba vacío, y llegó a mis oídos cierto rumor que parecía como de una voz femenil, pronunciando palabras quedas desde el centro mismo del lago.

»Sentí correr por todo el cuerpo un escalofrío como de terciana; pero dominé mi pavor, y —salvando el obstáculo que oponían los arbustos— me puse al otro lado y di algunos pasos, acercándome al paraje de donde, al parecer, partía la voz. Esta, empero, cesó de oírse en aquel momento, y como la luna empezaba ya

a levantarse — repartiendo claridad bastante para distinguir los objetos— vi al hijo de Santiago de rodillas sobre el escarpado borde, y lo escuché al mismo tiempo decir con suplicante acento:

—Suspende, por piedad, esa cruel prohibición: déjame llegar hasta ti, o dígnate respirar más cerca del corazón que te adora. ¿Por qué una distancia que me priva de tocar tus manos, o la orla siquiera de tu túnica? ¿Por qué te niegas a convencerme de que no es un sueño, una alucinación de mis sentidos, lo que estoy mirando y oyendo? Si gozas existencia real; si tienes un corazón que lata respondiendo a las violentas palpitaciones del mío, no prolongues esta duda acibarando momentos tan felices. Ángel o demonio, ser humano, o de otra especie desconocida, yo te amo; yo te recibo como bienhechora realización de mis aspiraciones misteriosas, de mis esperanzas incomprensibles. ¡Ven, sí, ven, o déjame llegar a tus plantas, aunque deba morir al sellarlas con mis labios.

»—No insistas más en ello, querido amigo, dijo al punto otra voz tan incomparablemente dulce, que al pronto creí escuchar una de las más suaves melodías de la flauta de Gabriel. — Aun no ha llegado el día en que podamos enlazar nuestras manos y confundir nuestros hálitos. Yo te suplico por mi amor que lo aguardes resignado, y seas dichoso por ahora con sólo verme y oírme, a la distancia corta en que nos hallamos. Desecha, mientras tanto, toda duda sobre mi existencia real, y no vuelvas nunca a concebirla; pues te aseguro que no es sueño, ni es ilusión de tu mente. Ella adivinaba en sus poéticas aspiraciones la verdad que ves probada hoy, y que sólo acogías antes como puro idealismo, como vaga tendencia hacia lo desconocido. No, no te engañabas al presentir que no puede la especie humana hallarse aislada en este globo que habita, la inmensa lejanía de los demás seres terrestres, desprovistos del divino don del pensamiento. No te engañabas al poblar los senos de la tierra, los aires, las aguas, el fuego mismo, de criaturas simpáticas, cuya alma respondiese misteriosamente a las voces de la tuya. Existen realmente en todos los elementos, entre seres de naturaleza inferior, otros que poseen —como vosotros— un espíritu amante, inteligente, sociable y perfectible. Sólo, empero, con ciertas condiciones (que aún no debo revelarte) les es permitido a dichos seres— destinados a vivir en los elementos que constituyen sus cuerpos —presentarse a los humanos y hablarles en su lenguaje. Rara vez merece un habitante de la superficie de la tierra, que los moradores del éter, del fuego o de las aguas, abandonen sus dominios para venir a formar con él alianza de amor y de destino,

pero tú, amigo mío, eres del escaso número de esos hombres privilegiados: pues la amante que te habla es la ondina que lleva el cetro en los diáfanos alcázares de este magnífico lago.

»Cuando hube oído tan terminante declaración, que ninguna esperanza me permitía, horrorizado a la idea de que Gabriel se hallaba envuelto en los artificios de espíritus maléficos, no pude ya contenerme y —haciendo la señal de la cruz— corrí resueltamente hacia él para arrancarle, aunque fuese por fuerza, de un paraje tan temible. Pero ¡ah señora! Apenas me hallé a su lado y tendí una mirada de espanto por aquellas márgenes funestas —que ya iluminaba la luna con extraordinarios resplandores— se me presentó de súbito un cuadro tal, que me dejó suspenso y como extático.

»En esa lengüeta de tierra que entra en el lago, a unos veinte pasos de nosotros, reclinada en alfombra de florida hierba, y rodeada de murmurantes y espumosas ondas azuladas, se veía una figura blanca medio velada por transparentes y zafíreos velos; con cuyos pliegues jugaban las brisas de la noche, extendiéndolos como nubecillas vaporosas en torno de una cabeza rubia coronada de nenúfares. Entre aquellos celajes de gasa resaltaba un rostro, cuya perfecta blancura dejaba atrás la de las espumas que solían salpicarlo, y en el que brillaban los dos bellísimos ojos que mi memoria conservaba impresos; los mismos, señora, que se habían desvanecido el día antes cual gotas del lago evaporadas por el sol. Esta vez, sin embargo, la luna —que reflejaba su luz de plata en la tersa frente de la ondina— iluminaba el sereno azul de sus grandes pupilas, sin siquiera disipar la melancólica sombra que proyectaban en sus párpados largas y negrísimas pestañas; contrastando de una manera atrevida con las madejas de oro, que —bajando por sus sienes— se dilataban en graciosas ondas sobre la nieve de sus hombros.

»Yo había llegado junto a Gabriel con ánimo de llevármele, conjurando al demonio de quien le creía víctima; mas resultó que ante aquella aparición divina, no supe ni pude hacer otra cosa que lanzar un grito de admiración.

«Resonar éste, levantarse ella asustada —en ademán como de precipitarse al lago— y sentir en mi garganta las manos de Gabriel, que me oprimían como una argolla de acero, todo fue obra de un segundo. No puedo decir si la ondina se sumergió o no en las ondas, pues furioso el amante no me soltó hasta que caí sofocado y sin sentido. Cuando volví en mi acuerdo me hallé solo: todo estaba desierto y en silencio. La luna, medio velada por una nubecilla, rielaba sobre las

aguas un rayo melancólico, y las ondas —movidas apenas por el tenue soplo de desmayada brisa— dejaban escapar blando murmurio, que se asemejaba a un suspiro».

Aquí llegaba Lorenzo cuando fue menester aplazar de nuevo la conclusión de la historia, resignándome de mala gana a seguir a mis compañeros hasta Bizourtère; donde nos esperaban las caballerías, y donde logré la promesa de que sería continuada la dos veces interrumpida narración, durante el camino que aún nos restaba para regresar a Bagnères.

En efecto, lo hizo Lorenzo, como se verá en el próximo capítulo.

V

Comprenderéis, señora, que no era posible seguir callándole a Santiago la verdad de lo que ocurría, púas no me quedaba la menor esperanza de que Gabriel aceptase ninguna de las dos proposiciones de que me había encargado el pobre padre. La impresión que hizo a éste el relato de cuanto yo había visto y oído a las orillas del lago, más fácil es concebirla que expresarla.

»Desde luego no vio en todo ello sino diabólicos artificios; y espantado y lleno de dolor a la idea de que el joven tenía comunicaciones con espíritus malos, no perdonó medio — de los varios que le sugirieron su acendrada fe y su paternal ternura— para arrancarle de los peligros de que le consideraba rodeado. Consejos, lágrimas, reprensiones, amenazas, exorcismos, todo fue empleado sucesivamente, y todo con igual inutilidad. Gabriel estaba loco de amor por la ondina, y llegamos a convencernos de que antes se dejaría matar que consentir en alejarse de estos sitios; o siquiera consultar un poco la prudencia antes de ir más adelante en aquella singularísima y sospechosa aventura.

»Santiago cayó en mortal desaliento a vista de tal obstinación, y yo tuvo que limitarme —al cabo de mil infructuosos esfuerzos— a vigilar en secreto los pasos del insensato amante; por si me era posible evitarle mayor desgracia que la que tenía ya, viviendo subyugado a un ser de naturaleza misteriosa y probablemente maléfica. Pero ¡cosa rara! Me acontecía, señora, que —no obstante la pavora causada por la idea de aquellas relaciones funestas— me sentía yo mismo atraído a los alrededores del lago; más que por el interés que me merecía Gabriel, por la imprudente curiosidad de volver a contemplar a la anfibia belleza de cuyas redes anhelaba librarlo.

»Un día, amaneciendo apenas, me fui a sentar en lo más elevado del ribazo, atisbando desde allí — cuanto lo permitía la débil claridad del crepúsculo— si se descubría algo que indicase la presencia de la ondina. ¡Nada! La superficie azulada aparecía tranquila, y silenciosas sus márgenes solitarias.

»De pronto, sin embargo, me pareció sentir pasos a mi espalda, y volviéndome rápidamente, atisbé —pues no puedo decir con verdad que las vi claro, aunque pasasen cerca de mí, según lo espeso de la neblina y lo pasajero de la aparición; —atisbé, digo, dos figuras, que más bien que andar parecían deslizarse sobre la húmeda hierba, y que descendieron por el recuesto en dirección del lago, sin que yo alcanzase a explicarme de dónde habían salido. Iban tan próximas, que el ancho velo azul que envolvía a una de dichas figuras, se extendía también —movido por el viento matinal— en torno de la cabeza de la otra; formándoles a ambas como una nube, que se distinguía entre la niebla y les prestaba no sé qué de fantástico, pareciendo que huían arrebatadas por vapores matizados. Quise bajar al punto el ribazo en pos de aquella pareja, que creí reconocer o adivinar; pero súbitamente me cercaron —brotando de la espesura— numerosas ondinas, vestidas todas del color purísimo del lago, las cuales comenzaron a girar rápidamente en torno mío, entonando un cántico singular, del que sólo entendía estos versos, muchas veces repetidos:

¡Ay de quien rompa el velo de estas neblinas,
Acechando a la reina de las ondinas!
¡Ay de quien pago
De su espionaje aguarde cerca del lago!

»Cada vez que me hacían oír dichas palabras aumentaban la velocidad de su movimiento, estrechando progresivamente el círculo que trazaban a mi alrededor, hasta el punto de envolverme con sus cendales —que el viento batía y entrelazaba— causándome tal vértigo que acabé por no ver nada, cayendo en tierra ni más ni menos que si estuviera completamente borracho. Pero así y todo, sentía que aquellas malignas criaturas continuaban danzando, y se divertían en arrojar sobre mí —a cada nueva evolución— hojas y ramas que arrancaban de los arbustos próximos, llegando a formarme una capa verdaderamente sofocante.

»Cuando, pasado un poco mi mareo, logré desembarazarme de aquel peso, y tendí mis miradas por el teatro de encantamientos en que me hallaba, sólo se presentaron a ellas algunas gaviotas que se bañaban en las tranquilas ondas; sin llegar tampoco a mis oídos otros acentos que el de los pájaros gorjeando en los árboles, y de vez en cuando el mugido de las vacas que pacían en las colinas cercanas.

»En otra ocasión (era una noche de luna tan hermosa como aquella en que fui testigo de la entrevista de Gabriel con su acuática amante) me escondí con gran cuidado entre la maleza, inmediato a la cual solía sentarse el joven, y que era la misma donde resplandecieron a mis ojos los que tanto me preocuparon entonces, y que no olvidaré nunca. Estuve largo rato en ansiosa expectativa; pero, burlada ésta —pues todo continuaba desierto y callado—, comencé a aburrirme muy de veras, cayendo por último en una gran somnolencia, a la que me rendí después de ensayar vanos esfuerzos para combatirla. Pero aunque dormido como un lirón, no gozaba de reposo verdadero; pues me agitaron ensueños extravagantes, en que tan pronto me parecía luchar con monstruos salidos del centro de la tierra, tan pronto me sentía atraído poderosamente a los abismos de las aguas por cánticos dulcísimos de pérfidas sirenas, a cuya magia oponía en balde toda la resistencia de mi voluntad. A pesar de ella, me arrastraba no sé qué fuerza irresistible a las peligrosas orillas, y ya iba a caer en brazos de las temibles anfibias (que me fascinaban con sus acentos, como la serpiente con sus hábitos al ave que quiere devorar), cuando desperté despavorido.

»Desperté, pero no acertaba a creerlo, mi querida señora; pues aunque con los ojos abiertos y la razón al parecer despejada, aún continuaba oyendo las inefables melodías cuyo magnetismo perturbara mi sueño.

¡Sí! No era ilusión: las auras de la noche traían a mis oídos —desde los senos del lago— deliciosos ecos de una flauta que no era dable confundir con otra, y —asociadas a aquéllos— las modulaciones penetrantes de voces argentinas, que entonaban lindísima barcarola.

»Me quedé algunos minutos quieto, estático, sin decidirme a creer que no continuaba soñando; pero así que —sacando fuerzas de flaqueza como suele decirse— logré levantarme, y me adelanté por entre las breñas hasta el borde mismo del lago, entonces vi claramente una barquilla argentada, deslizándose por la tersa superficie al compasado ruido de cuatro remos, que brillaban como si fuesen de bruñida plata.

»Los manejaba diestramente dos agraciadísimas figuras femeniles, cuyos trajes blancos y vaporosos mejor parecían de espumas que de tela, aun la más ligera y diáfana. Me indicaban su calidad de ondinas la corona de acuáticas flores, y los anchos velos azules con que siempre se presentaron a mi vista las habitadoras del líquido elemento; velos que esta vez —prendidos únicamente a

sus espaldas— se henchían, flotando por los dos costados de la barca, pareciendo ser sus transparentes flámulas.

»No fueron, sin embargo, las encantadoras remeras quienes cautivaron mi atención; pues se fijó desde luego en la popa de la ligera navecilla, donde aparecían —muellemente reclinados sobre almohadones de verde y fresco musgo, y a la sombra de una especie de dosel de reluciente azul recamado, al parecer, de perlas— un hombre y una mujer que no necesito nombraros.

»La luna, próxima a su ocaso, acariciaba con sus últimos destellos la pálida frente de la reina de las ondinas, inclinada sobre un hombro de Gabriel; mientras que la brisa, jugando a su placer con la profusa cabellera — que se tendía destrenzada bajo la guirnalda de nenúfar —llegaba a envolver como cendal de oro la hermosa cabeza del joven músico; cuyos labios cesaron de henchir por un instante el instrumento sonoro, para beber los hálitos de aquellos otros labios voluptuosos, que exhalaban— rozándolos casi— los acentos divinos que aun dormido me atraían.

»Una de las blancas manos de la sin igual hija de los ondas descansaba sobre el timón, con negligencia que mostraba no tener necesidad del menor esfuerzo para imprimir a la barca la dirección que quisiera. La que seguía era evidentemente hacia la opuesta margen del lago; pareciéndome más dulce el canto, y más pintoresco y extraño el aspecto de aquella blanca y reluciente barca, regida por figuras semi aéreas, cuanto iba siendo mayor la distancia que nos separaba.

»Vi, por fin (aunque ya un poco confusamente), tocar el esquife la orilla a que se encaminaba, y mecerse un momento todavía al compás de la música; pero enseguida se extinguieron lentamente en la atmósfera las últimas vibraciones e aquélla, al mismo tiempo que apagaba la luna sus melancólicos rayos, y todo quedó sumido en oscuridad y silencio.

»Entonces, señora, se me antojó trasladarme a todo trance a la margen en que atracó la barquilla, para ver qué rumbo tomaban las naucleras seductoras; pero apenas hube dado algunos pasos, alejándome de la orilla que había ocupado hasta ese momento, escuché sucesivos golpes dados en el agua por ligeros cuerpos que al parecer se arrojaban a su seno, y nuevos ecos —dulces y atrayentes— se levantaron de las ondas en alas de la brisa, como convidándome a buscar por entre aquéllas un camino más breve para encontrar a las ondinas.

«Tan fuerte era el poderío que los tales cánticos ejercían sobre mí, y tan

impulsado me iba sintiendo acceder a su influjo— lanzándome en medio de las sombras a los líquidos abismos abiertos a mis pies— que me sobrecogió nuevamente terror supersticioso, y echando a correr espeluznado, no paré hasta verme al abrigo del techo hospitalario de Santiago; bajo el cual entró también Gabriel algunos minutos después, sin ningún indicio en su aspecto ni en su traje de haber acompañado a su amada hasta sus líquidos palacios».

Hizo pausa Lorenzo, y después prosiguió diciendo...

VI

Desde la noche a que me he referido no volví a seguir nunca los pasos del imprudente enamorado, porque empecé a temer por mí propio, al sentir que la belleza de las ondinas iba atenuando el pavor que me había inspirado en un principio su naturaleza misteriosa. El mismo Santiago pareció también habituarse, a pesar suyo, a la idea de las extrañas relaciones de su hijo; limitando ya sus cuidados a dirigir a la Virgen Santísima repetidas súplicas para que velase por el alma de aquél, no permitiendo fuese esclavizada por el espíritu de las tinieblas.

»Así se pasó el resto del verano, cuando el día primero de Octubre —al volver yo de unas diligencias que tuve que hacer en Lourdes— me encontré en consternación la casa del pobre viejo. La causa era que Gabriel faltaba de ella barcia ya tres días, y que al encontrarle a las orillas del lago se había negado absolutamente a alejarse de ellas ni un momento, sin que alcanzasen a vencer su tenaz resistencia los ruegos y las lágrimas del afligido padre, el cual había ido aquella mañana personalmente a traérselo; no obstante la repugnancia que le causaban aquellos sitios desde que supo los frecuentaban seres sospechosos.

»Me presté a probar si lograba mejor resultado, y me encaminé al lago sin siquiera tomar un vaso de agua, ni dar un pienso a mi mulo.

»Al llegar me detuve, encantado por los sonidos de la flauta: jamás los había exhalado tan penetrantes, expresivos y extraños. Eran al principio como un dulce y querelloso reclamo entre suspiros de amor; luego impacientes quejas, exclamaciones de enojo, lamentos tristísimos, sollozos, lágrimas... estallando al fin en un gemido profundo, desgarrador, terrible, que parecía haber destrozado la flauta y el corazón del músico. Salté de mi mulo, estremecido; corrí a la orilla del lago y hallé en ella al infeliz joven tendido sin conocimiento, frío, pálido, con la flauta aferrada por sus crispados dedos, y los labios —de que acababa de separarla— cubiertos de sanguinolenta espuma. Le echó agua en el rostro, lo

aproximé a la nariz un frasco de aguardiente que traía conmigo, pero, visto ser todo sin éxito alguno, me resolví a trasladarlo a la choza de un pastor situada al pie de la cuesta, valiéndome para ello de una especie de camilla que formé rápidamente con algunas ramas de árboles, asegurándolas lo mejor que pude sobre los lomos del mulo. Colocado encima el pobre mozo, echó a andar el animal, que conocía perfectamente el sendero, y pronto llegamos a la cabaña donde esperaba hallar, y hallé en efecto, hospitalaria acogida.

»Se prodigaron a Gabriel cuantos auxilios estaban a nuestro alcance, logrando al cabo que volviese en sí y tomase un cordial, de que tenía gran urgencia; pues se conocía que el desdichado no probaba alimento desde que dejó la casa paterna.

»Sucedió, empero, que tan pronto como se sintió un tanto reanimado, quiso tirarse de la cama y volverse al maldecido lago, obstinándose de tal modo en aquel empeño, que no hubiéramos conseguido detenerle a no ocurrírseme de repente una mentira feliz. —Puedes hacer lo que quieras, le dije; pero sábetelo que *ella* me tiene encargado no permitirte pisar de nuevo aquellas márgenes, hasta que recibas aviso suyo de que puedes hacerlo sin perjuicio de tu salud y sin infracción de sus órdenes.

»—¡Cómo! Exclamó él: ¿la has visto pues? ¿Dónde? ¿Cuándo? Habla, en nombre del cielo, amigo mío; dime qué la he hecho para que me prive de su presencia tres días seguidos, sin una palabra, sin un signo de recuerdo. ¡Qué! ¿No ha oído los gritos de mi alma llamándola día y noche? ¿No sabe que la he jurado que si me abandonaba en la tierra, iría a buscarla a los abismos de las aguas?

»—Eso es precisamente lo que *ella* te prohíbe —contesté con viveza y con espanto. —Eso es lo que os separaría para siempre; pues ocurren motivos poderosos que la obligan a desviarte de aquellos sitios sólo por breves días, dependiendo de ello la futura felicidad de ambos.

»Nada tan fácil como engañar a un amante con cualquiera esperanza, aun la más vaga. Gabriel empezó a respirar con desahogo; sus ojos se abillantaron; su fisonomía toda recobró vida.

»—Bien, —me elijo, tomándome las manos y apretándolas contra su corazón —: si *ella* lo ordena así, sea; imponme las voluntades que se haya servido expresarte, y bendita tu voz, Lorenzo, que hace llegar a mis oídos órdenes dictadas por la suya. ¡Ah! No puedes comprender cuánto he padecido, y qué bien

inefable me haces sentir con sólo decirme que la has visto.

»—Mucho más podré comunicarte cuando llegue el momento oportuno —le contesté, resuelto a no escasear fábulas en obsequio de su tranquilidad, —pero por ahora sólo debemos pensar en adquirir fuerzas para llegar a nuestro domicilio, calmando las zozobras de tu excelente padre y cumpliendo los preceptos de tu previsora amante.

»El joven no opuso resistencia; bebió un poco de leche que le presentó el pastor; subió en el mulo al instante; y— aunque volviendo la vista a cada paso y exhalando suspiros profundísimos —anduvo sin decir palabra el camino que nos condujo a su casa.

Figuraos cuál sería el consuelo del pobre Santiago cuando volvió a ver a su hijo en el hogar abandonado; pero aún se lo proporcioné mayor al hacerle saber la desaparición de la ondina, según me lo revelaran las palabras del joven. ¡Pluguiese al cielo, sin embargo, que nada hubiera yo dicho! Santiago, cuya rectitud y religioso celo pecaban quizá por exageración, condenó desde luego los artificios —en mi concepto inocentes— que juzgué necesario emplear para impedir la desesperación de su hijo, y me declaró que en manera alguna sostendría con falsas esperanzas la pasión insensata de aquel mísero; sino antes bien estaba resuelto a aprovechar la ausencia del pérfido monstruo que lo seducía, para desengañarlo de una vez haciéndole comprender las gracias que debía rendir al cielo por haberle librado de un gran peligro. Después de producir las hondas y saludables impresiones que el sencillo anciano esperaba de sus paternos sermones, quería llevarse a Gabriel— cuanto antes —de aquellos lugares de recuerdos ingratos, y establecerse con él en Tolosa; donde tenían algunos deudos acomodados, que proporcionarían al muchacho ocupaciones y recreos capaces de distraerle.

»Me pareció bien esta última idea, y me encargué complacido de los preparativos del viaje, que debía emprenderse al día próximo; pero no juzgando igualmente ventajoso y prudente el partido que tomaba el viejo de destruir de un golpe todas las ilusiones del triste enamorado —confirmándole la verdad de su abandono y pintándoselo como beneficio celeste— quise antes que nada presenciar aquella escena, en que presentía la necesidad de mi intervención directa. Entré, por tanto, con Santiago en el aposento de su hijo — que cediendo a mis ruegos se había metido en el lecho, queriendo merecer por su docilidad y

aparente calma que le refiriese pronto los pormenores ofrecidos.— Me aguardaba hacía rato con tal ansia, que apenas me vio pisar los umbrales, cuando sin notar siquiera que iba acompañado del viejo, me tendió los brazos exclamando: —¿Vienes, al fin, Lorenzo? ¡Qué siglos se me han hecho los momentos! Llega, por Dios, llega a contármelo todo; a repetirme cien veces que volveré a verla; que *ella* te lo ha ofrecido; que no me tiene olvidado.

»—Cuanto te indicasen sobre el particular, hijo mío, dijo al punto Santiago, sería mera invención para contemporizar con tu locura. Felizmente esperamos que no torne jamás a perseguirte con sus pérfidas seducciones esa criatura malévola, instrumento odioso del infierno; pues sin duda debemos la ventura de verte libre de ella a las incesantes oraciones que he dirigido a la Purísima Virgen, impetrando por su asistencia esa gracia que hoy me regocija.

Quiso continuar el infeliz padre pintándole a Gabriel los tremendos peligros que había corrido su alma y la gran felicidad que debía sentir rompiendo su cautiverio; pero no le fue posible hacerse oír ni un solo instante más.

»Se enfureció el joven de tal modo, al comprender que yo lo había engañado y que su padre se ufanaba de deber a sus oraciones la desaparición de la ondina, — a quien quizá le representó entonces su imaginación encadenada por superior poder en los abismos de las aguas,— que lanzándose del lecho, rugiendo como pantera herida, corrió a la puerta para escaparse veloz, no sin arrojarlos al mismo tiempo una mirada sañuda.

»Santiago, alarmado justamente del completo delirio que revelaba el aspecto de su hijo, gritó a los criados cerrasen el portón principal, y —obedecido al momento— no tardamos en oír las terribles sacudidas que daba Gabriel a la madera, pareciendo triplicadas sus fuerzas.

VII

Se acercó a él el conturbado padre, ensayando todos los recursos imaginables para calmar su exacerbación, pero nada consiguió: nada tampoco yo, cuando me permití reconvenirle por tilles excesos y hacerle presente su inutilidad. Aquello vino a parar en verdadera lucha, pues no fueron menester escasos esfuerzos para sujetar al insensato, dispuesto a buscar salida por los balcones cuando desesperó de hallarla por la puerta.

»Finalmente, al cabo de media hora de gritos, denuestos y violencias —que agotaron las fuerzas que momentáneamente le prestaron la ira y la desesperación — cayó el pobre mozo rendido y desmayado, trasportándosele al lecho sin que siquiera pareciese sentirlo.

»Pronto se apoderó de él por completo una fiebre letárgica que alarmó a Santiago, y le hizo pasar el resto del día sin moverse de la cabecera de la cama. Yo, mientras tanto, persuadido de que aquello no era sino consecuencia pasajera de la fatiga y las emociones recientes, dispuse —según lo convenido antes— nuestra inmediata traslación a Tolosa; porque ninguna medicina juzgué comparable a la distracción del viaje.

»Cuando volví a entrar en el cuarto de Gabriel, que sería a eso de las diez de la noche, me salió al encuentro Santiago con semblante despejado y alegre, informándome de que nuestro enfermo se exhalaba en sudor, cediendo rápidamente la calentura.

»En efecto, a poco rato vi incorporarse a Gabriel, preguntando qué hora era con cierta calma, que confirmó nuestras esperanzas.

»—Hemos triunfado, dije entonces al viejo, y creo que se realizará felizmente la proyectada partida, para la cual todo lo tengo dispuesto.

»—¡Alabado sea Dios! — me contestó surcando una lágrima de gratitud su venerable rostro.— Terrible ha sido la crisis, pero de éxito mejor que cuanto podíamos prometernos. Cuando llegue a Tolosa, será mi primer cuidado mandar

decir una misa en acción de gracias al Señor.

»Viendo que Gabriel parecía haberse vuelto a dormir con sueño sosegado y reparador, obtuve del padre se recogiese también a descansar un poco, prometiéndole quedarme toda la noche cerca del enfermo para atenderlo en cuanto pudiera menester.

»Durante más de tres horas observé religiosamente mi promesa, pues me mantuve junto al lecho sin cerrar los párpados ni un instante; pero como continuase Gabriel en completo reposo y limpio de calentura, y como me sintiese por mi parte bastante molido y fatigado, me dejé vencer de la tentación de echarme vestido en una butaca, rindiéndome, desgraciadamente, el sueño más profundo que haya tenido en mi vida.

»Desperté, sin embargo, por instinto, a poco de haber amanecido, y viniéndoseme a la memoria que debíamos partir aquella mañana, me levanté con presteza corriendo al lecho de Gabriel para prepararle prudentemente a una marcha que aún no se le había comunicado.

»Figuraos, señora, cuál sería mi sorpresa cuando me encontré que no estaba allí, y al mismo tiempo reparé en una circunstancia que por de pronto no fijara mi atención, y era la de hallarse abierto el balcón de aquella pieza, que yo conservé con cerrojo durante toda la noche.

»Asustado y ansioso me acerqué precipitadamente a dicho balcón, y entonces no pude ya dudar de lo ocurrido; pues vi atada al hierro una de las sábanas de la cama, anudándose a su extremo la otra, que llegaba hasta una vara del suelo. Todo quedaba explicado: Gabriel nos había engañado con su aparente calma, y aprovechando mi sueño se había huido de la casa.

»Mesándome los cabellos de despecho, participé al triste padre aquel inesperado contratiempo, y sin perder instante montamos a caballo y nos dirigimos a galope tendido a las orillas del lago, donde nos parecía seguro encontrar al fugitivo. Pero nos engañamos. Desiertas aparecían —entre la bruma que las cubre siempre a tales horas— y reinaba en torno inacostumbrado silencio, que tenía algo de pavoroso.

»Ya íbamos a abandonarlas para recorrer las cercanías, a las que trasladábamos nuestras ya una vez burladas esperanzas, cuando de pronto distinguí en tierra, medio cubierto por la húmeda hierba —que me pareció recientemente hollada— un objeto a cuya vista me sentí estremecido hasta la

médula de los huesos. ¡Era la flauta de Gabriel!

»La levantó silencioso, mostrándosela al anciano, que exclamó al punto, cayendo desplomado: —¡Mi hijo se halla en el fondo del lago!

»¡Ah, señora! Aquélla era sin duda la terrible verdad, pues ganas desde entonces ha vuelto a saberse del infortunado Gabriel; ya porque encontrara la muerte entre las traidoras ondas —como su padre y yo creímos desde luego firmemente— ya, según otros coligen, porque se albergue olvidado de la tierra en los diáfanos palacios de la amante idolatrada, a quien quiso seguir hasta los abismos de las aguas.

»Como si las ondinas solemnizasen su triunfo, súbita tempestad, con lluvias y vientos extraordinarios, se desencadenó aquel mismo día sobre montañas y valles; oyéndose al lago desbordado trocar por insólito bramido el tenue murmullo, que es la voz habitual de sus azules ondas.

Largo rato guardamos silencio el *cicerone* y yo, después que él hubo terminado la novelesca historia, cuyo trágico desenlace me había afectado mucho. Notando, empero, que ya se presentaba a nuestra vista el alegre caserío de Bagnères, no pude menos de preguntarle a Lorenzo —con sonrisa que pareció lastimarle— si debía tomar por lo serio que mi hombre de buen juicio, como él, creyese de veras haber sido una ondina la amante misteriosa del hijo de Santiago.

—Señora, me respondió gravemente, aunque destruya el ventajoso concepto que os merezco, confesaré sincero que por bastante tiempo tuve la íntima convicción de que no pertenecía a la especie humana el ser a quien puedo acusar con justicia de la desgracia de toda una familia; pero, en honor de la verdad —si no de la especie mencionada— debo deciros también que mis creencias sobre aquel punto distan mucho hoy de la firmeza que tenían entonces. La casualidad me ha suscitado motivos de duda, que vais a apreciar por vos misma, si me permitís exponerlos.

Le rogué que lo hiciese pronto, pues nos restaba poco trecho que andar, y él dijo inmediatamente:

»—El verano próximo pasado (era el segundo que contábamos después de la muerte de Gabriel) tuve que ir a París a realizar algunas cobranzas de créditos de Santiago; pues aunque ya desempeñaba yo muchas veces el oficio de guía con los viajeros que visitan frecuentemente nuestro pintoresco país, todavía continuaba prestando al triste anciano cuantos servicios tenía por conveniente

encargarme.

»Hallándome, pues, en la brillante capital de Francia, quise no abandonarla sin ver antes a un joven amabilísimo que el año anterior había pasado larga temporada entre nosotros, cobrándome, al parecer, algún cariño; cosa nada extraña, si se atiende a que lo acompañé siempre en sus excursiones aventureras. Tomé informes, por tanto, de la calle y casa en que habitaba, yendo —cuando lo supe— varios días seguidos a saludarle, como creía de mi deber; pero con la mala suerte de no lograr hallarle nunca.

»Era ya la víspera de mi partida, cuando tuve el antojo de pasearme.— como uno de tantos ociosos —en el bosque de Boulogne. A poco de hallarme allí, medio atolondrado entre la numerosa y elegante concurrencia, vi pasar a caballo, no lejos de donde yo estaba, al joven Mr. de N... (Me permitiréis no revelar los verdaderos nombres), a quien inútilmente había buscado hasta entonces.

»Cediendo al primer impulso, comencé a darle voces rogándole que se detuviera, y como es persona —aunque de las más ilustres por el nacimiento— de las más campechanas por carácter, cumplió mi deseo con sumo agrado, mostrando gran placer al verme cuando menos lo esperaba. Apenas me le hube acercado, Me tendió la mano como de igual a igual, preguntándome qué era lo que me había llevado a París, y si le necesitaba para algo. Empecé a referirle el por qué y el cuándo de mi viaje; mas hube de interrumpirme al notar que mi interlocutor se distraía un poco, mirando a cierta lucida cabalgata que se le acercaba frente a frente.

»La componían una dama y varios caballeros, a los que seguían jockeys y palafreneros numerosos.

»Al emparejar con Mr. de N... la gallarda amazona le dirigió un saludo afectuoso, y extrañando sin duda verle en conversación familiar con un rústico patán, me lanzó enseguida viva mirada de curiosidad. ¡Ah, señora! En el momento que aquellos ojos se encontraron con los míos, me sentí todo trémulo y trastornado; porque eran idénticos a otros que yo creía hasta entonces sin iguales en el mundo. Las grandes pupilas azul celeste, sombreadas por pestañas de ébano, habían iluminado con uno solo de sus rayos las tinieblas de lo pasado, ya un tanto adormecido en mi memoria; trasportándome de repente a las márgenes de «aquel lago tan lleno de recuerdos tristes.

»Sin poder reprimirme, pregunté con visible agitación al caballero de N... Quién era la señora que acababa de pasar.

»—¡Hola! —exclamó jovialmente; —¿la omnipotencia de esos célebres ojos se extiende también hasta los rudos hijos de las montañas? ¡Bien! Aplaudo el nuevo triunfo de la reina de los aristocráticos salones; porque te advierto, buen Lorenzo, que la que te ha llamado la atención es la joven y opulenta viuda condesa de**** . La mujer más bella, más coqueta y más caprichosa que hoy existe en París.— ¡Toma! (añadió enseguida soltando una carcajada). Ahora caigo en que tu pregunta ha sido bastante socarrona, pues debes conocer a la condesa quizá mejor que yo. Ella ha pasado todo un verano, hace tres años, en vuestros valles románticos, y como la siguen a todas partes los genios del amor y de los placeres —prontos a realizar sus más extravagantes antojos— tengo entendido que convirtió aquellos lugares agrestes en brillante teatro de aventuras maravillosas, dignas de figurar en las mil y una noches.

»Me despedí de Mr. de N...; dejé a París al día inmediato; y no he vuelto a salir del recinto comprendido entre estas ásperas montañas. Nada más supe, nada más quiero saber de la condesa de ***; antes, al contrario, cuando su recuerdo me asalta, procuro rechazarlo como infernal sugestión. ¿No pensáis, como yo, señora, que mejor fuera conservar intacta mi sencilla creencia en la pérfida ondina del lago azul, que no concebir la desconsoladora sospecha de que pueda abrigarse en el pecho de una mujer la crueldad más implacable?

—¡Ah! Tenéis razón, le respondí vivamente: si tal sospecha llega a convertirse en evidencia, la extraña historia que me habéis referido, despojada de todo lo que tiene de maravilloso y bello, vendría a ser solamente una indigna comedia de la coquetería y del capricho, representada (a guisa de pasatiempo) por una gran señora del mundo positivo y la trágica escena con que la terminó el entusiasmo —por medio del inspirado artista de estas soledades, del tierno soñador del mundo inteligible— podría considerarse horrible efecto de la burla lanzada por la prosaica realidad sobre la poética aspiración.

Terminaba yo estas palabras, cuando paraban nuestras caballerías delante de la puerta del Hotel de París. Lorenzo se despidió enseguida, y mi marido, que había escuchado parte de su interesante relato, lo encargó —dándole algunos francos— que hiciese decir misas en sufragio del alma de Gabriel.

LA DAMA DE AMBOTO

TRADICION VASCA

¿Conocéis, queridos lectores, las pintorescas Provincias Vascongadas? Y si tenéis esa dicha, ¿recordáis la elevadísima peña llamada *Amboto*, que sirve de corona a la montaña de *Echaguen*? ¡Oh! De seguro os llamaría la atención esa singularidad de tener la cima un nombre diferente al de la montaña de que forma parte. Pues bien, yo voy a contaros la dramática historia que prestó fundamento a la mencionada rareza.

Sabed que existía en aquella altura, hace ya mucho tiempo— la tradición no determina más —un soberbio castillo, perteneciente a la ilustre familia de los Urracas. El penúltimo señor de aquella antigua casa solariega tuvo de su primer matrimonio una hija única, notablemente bella, que fue llamada María; y a quien durante diez años consideraron todos como feliz heredera de los ricos dominios patrimoniales.

Sucedió, empero, que un segundo casamiento inesperado la dio — al cabo de dicho tiempo— robusto y hermosísimo hermano, cuya venida al mundo anuló por completo los derechos de María; porque, según las condiciones de los bienes vinculados en aquella familia, sólo por falta de sucesión masculina podían recaer aquéllos en una hembra.

Tal era el espíritu de la época de que hablamos: el sexo menos fuerte era desheredado sin piedad, y muchas veces se le condenaba a la perpetua clausura de un monasterio, para que el varonil representante de la casa no tuviera ni aun el cuidado de proporcionarle aceptable colocación o módicos alimentos.

María Urraca no fue, al menos, compelida a semejante sacrificio; pues, si la quiso mucho su buen padre, aún obtuvo más entrañable afecto del hermano que plugo al cielo darla, y que a los diez y siete años, en que perdió a los autores de su vida,— se vio dueño de considerable fortuna y jefe de la familia.

Era, además, el joven D. Pedro persona simpática y amabilísima, que

merecía en todos conceptos primer lugar en el corazón de María; pero la voz pública censuraba a ésta como un tanto esquiva y huraña, siendo indudable que el carácter melancólico de la hermosa dama la constituía en voluntario aislamiento, aunque viviendo al lado de un deferente y cariñoso hermano.

A querer dejarlo, se hubiera establecido tomando esposo, que no podía faltarle, siendo —como era— muy gallarda y virtuosa; pero iba a cumplir veinte y ocho años, sin que jamás se la sospechara preferencia por ninguno de sus pretendientes; ya fuese por no haber entre ellos quien satisficiera su ambición, que aspirase a más altura; ya porque en su orgullo desmedido nada le bastase sin la independencia y el señorío por derecho propio, para que se consideraba nacida.

De todos modos, parecía evidente que María de Urraca se rebelaba en su interior contra la injusticia de los privilegios concedidos al sexo varonil, y que depender de un hermano menor, o de un marido vulgar, eran para ella —llamada por el cielo a ser libre y poderosa— igualmente difícil y humillante. Tanto era así, que su melancolía y displicencia no tardó en convertirse en amargura y aspereza; por manera que se consideró un triunfo de D. Pedro el que lograrse alcanzar— cierto día —se prestase a tomar parte la misantrópica beldad en una alegre batida, en que le acompañaban varios nobles amigos.

Lucia serena una mañana de otoño, cuando los sonos de las cornamusas y trompetas anunciaron a los habitantes del valle la salida de los ilustres cazadores, y rápidamente se agolpó curiosa multitud para contemplar la brillante cabalgata; en cuyo centro descollaban el joven caballero D. Pedro y su bella hermana María, rigiendo el primero —a fuerza de destreza— fogoso corcel de color de ébano, y la otra blanco palafrén, dócil a su mano delicada.

Tiempo hacia que no brillaba en el perfecto semblante de la noble doncella la viva animación que entonces la hermoseaba; pero al admirarla, no era posible dejar de sentir que había algo de febril en la mirada fulgurante de sus grandes ojos pardos, algo de siniestro en la expresión extraordinaria de su fisonomía encantadora.

La batida comienza felizmente: pronto el valor y la habilidad de los monteros se ostenta con numerosos hechos; pero ninguno merece tanto aplauso como el de haber sido herido mortalmente por la diestra de la bella cazadora un jabalí corpulento. En medio de los vítores que resuenan por todas partes, reúne el animal el resto de sus fuerzas y se lanza por entre las breñas, dejando en su

carrera ancho surco de sangre. Veloz le sigue su perseguidora, y queriendo D. Pedro dejarle íntegros los honores del triunfo sobre aquel enemigo ya casi moribundo, manda a la comitiva que se detenga, corriendo él solo en seguimiento de la denodada amazona.

Pero ¿adónde, se dirige ésta? Su blanco caballo —como poseído por el frenético demonio que hizo entrar en el cuerpo del de Angélica el nigromante que nos pinta Ariosto— parece rebelarse contra la hermosa mano que hasta aquel instante ha respetado sumiso, y trepando peñas, salvando precipicios, se pierde pronto de vista entre los vericuetos y barrancos.

Don Pedro, sin embargo, corre siempre en pos de su querida María, y desaparece, como ella, ante la asustada comitiva, que ha contemplado con asombro aquella carrera singular.

En el mismo instante, y por fatal coincidencia, horrible tempestad se desata repentinamente.

El firmamento se cubre de negros nubarrones, que envuelven en sus densos pliegues las cimas de las montañas; cruzan entre ellas los relámpagos como serpientes de fuego; retiemblan seculares árboles al rudo impulso del viento silbador; retumba pavoroso el trueno por los montes y los valles, y todos huyen despavoridos, buscando albergue que los defienda de aquellas iras del cielo.

Las gentes del castillo vuelven a entrar en él desordenadamente, creyendo que hallarán allí a sus señores, pues suponen se les habrán adelantado; pero no es así. Salen entonces en busca suya los más adictos sirvientes, a pesar de lo horrible de la tempestad, que continúa, y todos los demás aguardan inquietos una hora y otra hora ¡En balde! —La noche cubre la tierra con sus profundas sombras, y aún no ha vuelto el querido D. Pedro al alcázar de sus mayores.

María llega entonces —sola y desmelenada— a aquellos nobles umbrales; bastando ver la palidez de su frente y el extravío de su mirada, para inferir la catástrofe que confirman después sus balbucientes labios. ¡Sí! No puede quedar duda. El joven caballero ha sido precipitado por su corcel impetuoso en un profundísimo barranco, a cuyo borde tenía que caminar algún trecho para llegar al castillo, por el escabroso sendero que había tomado con su hermana.

Al día siguiente fue sacado del abismo el sangriento cadáver, y —¡cosa extraña!— se vio que el caballo tenía traspasado el pecho por un largo venablo.

Esta circunstancia inexplicable dio que hablar a las gentes muchos días; pero

luego la atención general se fijó únicamente en la hermosa heredera del difunto, que no tardó en verse asediada por encumbrados adoradores.

Poseedora de los pingües dominios de una familia opulenta, de la que quedaba siendo único vástago; en la flor de la edad; radiante de belleza; cercada de homenajes; ostentando a su placer el fausto que convenía a su rango; María de Urraca mira al fin realizados los ensueños delirantes que constituyeron quizá su secreto martirio. ¿Por qué, pues, no vuelven las rosas a sus pálidas mejillas? ¿Por qué ha desaparecido para siempre de sus labios la sonrisa del placer, y de sus brillantes ojos la tranquila mirada de la inocencia feliz? Misteriosa enfermedad devora sin duda aquella juvenil vida... pero en vano se consulta a los más célebres médicos de Álava, de Guipúzcoa y de Vizcaya; la ciencia os impotente contra un mal desconocido.

Nada se logra tampoco con los banquetes suntuosos; nada con las diversiones que se llaman, aun no concluido el duelo, al castillo de la montaña. María, que parece apetecerlas con febril avidez, no alcanza nunca a gozarlas. A lo mejor, en medio de los festines y saraos, cubre sombría nube la soberbia frente de la bella castellana; se contraen sus labios; se turba su mirada; recorre sus miembros inexplicable temblor; aún hay quien asegura que suele extender las manos con un grito de espanto, como si rechazase algún objeto horrible, que viniera a perseguirla en el seno mismo de la felicidad.

Sucede también que pasa muchos días sin querer recibir a nadie, esquivando aquellas mismas distracciones que busca otras veces afanosa. Y ¿qué es lo que hace la joven en sus días de soledad? En vano fuera preguntárselo a nadie: sus sirvientes callan consternados, y todo lo que pueden alcanzar la curiosidad o el interés afectuoso, es la observación de que —después de tales días— la aureola cárdena que se dibuja con frecuencia en torno de los ojos de María, se presenta más oscura y profunda; que su enflaquecimiento se ha hecho más notable; más torva su mirada; más penosa su respiración; más frecuentes sus estremecimientos convulsivos.

Los pretendientes no desmayan, sin embargo. ¡Puede el amo obrar tantos prodigios! La extraña enfermedad que consume a María quizá se calme y se disipe entre los goces de un dichoso himeneo. Con esta esperanza halagüeña, redoblan atenciones, acumulan obsequios, prodigan ternezas y suspiros los aspirantes a su mano. Mas ¡ay! Cuando principian a creer va a decidirse al cabo la elección de la dama, amanece, desgraciadamente para ellos, un día solemne y

memorable: el del triste aniversario de la muerte de D. Pedro.

Los criados del castillo se han vestido de luto; las misas y las preces no han cesado en la capilla. María, sin embargo, ha permanecido en su alcoba, más postrada y desfallecida que nunca. Luego, al tender su triste manto la noche, el venerable capellán y toda la servidumbre se reúnen para rezar por el malogrado caballero, en el mismo recinto en que lo esperaron largas horas inútilmente; en el mismo en que vieron aparecer sola a la afligida hermana, nuncio fatal de la horrorosa desgracia.

Los fieles servidores hacen llorando triste conmemoración de aquel momento supremo, cuando de repente se abre con estrépito la puerta del aposento de María, y ella se precipita en la sala, pálida, trémula, despavorida, como un año antes, en aquella misma hora.

No anuncia esta vez una muerte; pero pide auxilio contra un alucinamiento pavoroso. La insensata se cree perseguida por aquel mismo que dejó de existir en tal noche como ésta. — ¿No le veis? ¿No le veis? Grita desalentada.— Se ha levantado sangriento del fondo del abismo, y corre cabalgando en su corcel negro, cuyo pecho atraviesa de parte a parte el agudo venablo. Sin embargo, el golpe fue certero; yo le vi rodar con el jinete, y oí aquel grito, que retumbó largamente en las negras entrañas del precipicio. ¿Qué me quiere, pues, ese fantasma? ¿Cómo vuelve a saltar aquella sangre odiada, para salpicar mi frente, caliente y espumosa todavía? ¡Miradlo! El corcel maldito se viene sobre mí el sangriento jinete tiende los brazos para asirme y llevarme consigo a su tenebrosa tumba. —¡No! ¡No! ¡No!

Gritando así se lanza la Urraca fuera de las puertas del castillo, y apenas puede seguirla en su delirante carrera la aterrorizada servidumbre. La tempestad bramada como en la horrenda noche de la catástrofe; el cielo se deshacía en centellas; pero ella corría sin cesar, corría huyendo del jinete sangriento, cuyo corcel negro, traspasado por un venablo, corría también, persiguiéndola.

¡Ah! La desventurada, en su locura y en medio de la lóbreguez, no sabe qué camino sigue; mas de repente se para, lanzando un grito, que retumba pavoroso. Lo han devuelto los ecos del abismo, a cuyo borde se halla, como empujada— a pesar suyo— por invisible mano.

¡Aquí fue! —exclama entonces con el cabello erizado sobre la lívida frente,

que ilumina un relámpago.

En el mismo instante parece que el fantástico caballo lanza sobre ella al jinete amenazador, y la pobre María, cuya enajenación mental llega al último extremo, se arroja —por librarse de él— al fondo del precipicio.

A la mañana siguiente, a la misma hora en que fue sacado de la negra sima, hecho pedazos, el cadáver de D. Pedro, fue sacado también el de su hermana, no menos sangriento y desfigurado; pero el pueblo se amotinó para pedir que no descansasen en una misma tumba, Veía, con su maravilloso instinto, la justicia del cielo, en un suceso en que todavía los nobles amigos de la Urraca sólo querían reconocer el efecto casual de lastimosa locura.

La tenaz resistencia que se intentó oponer a la pública opinión, no sirvió más que para exaltar los ánimos, y la cólera popular demolió furiosamente el castillo, sin dejar piedra sobre piedra.

Desde entonces la peña que corona el monte *Echaguen* —en que aquél existió— fue llamada *Anboto*, que significa— traducido literalmente —*allí arrojado*; porque en el vascuence casi no se conoce de los verbos sino el infinitivo. Atendiendo a ello, la palabra *Anboto* tiene su verdadera versión en la frase: —*de allí fue arrojada*. Desde entonces, añade también la tradición, el alma de la fraticida vaga errante por las hondas entrañas del abismo, saliendo sólo para anunciar desastres.

Los días en que la cumbre de la montaña aparece envuelta en densos nubarrones, los pastores retiran sus rebaños, los labriegos se acogen al caserío abandonando las campestres faenas, y los marineros se guardan bien de dejar el puerto para confiarse a las olas... porque es fama que por tales signos se conoce que *la dama de Anboto* se ha escapado de su tumba y anda por ahí, presagiando desgracias.

UNA ANÉCDOTA DE LA VIDA DE CORTÉS^[8]

I

Tres años, poco más o menos, habían transcurrido desde el día memorable en que —vencido y prisionero el joven y heroico emperador Guatimozin— se rindió a las armas españolas, después de noventa y tres días de formidable sitio, la hermosa capital del imperio mejicano. Tres años se contaban ya de aquel gran suceso, cuya inmensa resonancia aun conmovía profundamente la Europa, y no había sido posible todavía al caudillo vencedor —no obstante su genio y su fortuna— sujetar por completo todas las provincias de la vasta Nueva España, conquistada por su acero para la antigua corona de Castilla; pero aquel tiempo había bastado sobradamente para amargarle con íntimos sacrificios de su corazón y vergonzosas defecciones de su propia gente, las dulzuras embriagadoras de la gloria.

No sufrió, sin duda, poco tan levantado ánimo al tener que plegarse ante las exigencias de su feroz soldadesca y de las bárbaras numerosas huestes auxiliares, colocadas bajo su bandera por la ciega república Tlascalteca y otros pueblos americanos. Por aquellas exigencias fue manchada la famosa conquista con tales hechos, que —según palabras del mismo caudillo— *no se han visto en tiempo alguno crueldades tan recias ni horrores tan lamentables*^[9]; por aquellas exigencias tuvo que deslustrar sus nobles timbres, prestando consentimiento a la indigna tortura impuesta a sus cautivos augustos, para arrancarles la confesión de tesoros que les suponían haber ocultado... tortura que hizo célebre para siempre la magnanimidad del mártir imperial, quien sonriendo en las parrillas que con fuego lento le abrasaban, dijo al rey de Tacuba —partícipe del tormento y de cuyo pecho se exhalaba doloroso gemido— aquellas tan conocidas palabras: *¡Cobarde! ¿Estoy yo acaso sobre lecho de flores?* Por aquellas exigencias, en fin, el caudillo extremeño hubo de ahogar en su varonil pecho la voz santa de la compasión, para contemplar —con aparente impasibilidad— entre las cadenas de la esclavitud, a la excelsa hija de su bienhechor Motezuma, a la hermosa

Gualcazintla, consorte infortunada de Guatimozin.

Pero no bastaran tantas condenables concesiones, hechas al bárbaro espíritu de aquella sangrienta época, para satisfacer a sus compañeros vencedores. Nunca se ejerce impunemente la superioridad del genio; nunca los hombres que dominan a sus semejantes por la sola alteza del pensamiento, logran inspirar aquella sumisión que tributamos sin repugnancia a la excelsitud del nacimiento. Esta rareza se explica muy bien. El uno es un derecho concedido por nosotros mismos; el otro lo dispensa solamente el cielo. En aquél reconocemos nuestra fuerza; en éste vemos probada nuestra inferioridad. Obedecemos fácilmente al dueño por nuestras convenciones instituido; pero nos rebelamos contra el que nos impone decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse las grandes individualidades de todos los siglos, de todos los países, siempre encuentran hostiles a las numerosas medianías, cuyo instinto las arma para contrarrestar la poderosa influencia que presienten estar destinada a dominarlas: así el caballo —todavía indómito— bota, relincha y corcovea al aproximársele el hombre; porque la naturaleza— pródiga y maternal con todas las criaturas —le dio, para conocimiento del peligro, un ojo de aumento que le presenta con gigantescas proporciones al ser inteligente, cuya débil mano debe enfrenarle a su antojo.

De ese modo toda vida eminente, de iniciativa vigorosa, viene a ser continuado combate empeñado con la resistencia del orgullo colectivo, inclinado a repeler el avasallador poderío de la personalidad privilegiada. Tal repulsión es en cierta manera —muchas veces al menos— no sólo natural, sino legítima; pero no siempre sostiene noblemente la lucha en defensa de su independencia amenazada la inmensa mayoría vulgar; a ocasiones —realzando a su pesar la superioridad que la asusta— recurre para oponérsele a los medios más villanos e inicuos.

Hernán Cortés, una de las mayores figuras que puede presentar la historia; Hernán Cortés, que quizás no ha sido colocado a su natural altura ni aún por desacertados encomiadores, que han alterado la verdadera fisonomía del *hombre* queriendo deificarlo; Hernán Cortés, tipo de su nación, en aquel tiempo en que era grande, heroica, fanática y fiera Hernán Cortés, que habría sido tal vez un Napoleón si le arrullase en la cuna el trueno de la revolución francesa y que hoy —más extraordinario que el dominador del Sena— se nos presenta —con su «aureola de conquistador de un imperio— en el catálogo de los vasallos

lealesHernán Cortés, digámoslo en fin, debía tener y tuvo la suerte común a todos los genios superiores. Lo persiguió la envidia, se afanó por denigrarlo la calumnia, lo acecharon la deslealtad y la perfidia, abrigada en «aquellos mismos corazones que aprendieron del suyo a no temblar jamás en tantos peligros de que soportaron juntos indestructible fama.

La traición del infame Villafaña —aunque frustrada y castigada— había dejado semillas que a cada paso parecían germinar. En los días a que nos referimos, el capitán Olid, despachado por el jefe con fuerzas suficientes a someter algunos de los pueblos del imperio que aún rehusaban rendirse, ninguna noticia suya le había hecho llegar en largo tiempo, teniendo —mientras tanto— no pocos indicios de haberse sublevado con su hueste. Otro oficial, mandado también con tropas en busca del presunto rebelde, tampoco había cumplido, al parecer al menos, la comisión que se le confiara; y aun se susurraba en el ejército que en vez de oponerse a Olid se le había unido, haciendo con él causa común.

Cortés, por tanto, tuvo que resolverse al cabo a marchar en persona para castigarlos, si salía cierto su delito, y a someter al mismo tiempo las provincias que aún se le resistían.

Le acompañaron en aquella expedición, además del grueso del ejército, los grandes *Tlaloanis* —o príncipes— prisioneros; entre los cuales se contaba el mismo emperador, llevando consigo a su mujer, a la que tres años de cautiverio y de inenarrables infortunios, no habían podido despojar de su peregrina belleza; si bien afectaron de tal manera sus facultades mentales, que los soldados solían designarla con el nombre de la *loca triste*.

No era, ciertamente, a propósito una comitiva de presos para la diligencia que reclamaba la expedición emprendida; mas el general español no había osado dejar sus reales cautivos en ninguna población del caído imperio, sin la custodia de poderosa fuerza, de la cual no disponía.

Llegó, empero, a embarazarle y aun a inquietarle tanto la compañía forzada de aquellos príncipes encadenados —a cuya vista, y sobre todo al aspecto del joven emperador, se conmovían profundamente las poblaciones del tránsito—, que mandó hacer alto al ejército en un lugar de la provincia de Acala; donde celebró secreto consejo con sus capitanes, algunos de los cuales habían opinado —desde el comienzo del viaje— que era menester a todo trance quitar de en medio tales *estorbos* de la manera más pronta.

Nada se supo fuera del consejo de lo que en él se trató; mas circuló

rápidamente el rumor de haberse descubierto una conspiración terrible, fraguada por el monarca mejicano y su hermano el rey de Tacaba, para matar a Cortés, levantando los pueblos contra los invasores.

¡Cosa rara! Aquellos desventurados prisioneros —que marchaban a pie, indefensos, rendidos de fatiga y extenuados por el hambre, en medio de poderosa fuerza armada— infundieron, al parecer, tal pavora en el valiente corazón del caudillo extremeño, que se le vio —demudado y trémulo— apresurarse a juzgarlos sin ninguna de las formalidades de un proceso criminal.

II

Eran las primeras horas de uno de los hermosos días de invierno que sólo se conocen bajo el cielo ecuatorial, y todos los habitantes de la pequeña población en que acampaba el ejército invasor, salían curiosos de sus modestas casas para contemplar a los *guerreros de Oriente* (según los llamaban), que puestos en movimiento —cuyo motivo se ignoraba— iban cubriendo las poco numerosas calles del pueblo, que desembocaban todas a una única plaza, en la que apareció, por último, bizarro piquete de caballería.

La gente, atraída por la novedad del espectáculo, logró deslizarse por entre los soldados, y desde las torrecillas del *Teócali*, o templo, —que invadió en un momento, —y desde las azoteas de algunas casas vecinas, se tendieron afanosas miradas por los ámbitos de la plaza; deseando descubrir cuál era la causa de la actitud belicosa de los españoles, preparados, al parecer, para algún acto importante que debía verificarse en aquel sitio.

En efecto, un objeto extraño y nuevo hirió pronto los ojos de la multitud curiosa. ¡Era la horca, levantada durante la noche en el centro de la plaza!

Por instinto se estremecieron a su aspecto los asombrados acalenses; todos se apresuraron a abandonar las torres y azoteas, y algunos huyeron despavoridos a esconderse entre los montes.

Mientras tanto, en la meseta del *Teócali*, donde aún se veían escombros del derruido altar del dios Huitzilopchtli, se colocaban cómodamente — en disposición de contemplar a su sabor la terrífica escena de que iba a ser teatro aquel recinto— dos agraciadísimas mujeres, ninguna de las cuales llegaba todavía a treinta años. Vestían ambas a la española usanza, pero era fácil conocer que aquel traje no era habitual a la una. El color de su tez, el carácter de su fisonomía, lo diminuto de sus manos y sus pies, y la viciosa pronunciación con que hablaba el castellano, indicaban a las claras su calidad de indígena. La otra era una andaluza de negros ojos árabes, que hacia— con motivo del espectáculo

de que iba a ser testigo —grata memoria de los autos de fe y de las corridas de toros, delicias de sus primeros años juveniles.

Atendiendo a la plática de aquellas damas —mientras se presentan los actores todavía desconocidos de la tragedia cuyo desenlace se prepara— podrán enterarse los lectores de la completa exposición de ella.

—Mirad qué bizarros y galanes están nuestros soldados (decía la española): ¿sabéis, doña Marina, que son como fino oro, que sale más puro y hermoso después de sufrir en el crisol la acción devoradora del fuego? Tantas penalidades y fatigas en esto largo y trabajoso viaje, por entre escabrosas montañas, páramos desiertos, ciénagas pestilentes, con fríos y calores, con sed y con hambre, no han abatido en manera alguna los bríos de esos corazones españoles.

—Razón es que imiten a su jefe, querida doña Guiomar, — respondió la indiana.— Justo hubiera sido que después de tantos combates y victorias, se tomase el héroe algún descanso; pero ya estáis viendo cómo tiene que ir a luchar con la deslealtad de sus mismos capitanes.

—Si sale cierta la rebelión de Olid, no merece ciertamente perdón, repuso la andaluza; mas confieso que —como algunas otras personas— dudo de ella todavía. Lo que se juzga evidente por todos, es la perversidad de estos indios, que osaban tramar contra la vida de nuestro buen general. Caro van a pagar los autores de la vil maquinación su abominable delito; pero, así y todo, os confieso, doña Marina, que no puedo hablar de esto sin encenderme en cólera.

La americana bajó los ojos, exhalando como a hurtadillas sofocado suspiro, y dijo después con acento un tanto conmovido:

—Hay necesidades que hacen inevitables crueles sacrificios comprendo que tiene que morir el que ha sido soberano de todos estos pueblos, que a su aspecto se han alborotado del modo que hemos visto; pero no sé hasta qué punto haya sido probada la conspiración cuyo castigo vamos a presenciar^[10].

—Mucha pena me causa oírlos indicar que la sentencia de muerte del gran cacique^[11] ha sido dictada más por la conveniencia que por la justicia, dijo doña Guiomar.

—No he querido expresar eso, replicó vivamente la querida de Cortés. Todo lo que hace el *Malinche*^[12] debe parecerle bueno y justo a su apasionada esclava; pero conoceréis, querida amiga, que no puedo menos de trastornarme al considerar que va a perecer en ignominioso patíbulo el ilustre descendiente de

los héroes de Atzacapuzalco^[13]; el poderoso monarca que ha ceñido sus sienes con la gran corona de Acamapit^[14].

—Sois natural del país en que ha reinado ese hombre, observó la española, y no tiene nada de extraño que le compadezcáis. También a mí me interesaba, antes del crimen de su conspiración; pues verdaderamente su presencia es gallarda y llena de majestad, distinguiéndose entre todos los naturales hasta por su color, tan blanco que le hace parecer europeo.

—¡Ha luchado tan heroicamente por salvar a sus pueblos del extranjero yugo, a que lo entregó la flaqueza de su antecesor Motezuma! Exclamó Marina con irreprimible exabrupto de amor patrio. Y después de sucumbir a los decretos del hado, ¡ha sufrido el infortunio con tan magnánima fortaleza! —No así su pobre mujer, pronunció— cortando la palabra a la indiana —su viva interlocutora; la exemperatriz Gualcazintla ha perdido el juicio completamente, si bien presenta su locura tan dulce y silencioso carácter, que casi no inspira lástima.

—En efecto, es una fortuna para ella el embotamiento de su razón, repuso Marina; y hoy, sobre todo, hay que rendir gracias al cielo por aquella circunstancia, que la impedirá comprender todo lo horrible de la presente por que atraviesa su destino.

—¡Mirad! ¡Mirad! Exclamó de pronto Guiomar —distrayéndose de la conversación entablada.— Si no me engaño, ya aparecen los reos.

Así era; Guatimozin y su hermano Netzalc, rey de Tacuba, llegaban en aquel momento a la plaza entre numerosa guardia.

—Por lo visto, dijo la española (que extendía su hermoso cuello para mirarlos mejor), son dos solamente los condenados a muerte; aunque se asegura que la conspiración era muy vasta.

—El *Malinche* es piadoso — pronunció como con trabajo Marina— y habrá creído suficiente, para el general escarmiento, el castigo de los principales acusados.

Cuando esto decía Marina, los frailes franciscanos —que acompañaban a los sentenciados— comenzaron a exhortarlos en alta voz, para que, confesando su delito, implorasen el perdón de Dios y de los hombres, a fin de alcanzar la buenaventura eterna. Guatimozin —cuya pródica frente, despojada de la imperial diadema, aparecía más augusta con la aureola de la desventura— se

volvió hacia ellos, lleno de dignidad, y haciendo oír su entera y varonil voz de un extremo al otro de la plaza, les dio gracias por el interés que le demostraban, añadiendo solemnemente: —Proclamo de nuevo mi inocencia a la faz del cielo y de la tierra, pero bendigo una muerte que termina tormentos superiores a las fuerzas de un hombre.

Seguidamente paseó su serena mirada por la fuerza armada que llenaba el recinto; la fijó un instante en el patíbulo que le aguardaba, como para conocer su mecanismo; y alzándola después al cielo —con expresión verdaderamente sublime— perdonó a sus enemigos, abrazó a su hermano, y subió con firme planta la fatal escalera.

Entonces salieron de entre las mismas filas españolas exclamaciones de piadoso interés, y Netzalc se prosternó sobre las huellas del augusto mártir, besándolas y diciendo con fervoroso acento:

—«Dichoso soy, pues que muero contigo, ¡oh magnánimo Hueitlatoani^[15]! Y juntos entraremos ambos en los palacios del sol».

El verdugo, entretanto, se había apoderado de su víctima; el nombre de Gualcazintla resonó acompañado de un tierno adiós; y a la voz que lo pronunciara sucedió instantáneamente agudo y penetrante grito, El último emperador de Méjico pendía ya de la ignominiosa cuerda; su mujer acababa de aparecer en el mismo momento —pálida y desmelenada— en la meseta del *Teócali*, donde presenciaban la ejecución doña Marina y su amiga.

—¡Cielos! ¡La loca! —exclamó esta última levantándose asustada.

—Es extraño que no se hayan cuidado de impedir pudiera presenciar tal espectáculo, dijo la americana levantándose también para acercarse a Gualcazintla. Venid, doña Guiomar, y hagamos la caridad de apartarla de este sitio.

—Con mil amores, contestó la española, toda vez que su demencia siempre ha sido inofensiva, y que aquí se concluye cuanto había que ver.

En efecto, Netzalc estaba ya también en manos del ejecutor de su sentencia.

Mientras las dos damas se llegaban a Gualcazintla por piadoso impulso, ella contemplaba con enjutos ojos el cuerpo de su marido, balanceándose en el aire con las últimas convulsiones de la agonía; pero — ¡cosa extraña!— había desaparecido de su semblante la expresión de triste y apático enajenamiento que caracterizaba su trastorno intelectual, animando aquella fisonomía—

habitualmente apacible —singular energía de cólera y desesperación.

El golpe supremo que acababa de recibir súbitamente el alma, había despertado —al parecer por lo menos— todas sus aletargadas facultades.

—¡Princesa! Dijo la antigua súbdita mejicana tomándola cariñosamente una mano; nací en los dominios de tu padre, y juzgo deber mío acogerte en el desamparo en que quedas. ¿Quieres vivir conmigo, bajo la protección del grande y victorioso general D. Hernando Cortes?

—¡Cortés! ¡Cortés! —repitió Gualcazintla, apartando los ojos de la horca para fijarlos en Marina—. Recuerdo ese nombre; es el del extranjero que sedujo a mi padre y lo envileció, haciéndolo rendir vasallaje al soberano de Oriente, es el del hombre que profanó nuestros templos, pisoteando nuestros dioses, del hombre que ha arrasado nuestras ciudades y puesto un sello infame de esclavitud sobre la frente de nuestros príncipes, del hombre, en fin, que mandó dar tormento a la sagrada persona del emperador mi marido, y que acaba de hacerlo morir como un facineroso. ¡Y tú, su esclava, su manceba! ¿Me propones que acepte su patrocinio?

Se miraron admiradas Marina y Guiomar, que no esperaban escuchar palabras tan cuerdas de labios de una demente, y la primera se apresuró a decir, para atenuar en el ánimo de la otra la mala impresión recibida: —Estás hablando disparates, pobre Gualcazintla, y sólo te daré por contestación que, pues comprendes —a pesar del mal estado de tu cabeza— que has perdido a tu esposo y quedas sola en el mundo, es menester resignarte con las disposiciones del cielo y olvidar para siempre lo pasado. Si aceptas el piadoso ofrecimiento que te hago, estarás desde hoy a mi lado, cual si fueras mi hermana, y no dudo le harás justicia al cabo a nuestro dueño glorioso, cuyo amparo te garantizo.

La viuda de Guatimozin escuchaba estas palabras con extraño aspecto, y luego —como si la decidiese súbita inspiración— respondió a Marina, apretándola fuertemente la mano: —Bien; cedo a tu deseo, pues así lo ordena mi destilo. Vives cerca de Hernán Cortés, y yo también viviré como tú. ¡Vamos! Añadió echando postrera mirada sobre el cadáver de Guatimozin, a cuyo lado pendía ya el de Netzalc. ¡Vamos pronto, querida del vencedor, al asilo que me ofreces!

Las tropas se retiraron a su campamento; las tres mujeres salieron juntas del *Teócali*, para dirigirse a sus respectivos alojamientos; y los dos cadáveres fueron poco después recogidos por orden del jefe, para darlos sepultura.

III

Más tarde, cuando tendía la noche su lóbrego manto, fue Hernán Cortés a visitar a su dama; alojada en aposentos del mismo vasto edificio que ocupaba él, y que había sido templo de la diosa *Meztli*^[16]; cuyas estatuas se veían aún en un salón interpuesto entre las habitaciones de doña Marina y las que servían de albergue a su amanto.

Aprovechó aquélla la Ocasión de presentar a éste la nueva huésped acogida bajo aquel techo, y le rogó piadosa se dignase dispensarla particular amparo, en vista del profundo abandono en que se hallaba.

Tal súplica, empero, debió parecerle innecesaria, al observar la viva y grande impresión causada en el ánimo de Cortés por sólo la presencia de aquella hermosura infortunada, a quien acababa de privar del único ser amado que le quedaba en el mundo.

Las crueldades que la conveniencia hacia cometer o consentir al jefe del ejército español, hallaban en su propio noble corazón secreto pero inmediato castigo, y bajo la influencia del sentimiento que le oprimía desde que creyó necesidad inevitable el sacrificio de sus dos más ilustres prisioneros, no pudo menos de demostrar a Gualcazintla —como para acallar un tanto su conciencia— un afecto tan expresivo y tierno, que llegó a alarmar a la enamorada y celosa Marina.

Mientras ella comenzaba tal vez a arrepentirse de su empeño en colocar cerca del hombre a quien amaba, a la reciente viuda —asaz interesante por la grandeza misma de su infortunio— Gualcazintla recibía las afectuosas atenciones de que la colmaba el caudillo, con aquella triste y silenciosa indiferencia que había caracterizado su enajenación mental; de la cual sólo parecía haber salido momentáneamente al presenciar en el *Teócali* la ignominiosa muerte de su marido. La enérgica indignación que resplandeciera entonces en su rostro, y los recuerdos terribles que le despertara en la memoria el

solo nombre de Cortes, todo había desaparecido, en apariencia al menos; pues nada indicaba que la vista del destructor de su familia produjese en su alma la menor impresión de desagrado.

Tal rareza contribuía también a inquietar un tanto el corazón de Marina; cuya loca pasión juzgaba imposible no hiciese toda mujer —como ella— el sacrificio de los más íntimos afectos y los deberes más santos, a la gloria de ser amada por el héroe de Oriente.

Cuando éste terminó su visita, y —después de dar órdenes para levantar el campo al día siguiente— se retiró a su departamento, Marina —menos cariñosa con su huésped de lo que lo había sido durante el día— la mandó imperiosamente recogerse para que procurase descanso, y permaneció largas horas pensativa y preocupada junto al lecho solitario, al que presentía no descendería el sueño aquella noche.

Pero no velaba sola aquella mujer de pasiones vehementes y de organización impresionable. Cortés no dormía tampoco.

Acaso el esfuerzo que lo había costado sacrificar la justicia y la humanidad a crueles conveniencias políticas, le ocasionaba —en aquellas horas de universal quietud— profunda agitación, que no le permitía momento de reposo.

Acaso se levantaban ante él, en medio de la oscuridad y del silencio, las sangrientas sombras de sus víctimas regias, pidiéndole cuenta de una sentencia inicua. Acaso, en fin, —por inexplicable juicio de Dios— la singular belleza de su infeliz prisionera, que hasta entonces mirara con indiferencia, le impresionaba de súbito lo bastante para justificar, en algún modo, los presentimientos que en aquellos mismos instantes atormentaban no poco a su celosa querida.

Como quiera que fuese, Cortés, insomne y agitado en las altas horas de la noche —no pudiendo parar en el estrecho recinto de su cámara— se salió al salón contiguo, y comenzó a pasearse por él, en medio de las toscas estatuas de la diosa que presidía a las sombras, y a las cuales apenas alumbraba la, opaca luz de una lejana lámpara.

Hacía rato que continuaba su maquinal movimiento, cuando de repente se detuvo y retrocedió con el cabello erizado por supersticiosa pavora. Le había parecido distinguir —desde el extremo del salón próximo a sus habitaciones— negro fantasma destacándose al otro extremo, de entre las blancas figuras marmóreas, que en aquel momento cobraban también a los ojos de su mente algo

de fantástico y extraordinario.

En vano quiso persuadirse de que era todo alucinación pasajera. El negro fantasma se iba visiblemente acercando, y de improviso hizo relucir —en la semioscuridad de la estancia y entre el lúgubre ropaje que lo envolvía— el bruñido acero de una daga.

No huyó, sin embargo, el héroe, ni flaqueó su voz al preguntar al espectro:

—¿Quién eres, y a qué vienes aquí?

—Soy la venganza — respondió al punto un acento embargado por la ira— y vengo a exterminarte, tirano!

Oír esto, y sentir Cortés en su frente el golpe del acero, fue todo obra de un segundo. Corrió al punto la sangre tendiendo un velo sobre su vista; pero a pesar de ello pudo reconocer a la viuda de Guatimozin, cuyos grandes y bellísimos ojos despedían en tal circunstancia siniestros resplandores, capaces de iluminar las tinieblas.

El vigor de la mano no había correspondido, por fortuna de Cortés, a la firmeza de la intención que dirigiera el golpe, y que lo hubiera indudablemente secundado a no lograr el herido posesionarse del arma, que era de su legítima pertenencia, pues la agresora la había sustraído aquel día de su misma habitación.

Al verse desarmada Gualcazintla, y al sentirse aprisionada entre los robustos brazos de su enemigo, debió llegar a un paroxismo de mortal desesperación, pues perdió el conocimiento, y hubiera caído en tierra a no hallarse sostenida por el caudillo, quien —más bien conmovido que irritado— la condujo silenciosamente a la estancia que le había sido señalada en el departamento ocupado por Marina.

Mientras ponía en la cama el desmayado cuerpo de su bella enemiga, su desvelada amante, para quien no pasara desapercibido el rumor levantado en el salón por la escena que acababa de pasar —aunque ésta hubiese sido muy poco ruidosa—, salía en puntillas de su dormitorio, dirigiéndose por la gran sala de los ídolos a la cámara del que era objeto de sus amorosas desconfianzas.

Hasta qué punto debieron acrecer éstas al hallar solitario el aposento e intacto el lecho de Cortés, mejor se adivina que se expresa.

Trémula, demudada y como fuera de sí, volvió sobre sus pasos la vehemente indiana, encaminándose al cuarto de su huésped; pero antes de llegar a los

umbrales sintió pasos, se ocultó velozmente detrás de unas estatuas, y vio salir por aquella puerta —que devoraban sus ojos— al hombre por quien todo lo había sacrificado —velándose el rostro con un pañuelo, que apretaba a su frente para restañar la sangre de su herida; pero que en concepto de Marina era sólo antifaz para no ser conocido, si casualmente le sorprendía alguien.

Cortés —muy ajeno de imaginar que lo atisbaban los celos— se volvió a su cámara, donde se lavó y vendó la herida frente, proponiéndose no revelar a nadie nada de lo ocurrido aquella memorable noche.

De pronto, empero, sintió abrir ruidosamente su puerta, y vio aparecer a su querida con descompuesto talante.

—¡Marina! Exclamó, sin poder disimular el desagrado que le causaba la inesperada visita. ¿No tendréis jamás la prudencia que reclama nuestra posición respectiva? ¿Os empeñaréis siempre en hacer locuras amorosas, olvidando que no somos libres?

—Harto he sufrido por asegurar vuestra doméstica paz, ahorrando quejas a la dichosa mujer que lleva vuestro nombre, respondió la indiana cruzándose de brazos: hartó también he torturado y envilecido mi alma, recibiendo — porque así lo exigisteis— marido de vuestra manoy ¿aún os parece poco tan increíble abnegación? ¿Queréis también ¡ingrato! Que me haga ciega a los atentados de vuestro libertinaje? ¿Queréis que sea impasible cuando osáis —dos veces infiel, al deber y al amor, —consumar la inverosímil villanía de abusar de la demencia de una infeliz princesa, para gozar su hermosura el mismo día en que habéis asesinado a su esposo?

—Vos sois la verdadera loca, ¡incurable celosa! Repuso Cortés, procurando reprimir su enojo. Dejad de atormentarme con delirios absurdos, y volveos a vuestra habitación, pues va a amanecer muy pronto, y deben venir a advertírmelo para levantar el campo.

—¡Decís que deliro! Replicó Marina, echando chispas por los ojos. —¡Ah, *Malinche*! Sabed que os he visto salir hace pocos momentos del cuarto de Gualcazintla. Sabed que no abrigo sospechas, sino evidencia, de vuestro crimen atroz. Pero no lo repetiréis — yo os lo juro— no volveréis a ultrajar al cielo, mancillando el tálamo de la viuda del emperador de Méjico antes de que se haya enfriado su cadáver. Yo debía impedirlo, y lo he ejecutado así.

—¿Qué habéis hecho, pues? Preguntó Cortés, estremecido por vago

presentimiento. ¿Qué habéis hecho de Gualcazintla?

—¡La he ahogado! Respondió Marina con acento sordo. Su espíritu acaba de volar a unirse al de Guatimozin, y juntos pedirán a la justicia del cielo venganza terrible contra vos.

Cortés, horrorizado, rechazó a su dama, haciéndola caer en tierra; y arrancándose la venda que le cubría la herida frente, mostró la daga todavía ensangrentada, diciendo solamente estas palabras:

—La suprema justicia, con que me amenazáis, acaba de impedir que terminase mi vida miserablemente a manos de una mujer frenética —aunque menos que vos— y me atrevo a esperar que cuando juzgue las faltas que como hombre he cometido, me tome en descargo tantas contrariedades y tantos dolores íntimos, como me cuesta la gloria de plantar la cruz del Gólgota en el suelo de estas vastas regiones, abiertas de hoy más a la civilización cristiana.

La voz que al siguiente día circuló en el ejército esta consignada en las siguientes líneas de B. Díaz del Castillo:

«Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo después de haber ahorcado a Guatemuz y a su deudo el Señor de Tacuba, sin tener justicia para ello, y de noche no reposaba; y pareció ser que saliéndose de la cámara donde dormía, a pasear por una sala en que había ídolos, se descuidó y cayó, descalabrándose la cabeza; no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo sufrió callando».

EL AURA BLANCA

SUCESO EXTRAÑO OCURRIDO EN NUESTROS DIAS

En el suelo —para mí querido— que riega el umbroso Ténima con sus cristales sonoros; en aquellas fértiles llanuras que señalan el centro de la Antilla reina, y en la que se asienta la noble ciudad de Puerto Príncipe —que plugo al cielo destinarme por patria—, vivía en los ya remotos tiempos de mi infancia un venerable religioso de la orden de San Francisco, a quien el vulgo llamaba usualmente *padre Valencia*, por la circunstancia de saberse había nacido a las orillas del Turia.

Gozaba aquel varón de general cariño en el país, y nada, a la verdad, era más justo; pues en los muchos años que había pasado en él, no hubo sin duda un día siquiera en que no derramase a manos llenas servicios y bendiciones entre sus moradores.

Si se alteraban en alguna familia la paz y concordia doméstica, allí aparecía, como llevado por la mano de Dios, el respetado padre Valencia, y los sabios consejos, las paternales exhortaciones, las afectuosas súplicas pronunciadas por aquella voz llena de dulzura, restablecían sin tardanza la tranquilidad y la armonía.

Si opuestos intereses o encontradas opiniones suscitaban enemistades sangrientas entre algunos vecinos —amagando rencores y venganzas— el pacífico padre Valencia se presentaba al punto como mediador en la contienda, y la poderosa influencia de aquel espíritu evangélico, conciliador y amoroso, dominaba como por encanto las iracundas pasiones, y hacia encontrar medios de transacción y avenencia.

Si escandalosos desórdenes de algún pecador público sublevaban las conciencias timoratas, poniendo acaso en peligro la conservación de las buenas costumbres, el padre Valencia hallaba pronto delicados e ingeniosos medios de ponerse en amistosa comunicación con el causante del daño, y jamás pasaba

mucho tiempo sin que —al contacto de aquella vida purísima— se viese trocado el libertinaje en ejercicios de austera penitencia.

Si ocurría en nobles o plebeyos, en ricos o pobres, alguna pérdida irremediable, algún infortunio acerbo, nunca dilataba el padre Valencia el ir a mezclar sus lágrimas con las que derramaban los pacientes, y el bálsamo de sus palabras consoladoras cicatrizaba eficazmente las heridas más crueles del corazón.

En una palabra, aquel pobre y humilde fraile había llegado a ser la visible providencia de todo el pueblo, donde ningún conflicto, público o privado, dejaba de buscar y de encontrar remedio, o alivio por lo menos, en la inmensa ternura de su alma y en las inexhaustas fuentes de su caridad cristiana.

Existía, empero, una plaga terrible, cuyo tristísimo espectáculo se presentaba a cada paso a su vista, sin que alcanzase el santo varón medios de remediarla.

Los leprosos vagaban por las calles —cuyo ambiente corrompían con la pestilencia de sus llagas— pidiendo por amor de Dios una limosna, que ni aun las personas más piadosas podían tenderles sin apartar los ojos de su repugnante aspecto. Aquellos infelices seres —peligrosos para la salud pública— se multiplicaban de día en día; a pesar de perecer en gran número, hacinados en inmundos e ignorados tugurios, a los que la ciencia médica no llegaba nunca para proporcionarles algún alivio, y ni aun la misma religión acudía siempre para ofrecerles, en sus últimos momentos, auxilios espirituales.

Sólo el padre Valencia descubría y frecuentaba tales receptáculos de miseria, tales focos de infección, haciendo sus delicias de la difícil asistencia de enfermos tan asquerosos; pero bien comprendía que no bastaba toda su abnegación personal para asegurarles los recursos y consuelos de que tanto necesitaban. Le afligía no poco esta desalentadora idea, hasta que amaneció un día, en el cual iluminado de súbito por divina inspiración —se echó a los hombros una *jaba* de pordiosero^[17], y comenzó a recorrer la ciudad pidiendo de puerta en puerta una pequeña moneda para la fundación de un grande hospital de lazarinós.

Cualquiera podría reírse de empresa tan descabellada en apariencia: ¿cómo imaginar posible la reunión de fondos suficientes para construir, establecer y conservar un asilo de tal importancia, con el solo recurso de la cuestación pública, en una ciudad donde son poco numerosos los pingües caudales? La esperanza era verdaderamente absurda, según las probabilidades del juicio humano; pero para la fe del padre Valencia se presentó realizable, y se realizó en

efecto.

Algunos años le bastaron para levantar desde el cimiento vasto y hermoso edificio, que hace y hará eternamente bendecir su memoria a la ciudad del antiguo Camagüey, y en el cual fueron acogidos —con general aplauso— centenares de enfermos de ambos sexos, que hallaron en aquel aislado y saludable albergue, bajo la inmediata dirección del digno fundador, todas las comodidades y aun todos los goces compatibles con su situación.

Las bendiciones del cielo, que acompañaban constante—, mentó al admirable franciscano, hicieron prosperar cada día más —mientras él estuvo a su frente— aquel hospital modelo, del que se enorgullecía Puerto Príncipe; pero llegó al cabo el inevitable momento de ser llamado el padre de los míseros leprosos a las regiones felices — donde lo aguardaba el premio de sus heroicas virtudes— y no pasó mucho tiempo sin que se sintiese dolorosamente su falta; a pesar del empeño con que todos los buenos y generosos vecinos del país procuraron impedir la decadencia de aquella institución, necesaria —más que en ninguna parte— en un suelo donde la elefancia y sus semejantes han tenido épocas de propagación espantosa.

Pero cuando verdaderamente empezaron las graves dificultades, fue al llegar un año en el que— por concurso fatal de circunstancias que no es del caso detallar —hubo grandísima escasez y carestía en toda la provincia central de la isla de Cuba. Se vieron entonces bandadas famélicas de mendigos pulular por las calles, poniendo en contribución indispensable a las clases acomodadas, que— afectadas también por la crisis que atravesaba el país —apenas podían con los incesantes recursos de la limosna aplacar el hambre de la indigente muchedumbre, y— como puede adivinarse— el asilo de los leprosos se resintió profundamente del estado de general penuria.

Habituados a la abundancia y al regalo que había sabido proporcionarles el pródigo fundador, sobrellevaban mal los acogidos tantas privaciones como entonces fue preciso imponerles, y que iban aumentándose de día en día, hasta el punto de hacerles temer verse en la triste necesidad de abandonar el techo hospitalario, bajo el cual habían esperado terminar descansadamente su desgraciada existencia. En tan terrible conflicto, acudían llorosos al modesto sepulcro que guardaba entre ellos las cenizas de su inolvidable bienhechor, invocando fervorosamente a su bienaventurado espíritu para que los socorriese desde el cielo, donde no dudaban habitase.

Crecían, sin embargo, los apuros: la administración del hospital había agotado todos los recursos de su celo y de su inteligencia, y no sabía ya de qué medios valerse para que no faltase totalmente el sustento a los numerosos enfermos; cuyas quejas y lamentaciones acrecentaban las amarguras de sus ánimos, en medio de tan insuperables dificultades.

Hubo una mañana en que, cerca de las doce, aun no habían podido desayunarse los pobres lazarinos, quienes —echados tristemente sobre la hierba que crecía en el ya arrasado huerto del establecimiento— recordaban con lágrimas aquellos tiempos pasados, en que tropas canoras de los vistosos pájaros tropicales venían cada mañana a sus plantas, para recoger las abundantes sobras del pan de su desayuno. —¡Ay! Decían; ahora no acuden sino carnívoras *auras*, como esperando nuestros cadáveres para saciarse en ellos.

Y en efecto, se veía recorriendo el huerto, con lentos y como cautelosos pasos, multitud de aquellas aves pestíferas, de fúnebre color, que recuerdo me causaban —cuando era niña— pavora supersticiosa.

El *aura*, o gran buitre cubano, es indudablemente, queridos lectores —como acaso lo sabréis— una de las raras excepciones que se conocen entre las variadas familias de hermosas aves indígenas. Su cabeza, de un rojo amoratado, presenta excrecencias costrosas, por las cuales ha merecido se la designe con la calificación de *tiñosa*; su corvo pico y sus afiladas garras, teñidas de color sanguinolento, exhalan —como todo su cuerpo— la fetidez de las carnes corrompidas, que son su habitual pasto; y sus alas, de un negro verdoso y deslustrado, forman, al batir el aire, cierto rumor siniestro, que parece marcar un compás fúnebre.

Sucedió, empero, que el día a que nos referimos, y mientras los acogidos del hospital contemplaban con disgusto aquel lúgubre cortejo, que los acompañaba en su soledad— como para hacérsela más triste,— apareció de repente, entre la oscura bandada, una ave desconocida, del mismo tamaño y de la misma forma que las *auras*, pero contrastando con ellas de una manera asombrosa. Blanca cual el cisne, ostentaba en su cabeza, como en sus pies y su pico, el color esmaltado de la rosa, teniéndolo, además, en vez de los huraños ojos de la familia a que parecía pertenecer por su figura, los dulces y melancólicos de la paloma torcaz.

Sorprendidos los leprosos a vista de tan nueva y súbita aparición, se acercaron a ella llenos de curiosidad, y ¡cosa rara! La tropa de negras *auras*

levantó al punto el vuelo, como espantada; pero el *aura blanca*, lejos de huir, se dejó coger mansamente, y aún pareció querer acariciar con suave aleteo las llagadas manos que la aprisionaban.

Al día siguiente corría por Puerto Príncipe conmovedor —relato. Se decía que el alma del padre Valencia— tantas veces invocada en medio de crecientes angustias por sus, pobres hijos los lazarinos— había bajado a ellos en forma de un ave extraordinaria, a la que todos convenían en llamar *aura blanca*.

La novedad del suceso despertó de tal manera el interés general, que hubo de hacerse exhibición pública del ave, poniendo precio a la entrada; y fue tan grande la afluencia de gente, que en pocos días se recaudó considerable suma, suficiente a subvenir a las urgentes necesidades del hospital de San Lázaro.

Pero no quedó en esto. El *aura blanca* —paseada en una jaula dorada por muchos de los pueblos de la isla, y excitando en todos curiosidad vivísima— los puso en contribución voluntaria A favor del establecimiento; proporcionándole salir al cabo felizmente de todos sus apuros y entrar en nuevo período de prosperidad y holgura.

De este modo —según la vulgar creencia— el caritativo fundador proveyó —aun después de muerto— al sostenimiento de sus acogidos; quienes celebraron en la aparición del *aura blanca* visible milagro, comprobador de la santidad y eterna bienaventuranza de aquella alma bienhechora.

¿Qué se hizo el ave milagrosa, terminada su misión?

Nadie ha podido decírmelo con certeza, por más que he procurado indagarlo; pero si estas desaliñadas páginas son algún día leídas por mis amados compatriotas, ninguno de ellos negará su testimonio a la verdad del hecho que he querido consignar entre mis leyendas, como homenaje de respeto a la memoria del venerable religioso que tantas veces me bendijo en mis primeros años, y como recuerdo indeleble del hermoso país en que se meció mi cuna.

EL CACIQUE DE TURMEQUÉ

LEYENDA AMERICANA

I

Tan grandes habían llegado a ser los desórdenes y abusos de la magistratura española en el reino de la Nueva-Granada, hacia el año de 1579, que atravesando los mares el ruido del escándalo resonó dentro de los muros del regio alcázar, obligando a Felipe II a elegir con premura un visitador, o juez de residencia, cuya honradez, integridad y energía pudieran detener los progresos de aquel mal, que amenazaba hacer para siempre odiosa la administración de la madre patria en sus ricos dominios del vasto continente americano.

Recayó la elección real en el afamado jurisconsulto de aquella época, D. Juan Bautista Monzón, magistrado el más antiguo de la real Audiencia de Lima, y en quien todos reconocían condiciones adecuadas al cargo que se le confiaba.

En efecto, era el nuevo visitador hombre recto y de gran firmeza de carácter, animándole, además, los mayores deseos de corresponder dignamente a la confianza de su soberano. Con resolución tan laudable, abandonó sin pesar la bella ciudad donde había sabido ganarse general aprecio en el ejercicio de sus funciones de oidor, para trasladarse a aquella en que le aguardaban otras más difíciles y peligrosas.

No pudo, empero, comprender exactamente hasta qué punto lo eran, hasta después de haber pisado el suelo de la Nueva-Granada, y aún —mejor diremos— después de haber residido algún tiempo en su naciente capital Santa Fe de Bogotá; foco a la sazón de intrigas y de corrupción pública. Allí tenía su asiento la real Audiencia, que —por sus importantísimas y extraordinarias atribuciones— constituía el poder más extenso y formidable de los existentes entonces en aquellas colonias, poder con el cual tenía que chocar forzosamente el nuevo funcionario, para quebrantarse con estrépito, si no se prestaba a doblegarse.

Lo conoció así D. Juan Bautista Monzón; pero, decidido a no aceptar lo último, se preparó a la colosal lucha que juzgó inevitable, y mostrándose desde

luego insensible a todo linaje de seducciones, y envolviéndose en impenetrable reserva, sólo se ocupó de estudiar concienzudamente, palmo a palmo, el campo donde debía librarse la batalla, midiendo las fuerzas del enemigo, y allegándose auxiliares que robusteciesen las suyas.

Tan luego se creyó con suficientes probabilidades de éxito, sorprendió a la Audiencia con un primer golpe de justicia, que la hizo comprender el temple del hombre con quien tenía que habérselas: fue dicho golpe la suspensión del magistrado Rodríguez de Mora, íntimo amigo del presidente D. Lope Díez de Armendariz; quien empleó en vano toda su influencia para sostenerle y evitarle la mengua de ser enviado preso a la metrópoli.

Aquel acto fue la señal de guerra, comenzada al punto con recíproco encarnizamiento. Se dividió la ciudad, desde tal suceso, en dos bandos irreconciliables, que tomaron los nombres de Monzónista el uno, y de Lopista el otro.

No entra en nuestro propósito desplegar con amplitud, ante los ojos del lector, un cuadro exacto de aquellas intestinas contiendas trabadas en países recientemente conquistados, y convertidos ya— por bastardas pasiones —en teatro de inmorales y sangrientos dramas; bástanos, para la inteligencia del que comenzamos a relatar, la breve exposición que hemos hecho, y sólo añadiremos que continuando el visitador firme en la resolución de cumplir severamente sus deberes— despreciando la nube de odiosidades que se iba levantando y envolviéndolo —llegó hasta el extremo de deponer también al mismo presidente Armendariz; no obstante el gran partido con que contaba y el favor que se le suponía en la corte.

Rayaron tan alto el dolor y la cólera de aquel poderoso personaje al verse obligado a abandonar las casas reales, o palacio de justicia, en que hasta entonces se alojara con el boato de un bajá, que cayó enfermo y murió algún tiempo después, entre el clamoreo de sus numerosos parciales, que acusaban a D. Juan Bautista Monzón de ser causante aborrecible de aquella pérdida irreparable para la madre patria.

La rabia de los Lopistas contra el visitador y sus amigos, fue —por la antedicha desgracia— llevada a indescriptible frenesí, y de los señores de la Audiencia sólo uno —el fiscal D. Alonso de Orozco— se mostraba un tanto desapasionado; sosteniendo con D. Juan Bautista, si no relaciones de cordial amistad, al menos de agradable cortesía.

Se ufanaban de ello los Monzónistas, porque reputaban a D. Alonso persona de grande iniciativa y trastienda, tan útil, por tanto, para amigo, como temible para adversario. Ejercía, además, omnipotente influjo sobre su compañero el oidor Zorrilla; por manera que quien lograba tener propicio al fiscal, podía contar desde luego con la benevolencia de su amigo.

Quiso, empero, la fatalidad que perdiese Monzón en un momento la ventaja — que procuraba conservar con debida prudencia— de lograr se mantuviesen imparciales aquel hombre peligroso y el otro que era su dócil instrumento, y fue el caso del modo que vamos a referir en breves líneas.

Hallábase cierto día en su despacho, no poco preocupado en aquellos instantes, con las calumnias que se empleaban —según noticias fidedignas que había recibido— para denigrarle en España, cuando fue advertido de que la señora de Orozco solicitaba urgentemente hablarle. Introducida que fue a su presencia, vio a la dama — vestida de luto y bañada en lágrimas— precipitarse a sus pies pidiéndole justicia contra su marido, a quien acusaba de imperdonables agravios.

Me veo aborrecida, sacrificada —gritaba retorciéndose las manos con desesperación. —El hombre a quien hice dueño de mi mano y de mi cuantiosa fortuna no se contenta con abandonarme, sino que hace pública su ciega idolatría por una mujer casada, por una coqueta sin corazón, que sólo acepta el suyo por tener el gusto de despedazar el mío. Os pido amparo y remedio, señor visitador, y recurriré hasta el mismo rey si sois indiferente a mi desgracia; si os hallan sordo mis súplicas.

Don Juan Bautista trató en vano de tranquilizarla, ofreciéndola interponer los consejos de la amistad entre ella y su marido, pues tuvo al cabo que recurrir a un arbitrio supremo, empeñándola palabra solemne de amonestar seriamente a la mujer causante de sus celos, para que en lo sucesivo mirase mejor por la paz doméstica del fiscal y por la honra de su propio consorte.

Mediante tal promesa, la afligida señora de Orozco consintió en Volver al domicilio conyugal, esperanzada un tanto de recobrar —si no el cariño de su infiel— las consideraciones, al menos, que le eran debidas como legítima esposa y como dama de posición elevada.

Pero ¿quién era la rival triunfadora que se había enseñoreado en poco tiempo del alma de D. Alonso, causando ruidosos disturbios en su antes apacible matrimonio?

En el siguiente capítulo se la haremos conocer a nuestros benévolos lectores.

II

Entre los capitanes españoles residentes en Santa Fe de Bogotá, se contaba uno —cuyo nombre no necesitamos revelar— que estaba casado con cierta beldad célebre, nacida en las floridas márgenes del Genil, y llegada al apogeo de su desarrollo en las del indiano Funza. Se llamaba Estrella, y jamás se la designaba en el pueblo sin anteponer la calificación de *incomparable*. La incomparable Estrella, la incomparable capitana, eran las dos maneras de nombrarla; porque a la verdad nada podía encontrarse tan admirablemente bello como el cuerpo de aquella joven dama.

¿Correspondía a la hermosura exterior la del alma que dentro se abrigaba?

Estrella, en nuestro concepto, no era una persona positivamente mala, sino que tenía —como otras muchas mujeres— la desgracia de haberse quedado incompleta, acaso por falta de acertada educación. Viva de fantasía, vehemente de carácter, impresionable por temperamento, carecía, en cambio, de exactitud en el raciocinio, de fijeza en las ideas, de profundidad en los afectos. Podría decirse que las pasiones resbalaban con violencia sobre la superficie de su alma, conmoviéndola toda, mas sin detenerse nunca para poder arraigarse: cuando amaba o cuando aborrecía, llegaba a lo increíble el ímpetu primero de sus sentimientos; pero frecuentemente se operaba en ella, sin darse cuenta a sí misma, una reacción inevitable, sucediendo a los poderosos arranques la indiferencia y la calma, en cierto modo necesarias pausas de una naturaleza a la vez débil y extremadamente fogosa. Del mismo modo se sucedían en su mente los pensamientos más contradictorios, sin que su juicio —siempre ofuscado por las impresiones del momento— alcanzase a descubrir con certeza dónde estaba la verdad y dónde estaba el error.

Había contraído Estrella un enlace de inclinación, siendo el capitán hombre de mérito, y además modelo de excelentes maridos; pero, a pesar de todo, dos años después de casada se aburría grandemente la *incomparable* capitana,

porque su novelesca imaginación no hallaba el idilio —que había soñado— en la historia real del matrimonio; y una serie de falsos raciocinios la había casi convencido de que debía ser desgraciada, como víctima de un engaño del que era responsable su cónyuge.

¿Por qué no continuaba siendo a sus ojos el amante medio desconocido, envuelto entre los celajes de oro con que le revistiera su virginal entusiasmo? ¿Por qué se trasformaba en un hombre, noble y cariñoso sin duda, pero asaz distinto de lo que ella lo juzgaba en sus insomnios de joven enamorada, tan pronto convirtiéndole en héroe, digno de figurar en los libros de caballería — con cuya lectura se extasiaba;— tan pronto adorándole como uno de aquellos seres ideales que suelen columbrar los poetas en los arrebatos sublimes de la inspiración divina?

Estrella se sentía, por tanto, disgustada de su esposo, sin que se la ocurriera acusarse nunca a sí misma de locura o inconstancia; pues antes bien era —según su lógica— la persona paciente y sacrificada, asistiéndola, consiguientemente, indisputable derecho para quejarse de su suerte y procurar endulzársela.

En tal concepto, acaso se rindió sin grandes remordimientos a las amorosas persecuciones del ardiente fiscal, a quien durante algunos meses adornó a su placer con los más bellos ropajes, que pudo inventar su meridional fantasía; hasta el punto de llegar a persuadirse que era el solo mortal capaz y digno de inspirarla un amor verdadero o indestructible. Aquello, en la lógica de Estrella, no podía aparecer a los ojos de Dios vulgar crimen de adulterio; porque Orozco y ella —predestinados a amarse— cedían fatal e irresistiblemente a la fuerza de ineludible decreto.

Sucedió, no obstante, que pasado algún tiempo, y mientras la fiscal sufría todos los tormentos de los más fundados celos, el fiscal —por su parte— comenzó a concebir agitadoras sospechas de irse despoetizando a los ojos de su amada, cuyos primeros ardores le parecían entibiados.

No recelaba todavía, a pesar de ello, que hubiese algún rival desconocido, que con su naciente poder fuese debilitando el antiguo; pero la malicia de los curiosos —que suele tener ojos más perspicaces que el amor mismo— hacia circular ya observaciones significativas, sobre la exactitud con que aparecía en su ventana cada tarde la *incomparable* capitana, a la hora precisa en que pasaba por su calle —rigiendo vigoroso alazán— el afamado jinete cacique de Turmequé; a quien nadie se igualaba en destreza y bazaría cuando enfrenaba con

hábil mano los corceles más indómitos.

En honor de la verdad, tenemos que confesar que no era solamente Estrella quien se complaciese en contemplar la gallarda apostura de aquel príncipe indiano de elegante talle, de negros y fulgurantes ojos, de tez ligeramente bronceada— pero admirable por su juvenil tersura, —y de profusa cabellera rizada, que sombreaba— prestándole cierta gravedad melancólica —una frente altiva y espaciosa, hecha al parecer expresamente para ostentar una corona.

Nunca resonaban por las calles de Santa Fe las conocidas pisadas del alazán del cacique, sin que se cuajasen de gente todas las ventanas y halcones; y no pocas veces pudo ufanarse el joven jinete oyendo salir de femeniles labios estas o semejantes exclamaciones:

—¡Que hermoso es ese hombre a caballo!— ¡Qué admirablemente monta!
—¡Sobre su alazán, parece el cacique una pintura!

Aquel jinete celebrado llevaba en sus venas sangre regia americana; pues nació del casamiento del conquistador don Juan de Torres con una princesa, hija del soberano de Tunja, la cual le llevó de dote el principado o cacicazgo de Turmequé^[18]: pero aún más que por su origen augusto, era notable por su figura, que ostentaba la singular belleza producida generalmente por el cruzamiento de razas. Con dificultad se podría encontrar otro hombre en quien se amalgamasen tan armónicamente los más nobles rasgos de los hijos de la Europa meridional, con los característicos de las castas superiores americanas; constituyéndole un tipo magnífico, que no vacilamos en calificar como el bello ideal de los mestizos.

¿Quién puede imaginar que la impresionable Estrella mirase con indiferencia aquel príncipe típico, y que su ya decaído entusiasmo por el fiscal alcanzase a preservarla del natural anhelo de ser también vista y admirada, por el objeto a quien ella veía y admiraba cada tarde al través de importuna celosía?

Este deseo debía hallar, por otra parte, eficaz aguijón en la dificultad que se le presentaba para satisfacerlo.

Don Diego de Torres, aunque pasaba largas temporadas en Santa Fe, residía habitualmente en sus dominios patrimoniales, donde era adorado por sus vasallos; y aun durante su permanencia en la capital de la Nueva-Granada, reí ásele poquísimo o ningún empeño por frecuentar la sociedad de las damas; ya porque los ejercicios de la equitación y la caza —en los cuales sobresalía—

constituyesen sus placeres favoritos; ya ¡¡porque le advirtiese secreto instinto, para retraerle del peligro, que había de ser el amor causa fatal de todas sus desventuras.

La *incomparable* capitana ideaba, por tanto, con afán medios a propósito para hacerse conocer de aquel hombre —que tenía la extravagancia de no haber pretendido hasta entonces la honra de rendir sus homenajes a la belleza más célebre de Bogotá— cuando recibió inesperadamente la visita del señor de Monzón, que iba a cumplir con su acostumbrada formalidad la promesa empeñada a la fiscal.

No era la primera vez que atravesaba los umbrales de la casa del capitán el grave jurisconsulto, pero nunca le había observado Estrella tan serio y tan preocupado como entonces parecía; Le embarazaba, en efecto, no poco lo delicado del asunto que tenía que tratar con una dama cuya vehemencia de carácter no le era desconocida; pero se resolvió al fin a abordar resueltamente la cuestión, y —si bien con las formas más blandas y decorosas que le sugirió su cortesía— hizo comprender a Estrella la necesidad urgente de que por su propia honra, y para poner término a las perturbaciones introducidas en el hogar doméstico de D. Alonso de Orozco, se cuidase de desvanecer apariencias malignamente interpretadas por el vulgo.

Tenía orgullo la *incomparable* capitana; y picada en lo más vivo por la amonestación que recibía, hubo de contestar con sobrada destemplanza; pues llegó a agriarse hasta tal plinto su plática con Monzón, que —indignado éste— dejó escapar una amenaza de destierro.

Entonces no conoció ya límites la violenta cólera de la dama, quien le mandó con imperio saliese al punto de su casa, realizando —si a tanto se atrevía— la imprudente baladronada proferida en su presencia.

El visitador, como ya hemos dicho, no era hombre que se dejase acobardar. Dos días después el capitán fue destinado a desempeñar cierta comisión a bastante distancia de Santa Fe, advirtiéndosele que convendría llevarse consigo a su mujer, porque podía ser largo el tiempo de su ausencia.

Apenas supo Estrella esta orden comunicada a su esposo, trazó —con mano convulsa y entre lágrimas de despecho— las siguientes líneas, dirigidas al fiscal:

«El odioso viejo que se ufana con oírse llamar *Catón el del azote*, no se contenta ya con los atropellos cometidos con vuestros compañeros, sino que —para heriros a vos mismo de rechazo— me ha insultado echándome

en cara el crimen que cometo en amaros, y acaba de consumir la obra de su aborrecimiento valiéndose de un pretexto para desterrarme de Santa Fe, según osó amenazarme. Quiere a todo trance separarnos para siempre, y por mi parte os juro que así sucederá, si no me probáis con vuestra conducta que sois hombre capaz de vengaros y vengarme».

No habían pasado muchas horas desde que esta carta fue puesta en manos de D. Alonso de Orozco, cuando se veía ya a la *incomparable* capitana, — despejado el ceño, embellecido el expresivo semblante con el encanto de la más dulce sonrisa, — disponiendo por sí misma, con cierta impaciencia jubilosa, los preparativos de la partida, señalada para la siguiente mañana.

¿Qué había ocurrido que operase tan repentino cambio?, cosa muy sencilla en apariencia. Estrella se hallaba enterada de que el lugar de su destierro era casualmente Turmequé.

III

La carta y la partida de nuestra heroína rompieron de un golpe las urbanas, si no amistosas relaciones, que hasta entonces se conservaran entre D. Alonso de Orozco y D. Juan Bautista Monzón.

El odio que el primero concibió contra el segundo, comenzó desde luego a hacerse ostensible con toda la acrimonia propia de la índole del rencoroso togado, y su amigo Zorrilla —siempre dominado por el ciego afecto que le profesaba— no tardó en tomar parte en sus desfavorables sentimientos respecto al visitador, quien por su parte —aunque comprendiendo lo temibles que eran aquellos nuevos enemigos no creyó propio de su dignidad cejar ni siquiera una línea de la posición en que la suerte le había colocado casi a despecho suyo; pues siempre tuvo por sistema, durante el desempeño de su delicadísima misión, el respeto más profundo por la vida privada.

La ciudad — hecha ya antes centro permanente de intrigas— llegó a convertirse, por las influencias de Orozco y de Zorrilla, en verdadero campo de Agramante, donde nadie se consideraba a cubierto de calumnias y maquinaciones, y donde a cada paso se suscitaban alborotos, capaces de mantener a las gentes pacíficas del pueblo en continua alarma y profundo descontento.

Pero aunque trabajase D. Alonso con empeño constante por atizar los odios de partido, y crear dificultades y tropiezos al severo visitador — a quien a todo trance quería perder— no dejaba por eso de consagrar largas horas a los tiernos desvelos de su pasión amorosa, que se exaltaba con la ausencia de su objeto. Casi no pasaba ningún día sin que hiciese llegar a manos de Estrella cartas expresivas y largas, en las que —al mismo tiempo que pintaba los tormentos de su amante pecho— explayaba su enconado resentimiento contra D. Juan Bautista, y la resolución que había tomado de no sosegar un momento hasta hacerle salir de la Nueva Granada o encontrar en ella su sepulcro.

Ni una palabra, sin embargo, contestaba a tan repetidas y elocuentes misivas la bella desterrada, y su prolongado silencio fue haciéndose tan insoportable para el fiscal, que— fingiendo un negocio urgente, que le obligaba a ir a Tunja, —entró de incógnito en Turmequé; muy decidido a arrostrar por todo, si era preciso, para ver a su dama y oír de sus labios la causa del enojo que parecía mostrarle al rehusar respuesta a sus escritos apasionados.

El mismo día en que llegó —sigilosamente y disfrazado— Asistían el capitán y su esposa a una gran montería convidados por el cacique, con quien el primero contrajo grande amistad, según fatal tendencia de todos los maridos condenados por la suerte a ser víctimas de una desgracia que tarde o nunca conocen.

Tuvo el dolor D. Alonso de ver pasar delante de sus ojos la lucida cabalgata de bizarros cazadores, entre los cuales brillaba esplendorosa la Estrella de su alma, que —para colmo de malandanza— acariciaba en aquel instante, con los más suaves rayos de su luz, al joven príncipe indiano; colocado en su famoso alazán junto al tordo palafrén cuyos lomos Oprimía ligeramente la muy gallarda amazona.

Tan perfecta pareja formaban aquellos dos tipos, verdaderamente hermosos, que el mismo fiscal no pudo menos de admirarla; mas sintiendo a la vez abrasársele el pecho con la infernal llama de los celos.

Comenzó entonces la expiación providencial, debida justamente a tantas humillaciones y angustias como aquel mal marido había hecho sufrir a su despreciada consorte.

Renunciamos a describir el rabioso despecho que devoró D. Alonso durante las horas de la alegre montería, que se le hizo interminable; y sin meternos tampoco en los corazones ¿el cacique y de la capitana —para escudriñar y descubrir al público el por qué huyeron veloces para ellos aquellas mismas horas que al fiscal le parecieron eternas, —abreviaremos nuestra historia, diciendo únicamente que al regresar la cabalgata ya había logrado Orozco ponerse de acuerdo con una negra, esclava de su ídolo —y confidenta y favorecedora, en no lejanos días, de sus adúlteros amores— para que le facilitase con aquélla una conferencia a solas.

Probablemente sospechaba la esclava que ocurrían algunas mudanzas en el fondo del pecho de su ama, pues no osó prevenirla de la visita inesperada que iba a proporcionarla aquella noche, aprovechando el tiempo en que acostumbraba el

capitán divertirse con los naipes en la casa de un amigo.

Sucedió, por tanto, que mientras la negra —pagada anticipadamente por Orozco— le introducía con sigilo en el gabinete en que pensaban encontrar a Estrella, ocupada según solía en la lectura de sus libros predilectos —que eran todos de aventuras de caballería y de amorosas intrigas— nuestra heroína daba entrada por la puerta trasera de la casa, y entre los arbustos fragantes de su solitario jardín, a otra visita también de antemano concertada.

La bella inconstante tocaba al apogeo de la dicha, porque se bailaba en el período álgido de su nueva pasión, y era aquélla la primera cita a que asistía el amante por quien entonces deliraba.

Sorprendidos Orozco y su introductora al no hallarla— como habían supuesto —en su gabinete favorito, recorrieron, buscándola, todas las habitaciones de la casa; mas fue diligencia inútil. La esclava, sin embargo, mostraba certeza de que no había salido su señora, ocurriéndosele al cabo que era probable se hallase en el jardín; oído lo cual por el impaciente fiscal se dio prisa a descender a él, haciéndosele un siglo cada minuto que tardaba en verse a las plantas de su hermosa querida.

Tan pronto como penetró en aquel recinto perfumado, tuvo por segura la presencia de Estrella; pues nada, en verdad, parecía más natural que escoger tal sitio para asilo misterioso de pensamientos tiernos.

Reinaba una cálida y serena noche de estío: el firmamento —límpido y estrellado— comenzaba, además, a argentarse con los suaves rayos de la luna, que iba apareciendo majestuosa en su trono de nácar; los árboles y plantas, de diversas formas, adquirirían cierta fantástica vaguedad al balancearse entre los pálidos albores; los efluvios penetrantes de mil variadas flores embalsamaban la atmósfera, refrescada un tanto por aquellas voluptuosas brisas de los mares del Sur americano, y la soledad poética del lugar, el silencio interrumpido a intervalos por algunas notas musicales del ruiñeñor, oculto entre las ramas... todo, en una palabra, hacía del jardín de la *incomparable capitana* —en aquellas horas de las sombras propicias al amor— un teatro a propósito para las ardientes aspiraciones del deseo y los ensueños dulces de la esperanza.

Tanto era así, que D. Alonso se sintió estremecido de emoción a la sola idea de encontrar allí a su amada, envuelto el lindo talle por aquel ambiente fragante, coronada la alabastrina frente por los tibios destellos del astro apacible de la noche, y acariciada la bella cabellera por los tenues besos del aura, que uniría sus

suspiros a los recogidos en sus alas de los carmíneos labios de la hermosa.

Enajenado con tales pensamientos, había andado gran parte del jardín, cuando de pronto —al aproximarse a un cenador cubierto de madre selva— llegó a sus oídos el suave murmullo de femenil acento.

Palpitó con violencia el corazón del togado, que dio tres pasos más precipitadamente; pero se detuvo enseguida, atónito y como estupefacto.

No podía ya caberle duda; era la voz de Estrella la que oía la voz de Estrella, pronunciando dentro del cenador, algunas de aquellas inefables palabras que lo habían sido a él mismo tantas veces dirigidas.

En la presente ocasión contestaba a ellas otra voz varonil, que con cada una de sus apasionadas inflexiones clavaba en el pecho del fiscal, agudo y emponzoñado dardo.

Tan aterradora fue la impresión recibida, que se quedó éste durante algunos minutos sin movimiento, sin habla, y aun pudiéramos decir sin conciencia exacta de lo que le estaba pasando.

A los esfuerzos que para arrancarlo de allí comenzó a hacer la asustadísima esclava —comprendiendo al fin lo crítico de la situación—, se fue despertando en D. Alonso la paralizada actividad, y con tal ímpetu se desató en su alma la furia de los celos, que —queriendo acaso decir algo— sólo pudo arrojar un grito inarticulado; más semejante al ruido de una fiera que a ninguna exclamación salida de labio humano.

Lo oyó Estrella, y echó a correr despavorida a refugiarse en su casa; en tanto que D. Alonso —tirando frenético de la espada— se precipitaba hacia la entrada del cenador, donde se encontró frente a frente con el joven cacique de Turmequé.

Aunque disfrazados ambos, se reconocieron los dos rivales a la primera mirada, y —sin trocar una sola palabra— cruzaron al punto los aceros, cuyos estridentes choques sucedieron de pronto a los tiernos conceptos y a los amorosos suspiros de que —momentos antes— había sido testigo aquel jardín solitario.

La esclava, mientras tanto, explicaba con balbuciente labio a su señora —de quien fue en seguimiento— los antecedentes de lo ocurrido; convirtiendo con tales aclaraciones el pánico terror que hiciera huir a Estrella, en fundado y profundísimo espanto.

Ya hemos dicho que no era malo el corazón de la voltaria beldad; que no

pertenecía al número de aquellas frías coquetas capaces de hacerse un juego del amor que inspiran, y un triunfo de los desastres que ocasionan. Había amado al fiscal, idealizándolo con todos los tesoros de su rica fantasía, y ahora —que aquella ilusión se hallaba desvanecida— amaba con nuevo delirante entusiasmo al bello príncipe indígena, que parecía hecho exprofeso para exaltar los sentimientos de una organización caprichosa, en la que todo era tan enérgico como pasajero.

A la idea de que dos hombres igualmente enamorados de ella se habían encontrado en su jardín, preveía la *incomparable capitana* la consecuencia inmediata de semejante suceso, y se halló presa de tan terrible angustia e insoportable ansiedad, que —sin atender a las súplicas y reflexiones de su esclava— tornó desatentada al mismo paraje de que había huido, resuelta a interponer su hermoso pecho entre las espadas de D. Alonso y D. Diego.

En vano, empero, recorrió todo el jardín, llamando al uno y al otro entre desgarradores sollozos; todo estaba desierto y silencioso. Los dos rivales habían desaparecido, cual si se los tragase la tierra, y acaso juzgara Estrella que cuanto le parecía haber ocurrido aquella fatal noche no era sino alucinación de un sueño, si de pronto —al pasar cerca del cenador— no hubieran resbalado sus delicados pies en un charco de todavía hirviente sangre.

Cayó sin sentido sobre ella, y al levantarla en sus brazos la negra que la acompañaba, pudo observar —merced a la claridad de la luna, luciendo ya plenamente en lo más alto del firmamento— que el rojizo rastro llegaba hasta la misma puerta del jardín.

Era evidente, por tanto, que uno de los dos contendientes había sido sacado por allí, regando con su sangre las huellas de su conductor.

IV

La *incomparable capitana* fue asaltada aquella noche por violentísima fiebre, que su marido y su médico atribuyeron, desde luego, a las fatigas y emociones de la montería reciente, y que su previsora esclava supo aprovechar para enarenar por sí misma la parte del jardín donde las manchas de sangre revelaban la escena de que había sido teatro.

Nosotros, por nuestra parte, dejaremos a la señora en su lecho, y a la negra en su prudente trabajo, para trasportar segunda vez al lector a la ciudad de Santa Fe, y presentarle —como es debido— otro personaje de esta verídica historia, del cual aún no hemos tenido ocasión hasta ahora de darle noticia alguna.

Se llama Juan Roldan, y un buen amigo nuestro (distinguido escritor del lejano país en cuya infancia ocurrieron los dramáticos hechos que relatamos) lo ha designado con el nombre del Artagnan de Bogotá^[19].

Había sido aquel hombre alguacil de corte durante la presidencia de D. Lope de Armendariz, quien lo estimaba mucho, y en servicio del cual jugó algunas malas partidas al visitador Monzón; pero descubriendo en ellas tanta travesura de ingenio y tanta decisión de carácter, que —lejos de cobrarle ojeriza el viejo jurisconsulto— concibió vivos deseos de conocerle y de atraerle a su bando.

Efectivamente, cierto día que pasaba Roldan por la plaza donde tenía su morada el visitador —pocas semanas después de lo narrado en nuestro anterior capítulo— se halló sorprendido por el aviso, dado por un paje, de que su señor le había visto desde el balcón y le mandaba pasase inmediatamente a su despacho.

Atendiendo a la voz de la conciencia, pensó desde luego el cesante alguacil que era llegado, aunque algo tarde, el momento de pagar sus insignes trapisondas en favor del presidente caído; pero, no obstante, se presentó a Monzón con tranquilo talante y levantado ánimo, porque era persona que no eludía nunca la responsabilidad de sus actos.

—¿Sois vos, le preguntó el juez, quien, según afirma la pública creencia, me

habéis puesto por apodo *Catón el del azote*?

—Sí, señor, respondió sin inmutarse Roldan: Catón, según dicen gentes más instruidas que yo, era un austero romano, enemigo declarado de toda injusticia. ¿Con quién mejor pudiera, por tanto, comparar a V. S.?

—Veo que no me engañaba, dijo D. Juan Bautista, al suponeros un perillán de talento y de audacia, capaz de salir bien de las mayores dificultades. ¿Habré acertado del mismo modo en otra cosa que imagino de vos?

—Dígala V. S., replicó Roldan, y con toda franqueza le declararé si se equivoca o si atina.

—Pues bien, repuso Monzón, paréceme —desde que tuve conocimiento de algunos rasgos vuestros— que tenéis mucho de duende, y en tal concepto nada puede pasar en todo el reino de la Nueva Granada, sin que os sea fácil dar de ello los más exactos pormenores.

—Exagera un poco V. S., contestó el ex alguacil, aunque no va del todo descaminado su juicio. Es indudable que casi siempre descubro cuanto quiero descubrir, y averiguo cuanto me conviene averiguar; mas carezco de la facultad —atribuida a los duendes— de penetrar hasta el fondo del alma para descubrir sus secretos; y tan es así, que —cuando V. S. me hizo, llamar— hubiera jurado estarme destinada cuando menos terrible reprimenda; del mismo modo que ahora, viendo la afabilidad con que me trata, no tengo bastante ingenio para explicarme tan impensada fortuna.

—Sin embargo, observó sonriendo el visitador, estoy seguro de que comprendéis perfectamente que un hombre como vos puede ser preciosa adquisición para otro hombre que se halle en mis especiales circunstancias.

—La verdad es, dijo Roldan, que no me figuraba lo reconociera V. S.; pero me guardaré bien de incurrir en una falsa modestia, negando que encuentro en mí cuanto puedo necesitar, si pretende V. S. tener a su disposición un amigo a toda prueba.

—¿Lo queréis ser desde hoy? Inquirió el visitador.

—Lo quiero y lo he menester, respondió Roldan; pues no sólo me complazco en consagrar mi vida al servicio del señor que me escojo, sino que además mi cesantía me reduce a vivir con harta escasez, para no aprovechar ardientemente favorable ocasión de proporcionarme, o cualquier precio, tan poderoso patrocinio.

Dadme, pues, la mano, pronunció el visitador, y contad con que —viviendo yo— no faltará nunca el pan en vuestra mesa; pero sabed también que exijo prueba inmediata de que queréis y podéis corresponder a mi buena voluntad en favor vuestro.

—Determine V. S. esa prueba y la tendrá, si no es humanamente imposible.

—Pues bien, tomad este bolsillo, que contiene oro de buena ley, y volved a verme dentro de tres días, trayéndome informes fidedignos de dónde se encuentra y qué es lo que hace el fiscal D. Alonso de Orozco; pues no ignoráis sin duda —como nadie en el pueblo— que partió para Tunja a no sé qué negocios, hace ya cerca de un mes, y nada se sabe de él; lo cual tiene a su esposa muy llena de zozobras, y a mí muy lleno de sospechas de que aquel mi enemigo prepare, entre el misterio, nuevos embrollos y acechanzas.

—Al tiempo fijado por V. S., y a la misma hora que está sonando, me verá entrar en esta estancia, para poner en su conocimiento cuanto logre inquirir sobre el asunto que me encarga.

—Adiós, pues, Roldan; cuento con vuestra promesa y con vuestra discreción.

—Adiós, Sr. D. Juan Bautista; aunque se lo haya tragado la ballena de Jonás, juro traer a V. S. noticias ciertas de las operaciones del fiscal.

Estas fueron las últimas palabras trocadas entre el juez y el alguacil, quienes se separaron enseguida, quedando el uno muy satisfecho del servidor que adquiriría, y yendo el otro colmado de esperanzas en el protector que ganaba.

V

Con la ausencia de D. Alonso de Orozco se había calmado un tanto la agitación efervescente de los dos partidos o bandos en que se hallaba dividida la ciudad de Santa Fe, patentizándose más quién era el principal excitador que tenían por entonces las pasiones populares.

Don Juan Bautista, sin embargo, se hallaba cual nunca preocupado; porque le advertía vago presentimiento que algo muy nuevo y terrible debía surgir pronto de aquella transitoria suspensión; que bien podía compararse con la calma que suele preceder a las grandes tempestades.

Esperaba con impaciente anhelo los informes prometidos por Roldan, y llegó al fin el día señalado para su segunda entrevista, presentándose el alguacil cesante exactamente a la hora por él mismo fijada.

—¡Y bien! ¿Podéis sacarme de dudas? Preguntó el visitador, apenas le tuvo en su presencia. ¿Se halla en Tunja todavía el silencioso fiscal?

—No se halla en Tunja, ni ha pisado siquiera aquel suelo, respondió Roldan moviendo la cabeza. El señor de Orozco fue solamente a Turmequé, con objeto sin duda de procurar algún solaz a la bella desterrada; pero sé de buena tinta que sólo ha contribuido su visita a aumentar los disgustos de la *incomparable* capitana. Es cosa fuera de duda, al parecer —aunque sabida de muy pocas personas— que el pobre fiscal tuvo un duelo, según algunos, con el marido de la dama, según otros —que a mi entender juzgan mejor— con cierto caballero, desconocido todavía, y con el cual medió, por lo visto, alguna casual reyerta. Lo que hay de positivo, hoy por hoy, es que D. Diego de Torres halló —no sé dónde — al susodicho D. Alonso, herido de no poca gravedad, y que lo hubiera pasado hartamente mal, si piadoso el cacique no lo hubiese confiado sigilosamente a los cuidados de un amigo suyo, que le ha asistido con cariñoso esmero; teniendo el gusto al presente de contemplarle fuera de peligro. Si son de todo punto exactos los informes adquiridos, dentro de pocos días tendremos en Santa Fe al

convaleciente, y quiera Dios que la sangría recibida le haya calmado el ardoroso espíritu de intriga, que tanto desarrollo había adquirido en él durante los meses últimos.

—No esperaba, ciertamente, nada de lo que me habéis contado, dijo Monzón a su nuevo servidor; pero tanto confié en su exactitud, que excuso buscarle confirmación escribiendo a mi joven amigo el señor de Turmequé, quien desde luego me confiaría cuanto supiese, pues creo merecerle absoluta confianza. En cuanto a la llegada de Orozco, no os encargo me deis inmediatamente aviso de ella, porque abrigo certidumbre de que —no obstante la sangría recibida, como vos decís,— ha de volver aquel hombre tan inmutable en sus odios, que —sin que nadie me la advierta— conoceré de seguida su presencia en Santa Fe.

El visitador no se engañaba en cuanto a prever que el regreso de su enemigo se haría sentir prontamente; pero pudo notar con extrañeza un nuevo e inesperado giro en las intrigas que difundía su soplo.

Aunque asaz decaída la robustez física de D. Alonso, a consecuencia —según él— de unas largas tercianas acabadas de pasar, de ninguna debilidad se resentía su ánimo, fecundo siempre en invenciones dañinas, y la que entonces echó a volar por la atmósfera pública, era de tal naturaleza que desde luego conocerá el lector cuán meditada había sido, y qué infernal espíritu la inspiraba.

Comenzó a circular de súbito pavoroso rumor: Se hablaba nada menos que de una conspiración formidable, preparada entre tinieblas y próxima a estallar cuando menos se esperase. Se suponía que la todavía numerosa raza india —saliendo al cabo de su aparente indolencia por alguna iniciativa secreta— tenía concertado el degüello de todos los españoles, comenzando la sangrienta hecatombe por los magistrados de la real Audiencia y demás autoridades de las provincias de Nueva-Granada.

Esta voz, insólita y alarmante, fue haciéndose de día en día más fuerte y más insistente, hasta el punto de inquietar mucho —según indicios— a los señores magistrados; cuyo espanto pareció llegar a su apogeo al sonar repentinamente el nombre del cacique de Turmequé, como jefe de la conspiración tenebrosa.

Ninguna de las personas que le conocían particularmente prestó crédito a tal acusación; pero el bando contrario al visitador —de quien era grande amigo D. Diego— aparentó profunda certeza de ser harto fundada la voz pública; a la que hizo tomar cuerpo y procuró justificar con toda clase de calumnias contra el

acusado.

Mientras tanto los oidores exageraban sus alardes de pavor, y —con motivo todo del vociferado alzamiento— se organizaron a toda prisa compañías y escuadrones de soldados; se puso guardia permanente al real sello —llamando para ello desde Maraquita al capitán que tenía dicho cargo— y, suponiendo a la ciudad de Tunja foco de la conspiración, la llenaron de vigilantes y espías, cortando los caminos por donde se dijo esperaban nuevas fuerzas los conjurados.

En vista de tantos preparativos y armamentos, las gentes sencillas llegaron a amedrentarse de veras, y —según palabras del cronista D. Juan Rodríguez Tresle— *se alborotó toda aquella tierra; si bien entendían los buenos el engaño y la falsedad en que se fundaba todo.*

Era uno de estos *buenos*, que veían claramente la mano urdidora de la trama, el visitador D. Juan Bautista Monzón, el cual se explicó entonces por quién y con qué motivo había sido herido el fiscal, resuelto al parecer a vengarse a todo trance.

En consecuencia, confió a Juan Roldan la nueva misión de pasar secretamente a Turmequé para ver al cacique en su nombre, darle conocimiento exacto de lo que estaba pasando, y aconsejarle huyese sin demora, embarcándose para España, donde —a cubierto de las iras de su enemigo— podía poner en claro su completa inocencia y las viles maquinaciones de que se intentaba hacerle víctima.

Roldan desempeñó con su fidelidad acostumbrada el encargo que se le confiara, y puso en juego cuantos recursos le sugirió la imaginación para decidir a D. Diego a no perder momento, ya que, por fortuna —o más bien por carencia de pruebas, que aún no habían podido fraguarse—, retardaban mandarle prender el fiscal y sus secuaces.

Todo, sin embargo, fue inútil. —Hércules hilaba a los pies de Onfalia, olvidando toda una vida de gloriosas proezas; y Sansón— adormecido en el regazo de Dalila —se dejaba despojar de la cabellera, donde residía su fuerza, para ser entregado a los filisteos.

¿Qué mucho, pues, que un indolente príncipe indiano, en el período más fuerte de su amorosa pasión, lo olvidase también todo y todo lo arriesgase, antes que consentir en romper la dulce cadena que lo ataba en Turmequé a las plantas de la *incomparable Estrella*?

Los sabios consejos del visitador, y las reflexiones y súplicas de Roldan, se estrellaron fatalmente contra la invencible ceguedad de los primeros amores; y persuadiéndose D. Diego que todas las alharacas y calumnias excitadas por su vencido y rabioso rival, no podrían causarle otro daño que el de inquietarle algunos días —si era tan cobarde que las temiera— se contentó con agradecer a Monzón y a su emisario el interés que le demostraban, contestando al primero en las siguientes líneas, trazadas al correr de la pluma y sin ningún género de previsión o cuidado:

«He sabido por vuestro mensajero todo lo que ocurre allá, y veo que, como me decís, la trama se trasparenta bastante; pero no tengáis cuidado: yo no me amedrento ni huyo, mas estoy prevenido, y —si fuese menester— de las hojas de los árboles sabremos hacer hombres; antes que sucumbir a los sátrapas opresores de este infortunado país. De todos modos, cuento con vos y con la ayuda del cielo, para no ser vencido en la lucha».

Confiado este escrito a Juan Roldan, le despidió el cacique, no sospechando ni remotamente que acababa él mismo de suministrar un arma a la malicia de sus contrarios; arma que le asestarían sin darle tiempo para llevar a efecto ninguna de las prevenciones en su defensa, que — según indicaba a Monzón— parecía dispuesto a oponerles. La fatalidad, que comenzaba a perseguirle, se encargó de apresurarle la triste evidencia de su imprevisión y de la sagacidad de los calumniadores.

Don Alonso se había creado una policía, por la cual se hallaba al corriente de cuanto pasaba, así en la capital del reino como en Tunja y en Turmequé: ella le dio conocimiento oportuno de la salida de Roldan para el último de dichos puntos, con misión secreta del visitador para D. Diego de Torres; y cuando — desempeñada aquélla— regresaba el exalguacil de corte, un tanto mohíno de la inutilidad de sus esfuerzos, se vio asaltado de súbito en lo más solitario del camino, por seis hombres armados que se daban todas las apariencias de ladrones, pero que— según pudo comprender más tarde —eran agentes disfrazados del infatigable Orozco.

Creando al principio Roldan se trataba sólo de despojarle del dinero, y dispuesto a sacrificarlo, a trueque de no perder momento para llevar cuanto antes a su nuevo protector la carta del cacique —cuyo contenido ignoraba, sin embargo—, no vaciló en vaciar prontamente sus bolsillos en manos de los

asaltadores; pero como no era esto lo que ellos buscaban, aparentaron dudar fuese tan escaso el oro que llevaba consigo, expresándole no se satisfarían sino después de registrarle escrupulosamente.

Al ejecutarlo así, encontraron la carta del cacique al visitador, y la tenaz resistencia opuesta por Roldan a dejársela arrancar, sólo sirvió para convencerlos de la importancia del hallazgo; el cual se apropiaron sin escrúpulo, dejando harto mal parado al animoso alguacil, quien se batió heroicamente contra los seis para defender el objeto que le estaba encomendado.

Quedó el infeliz rendido, y maniatado a un árbol en el fondo de áspero matorral, donde pasó dos días sin ningún auxilio humano. Acudieron al cabo — atraídos por sus gritos— algunos indios de las cercanías, los cuales le acogieron hospitalariamente en sus chozas, proporcionándole el alimento y descanso de que se hallaba asaz necesitado.

VI

La carta del cacique al visitador, de que se halló en posesión D. Alonso de Orozco, fue para él un tesoro superior en valía a cuantos hubiera podido concebir en su avidez de venganza. Aquella carta, que —como habrán notado nuestros lectores— se prestaba sin violencia a las interpretaciones más malignas, no sólo comprometía gravemente a su autor, sino también a la persona a quien iba dirigida; por tanto, el fiscal se encontraba impensadamente con medios de satisfacer su ensañado aborrecimiento hacia el hombre que le había robado el corazón de su querida —regando, además, con su sangre el sitio de amorosas citas— y de cumplir al mismo tiempo los votos de su ciego encono contra el severo censor de sus devaneos; quien— desterrándole el objeto amado —había sido origen de sus primeros pesares, y aún de las posteriores consecuencias de aquella separación impía.

Tan grande fue el júbilo que le inundó el alma, que su salud —no poco quebrantada de resultas de las heridas— se robusteció rápidamente, recobrando aquella naturaleza activa y vigorosa todo su resorte primitivo.

El importante documento —espada de dos filos en su mano— fue presentado sin pérdida de tiempo al tribunal y examinado en secreta sesión que el público no conoció hasta ver sus efectos —sirviendo de encabezamiento a la causa criminal incoada contra D. Diego de Torres, sobre el cual recayó en el mismo día mandamiento de prisión. No se atrevió la Audiencia a dictar igual medida respecto del visitador, ya fuese porque se intimidase ante la magnitud del hecho — comprendiendo que si la opinión pública aceptaba sin dificultad la verosimilitud de que un príncipe indígena conspirase por libertar a su pueblo del extranjero yugo, no podría aceptar del mismo modo la absurda suposición de que se le asociase en la empresa el severo magistrado español honrado con la confianza del rey; —ya fuese porque se propusiera Orozco forjar, durante el curso del proceso, indicios más vehementes en que la inculpación se apoyara.

Corrieron tan veloces los procedimientos del tribunal, que sorprendido el cacique —cuando ni aun sospechaba posible se intentase llegar a tal extremo en la farsa creada por el odio— se encontró preso en su propio domicilio, sin que le fuera posible intentar defenderse; entrando en Santa Fe —para ser encerrado en oscuro calabozo— el mismo día en que Roldan, repuesto un tanto de su malandanza, volvía también confuso y cabizbajo, para presentarse al visitador y darle cuenta de su triste aventura.

De esto modo supo D. Juan Bautista simultáneamente el encarcelamiento de su amigo y la existencia de una carta de éste, dirigida a él, en poder de los enemigos de ambos; pero como ignoraba la forma fatalmente ambigua que había dado el desacertado joven a aquel escrito familiar, y como no le era posible suponer pudiera redundarle otro daño que el de patentizar Su interés por la suerte del simpático príncipe, estuvo muy lejos de prever las ulteriores consecuencias que —para el uno y para el otro— pudiera tener aquella carta.

No obstante esto, le afectó en gran manera la prisión de D. Diego, tanto más, cuanto que comprendía que todo lo que intentase hacer en su favor podría resultar en su daño, aumentando —con las pruebas de su cariño— el odio tan ostensiblemente empezado a mostrar contra D. Diego, por el bando que hasta entonces había Lecho del mismo Monzón blanco principal de sus tiros.

La causa formada al preso avanzaba con inusitada rapidez y envuelta en profundísimo misterio, pero toda la gente desapasionada iba viendo, asaz claro, que la única verdadera conspiración era la fraguada por el fiscal para comprometer al cacique; persuadiéndose, sin embargo, la generalidad del público —y más que nadie Monzón— de que faltando pruebas con que justificar el crimen imputado a don Diego, el desenlace del drama no podría ser sangriento.

El desengaño de tal juicio no se hizo esperar mucho. Siguiendo sus trámites el proceso sin la menor pausa, llegó a vista, y todo el reino de Granada supo —con escándalo y dolor— que el cacique de Turmequé, convicto de traición a la madre patria, por una carta suya y por dos testigos— agentes conocidos del fiscal —había sido condenado al cadalso, confiscándose todos sus bienes a favor de la real cámara.

Cuando D. Juan Bautista tuvo certeza de aquella increíble injusticia, la tuvo también, por desgracia, de que el asesinato jurídico que se intentaba aparecía

revestido de todas las formalidades legales, no prestándose, por tanto, a que se reclamase contra él; pero sí a que cualquiera gestión suya a favor del sentenciado, apareciese como corroborante de la complicidad que en dicho proceso se procuraba atribuirle, bien que de un modo oscuro y cobarde.

Hasta la misma severidad de Monzón, suspendiendo —como lo había hecho— a algunos ministros de la real Audiencia, había servido a los planes de sus adversarios; pues reducido el tribunal a sólo dos oidores, y siendo Zorrilla dócil instrumento de la voluntad de Orozco, del lado a que se inclinase éste iba forzosamente el peso de la mayoría.

Ningún recurso, por tanto, encontraba D. Juan Bautista para salvar a D. Diego; ninguna esperanza podía enviar al infortunado amigo víctima de inicua trama.

Bajo la pesadumbre de este pensamiento, se paseaba el visitador nerviosamente agitado por toda la longitud de su aposento, mesándose de vez en cuando las venerables canas, y exhalando a intervalos dolorosas exclamaciones, cuando entró su paje a advertirle que el ex alguacil de corte pedía con empeño hablarle.

Todo era importuno para el afligido anciano en aquellos instantes, y estuvo a punto de negarse a recibir a Roldan. Pero era tanta, al parecer, la impaciencia de éste, que —sin aguardar venia— apareció de pronto en su presencia.

—Ya sabréis el espectáculo que vamos a tener, le dijo con acerba sonrisa D. Juan Bautista; la sangría que esperabais debilitase el ardor de los odios del fiscal, va a producir otra, de efectos más seguros y funestos.

—Sé que está condenado a muerte D. Diego de Torres, contestó el alguacil; pero sé también que al entrar en capilla mañana, cesará la incomunicación en que se le ha tenido hasta hoy.

—¿Qué consuelo sacáis de eso? Preguntó Monzón.

—Uno muy importante, repuso su interlocutor; podré verle y hablarle.

—No me hallo con fuerzas para hacer otro tanto, dijo el visitador suspirando.

—Pues yo sí, replicó Roldan —en cuyo rostro pareció brillar cierta vislumbre de esperanza. —¿Juzga V. S. imposible que antes de que luzca el día de la ejecución ordenada por el tribunal, venga una noche bastante tenebrosa para favorecer —mediante mi buena voluntad y el auxilio del cielo— la evasión de D. Diego de Torres?

—¡Ah! Si tal lograsedis, exclamó el magistrado, a quien parecía comunicarse el ánimo de su nuevo amigo; si a tanto llegara vuestro ingenio y vuestra audacia, juro que os pondría *por medalla de mi gorra*^[20].

—Pues yo soy capaz de todo por servir a V. S. y por libertar al pobre cacique, víctima inocente de la más sañosa envidia.

—Pero ¿qué haréis, preguntó D. Juan Bautista, para salir bien de vuestro empeño? ¿Qué plan habéis concebido? ¿Con qué cooperación contáis?

—Suplico a V. S., replicó al punto Roldan, no me pida explicaciones, pues en balde querría dárselas. Sólo sé que me he dicho a mí mismo, con resolución inmutable, que es menester salvar la vida de D. Diego, impidiendo el triunfo del fiscal. Me lo he dicho a mí mismo, y creo que lo cumpliré. Los medios, dejo a la Providencia el cuidado de suministrármelos. El sábado, según tengo entendido, es el día señalado para la ejecución sangrienta. Ruego a V. S. que el viernes por la noche tenga aprestado algún disfraz oportuno, y en sus caballerizas el mejor y más ligero de sus caballos; pues confió presentarle aquí al preso, y conviene que todo esté preparado para su precipitada fuga.

—El visitador, sin poder contenerse, estrechó en sus brazos al alguacil cesante, y lo juró solemnemente que o no podida cosa alguna, o le alcanzaría la mejor encomienda de la Nueva Granada.

—No me pesará ser rico, contestó Roldan; pero el abrazo que acabo de recibir de V. S. vale más que todas las encomiendas del mundo. Adiós, señor; hasta el viernes por la noche, o hasta la eternidad; porque si no salgo airoso de mi empresa, jamás tendré valor para tornar a ponerme en la presencia de V. S.

VII

Al llegar a los oídos de Estrella la inesperada cuanto infausta noticia de haber sido sentenciado a muerte el hombre a quien al presente adoraba, por la implacable venganza del amante pretérito y sustituido, sintió con tal violencia los ímpetus del dolor y de la ira, que —en los primeros momentos de febril exaltación— estuvo a punto de ir a Santa Fe, para traspasar con un golpe de su propia diestra el corazón del malvado, que le parecía entonces imposible hubiese sido nunca objeto de su cariño entusiasta.

Cierto moralista ha dicho que nada llega a ser tan indiferente para una mujer como el amante que no ha sabido conservar su conquista; pero Estrella iba más lejos —y no sin razón— pues concebía odio a muerte contra D. Alonso, reputando gran desdicha que la espada del cacique hubiera dejado, incompleta su obra, la memorable noche del encuentro en el jardín.

Estos arrebatos, sin embargo, tuvieron la limitada duración de que, al parecer, no acertaban a salir los sentimientos de aquella alma impresionable, y —viniendo el extremo de la reacción— sucedió a ellos tan profundo abatimiento y tan femenil flaqueza que acabó Estrella por escribir humilde y patética carta al mismo causador de su amargura, a quien poco antes hubiera querido aniquilar con su saña.

En aquella carta, no sólo se le imploraba con fervorosas súplicas para que no manchase su buen nombre de magistrado, sacrificando un inocente a sus rencores de hombre, sino que hasta se le dejaba entrever la lisonjera esperanza de recobrar la felicidad perdida, si mostraba merecerla, dando —con la salvación de su rival— prueba grande y gloriosa de su levantado ánimo.

Al trazar dichas líneas la *incomparable* capitana, se creía de buena fe sublimada hasta la cumbre del más excelso heroísmo; porque matar a D. Alonso por amor a D. Diego se le presentaba entonces como cosa vulgar; pero sacrificar su nuevo amor hasta el punto de volver al antiguo —en el momento de serle más

odioso— era comprar la vida del cacique con la inmolación de sí misma.

Juzgando, pues, según estas ideas, que forzosamente se rendiría el corazón de Orozco a pruebas tan extraordinarias de la inmensa valía del que se le presentaba posible reconquistar, se calmaron un tanto sus angustias y zozobras, pasando de un modo llevadero los penosos días de expectativa.

Mientras tanto, el fiscal —insensible a los elocuentes ruegos y a las dulces esperanzas que la carta contenía— mandaba notificar su sentencia al desventurado D. Diego, haciéndole poner en capilla inmediatamente después.

Aunque sorprendido el joven por golpe tan imprevisto— pues jamás se le ocurrió pudiera llegar a tanto la audacia y perversidad de su enemigo —supo mostrar la dignidad y entereza que convenía a su rango; y de la multitud de amigos que se apresuró a ir a visitarle, tomando parte en su desgracia, no hubo siquiera uno que no saliese asombrado del predominio inmenso que ejercía sobre sí mismo aquel príncipe, lleno de porvenir, a quien iban a arrancarle la existencia en lo más florido de sus años.

Las simpatías que siempre mereció de la mayoría del pueblo, se exaltaron, como era natural, por la compasión excitada por su desgracia, y hasta muchos de los mismos partidarios del fiscal se mostraron poco dispuestos a aplaudir aquel triunfo, del que en su interior se avergonzaban.

Durante todo el día del jueves no se desocupó un momento de visitantes entristecidos el calabozo de D. Diego, siendo uno de los últimos que se presentó a llenar tan amargo deber el ex alguacil Roldan; pues llegó precisamente en el momento de anunciar el alcaide que había sonado la hora de cerrar las puertas de la cárcel. Apenas tuvo tiempo, por consiguiente, de precipitarse a abrazar al sentenciado; pero aprovechó aquel acto para decirle al oído, con rápido y claro acento —del que no perdió D. Diego ni siquiera una sílaba— estas palabras misteriosas: —¡Valor! Mañana os traeré un regalo del cual espero mucho.

Dicho esto, dio el pésame al cacique en alta voz, y saliendo del calabozo, acompañado del alcaide, preguntó a éste si le permitiría —según era costumbre hacerlo con los reos en capilla— obsequiar al día siguiente a D. Diego con algunos manjares suculentos, que le prestasen fuerzas para el trance terrible.

—No tengo ninguna orden en contrario, respondió el interrogado; podéis, pues, ejecutar vuestro caritativo deseo; mas sin poner en olvido que mañana es viernes, día de vigilia, y no parece bien darle carne por alimento a quien va a

comparecer delante de Dios el sábado, para rendirle cuenta de sus faltas.

—Os estimo la advertencia, repuso Roldan; pero como creo que nada fortifica tanto como la sustancia animal, traeré a D. Diego dos pasteles; uno de pescado, para que se le sirva mañana, y otro de carne, que podrá comer cuando haya pasado la mitad de la noche.

—Sea en buen hora, dijo el alcaide despidiéndole a la puerta; de todas maneras, me parece que poco apetito ha de tener el pobre mozo para aprovecharse de vuestras previsoras liberalidades.

Las palabras del ex alguacil agitaron toda la noche, con devorante insomnio, la mente de D. Diego de Torres. El débil rayo de esperanza que de improviso penetraba en su alma, le trastornaba de tal modo que —por más que discurría, formando multitud de conjeturas extrañas— no alcanzaba a encontrar ninguna racional, para prestarle suficiente asidero al empeño con que procuraba persuadirse no ser su salvación imposible.

En aquellas horas de soledad, en las cuales podía descargarse de la aparente calma, impuesta cuando se hallaba a presencia de testigos por su orgullo de hombre y de príncipe, se entregaba la pobre víctima a todo el natural sentimiento que le dominaba. Le pesaba morir, porque se sentía joven, amante y amado, porque le halagaba la vida pocas semanas antes, y aun podría volver a embriagarle con sus delicias durante larga serie de venturosos años, porque su conciencia le daba testimonio de que —no obstante devaneos juveniles— jamás se había manchado con ningún crimen odioso, digno de aquel castigo, porque abrigaba, en fin, la noble ambición de poder algún día servir y honrar a su patria. Le pesaba morir, repetimos, y le pesaba demasiado para que las oscuras indicaciones de Roldan se le apartasen un punto de la mente, permitiéndole reposo; ni bastasen, sin embargo, para prestar fundamento a ninguna justificable esperanza.

La fiebre que lo devoraba no se había calmado aun, cuando presentándose el alcaide en su calabozo, le anunció la salida del sol y la llegada del sacerdote que venía a prepararle cristianamente para su fin cercano.

Esto brusco llamamiento a la realidad positiva de su tristísima situación arrancó a D. Diego de sus agitadoras cavilaciones, y —como era religioso de veras— mandó entrar inmediatamente al ministro de Dios, procurando concentrar todas sus facultades para disponerse al cumplimiento de sus postreros deberes.

Así fue. Algunas horas más tarde había recibido cuantos auxilios brinda la católica Iglesia a los hijos a quienes mira en tan graves circunstancias, y suplicaba al alcaide no permitiese aquel día la afluencia de gente que le distrajo durante el anterior; pues deseaba pasar en recogimiento las últimas horas que le restaban en la tierra.

—¿Negaré también entrada, preguntó el alcaide, al obsequioso Juan Roldan, que quiere regalaros vuestra comida de despedida?

Se estremeció el cacique al recuerdo que se le hacía de una tan dulce como vaga esperanza, y respondió suspirando:

—Bien; veré a Roldan, aunque hartó comprendo que sólo es en la muerte en lo que pensar debo.

VIII

A la hora precisa de servirse la comida al preso, apareció Roldan con su anunciado regalo, que consistía —según había dicho al alcaide la noche antes— en dos pasteles de diversos tamaños, pero igualmente apetitosos por su aspecto. Los puso por sí mismo sobre la mesa, diciendo al indicar el de menos volumen: —De éste puede comer vuestra merced sin escrúpulo alguno, pues no faltará a la vigilia; en cuanto al mayor, déjelo, si gusta, para su última cena, que supongo liará bastante tarde.

Fijó D. Diego los ojos en el gran pastel, comprendiendo que allí era donde se encerraba el misterio; pero como se hallase presente el alcaide, tomó prontamente el más pequeño, y lo partió invitando a los testigos de dicha operación para que le acompañasen a hacerle los honores.

Aceptaron el alcaide y el ex alguacil, remojando el primero la comida con tan frecuentes libaciones, que —cuando los tres dejaron la mesa— pudo notar D. Diego el efecto de aquéllas, pues comenzaba a hacerse harto visible.

Guardó entonces cuidadosamente, es decir, en el sitio más recóndito y oscuro de su calabozo, el enorme plato destinado a su cena, y esperó con ansiedad la noche, que por cierto anunciaba —en lo encapotado que se iba poniendo el cielo, y en los relámpagos que de vez en cuando parecían incendiarlo— sería probablemente lóbrega y tempestuosa.

Varios señores de Santa Fe y de Tunja, ligados a D. Diego con particular amistad, le prestaron compañía, lo misino que Roldan, hasta la llegada de las nocturnas sombras; pues entonces —tanto por el aspecto amenazador del firmamento, como por la impaciencia que mostraba el alcaide deseoso de irse a dormir la borrachera, contra la cual estaba luchando en balde— las visitas se retiraron sucesivamente, no sin verter lágrimas sinceras al dar al cacique los abrazos que juzgaban postreros.

Roldan se despidió después de todos; pero éste, en vez de llorar, dejó

trasparentar en su rostro tal expresión de brío y de confianza, que hubo de sentir D. Diego comunicársele, como por magnetismo, aquellas animadoras impresiones.

Luego que quedó completamente solo —pues el alcaide se dio prisa a girar su última visita a los presos, para tenderse cuanto antes en su mullida cama— cerró su puerta D. Diego con agitada mano, y levantó, palpitándole el pecho, la densa cubierta del pastelón misterioso, que acaso encerraba su vida y su libertad.

Efectivamente, se presentaron a su vista varias herramientas, escogidas con acierto para el objeto a que se las destinaba, y entre ellas un billete de Roldan, diciendo:

«Limad, sin pérdida de tiempo, la cadena que os sujeta; luego trabajad por dentro, mientras yo haré lo mismo por fuera, para arrancar los hierros y dilatar el hueco de la ventanilla que presta luz al calabozo: una vez conseguido esto— que será fácil, porque la oscuridad de la noche debe ostentarse profunda —la misma escala de que haré uso para llegar a la altura de la reja, os dará su auxilio para descender sin trabajo. Animo y actividad. Dios es con nosotros».

Don Diego cumplió exactamente las anteriores indicaciones, y la noche — justificando por completo los presentimientos de Roldan— desplegó sobre la tierra tan tenebroso manto, que muy en breve todo fue silencio y soledad en torno de los muros de la cárcel, sin que volviera a oírse ni la más leve pisada de importuno transeúnte.

Sin embargo, la emoción del cacique en aquellos instantes, y la zozobra que le agitaba —recelando a cada paso ver aparecer al alcaide— hacían que el trabajo emprendido en tales disposiciones progresase con harta lentitud para el ansia inmensa de su corazón impaciente.

Por dos veces tiró las herramientas, de que no acertaba a servirse con la destreza necesaria, y por dos veces también— sintiendo los ligeros golpes dados por Roldan en la reja, y viéndose todavía enlazado por los rudos eslabones de la cadena —la sacudió desesperado, con furor tan violento que ensangrentó sus carnes con el áspero roce de los hierros.

Don Juan Bautista Monzón también velaba en su casa, en medio de la ansiedad más penosa. Desde temprano había hecho se recogiese toda su servidumbre, quedándose sin otra compañía que un sobrino suyo, mozo discreto y decidido, a quien otorgaba toda su confianza.

Brioso corcel, enjaezado, aguardaba piafando en la caballeriza; traje completo de indio de las llanuras de Tunja colgaba de una especie de percha; y un par de pistolas de dos cañones, y riña aguda partesana de tres filos, se veían encima de la mesa, del mismo despacho donde el visitador se paseaba inquieto, contando las horas de aquella noche que le parecía marchar con lentitud desusada.

De vez en cuando entreabría la ventana que daba sobre la plaza, y levantando los ojos al cielo —en el cual no brillaba ni una estrella solitaria, y del que se desprendía a intervalos menuda lluvia, acompañada de sordos truenos y de silbidos del viento— murmuraba plegarias fervorosas a favor del mísero príncipe, cuya vida o muerte se estaban jugando al azar en aquellos momentos.

Duraba la expectativa angustiosa desde las nueve de la noche, y habían sonado las doce, sin el menor indicio de que pudiera pronto terminarse.

—Mucho temo, señor, dijo a D. Juan Bautista su sobrino, que el bueno de Roldan se las baya pintado harto felices, seducido por la viveza de su imaginación fecunda.

—No lo quiera Dios, contestó el visitador —dejándose caer en un sillón, rendido por el movimiento continuo en que había estado tres horas; —es necesario creer que la Justicia divina no ha de permitir se consume la más vil iniquidad; pero a pesar de asistirme esta convicción, confieso que crecen por momentos mis inquietudes, pareciéndome que esta noche —tan lóbrega y tan triste— más bien que protectora de la evasión de D. Diego, es como anuncio luctuoso de su inevitable muerte.

—No tengo miedo por él solo, repuso su interlocutor, sino que me espanta la idea de que la perversidad de don Alonso de Orozco no ha de contentarse con una víctima. Sabed no faltan audaces que propalen, con aire de reserva, ser prueba del grande miramiento que la Audiencia quiere tener por vos, el que no suene ya vuestro nombre como comprometido en el proceso del cacique.

—Reconozco que son capaces de todo mis sañosos enemigos, pero lo absurdo de semejante acusación no puede escaparse a la claridad de su entendimiento. Nada receléis en eso punto, y como logremos salvar al pobre D. Diego, espero con toda seguridad que hallará en España la protección que merece, y sus calumniadores y los míos el castigo que dicta la justicia.

Cuándo acababa el visitador de pronunciar estas palabras, le pareció percibir

algún rumor en la plaza, y levantándose lleno de esperanza, corrió con su sobrino a la ventana.

La lobreguez era tal, que nada podía distinguirse, pero prestando atento oído a la voz de un hombre que se acercaba hablando con otros, pudieron comprender tío y sobrino —estremeciéndose de horror— que aquellos individuos, que pasaban delante de su ventana, eran los operarios que dejaban levantado el patíbulo para el cacique, y se retiraban charlando de ello tranquilamente a sus casas.

La campana de la próxima iglesia daba entonces la una.

Había pasado la primera hora del fatal sábado, cuya luz al nacer debía alumbrar la ejecución de D. Diego.

A esta idea aterradora se sintió desfallecer Monzón, y hasta su joven deudo no pudo reprimir la siguiente exclamación:

—¡Me parece que todo está perdido!

Siguió un largo intervalo de pavoroso silencio, pero de pronto ligerísimo aunque perceptible golpe, sonó en la reja de la ventana, y precipitándose a ella los dos hombres que con ansiedad velaban, oyeron la conocida voz de Roldan articular esta breve y elocuente palabra: —*Aquí estamos.*

Corrió el joven a abrir la puerta a los recién venidos, y no tardó D. Juan Bautista en ver delante de sí al ex alguacil triunfante, quien presentándole su conquista, le dijo con su habitual desenfado:

—Aquí está, que viene para pagarle a V. S. el abrazo que me adelantó generoso.

Largo y tierno, sin duda, fue aquel abrazo dado por el anciano magistrado al joven príncipe su amigo; mas no lo fue menos el que repitió al libertador de éste, arrancando de aquel corazón —tan entero como agradecido— una lágrima de enternecimiento.

Pero era preciso no detenerse en demostraciones afectuosas; el tiempo urgía demasiado.

Don Diego fue revestido con prontitud de su disfraz de indio campesino; D. Juan Bautista le dio en pocas palabras los consejos e instrucciones que juzgó convenientes; su joven deudo le armó de partesana y pistolas; Roldan trajo por sí mismo de la caballeriza el ligero corcel destinado a alejarlo rápidamente de los sitios que podían serlo peligrosos; y el cacique —llorando de júbilo y de

reconocimiento inefable— los estrechó uno a uno entre sus brazos, pidió al venerable anciano su bendición de hombre justo, y plantándose —con su acostumbrada gallardía— en la montura que le aguardaba, emprendió carrera tan veloz, que aún no habían cesado casi los tiernos adioses repetidos desde la ventana, y ya no percibían los oídos del visitador y de sus compañeros, ni un leve rumor del ruido que producían las herraduras del caballo sobre el pedregoso pavimento.

IX

Renunciamos a expresar la frenética cólera del fiscal cuando, a la hora señalada para el suplicio de su víctima, supo con evidencia que se le había escapado.

Desde luego comprenderá el lector la actividad que desplegaría para despachar en todas direcciones requisitorias y agentes, a fin de que se buscara y detuviera al reo en cualquiera parte donde se hubiese refugiado; no siendo menor su diligencia para inquirir quién había cooperado a su fuga, facilitándole las herramientas de que se sirvió al efecto.

Respecto a lo primero, nada alcanzaron todas las pesquisas; pues nadie dio la más pequeña luz sobre el camino tomado por el fugitivo, ni del sitio en que pudiera ocultarse; pero por desgracia de Roldan no fue tan difícil la averiguación de lo segundo.

El enorme pastel encontrado en el calabozo sin su cubierta de masa, ostentaba en lo interior señales evidentes de los instrumentos que había encerrado, y el alcaide declaró, con todos sus detalles, por quién y de qué manera había llegado aquel regalo a las manos de D. Diego.

Se dictó, por consiguiente, auto de prisión contra el alguacil cesante, y como en vez de buscarse escondite aquel hombre singular, paseaba la ufanía de su triunfo por los sitios más públicos, sucedió que —pocas horas después de haber sacado de la cárcel a su protegido— se vio ocupando aquel puesto que hizo quedar vacante.

A medida que pasaba tiempo sin producir fruto sus disposiciones para descubrir a D. Diego, iba adquiriendo mayor fuerza la sospecha concebida por D. Alonso desde el principio, de que D. Juan Bautista Monzón había sido secreto motor del hecho que tuvo a Roldan por instrumento; dirigiendo, por tanto, todos los procedimientos del proceso formado a éste, de la manera más hábil para hacer resaltar aquella complicidad, cuyas pruebas acaso podrían consolarle de ver

frustrada su primera venganza.

El ex alguacil era demasiado sagaz para que se le oscurecieran las intenciones del rencoroso togado, en las arterías y argucias de que lo cercaba mientras se sumariaba su causa, y no fue posible sacarle la menor palabra que comprometiera a Monzón; si bien confesó plenamente haber favorecido la fuga del cacique, por estar convencido de su inocencia y profesarle particular cariño.

Conociendo al cabo el fiscal que se le retardaba la hora de poder descargar en el venerable anciano la furia de que se había escapado el joven príncipe, la dirigió toda contra el infeliz Roldan, a quien se mandó someter a la cuestión del tormento, presenciándola el mismo D. Alonso.

De todas las barbaries de aquel tiempo que la civilización ha ido poco a poco desterrando, ninguna nos ha parecido nunca tan brutal y repugnante como la llamada *cuestión del tormento*.

Distamos mucho de ser partidarios de la pena de muerte, mas comprendemos que haya podido —y aun pueda— parecer a muchos una necesidad inexorable; pues confesárnosla existencia de ciertas perversidades, innatas y profundas, que parece alejan toda esperanza de regeneración futura; pero *la cuestión del tormento* no se presta a ningún género de disculpa, porque no obedece a ninguna razón de conveniencia social. Ese refinamiento de crueldad, ideando medios para producir el dolor físico hasta hacerlo irresistible, y pretendiendo arrancar en los gritos desgarradores de la trastornada víctima la serena voz de la verdad, es la más absurda de las demencias, la más inútil de las ferocidades. Se hace, por tanto, inverosímil que semejante inspiración del infierno haya podido dominar los primeros fervorosos siglos del cristianismo; haya osado querer amalgamarse con el espíritu sublime del Evangelio.

No intentamos afectar el ánimo del lector describiéndole aquí, con sus horribles detalles, la tortura atroz de la garrucha, que tuvo que sufrir nuestro pobre Roldan; diremos solamente que —aunque levantado a considerable altura por la cuerda que le sujetaba los puños, y llevando en cada uno de los pies un peso de sesenta libras de hierro—, no flaqueó ni un instante la entereza de aquel corazón viril; antes por el contrario, cuando —en lo más fuerte del dolor— clamó porque lo bajasen, ofreciendo decir toda la verdad de cuanto había pasado, supo aprovechar audazmente la atención con que le escuchaban los circunstantes, y en

particular el escribano público, para hacer las inesperadas declaraciones siguientes:

—Puesto que se me obliga a expresar sin rebozo cuanto sepa, aunque para ello me sea necesario aludir a personas dignas de respeto, voy a complacer al tribunal con una *exposición* sencilla y exacta de los sucesos ocurridos. Declaro primeramente que ha sido de todo punto falso el vociferado alzamiento, pues —según noticias recientes, que reputo fidedignas— D. Diego de Torres, lejos de ocuparse en fraguar conspiraciones, estaba consagrado exclusivamente, durante los meses últimos, a sus tiernos amores con una joven dama, muy conocida de S. S. el fiscal D. Alonso de Orozco, quien fue a visitarla, no hace mucho, a su destierro de Turmequé, donde tuvo ocasión de convencerse de la verdad de mi aserto. Declaro asimismo que he creído prestar servicio a la real Audiencia facilitando la evasión del sentenciado, tanto por evitarle el remordimiento que la asaltaría cuando llegase a entender tardíamente la inocencia del supuesto reo, cuanto por impedir en lo posible se exaltase más en los ánimos el odio contra el señor fiscal, de quien se aseguraba, calumniándolo, que por celos y envidia había fraguado contra el cacique una trama verdaderamente satánica.

—¡Basta! Gritó a este punto mordiéndose los labios el personaje aludido; continúese la ejecución de lo acordado, y que no escriba el secretario las insolentes necedades que ha pronunciado ese hombre.

El vizcaíno Alvis, al cual se dirigía la última orden, miró de alto a bajo a quien la pronunció, como quien examina un objeto merecedor de estudio, y respondió gravemente: —*Secretario del rey tiene que ser siempre secretario fiel*^[21]. Diga Roldan lo que guste; que yo juro escribirlo sin omitir una tilde.

—Pues bien —añadió entonces el ex alguacil, más envalentonado con la firmeza del secretario— ponga vuestra merced, señor de Alvis, que recuso al señor fiscal D. Alonso de Orozco, porque, según proclama la voz pública, no puede S. S. juzgar con imparcialidad nada que esté relacionado con D. Juan Bautista Monzón y con D. Diego de Torres; porque el uno, a pedimento de la mujer legítima —que se veía abandonada— desterró de Santa Fe a la que designaba por rival; y el otro tuvo la buena o la mala suerte de que dicha señora desterrada lo escogiese para suplantar en su corazón al antiguo amante, de quien parece se encontraba cansada.

Se armó tal alboroto en la sala del tormento al escuchar las anteriores

palabras, que durante algunos minutos fue imposible restablecer el orden para que se pudiese entender lo que cada uno reclamaba.

Furibundo D. Alonso, exigía a gritos se continuase la tortura de aquel reo insolente y escandaloso; mientras el oidor Zorrilla, presente también, reforzando las voces de su amigo, apostrofaba a Roldan con amenazas e improperios; y que el secretario, pidiendo desaforadamente calma y dignidad, contribuía a turbar la primera, perdiendo el mismo la segunda. Sólo el paciente se conservaba sereno, aunque sus sangrientos y descoyuntados puños estuviesen delatando los terribles dolores que sufría.

—¡A la garrucha! ¡A la garrucha otra vez! Fueron últimamente los clamores que, dominando a los otros, se hicieron oír imperiosos. ¡A la garrucha hasta que confiese quién ha sido su cómplice en la evasión facilitada al cacique!

Los ejecutores obedecieron, giró la ruda cuerda por la máquina, y el infeliz torturado fue subido rápidamente, llevando consigo las barras de ciento veinte libras de peso.

En esta ocasión, toda la fuerza del ánimo no bastó a sostener la del dolorido cuerpo.

Se le desencajó al pobre Roldan el antes sereno rostro, se le turbó la mirada, brotó sanguinolenta espuma de sus convulsos labios, y —dejando caer la cabeza sobre el pecho— exhaló tan hondo gemido, que parecía que con él se le escapaba el alma.

—Este hombre se muere — dijo uno de los ejecutores;— y como Zorrilla mandase soltar la cuerda, lo hicieron todos tan de pronto, que el paciente dio en tierra con tremendo golpe, que fue juzgado mortal por cuantos lo presenciaron.

Se dispuso entonces la venida de un médico, y tardándose demasiado el hallarlo, se retiraron, por fin, el fiscal y su amigo, dejando a la víctima sin conocimiento todavía y con las apariencias de cadáver.

Algunas horas después, sin embargo —y mientras el facultativo que había acudido a visitarle daba parte al real acuerdo de que el enfermo se hallaba muy próximo a su fin— éste, que al volver en sí se encontró solo, acostado en la cama y envuelto en una sábana mojada en vino, dio por primeras señales de vida el levantarse al punto, aunque con trabajo, por el quebrantamiento de sus miembros, y ponerse a examinar, curioso, los barrotes empleados en su tortura.

Le habían dejado una vela encendida, de la cual se aprovechó enseguida para

buscar medio de salir de aquella pieza, logrando, en efecto, proporcionarse comunicación con la inmediata; donde se hallaba otro preso de su mismo partido o bando, complicado en la supuesta conjuración del cacique, y el cual pensó mirar un fantasma cuando se le presentó de improviso, semiamortajado en el lienzo de la sábana blanca que lo envolvía, y entre la que resaltaba —a la opaca luz de la vela llevada en su diestra— la amarillez del aun desencajado semblante.

—¿Quién sois? Preguntó con sobresalto.

—Juan Roldan, respondió el interpelado, que viene a pedirlos algo para comer, ofreciéndoo, en cambio, cuatro famosas barras de hierro para la reja de la casa de campo que estáis construyendo en Tunja.

—¡Qué escucho! Exclamó el sorprendido preso, arrojándose del lecho. ¿Ha sido, pues, falsa la noticia que me dieron, de que habías sufrido esta tarde la cuestión del tormento, saliendo de ella espirante?

—En cuanto a lo primero, dijo el ex alguacil exhibiendo sus manos, viendo estáis que no os han engañado; pero respecto a lo último, como me deis con qué matar el hambre, única tortura que sufro por el momento, me atrevo a aseguraros no moriré de ésta, Dios mediante; porque aún me queda mucho que hacer por este pícaro mundo.

—Aquí tenéis bizcochos y vino, le dijo su compañero de prisión, sirviéndole él mismo lo que ofrecía.

—Me dejo servir de vos, le advirtió Roldan, porque necesito sentarme a causa del temblor de mis piernas; pero —para que el obsequio sea completo— exijo vaciéis conmigo esta botella, brindando primeramente por el rey nuestro señor D. Felipe II; después por el joven cacique de Turmequé, a quien libre el cielo de volver a esta morada; y últimamente por vuestra libertad y por la mía, que serán pruebas de que por fin ha sido limpiado este hermoso y desgraciado país de la caterva de malandrines que hoy infestan su suelo y deshonran el glorioso nombre de la madre patria.

X

Siguiendo los consejos del visitador, el fugitivo D. Diego se guardó bien —en los primeros días que siguieron a su evasión— de presentarse en ningún puerto para facilitarse embarco para España, pues era casi seguro que —suponiéndole esta intención— hubiesen tomado las autoridades medidas perentorias para su captura en tales puntos. Hizo lo que menos debía suponerse por sus perseguidores, que fue internarse en los mismos campos de los que fueron sus dominios, y confundido entre los indios sus vasallos —con cuya fidelidad contaba— dedicarse como ellos a las faenas campestres, beneficiando el terreno de que le habían despojado.

El cronista coetáneo de nuestro héroe, en su curioso libro dedicado al rey de España (y del cual nos hemos servido para esta verídica leyenda), refiere que hubo vez en que se interrogó al mismo cacique por los que le buscaban, sobre si tenían sus antiguos súbditos alguna noticia de su paradero; bastando una cabellera postiza y el disfraz que vestía, para no ser conocido, y que le dejaran *cuidar tranquilamente las labranzas de sus indios, a fin de que no se las comiesen los periquitos*^[22].

Sólo los perspicaces ojos del amor podían alcanzar el poder de descubrir, a través del cambio exterior, la identidad del rústico labrador y del elegante príncipe.

Estrella, cuya salud quebrantaron las fuertes emociones de los últimos sucesos, quiso retirarse a la campiña —después que tuvo conocimiento de la salvación de su amante— para probar si los aires puros, la soledad y el sosiego, restablecían por completo su naturaleza fatigada.

Casualidad caprichosa, o instinto inexplicable del corazón, la hizo escoger precisamente la casa de campo de una amiga suya, que estaba situada cerca de la

aldea de indios en cuyas chozas había buscado asilo el cacique.

Se solían pasear la *incomparable* capitana y la amiga a cuyo lado pasaba aquella temporada campestre, en las primeras horas de las frescas tardes de otoño, tomando a veces la dirección del caserío indicado, y entre gran número de indios —encontrados generalmente a su paso— les llamó la atención, cierto día, uno que al verlas por primera vez dejó escapar pequeño grito de sorpresa; si bien fue envuelto enseguida, como para ocultarlo a sus miradas, por un tropel de trabajadores compañeros suyos.

Sin explicarse claramente el por qué, Estrella estuvo desvelada toda la noche, y a la siguiente mañana, abriendo la ventana de su aposento, se encontró depositado en ella un lucido ramillete atado con encarnada cinta, que reconoció al instante por haberle pertenecido, aunque hurto amoroso se la sustrajese cierto día.

La vista sola de aquel objeto hizo que lo adivinase todo; D. Diego de Torres estaba cerca. D. Diego de Torres era el fingido labriego de cuyos labios se escapara, el día antes, al encontrarla, el grito extraño que resonó por largo tiempo en su pecho.

Aquella tarde salió la joven a paseo más temprano que de costumbre, y sin la compañía de su amiga, de quien suponemos logró desembarazarse por medio de algún ingenioso artificio —de esos en que son tan fecundas las mujeres—, y al regresar a su morada, cualquier curioso que la hubiera observado no podida menos de admirar la expresión de salud, de contento y de ufanía que brillaba de nuevo en su peregrino semblante.

Era fácil comprender, con sólo verla, que se hallaba de nuevo en posesión del objeto amado, por quien tanto había tenido que temer y sufrir durante largas semanas.

En sus sucesivas excursiones pedestres, siempre que lograba hacerlas sola o sin otra compañía que la de su fiel negra, regresaba generalmente bastante tarde, y tan satisfecha, al parecer, que la amiga que la hospedaba no podía menos de asombrarse de aquella complacencia, extraordinaria y constante, que hallaba su huésped en contemplar las labranzas de los indígenas.

No era llegada aún para el amor de Estrella hacia el cacique la época de decadencia; antes, al contrario, le prestaban exaltación y poesía todas las circunstancias que lo acompañaban.

Las calumnias y persecuciones de que había sido blanco D. Diego; su sentencia de muerte, dictada por los celos de un rival aborrecible; los peligros que aun corría en aquellos campos patrimoniales, en los que se hallaba acogido por la piedad de los que eran sus naturales vasallos; la casualidad o el destino, que le había reunido allí con la que tantos infortunios le atrajera con su amor; las misteriosas citas en el fondo de una cabaña india, guardada por la fidelidad de hombres semisalvajes; la imposibilidad misma de prolongar aquella situación, llena a la vez de inquietudes acerbadas y de embriagadoras delicias todo parecía concertado a propósito para enardecer la mente de una mujer novelesca y ávida siempre de nuevas impresiones.

Pero mientras ella representaba con entusiasmo loco aquellas interesantes escenas del drama secreto de su vida, el desenlace — todavía ignorado — que la Providencia le señalaba, se iba preparando silenciosamente por el actor que hasta entonces había figurado menos.

Las declaraciones de Roldan en el tormento, trascendiendo al público, despertaron de nuevo poderosamente a la maledicencia. Todos hablaban de los celos del fiscal y de los nuevos amores de la capitana; todos referían hechos descubiertos, o inventados, para hacer más digna de execración y desprecio a la liviana mujer causa de tantas revueltas y desgracias; todos ponderaban la estúpida ceguera o la inconcebible indiferencia del deshonorado marido; y los mayores amigos de éste fueron los primeros en darle muestras de un desvío — que si al principio sólo le causó extrañeza — le produjo bien pronto largas y tormentosas cavilaciones.

Habíase quedado en Turmequé cuando se retiró Estrella a la campiña; pero tan insoportable llegó a hacerse el ostensible alejamiento de cuantas personas frecuentaban antes su trato; de tal naturaleza fueron las sospechas que empezaron a asaltarle, por palabras sueltas cogidas aquí y allá en los corrillos a que se aproximaba, y que solían deshacerse a su llegada, que al cabo de algunos días resolvió salir a toda costa de tan cruel incertidumbre.

Una vez despertados en su mente recelos terribles sobre la conducta de su mujer, se le venían a la memoria recuerdos de circunstancias que pasaran desapercibidas, pero que adquirirían de repente toda la fuerza de datos acusadores, y aunque no acertaba todavía a comprender toda la extensión del ridículo que

llevaba encima, la sospecha sola de que intentaban imponérselo, bastaba para herirle mortalmente en lo más íntimo de su delicado pundonor.

Don Diego, por su parte, no se adormecía tanto esta vez en brazos de su fortuna amorosa, como para descuidar el hacer practicar diligencias activas a fin de facilitarse modo seguro de embarcarse en Cartagena con dirección a España. Hubiera sido peligroso intentarlo en los primeros días de su evasión; pero el tiempo transcurrido ya era suficiente para que pudiera creerse menos perseguido y expuesto, y sólo esperaba aviso de algún buque que se diese a la vela, para abandonar su asilo y gozar verdaderamente la libertad conquistada.

El capitán, marido de Estrella, acertó casualmente a presentarse en la casa de campo en que ésta se hospedaba, el mismo día en que los dos amantes acababan de darse los más tiernos adioses, partiendo él para Cartagena y quedando ella llena de tristeza, ansiando prontas noticias de haberse felizmente embarcado.

El capitán llegó pensativo y sombrío; la capitana le recibió sorprendida y turbada. Por más que el uno y la otra se esforzaran por disimular sus secretos sentimientos, ni ella pudo desconocer que su marido venía preocupado de alguna idea penosa, ni a él se le ocultó un momento que su mujer se bailaba agitada por algún recelo misterioso.

Había, empero, una diferencia notable, y es que la esposa más pensaba en el amante que observaba al marido, y que éste no dejaba un instante de acechar, por decirlo así, cada uno de los movimientos y de las impresiones de aquélla.

De este modo, cuando la negra —confidenta de nuestra heroína— obedeciendo a un encargo recibido de ella, vino, pocos días después, a entregarla secretamente un pequeño escrito, en que el cacique la comunicaba haberse embarcado sin contratiempo y darse al mar enseguida, la emoción gozosa de la enamorada dama no pudo ocultárselo al observador capitán; así como tampoco ni el más pequeño fragmento del pliego que su mujer —apenas leído— había con una tijera menudamente cortado.

No le fue posible en verdad, por más que trabajó para coordinar los esparcidos trozos, tomar conocimiento del sentido de las palabras que contenía; pero dos cosas quedaron desde aquel momento para él fuera de toda duda: la primera, que su mujer tenía un amante, de quien había recibido favorables noticias aquel día. Otra, que la esclava negra era sabedora de todos los secretos de su ama.

Fue entonces instantánea la resolución del capitán. Manifestó a Estrella que siendo ya tiempo de que regresara a Turmequé, y estando la casa que allí habitaban en el desorden consiguiente a la ausencia suya y al descuido de un militar poco avezado a las incumbencias domésticas, creía conveniente adelantarse él con la esclava, para que, cuando ella tornase a su hogar, lo hallara todo en disposición de recibirla dignamente.

En consecuencia, la joven permaneció algunos días más con su amiga — en completa libertad para ir a contemplar amorosa los sitios de sus últimas entrevistas con el cacique, y de la tierna despedida en que se habían jurado mutuamente no olvidarse jamás;— y el capitán partió para Turmequé llevándose a la negra, resuelto a arrancarle a todo trance los secretos de que era depositaria.

XI

Al regresar el marido de Estrella a Turmequé, corrían en dicha población nuevas escandalosas noticias de sucesos ocurridos en la capital del reino. El fiscal parecía realizar —con la enormidad de los desmanes a que se abandonaba— el popular aserto de que ciega Dios al que debe perderse.

No había conseguido, ni con torturas, ni con amenazas de muerte, ni con promesas de galardones, arrancarle al impertérrito Roldan nada que le diese luz sobre el paradero del cacique, ni nada tampoco en que pudiese apoyar las acusaciones de complicidad en que quería envolver al visitador respecto al supuesto delito de aquel personaje; pero, en cambio, logró al cabo ganarse un criado infiel, que prestara testimonio de las íntimas relaciones del reo fugitivo con el severo magistrado, y de que había estado el primero en la casa del segundo, apenas escapado de su prisión, para proveerse de armas y de caballo con que emprender la fuga.

Sobre estos datos aglomeró el fiscal otros, hábilmente combinados por su ingenio, no vacilando después en instruir proceso en forma, dirigido a hacer evidente la criminalidad del alto funcionario contra quien dirigía entonces los tiros de su saña.

Comprendiendo Monzón lo que se fraguaba en su daño, resolvió —con aprobación del cabildo de regidores, y del arzobispo y alto clero, a quienes consultó— anticipar un golpe decisivo, suspendiendo a toda la real audiencia; pero antes de que el auto se hubiese firmado, la actividad de don Alonso le ganó de mano, y vio —con tanta sorpresa como indignación— asaltada su casa en mitad del día por alguaciles y hombres de armas, capitaneándolos el capitán del sello y el mismo fiscal Orozco, que venían a prenderlo, según disposición del real acuerdo.

El joven sobrino del visitador —su compañero de volada la noche de la evasión del cacique— les salió al encuentro, desarmado, y dirigiéndose al

capitán, le dijo únicamente:

—¿Qué significa esto? ¿Quién ha ordenado semejante traición y villanía?

A cuyas palabras contestó el interpelado:

—Aquí no hay más traidores que vosotros— apuntándole al mismo tiempo con una pistola, que por fortuna se negó a hacer fuego, pero con la cual dio al mancebo tan tremendo golpe entre ceja y ceja, que lo tendió a sus pies sin conocimiento.

En los mismos instantes, según refiere la crónica, se trababan a cuchilladas en el patio los alguaciles de la audiencia y los criados del visitador, hasta que interponiéndose la fuerza armada, tuvieron que ceder los últimos, no sin haber antes sellado en la tierra con su sangre el testimonio de fidelidad que daban a su señor.

Éste, mientras tanto, se presentó indignado a sus enemigos, protestando enérgicamente contra el inaudito atropello que se intentaba cometer en su persona; pero el fiscal — sordo a todas las razones— mandó echarle mano sin tardanza, y así lo ejecutaron sus secuaces.

«Le asieron de piernas y brazos (dice el cronista), levantándole en peso, y echaron a andar por la escalera abajo, y como al descender fuese colgando hacia atrás la cabeza de D. Juan Bautista, un buen hidalgo de Tunja —que se hallaba allí atraído por el tumulto— le sostuvo la cabeza con sus dos manos; pero habiéndoselo deslizado en los últimos tramos, por querer cuidarse de la espada que llevaba debajo del brazo, llevó tan grande golpe el pobre visitador, que se quedó desmayado. Al hidalgo de Tunja le costó el comedimiento de haberlo sostenido algunos minutos la cabeza, mil quinientos pesos de multa».

Con la prisión del anciano y digno magistrado no se dio por satisfecha la venganza del fiscal; había ido muy lejos, para retroceder o estacionarse. —*Los muertos no hablan*, decía a su amigo Zorrilla, indicando de este modo, asaz claramente, lo que faltaba por hacer si querían ponerse a cubierto, después de tales desmanes, de la justicia del rey, a quien tarde o temprano le serian conocidos.

Se intentó, por tanto, envenenar al preso; pero adivinándolo éste, no comía otra cosa que lo que lo llevaba —dentro de las mangas de su hábito— cierto fraile de San Francisco, amigo y confesor suyo, que le visitaba con frecuencia.

Se pensó también en ahorcarle en la cárcel, haciendo creer se había suicidado

en un momento de despecho furioso; pero llegando a entenderlo los regidores, se juntaron en cabildo, y redactaron una petición al real acuerdo, a fin de que se les hiciese depositarios de la persona del visitador Monzón, para lo cual ofrecían fianzas suficientes, respondiendo de que lo entregarían cuando llegara el caso; pues sólo pretendían salvarle la vida de asechanzas alevosas, y no sustraerle al fallo que dictase la justicia.

El arzobispo, por su parte —acompañándole en este empeño todos los prebendados— se presentó, asimismo, al real acuerdo, reclamando se pusiesen guardias de vista responsables de la vida del visitador, a quien se decía de público trataban de asesinar cobardemente algunos de sus enemigos, y— a despecho del fiscal —la audiencia tuvo que atender a tan respetables peticiones, dictando medidas bastantes para impedir los atontados que se temían y anunciaban.

De este modo quedó a salvo de la venganza, que quería darle el postrer golpe, uno de los personajes más notables de cuantos figuran en esta breve historia; y declaramos con entera verdad —aunque se nos acusa de tendencias grandes hacia lo trágico, y aunque reconocemos que nos place hacer patente en nuestras obras la ineludible ley de las expiaciones— declaramos, repito, sentir vivos deseos en la ocasión presente, de poder decir lo mismo que de aquel, de la *incomparable Estrella*, sobre cuya luz vimos extenderse al final del anterior capítulo cierta nube tempestuosa.

El deber que nos hemos impuesto, sin embargo, de no alterar la exactitud de los hechos, nos obliga a confesar que no tuvo la esclava negra el heroico sufrimiento que ostentó Roldan en la tortura; pues declaró plenamente, bajo los golpes del látigo, cuantos secretos le eran conocidos por la confianza que en ella tenía la imprevisora capitana.

La crónica refiere —sin salir garante de que sean ciertos todos los pormenores del suceso— que el ofendido esposo, una vez enterado de toda la extensión de su desgracia, hizo venir a Estrella a Turmequé, donde no se hallaba ya su confidenta, a quien se alejó de allí bajo pretexto.

Nada hubo de alarmante en la manera con que recibió a la querida del cacique el marido conocedor de sus faltas. La casa que habitaban había sido convenientemente dispuesta para las comodidades de la elegante joven;

perfumaban su nupcial aposento ramos de las últimas flores otoñales, pagadas a alto precio; cantaban sus pájaros favoritos en nuevas jaulas doradas, vestidas con festones de campanillas matizadas; y la nueva camarera que debía servirla durante la ausencia de la esclava negra, se engalanó extraordinariamente, por orden del amo, para presentarse a la señora con agradable aspecto todo, en una palabra, parecía demostrar que el capitán era, como siempre, el fino y amante esposo de la célebre beldad de cuya posesión se ufanaba.

Estrella sólo pudo notar con extrañeza la carencia de visitas de bienvenida, que la costumbre la autorizaba a esperar, y se quejó de seguida a su cónyuge de tan inexplicable aislamiento.

—Tiene mucha disculpa, a mi juicio, la respondió el capitán con la mayor naturalidad posible; todo el mundo está disgustado en estos días por los tristes sucesos ocurridos.

—También me afecta la prisión del pobre D. Juan Bautista, repuso la dama; pero no creo que deba ser motivo suficiente para faltar las gentes de Turmequé a los usuales deberes de cortesía.

—¿Ignoráis —preguntó el marido, clavando la vista en el semblante de su interlocutora— que corren otras noticias más tristes para este pueblo que el encarcelamiento del juez visitador?

—¿Cuáles son esas noticias? Nada he sabido, sino los atropellos contra Monzón, dijo Estrella.

—Pues no se habla hoy de otro cosa, pronunció el marido, soltando una mentira —al parecer meditada de antemano— sino de la desgracia de nuestro joven amigo el cacique D. Diego, quien después de tener la fortuna de escaparse de manos del verdugo, ha hallado la muerte entre las olas, porque se asegura el naufragio del bergantín en que se embarcó hace pocos días con dirección a España.

Estrella se esforzó en vano por conservar aplomo y firmeza. El capitán —que no apartaba de su rostro la escrutadora mirada— la vio palidecer, estremecerse, y sucumbir al cabo a la impresión del nuevo e inesperado golpe, cayendo en completo síncope.

Estaba, sin embargo, tan bella, caída a los pies del marido, blanca o inanimada como estatua de alabastro —obra maestra de cincel inspirado—, y las madejas de oro de sus profusos cabellos velaban con tan poética gracia aquellas

facciones admirablemente armónicas, que el causante del daño —al contemplarla cruzado de brazos durante algunos minutos— acabó, acaso, por conmoverse a su despecho; pues hizo llamar al médico para que la socorriese con urgencia.

El galeno ordenó inmediatamente sangrarla, y —conociendo la costumbre seguida en tales accidentes— el marido lo había previsto, sin duda, pues todo estaba preparado para que se cumpliese sin el menor retardo la prescripción facultativa.

Se picó, pues, la vena en uno de los hermosos brazos de la paciente, sin embargo de que empezaba a recobrar los sentidos, y la vista de la sangre debió causar tan irresistible impresión en el ánimo del esposo, que —apenas la vio brotar— se dio prisa a poner sobre la herida el pulgar de su diestra, exclamando que no tenía valor para permitir continuase corriendo aquella sangre preciosa, que le era tan querida.

El cirujano, obediente, vendó enseguida el brazo de la joven, y— ¡cosa extraña! —Pocos instantes después su dolencia, cambiando de carácter, presentó síntomas terribles e inexplicables para el médico.

Consternado, al parecer, el capitán, no se daba cuenta de lo que estaba pasando; pero la enferma, sintiendo que la muerte discurría por sus venas con rapidez asombrosa, pidió ansiosamente los auxilios espirituales.

Fue complacido su religioso afán: se confesó con penitentes disposiciones, recibió de seguida el santo viático, y en un momento de conversación a solas que tuvo después con su marido, se asegura que le pidió perdón llena de arrepentimiento profundo, y que lo alcanzó de veras.

Al día siguiente no existía ya aquella mujer bellísima, cuya desgracia repentina trocó en compasión y en simpatía las maledicencias públicas.

La voz general acusaba al capitán de haberle introducido en las venas — al cubrir con su dedo la fisura de la sangría— un veneno sutilísimo conocido en el país, y que puesto en el más ligero contacto con la sangre la descompone toda en pocas horas; llegando a difundirse de tal modo la sospecha del indicado crimen, que el capitán fue preso, abriéndose sumaria en averiguación de la verdad de los hechos.

No estaba extinguida en el pecho del fiscal la frenética pasión que le

inspirara Estrella, y acaso lo hubiera pasado mal el vengativo esposo si posteriores acontecimientos —que serán asunto del siguiente capítulo, último de esta historia— no hubiesen producido trastorno completo en el curso de las cosas pasadas.

XII

Llegadas a España las noticias de los escándalos de que dejamos hecha sucinta relación, se procedió, como era consiguiente, al nombramiento de nuevo visitador y nuevos oidores, los cuales —con grande júbilo del país— llegaron felizmente a las playas americanas, para poner término a una situación insoportable.

El mismo día en que los nuevos funcionarios fueron recibidos con públicos festejos en la ciudad de Santa Fe —cansada de agitaciones y alborotos— pasó el Sr. Prieto de Orellana a la prisión de su antecesor D. Juan Bautista, para ponerle en libertad y desagraviarle, con las mayores demostraciones de deferencia y respeto.

Tan grande fue el gentío agolpado al paso del respetable Monzón, que —según refiere el cronista— no pudo entrar en la iglesia mayor, adonde se dirigió para rendir gracias al cielo, impidiéndoselo la muchedumbre jubilosa, que por todas partes lo cercaba.

Algunos días después se abrieron también las puertas de la cárcel para Roldan y cuantos fueron complicados en el fingido alzamiento; y no pasó mucho tiempo tampoco sin que se satisficiera por completo la pública vindicta, residenciándose al fiscal Orozco y a su amigo el licenciado Zorrilla, los cuales fueron embarcados para castilla en calidad de presos; cabiéndoles, además, el sentimiento de saber que partía al mismo tiempo que ellos —llevándose a Roldan, y despedidos ambos por generales bendiciones del pueblo—, D. Juan Bautista Monzón, nombrado por S. M. presidente de la real audiencia de Lima, donde había dejado antes los recuerdos más gratos.

Comenzó a respirar el reino de la Nueva-Granada —después de tantos disturbios— bajó la nueva administración, cuya suavidad quiso ser tanta, que no bastándole haber puesto en libertad a los encausados por intrigas de partido, hizo

sobrepasar hasta muchos procesos por delitos comunes, contándose entre ellos el del capitán viudo de la infortunada Estrella.

Desde el momento en que se vio libre, sólo se ocupó éste de poner orden en sus negocios, realizado lo cual solicitó permiso de pasar a España, que le fue al fin otorgado.

Su venganza se había quedado a medias, y estaba resuelto a completarla. Le era preciso lavar del todo la mancha de su honra, siguiendo a través de los mares a los dos hombres funestos para él, y cuya sangre tenía que verter su espada.

Firme en este propósito, no alcanzó a debilitarlo un momento, ni la circunstancia de haberlo detenido largos meses en el puerto de su desembarco una enfermedad peligrosa, de cuyas resultas quedó largo tiempo baldado, ni la oscuridad que parecía rodear la existencia de sus dos enemigos, de cuyo paradero pedía en vano noticias a sus corresponsales de la corte.

Tan pronto le fue posible, emprendió el capitán personales diligencias para descubrir lo que anhelaba saber, y —efectivamente— llegó a su conocimiento que el primer corruptor de su infeliz consorte se hallaba entonces en una pequeña población de la vieja Castilla.

Pasó enseguida al punto designado, y se presentó sin anunciarse en la casa en que se le dijo habitaba D. Alonso.

Quiso la casualidad saliese a recibirle la esposa del que buscaba, y al preguntarla el capitán la hora en que podría hablar reservadamente con su marido, vio —admirado— que en vez de contestarle la señora de Orozco, dejó caer de sus ojos algunas irreprimibles lágrimas, balbuceando al cabo entre sollozos: —Señor, no os será posible tratar con mi marido de ningún asunto serio, si es eso lo que deseáis.

—¿Por qué causa, señora? Preguntó el viudo con alguna impaciencia; puede tener tal importancia lo que necesito comunicar a D. Alonso, que —cualesquiera que sean sus ocupaciones presentes— se crea en el deber de interrumpirlas para prestarme audiencia.

—Según lo que os oigo, repuso la señora, ignoráis, caballero, el estado de mi esposo.

—¿Cuál es, pues?

—¡Está loco! ¡completamente loco! Articuló la ex fiscal, prorrumpiendo de nuevo en amarguísimo llanto.

El capitán se retiró preocupado.

—¿Por qué vengarse el hombre —se decía a sí mismo— cuando la Providencia sabe de esta manera volver por el ofendido, castigando al ofensor?

Sin embargo de esta justísima reflexión, continuó sus diligencias para encontrar al cacique.

Durante muchas semanas lo hizo inútilmente; pero cierto día —visitando en Madrid las caballerizas reales— vio de pronto pasar cerca de él a un joven modestamente vestido y con aspecto macilento y triste, pero en el que se descubría, no obstante, maravillosa semejanza con D. Diego de Torres.

—¿Quién es ese hombre? Preguntó al jefe de las caballerizas, que le iba acompañando.

—Es el picador de los caballos de S. M., respondió sencillamente el interrogado.

—Se parece mucho a un conocido mío, dijo entonces el capitán, volviendo la cabeza para seguir con los ojos al objeto de la conversación.

—No sería extraño que lo hubieseis visto durante vuestra residencia en la Nueva-Granada, repuso el jefe de las caballerizas; porque habéis de saber que ese hombre era un personaje no hace mucho tiempo todavía. Hizo la calaverada de promover cierto alzamiento de indios — a cuya raza pertenece por su madre — y fue condenado a muerte por la real audiencia de Santa Fe. Logró, empero, escaparse, viniendo a pedir amparo a nuestro augusto soberano, quien tuvo a bien dispensárselo, y como todos sus bienes —que se dice eran cuantiosos— fueron confiscados a favor de la real cámara, le señaló S. M. una pensión de mil cuatrocientos cuarenta reales anuales, a condición de que se ocupase algún tiempo en adiestrar las caballerías de palacio, porque es un jinete sin segundo.

El capitán no quiso hablar ni oír más. Se despidió de su amigo, y salió de aquel sitio convencido plenamente de la exactitud de sus raciocinios al dejar la casa de D. Alonso de Orozco. — Sí, sí,— afirmaba en su interior, mientras el recuerdo de la muerte de Estrella sacaba una lágrima a sus párpados; —no le toca al hombre tomar venganza del hombre: hay invisible mano justiciera, que ningún delito deja impune jamás. Sólo ella sabe dónde, y cuándo, y cómo, debe descargar su azote.

¿Qué pena podría imponérsele, mayor que la que sufre, al joven príncipe indiano, reducido a adiestrar los caballos del rey por el salario de una peseta al

día?...

LA BARONESA DE JÓUX^[23]

LEYENDA FUNDADA EN UNA TRADICION FRANCESA

Al Excmo., Sr. Duque de Frías, en prueba de afecto y sincera amistad,
Gertrudis Gómez de Avellaneda

I AMAURI

Priez vasseaux, priez á deux genoux, priez Dieu pour berthe de joux.

DEMESMAY-tradiciones populares

Pocos serán los viajeros que hayan visitado el Franco Condado, y no conserven un recuerdo de la roca aislada y calcárea, cuyo vértice corona el antiguo castillo de Joux. Es una de las pocas fortalezas escapadas de la demolición que sufrieron la mayor parte de las que existían en aquel país antes de su definitiva incorporación a la Francia, y que en el curso de los tiempos ha alcanzado cierta celebridad.

Se halla precisamente en una de las principales gargantas del Jura, dominando los valles de la *Cluse*, y el rio *Doubs*, cuyas rápidas corrientes llegan a quebrantarse a sus pies. Sus elevados torreones se pierden en un cielo frecuentemente nebuloso, y desde tal altura sirven de atalayas a las rutas de Pontarlier, Neufchâtel y Lausana; mientras las blancas almenas resaltan —como inmóviles fantasmas— entre los pálidos y ondulantes vapores de aquella atmósfera caliginosa, y todo su aspecto presenta un carácter particular que le distingue de los edificios del mismo género. Pudiera creerse que el pensamiento que presidió a su construcción encerraba el secreto de sus futuros destinos, y le señaló desde luego con rasgos indefinibles de una majestad lúgubre.

Es imposible nombrar el castillo de Joux sin acordarse al mismo tiempo de Mirabeau y de las bellas páginas que salieron furtivamente de aquellos muros sombríos, donde gimió algún tiempo cautivo tan gran genio de la revolución francesa.

No ha sido él, sin embargo, el único personaje notable de la época moderna

que ha expiado allí sus faltas o sus desgracias; pues la fortaleza de Joux puede considerarse, hace mucho tiempo, como una prisión de estado.

Su posesión ha sido, empero, tan apetecida, que se la disputaron por espacio de cuatro siglos príncipes y grandes señores; habiendo pertenecido sucesivamente a Felipe el *Hermoso*, a Carlos el *Temerario*, a Luis XI, al marqués de Rotelin y a otros magnates poderosos, hasta que la recobró definitivamente la corona de Francia, que —gracias a la tenacidad de Talleyrand— pudo salvarla de la codicia de Prusia.

Prestan fundamento, por decirlo así, a la celebridad que en nuestros días dan a aquel edificio los ilustres desgraciados a quienes ha servido de cárcel, algunas tradiciones interesantes de los tiempos antiguos, entre las cuales ocupa el primer lugar la que suministra argumento a la presente leyenda. Demesmay —de quien tomamos el epígrafe que sirve de encabezamiento al capítulo— ha lamentado en melancólicos versos la deplorable suerte de una ilustre hermosura, a quien hizo nacer el cielo en los días más crudos de la que llamamos Edad Media. Nosotros nos proponemos desenvolver en un cuadro de algo mayores proporciones las trágicas escenas de su corta vida, apuntadas ligeramente por el poeta francés; sacando a luz, además, otras varias que le fueron desconocidas, y cuya revelación debemos al genio protector que conserva los misteriosos recuerdos de las beldades infelices, para consuelo y recurso de los historiadores osados que se atreven a desenterrarlas del olvido, removiendo escombros de los siglos.

Pintoresco, aunque grave, es el aspecto que presenta todavía el paisaje campestre coronado por el castillo de Joux; mas ha perdido mucha parte de su primitiva magnificencia, y carece de los característicos accesorios que lo realizaban antiguamente.

Desde los torreones de la feudal morada, aun puede recrearse la vista con el soberbio y agreste panorama que despliegan en torno aquellos valles profundos, aquellos trozos de selvas, donde se cimbrean —a los silbadores soplos del viento— negros abetos, majestuosos olmos y vetustas encinas, gigantes de la vegetación, árboles drúidicos que preparan el ánimo para admirar la perspectiva grandiosa desarrollada en derredor por las cumbres rocallosas, cuyos picachos desiguales rompen las espesas nieblas condensadas sobre ellas; y más lejos la cadena de elevadas montañas vestidas de eterna nieve, que suele derrumbarse con fracaso en el hondo seno de los valles.

Aquél es todavía el digno asiento del castillo de Joux; el grande y sombrío

cuadro que conviene a las escenas que nos proponemos bosquejar; pero, lo repetimos, faltan ya los accesorios que contribuían eficazmente a su selvática hermosura. Han desaparecido los castillos y los conventos que se elevaban por todas partes sobre pedestales de roca, y la guarnición del único edificio que aún subsiste, no tiene las facultades ni las inclinaciones de los antiguos moradores.

Ya no se oye crujir el puente levadizo bajo los pies de los corceles de guerra; ya no se ven brillar a los rayos del sol las cotas y los cascos de los guardas; ya no ensordecen las montañas al eco ronco de las cornamusas de caza; ni se oyen los ladridos de la jauría; ni acuden por la noche los habitantes del valle a escuchar canciones del trovador, que entona junto al rastrillo las hazañas de los ilustres señores.

Entre las épocas más brillantes del castillo de Joux, debe contarse aquella en que entró a poseerlo el joven barón Amaury.

Oprimido por un padre fanático, había pasado entre monjes los años primeros de su adolescencia; pero cuando la muerte lo libertó de la tiranía doméstica, procuró desquitarse del tiempo perdido, y gozar a sus anchas las ventajas de la independencia.

Todo cambió de aspecto en el castillo de Joux: Se decoraron sus lóbregos aposentos con el mayor lujo que se conocía en el siglo XII; y los torneos, las monterías y los banquetes sucedieron de pronto a las fiestas religiosas, que únicamente interrumpían de vez en cuando la monótona tranquilidad en que el padre del nuevo poseedor pasó sus últimos días.

Amaury no tenía ni madre ni hermanas, y a pesar de las considerables donaciones hechas por su antecesor a los monjes, se encontró dueño de pingües dominios, cuyas rentas podían sostener el fausto con que le plugo hacerse notable entre sus nobles vecinos.

De todos los castillos inmediatos acudían al suyo caballeros y damas, que se honraban con su amistad y se regocijaban en sus fiestas continuas. No había propietario en las cercanías que no envidiase la suerte del de Joux, ni joven doncella que no anhelase su conquista, ni pechero que no se hallase dispuesto a elegirle por señor, porque los que gozaban la dicha de obedecerle no se cansaban de elogiarle.

Si por entonces se hubiesen conocido las curiosas observaciones de Lavater, o el atrevido sistema de Gall, acaso vacilaran los villanos en su favorable juicio.

Amaury de Joux era alto, corpulento, de hermosos colores y de severa regularidad en sus varoniles facciones; pero se encontraba cierta dureza en las líneas de aquel rostro, cuya parte inferior estaba indicando una índole rencorosa y tenaz; así como aparecían excesivamente pronunciados en su altiva cabeza los órganos que anuncian —según los frenólogos— poderosos instintos de orgullo y de venganza.

Sin embargo, ninguna acción de su vida había justificado hasta entonces las indicaciones de aquellos rasgos, y nada podía decirse positivamente respecto de Amaury a la edad de veinte y seis años, sino que era galán, rumboso, activo, y de un temperamento capaz de resistir a las mayores fatigas.

Aconteció, empero, que —en medio de sus placeros— fue cayendo en súbita y profundísima melancolía. Cesaron las diversiones; sus monteros se fastidiaban en el ocio; sus perros y sus halcones no le merecían una caricia; sus caballos enfermaban por falta de ejercicio; las muchachas labradoras salían cabizbajas del castillo, desconfiadas de su hermosura, pues no obtenían ya ni una mirada del galante caballero; los criados sufrían con frecuencia los efectos de su mal humor, y hasta Lotario —respetable escudero que le vio nacer— hasta Lotario se encontraba confuso, y no se atrevía a ponérselo delante.

¿Le habrá hecho algún maleficio la vieja Alix, que estuvo a pedirle limosna, inútilmente, el día del último torneo? Pensaba el anciano. ¿Se le habrá aparecido el alma del difunto barón, para reconvenirle por sus prodigalidades mundanas y por el olvido en que tiene a sus camaradas los monjes? ¿Le enviará el cielo tal dolencia en castigo de estar excomulgado, por andarse en justas y en torneos^[24]?

Fluctuando entre estas y otras hipótesis del mismo linaje, decidió por fin el escudero a hacer un atrevido esfuerzo para descubrir el origen de la displicencia creciente de su amo, y después de estudiar una difusa arenga, a la que le pareció imposible pudiese resistir, entró de improviso en la retirada estancia donde hacia muchas horas se hallaba solo y meditabundo el joven. Su actitud triste y decaída hizo tan fuerte impresión en Lotario, que —olvidando su exordio preparatorio— sólo acertó a arrojarle a las plantas de Amaury, regándolas con sus lágrimas.

—¿Qué te aflige, anciano? Le preguntó éste.

—¿Podéis ignorarlo? Exclamó el escudero. ¿Me preguntáis la causa de mi pena, sabiendo que tenéis una? Sí, no lo negaréis, porque sería en balde; la estoy leyendo en vuestro semblante, todo vuestro aspecto revela esa aflicción

misteriosa que a cualquier precio necesito conocer, para intentar aliviarla.

—Levántate, buen servidor, dijo el joven; levántate y tranquilízate. Dios y el tiempo curarán mi mal; tú no puedes.

—Pero puedo morir con vos, repuso Lotario. Lo que no haré nunca es soportar el desprecio que hacéis de mí, recatándome vuestro dolor, como si no tuviese yo un corazón en donde recibirlo, ya que no me sea dado el consolarlo.

Amaury guardó un instante de silencio, y articuló por último:

—Quiero abrirte mi pecho, escucha: soy mozo, rico, noble... Nada me falta excepto una mujer a quien amar, y de la cual pueda creerme tiernamente correspondido. He aquí mi secreto, anciano; necesito una esposa.

—Y ¿quién os impide tenerla? Respondió el escudero respirando recio, como quien sacude enorme peso. Me temía una gran desgracia, en verdad; pero si todo se reduce a necesitar una mujer que os ame, hoy mismo, de seguro, podéis quedar satisfecho. ¿Qué dama no se tendrá por feliz en ser vuestra consorte?

—Es que yo quiero que sea la más bella de todas las vírgenes.

—¡Muy justo! Una joven limpia como la plata, como Eleonora Landeberg. Entre las doncellas que asistieron al último torneo, ninguna se presentó tan galana; es briosa y de buena raza, como vuestro caballo tordo; blanca y juguetona, como vuestro halcón marino.

—No me agrada Eleonora: quiero una compañera linda, púdica, candorosa y tierna.

—¿Cómo Emma de Montricher?

—Emma es fría y sin gracia; parece una bella estatua de mármol.

—¿Acaso la joven Matilde?

—Tampoco: sólo una existe a quien Amaury de Joux rinda su corazón, y rompería tres lanzas contra cualquiera que se negase a reconocerla por la más digna.

—Nombradla, exclamó entusiasmado el escudero; dadme a conocer o la venturosa criatura que debe ser baronesa de Joux.

—¡Baronesa de Joux! Repitió Amaury con amarga sonrisa; no puede serlo, buen viejo y he aquí el motivo de mi invencible tristeza.

—¿Es casada?

—Lleva todavía sobre sus cabellos de oro la cándida corona de azahares.

—¿Es alguna vasalla?

—Corre por sus venas sangre tan ilustre como la mía.

—Pues entonces.

—La he conocido tarde, articuló Amaury suspirando. Esa beldad que adoro, esa doncella que no tiene igual en el mundo, es Berta de Luneville, la prometida a otro, la futura baronesa de Montfaucon.

—¡Berta de Luneville! No me había acordado de que estuvo también en el torneo, y de que fue —si no me engaño— quien dio el premio a un doncel bello como el amor.

—¡A mi rival! Exclamó con sorda voz Amaury; ¡y fui vencido por él! ¡Fui vencido delante de ella, que debía galardonar el triunfo con la banda que adornaba su pecho!

—Calló ahogado por la ira y la vergüenza: sus facciones se habían desfigurado de una manera extraña.

—Eso puede llamarse desgracia, pero no mengua, dijo Lotario, que se afanaba por encontrar consuelo a la malandanza de su amo. Así como así, nadie puede imaginar que valga más que vos un mozalbete a quien apenas le despunta el bozo; todos conocerán que fue una casualidad su triunfo. Cansado estoy de oír a los labriegos llamarlos, a él y a ella, los *ángeles de la montaña*; porque a la verdad, tan figurilla es el tal Montfaucon, como la niña de Luneville. Pues ¿quién ha de creer que os venció lealmente, si con un dedo pudierais pulverizarlo? El rival ¡vive Dios! No me parece temible.

¡Ella lo ama! Murmuró Amaury.

—¡Qué ha de amarle! Respondió con tono de convicción el escudero. La pobrecilla obedece a su padre, y nada más. Pues digo, y si los rumores que circulan son ciertos, ¡ya está fresco el futuro baroncillo de Montfaucon!

—¿Qué rumores son éstos? Preguntó vivamente su interlocutor.

—Se dice que han vuelto a reñir los viejos, añadió Lotario, y que la boda no se realizará.

Amaury se puso en pie; un rayo de esperanza brilló entre las nubes de su frente.

—Vuela a adquirir noticias más seguras, dijo al escudero: eres amigo de la dueña de Berta; procura verla, y saber por ella la verdad o la mentira de esos

rumores.

—Lo haré, contestó el anciano, preparándose a dejar la estancia; pero el barón le detuvo para añadir resueltamente:

—Si es cierto que vuelve a encenderse la discordia entre los señores de Montfaucon y Luneville, preséntate en mi nombre a este último, y dile que disponga de mi brazo y de mis vasallos.

El fiel Lotario besó la mano de Amaury, y salió —con toda la presteza que le permitían sus años— a cumplir las órdenes recibidas; mientras que el joven barón se paseaba agitado por toda la longitud del aposento, exclamando con indescriptible tono: —¡Si logro poseerte, ¡oh Berta! Habré satisfecho a la vez mi implacable amor y mi implacable venganza!

II

BERTA Y AIMER

Los rumores de que había dado conocimiento a su amo e escudero de Joux, tenían, por desgracia, sobrada exactitud, divididas por envejecidos odios las dos ilustres familias de Luneville y Montfaucon, en vano presumieron un momento dar término a sus rencores con una alianza cimentada en el casamiento de sus respectivos herederos, pues mezquinas cuestiones de intereses promovieron nuevas desavenencias, y por último un rompimiento absoluto; para el cual existían hartas disposiciones en el ánimo de aquellos antiguos enemigos, recientemente reconciliados.

Como si se descargasen de pesado yugo, se dieron prisa a renunciar los proyectos de alianza dictados por razones de mutua conveniencia, sucumbiendo la frágil política al poder arraigado de la pasión ciega, y con inmenso dolor de las dos personas interesadas, se les declaró desbaratado para siempre el bello edificio de sus dulces esperanzas.

No ha existido jamás en humanos corazones un amor tan puro, tan tierno, tan inefable como el que mutuamente se inspiraban Berta de Luneville y Aimer de Montfaucon. El enlace ordenado por la política — desgraciadamente efímera de los dos barones— estaba sin duda decretado anteriormente por el cielo, pues los dos amantes parecían nacidos el uno para el otro.

Tenía Aimer veinte y dos años, y Berta apenas rayaba en los diez y ocho; pero poseían ambos aquella madurez de sentimientos que no alcanzan las almas vulgares sino en la madurez de la vida. Su profundo cariño no era el ardiente instinto de un corazón juvenil ávido de emociones, ni adolecía de los delirios y las exageradas exigencias que se mezclan por lo común a los primeros amores. Berta y Aimer estaban enlazados por un sentimiento hondo, sereno, casto y solemne; por una confianza perfecta; por aquel aprecio justo e inalterable, que

acompaña a los afectos destinados a ser eternos.

No habían necesitado estudiarse para comprenderse: física y moralmente existían entre ellos notables simpatías y concordancias.

Berta de Luneville, la más linda de todas las vírgenes de la comarca, se distinguía también como la más modesta y la más dulce. Hija de un padre despótico, cual lo eran generalmente los de aquel tiempo, se había habituado desde la infancia a pasiva obediencia y a resignación silenciosa. Su aspecto apacible y tímido realzaba la belleza peregrina con que la dotara el cielo, belleza que parecía aproximarse a la idea que tenemos de la naturaleza angélica; y que no podía admirarse sin cierto enternecimiento, porque hacia presentir que no estaba destinada a brillar largo tiempo en la tierra.

Ninguno de los modernos románticos, apasionados por lo vaporoso y fantástico, puede concebir idealidad tan poética como la que realizaba aquella purísima niña, de delicada organización, de nivea tez y de blonda cabellera, lanzada en medio de un país semisalvaje, en aquella época semibárbara.

Pero la Providencia había conducido cerca de la virgen de Luneville al único hombre capaz de apreciarla y digno de poseerla. Aimer de Montfaucon era indudablemente una de las almas superiores que se adelantan a su siglo, y cuyos elevados instintos suplen muchas veces por la ilustración adquirida.

Entonces —cuando la mujer representaba tanto y tan poco; cuando era el númen invocado en los combates y la esclava despreciada en el hogar doméstico; cuando se rompían lanzas para sostener su hermosura y se inventaban cerrojos para asegurar su virtud— entonces, repetimos, sólo Aimer merecía a Berta, porque sólo él era capaz de estimar el valor de sus modestas virtudes y de sus exquisitas gracias.

Aunque educado en los combates —como la inmensa mayoría de los nobles de su tiempo— no tenía el heredero de Montfaucon ni el menor asomo de rudeza. Fino en sus modales, esbelto y distinguido en su aspecto, bastaba verle para comprender que los notables hechos de armas —que conquistándole precoz fama le habían merecido la honra de ser armado caballero antes de la edad que la usanza prescribía— no eran los únicos triunfos a que le destinara la naturaleza.

En efecto, sus talentos poéticos le alcanzaban general aplauso en la corte de Conrado III, de quien había sido paje desde sus años primeros; y bajo la oscura sombra de la rizada melena que ostentaba —no obstante los anatemas del

concilio de *Rouen*^[25]— resplandecían unos ojos garzos tan llenos de inteligencia y de pasión, que ninguna dama los miraba una vez sin recordarlos siempre en sus ensueños de amor.

Tales como acabamos de pintarlos eran aquellos amantes, cuya felicidad acababa de destruirse; pero que —en medio de su dolor— se sentían tan convencidos de la profundidad de su afecto, que lloraban la separación de sus destinos sin sospechar llegase a ser posible la de sus corazones. Se consolaban con la certidumbre de que su puro y acendrado cariño duraría tanto como su existencia. ¡Ay! No adivinaban la desventura suprema que les estaba amenazando; no sospechaban las pretensiones de Amaury; no presentían que el casto sentimiento —que juraban eternizar— podía ser un crimen muy en breve.

Siguiendo la costumbre de aquellos días belicosos, en que las armas decidían de la justicia, los señores de Luneville y Montfaucon comenzaron a hostilizarse recíprocamente, y viendo Aimer inútiles todos los esfuerzos, todas las súplicas empleadas para templar el encarnizamiento de ambos contendientes, y juzgando inevitable la desgracia de tener que tomar parte él mismo en aquella lucha impía, desapareció súbitamente de la morada paterna, sin que fuese posible por entonces averiguar sus designios, ni la dirección que había tomado. Berta misma lo ignoró. Confinada en una torre del castillo de Luneville, y privada de toda comunicación, no pudo recibir noticias de su amante, quien partió animado de una esperanza, de que no hizo partícipe a la triste prisionera.

Entonces fue cuando Amaury de Joux, libre de un rival temible, y ligado ya por promesas de amistad con el padre de Berta, tomó sobre sí la defensa de su causa, combatió contra su enemigo, le causó considerables daños, que le obligaron a demandar tregua, y por premio de aquellos servicios, y como en garantía de la eterna alianza que se habían jurado, pidió resueltamente al barón de Luneville la mano de su heredera; demanda que tan pronto fue hecha, quedó concedida.

Nada podía oponer a la inflexible voluntad de su padre una criatura como Berta, dócil por carácter, y educada en la servil sumisión que constituía en aquella época la principal virtud de las mujeres. Amaury de Joux vio, pues, coronados felizmente unos deseos que juzgara sin esperanzas algunas semanas antes, y la desgraciada prometida de Montfaucon sólo salió de su cautiverio para

convertirse en baronesa de Joux.

Mientras tanto Aimer se hallaba en la corte de Conrado, esforzándose por alcanzar la gracia de que interpusiese su regia autoridad, a fin de poner término a la guerra entre su padre y el de Berta, y allanar los obstáculos para la concertada unión en que debía fundarse futura e inalterable concordia. También trabajaba el joven por obtener la mediación venerable de un prelado cercano deudo del barón de Luneville, interesándole en favor de la paz prescrita por el Evangelio.

¡Rara y fatal coincidencia! El emperador y el prelado entregaban al joven caballero apremiantes cartas dirigidas a los dos varones, y capaces, seguramente, de ejercer en ambos poderosa influencia, el mismo día y a la misma hora en que se celebraba en el castillo de Joux el precipitado casamiento de Amaury.

No quedaba, pues, ni un rayo de esperanza; todo llegaba tarde: la desgracia de Aimer y de su amada era un hecho consumado.

En los primeros momentos de desesperación intentó el joven ir a desafiar al raptor de su dicha, haciendo valer públicamente sus derechos como amante poseedor de la prenda de *amor sin fin*^[26]; pero el emperador y el obispo lograron —no sin trabajo— hacerlo desistir de tal escándalo, y Aimer, obligado a jurar que nada intentaría contra lo que ya era irremediable, abandonó la corte de Conrado III, diciéndose por algunos que había ido a distraerse de sus malogrados amores entre las damas francesas, quienes —a imitación de su rey y reina— acogían favorablemente a todos los trovadores; asegurándose por otros que intentaba tomar parte en la guerra tenaz con que se disputaban el trono de Inglaterra un hijo del conde de Blois y la hija de Enrique I; finalmente, no faltando tampoco quien presumiese, con algunos indicios de fundamento, que el desgraciado amante emprendía, para buscar consuelo, alguna santa peregrinación.

III

LA LUNA DE MIEL EN EL CASTILLO DE JOUX

Aquel primer período del matrimonio, tan dulce generalmente que es conocido hoy, aquí y allá de los Pirineos, con el expresivo nombre de la *luna de miel*, acontecía de un modo extraño en el castillo de Joux.

Amaury no era feliz, aunque viese cumplidos sus deseos, poseyendo la hermosura de la mujer que amaba y aniquilando las esperanzas del hombre que aborrecía. Un género de tormento que debía haber previsto, y que sin embargo le sorprendía como cosa extraordinaria, atormentaba en progreso continuo todas las dulzuras de su nuevo estado.

La joven baronesa no le prestaba, ciertamente, motivo alguno de legítima queja; pero ¡cuán distante estaba de satisfacer las imperiosas necesidades de un corazón enamorado y celoso! Siempre apacible y sumisa, siempre discreta y resignada, cumplía las voluntades de su marido sin acertar nunca a adivinarlas, porque éste es un privilegio sólo al amor concedido. Su condescendencia constante no llegaba jamás al abandono de la ternura, que sin embargo parecía natural a aquella naturaleza exquisita y afectuosa.

Amaury comprendía, a su despecho, que le era imposible vencer en el alma de su esposa la resistencia pasiva, opuesta por un antiguo sentimiento a las exigencias del suyo.

En vano Montfaucon se había alejado del país, pues en el concepto de Amaury se hallaba más que nunca presente en la memoria de Berta. Por él corrían aquellas lágrimas que sorprendía en sus párpados muchas veces; por él eran las secretas plegarias murmuradas con fervor cada noche al pie del Crucificado; por él aquellas cavilaciones profundas en que solía caer la baronesa hasta en el mismo tálamo nupcial, alejando el sueño de sus ojos e imprimiendo en sus mejillas la enfermiza palidez que luego, con la luz del sol, resaltaba; la

voz de Aimer era la que le parecía escuchar cuando aparentaba extasiarse oyendo en sus ventanas el rumor melancólico de las ondas del río, al besar los cimientos del castillo. A Aimer creía contemplar cuando seguía con ardiente mirada las nubes tornasoladas por el crepúsculo de la tarde. Esto pensaba Amaury, y no nos atrevemos a asegurar que estuviese completamente engañado.

El íntimo descontento que de continuo sentía, se revelaba, a pesar suyo, en la sequedad casi ruda con que comenzó a tratar a su desgraciada consorte, cuya tímida reserva y habitual melancolía se aumentaban con semejante conducta; llegando hasta el punto de resentirse su salud y hacerse visible la postración de su ánimo.

Lotario, mientras tanto, agriaba más y más el carácter del barón, pues observando con disgusto y enojo el aspecto doliente que iba adquiriendo la joven, —y que alejaba las esperanzas que había acariciado el buen viejo de mecer pronto en sus rodillas un robusto renuevo de su querido señor, — restregaba, sin conocerlo, las heridas de éste, diciéndole muchas veces las siguientes o parecidas palabras:

—Temo que seáis enterrado con vuestro casco y escudo^[27], pues la señora baronesa parece una linda figurita de espumas, que el día menos pensado se nos deshará entre las manos. ¡Qué diferencia entre ella y vuestra difunta madre! Aquélla sí que era una bendición para esta casa. Me figuro que la estoy viendo con sus colores de azucena y rosa, siempre tan risueña y tan enamorada de su marido, a quien daba cada año un niño como un pino de oro, aunque, desgraciadamente, sólo vos le quedasteis.

Después de perder su amantísima compañera, fue que se hizo vuestro padre regañón y fanático; pues mientras le vivió su Isabela, no existía caballero más alegre y venturoso. Me duele no poder decir otro tanto de vos, ni aun en *la luna de miel*, que os luce sobrada opaca.

Amaury padecía con tales observaciones. —Sí, pensaba al oírlas, mi padre fue feliz y alcanzó del cielo sucesión, porque era tierna y calorosamente amado. Sólo son infecundos los tálamos en que se abriga la indiferencia glacial. —Y bajo el influjo de esta idea, el injusto marido veía casi un crimen en la esterilidad de su mujer.

De este modo pasaron meses y meses, cumpliéndose el año de aquel triste himeneo, sin que tornasen al castillo de Joux la animación y los placeres que durante algún tiempo temperaran su austeridad sombría, y sin que se recibiese

tampoco en toda la comarca noticia alguna de Aimer; circunstancia que— por capricho extraño del corazón —lejos de contribuir a disipar los celos y los enojos de Amaury, pareció más bien darles aumento.

No olvidaba jamás que había sido vencido por aquel rival detestado, que había visto a Berta ciñéndole la corona del triunfo y este recuerdo, indeleble en su mente, lo juzgaba impreso con la misma fuerza en la memoria de su esposa.

Si regresando Montfaucon hubiera podido retarle y hacerle sufrir a su vez la mengua de una derrota, quizá entonces— saliendo de la taciturna apatía que lo asemejaba ya a su viejo misantrópico padre —se hubiera visto a Amaury cobrar la actividad perdida, haciendo renacer en la lúgubre fortaleza aquellos días brillantes de su esplendor aún reciente.

Así al menos se lo persuadía el barón, y —en tal concepto— no lo lisonjeaba la prolongada ausencia de su rival, y hasta llegó a oír con desagrado rumores que corrieron de haber muerto guerreando en Inglaterra; porque le causaba envidia y saña que hubiese descendido a la tumba siempre amado y glorioso, mientras que él conservaba una vida de indiferencia y de inacción.

El mundo cristiano se conmovía por entonces a la voz de San Bernardo, que predicaba la segunda cruzada. El emperador Conrado III y Luis VII de Francia despoblaban sus estados para engruesar los ejércitos armados contra los infieles; todos los barones y grandes vasallos reunían sus gentes para tomar parte en la santa empresa; y Amaury de Joux — afanoso de conquistar nombradía, sacudiendo el peso de los domésticos pesares que amenazaban inutilizar por completo los primeros bríos de su organización vigorosa— resolvió de pronto seguir el ejemplo de tantos personajes ilustres. Pensó algunos instantes llevar consigo a su mujer, imitando al rey de Francia y a otros príncipes y señores; pero la salud de la baronesa era tan delicada, y aquel viaje —que debía hacerse por tierra hasta Constantinopla— se presentaba tan difícil y trabajoso, que hubo de renunciar su primer pensamiento, partiendo solo para Palestina, después de ser armado caballero por su deudo el conde de Borgoña.

Lotario y la dueña Alicia de Ronsard, antigua aya de Berta, quedaron encargados de su custodia y asistencia. Amaury se alejó con la esperanza de que el cielo premiaría las hazañas con que iba a distinguirse, concediéndole al cabo fijar la dicha en su hogar, con el nacimiento de un hijo que le ganara el cariño de

su esposa.

IV

EL TROVADOR PEREGRINO

Poco tiempo después de ausentarse el de Joux, murió el barón de Montfaucon, cuyos deudos emprendieron al punto las más activas diligencias para descubrir el paradero de su natural sucesor, y hacerle llegar aviso de una desgracia que reclamaba imperiosamente su presencia en los dominios patrimoniales.

Lo supo todo la baronesa por su dueña Alicia—, quien —no obstante el encierro en que vivía— hallaba medios de estar al corriente de cuantas voces circulaban en contorno. Nada, empero, dejó trasparentar el semblante de Berta, que revelase la emoción que debían causarle unas noticias por las cuales se presentaba probable el regreso de Aimer al castillo de sus antepasados.

A ser cierta aquella aparente calma, de la cual se maravilló Alicia, o su joven señora estaba profundamente convencida de la no existencia del que tanto había amado y al cual no esperaba volver a hallar sino en las regiones eternas, o bien llegaba a tal extremo el abatimiento de todas sus fuerzas, que —como algunas veces lo temía la Ronsard, contemplando los rápidos progresos de la decadencia lastimosa de aquella juvenil vida— empozaba a caer en una atonía mortal, para la que no tenían poder las impresiones más fuertes.

Esto último fue, sin duda, lo que creyó la dueña, y nada en verdad parecía más indicado. El esmero con que era asistida no alcanzaba a detener el veloz curso de la enfermedad misteriosa que iba consumiendo a Berta, y que la misma ciencia no sabía explicar, ni combatir con alguna esperanza de buen éxito.

Seis meses se contaban apenas desde la partida del barón, y aquel breve tiempo había bastado para convertir en casi una sombra, a la mujer que dejó hermosa y atractiva todavía.

Se apagaba visiblemente —como una lámpara que carece de pábulo— la delicada existencia de la pobre niña, y daba sus últimos desmayados destellos en

rasgos inefables de mansedumbre y bondad.

—No lloréis por mí —decía a sus fieles servidores cierta noche, en que lo templado de la temperatura la había animado a sentarse cerca de una de las enrejadas ventanas del castillo.— ¿Sentís cuán grato es el aire de esta noche tranquila? Pues así respiro yo con fruición apacible el ambiente de la tumba, en cuya oscuridad voy a penetrar pronto. ¿Admiráis complacidos la hermosura del firmamento estrellado? Pues sabed que mi alma está ya tan serena como ese cielo, que debe recibirla muy en breve.

Lloraban al oír esto Lotario y Alicia, sin acertar a responder cosa alguna; pero observaron, sin embargo, que por casualidad bien extraña empezaba en aquellos mismos momentos a cambiar con prontitud sorprendente el aspecto y la temperatura de la noche.

Oscuras nubes se fueron extendiendo por la celeste bóveda; tempestuoso viento se desprendió al punto de las montañas; y no tardó en caer copiosa lluvia entre sordos y dilatados truenos.

—¿Qué quieres anunciarme, Dios mío? Exclamó con desfallecida voz la baronesa. ¿Será tan engañosa la paz que espero en el sepulcro, como lo ha sido la calma de la naturaleza? ¿Debo sufrir todavía las tempestades de la vida, cuando mi corazón enfermo te demanda reposo?

Inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró sus casi transparentes párpados, y pálida e inmóvil —como una estatua de mármol— permaneció abstraída en su pensamiento; mientras la lluvia y el viento azotaban los vidrios de las ventanas.

Lotario y Alicia la contemplaron largo rato silenciosos también y conmovidos; mas prolongándose demasiado aquella situación de general mutismo, y ejerciendo su soporífera influencia la humedad de la atmósfera, y la soledad y poca luz del recinto, comenzó a adormecerse la dueña Ronsard, y para no imitarla el escudero hubo de sacar su rosario y rezar muy quedito, a fin de no interrumpir el aparente reposo de la enferma.

Los leves murmurios de su voz y algunos silbos del viento, que se aplacaba ya, eran los únicos sonidos alteradores del profundo silencio que reinaba dentro y fuera del castillo; cuando se dejaron oír de súbito los ecos de armonioso laúd, y una voz de tenor —sonora y vibrante— cantó en melancólico tono y en lengua provenzal estas sentidas trovas, de que no podremos dar en la traducción sino imperfecta idea:

Cuando es oscuro el camino
Y fiera la tempestad,
Del trovador peregrino
Las suplicas escuchad.

Lidian barones valientes
Por la tumba del Señor;
Si os agradan *las sirventes*^[28]
Dadle asilo al trovador.

El cantará mil hazañas
Que os causen admiración,
Y de desdichas extrañas
Os hará fiel relación.

Él del alma dolorida
Las penas sabe templar,
Y si huye sola una vida,
Él la puede acompañar.

Dama ilustre del castillo,
No desechéis, ¡ay! Por Dios,
El ruego que alza sencillo,
Y que el cielo entiende... y vos

Desde los primeros acentos de aquella voz penetrante había salido Berta de su profunda abstracción. El casi cadavérico semblante se animó ligeramente; el corazón —que apenas latina con desmayo— dio un salto repentino.

El canto había cesado, y aun parecía escuchar la baronesa.

—¿Habéis oído, señora? La dijo en voz baja Alicia, despertada por la canción misteriosa. Los labios de la dama de Joux se agitaron convulsivamente, pero no articularon sonido alguno.

—¡Pobre trovador! Exclamó Lotario; la noche no es, a la verdad, nada a propósito para estar al aire libre, y si viste el sayal del peregrino, según parece indicar, acaso venga de Palestina y pueda darnos noticias del sire Amaury. De seguro que en los tiempos en que habitaba el castillo la buena dama Isabela, no sería necesaria dicha circunstancia para concederle albergue al pobre hombre.

Comprendió la observación Alicia, y dijo al punto enfadada:

—Y ¡qué! ¿Piensa el escudero que la dama Berta no hará otro tanto? Decid, señora mía, añadió acercándose a la joven, ¿no es verdad que otorgáis la hospitalidad que os demandan?

La baronesa inclinó maquinalmente la cabeza, y habiendo declarado su dueña que aquélla era señal afirmativa, salió Lotario prontamente a dar entrada al trovador, que con acento más dulce que la vez primera comenzaba a repetir su última estrofa:

Dama ilustre del castillo,
No desechéis, ¡ay! Por Dios,
El ruego que alza sencillo,
Y que el cielo entiende... y vos

Momentos después pisaba, acompañándole Lotario, el umbral del salón en que se hallaba la baronesa, cuyos ojos se clavaban en la puerta con cierta ansiedad temerosa.

La vista del peregrino debió tranquilizarla.

Sus cabellos y su luenga barba, completamente blancos, indicaban lo muy avanzado de su edad; así como la demacración y la palidez del rostro, y lo lento y trabajoso de sus pasos, probaban que la enfermedad o el infortunio habían también quebrantado sus fuerzas, y dejado huellas profundas en toda su persona.

Berta cerró los ojos, inclinando sobre el pecho la lánguida cabeza, cual si el aspecto de aquel anciano hubiese desvanecido de un golpe halagüeñas ilusiones que por un instante la animaran; pero Alicia se encargó de hacer los honores de la casa al recién venido huésped, diciéndole gravemente:

—Bien llegado seáis a este castillo del noble barón de Joux, cuya digna esposa estáis mirando.

El anciano saludó a Berta con humilde acatamiento, pero no articuló palabra alguna; pareciendo embargarle el acento inexplicable emoción, que la dueña atribuyó desde luego a la lástima que inspiran a toda buena alíñalos padecimientos de un ser débil.

—¿Venís de Palestina, venerable padre? Preguntó Lotario, quien permanecía de pie y con ademan respetuoso delante de aquel desconocido; porque para las sencillas gentes de entonces bastaban a prestar carácter venerable a cualquiera, el sayal y el borden de peregrino.

—No vengo de Palestina, respondió el interrogado, antes bien me propongo ir a ella, si Dios me da vida. Pero conozco a la mayor parte de los barones y caballeros que han acompañado a Conrado y a Luis el Joven, pudiendo deciros —si lo deseáis— sus nombres, los hechos de su vida, y aun la historia de su corazón, pues soy de los más antiguos trovadores de las Borgoñas.

—¡Qué voz! —murmuró la baronesa estremeciéndose de nuevo; pero nadie pudo entender su débil exclamación, porque la dueña Ronsard decía al mismo tiempo al peregrino:

—Contad, pues, si os place, para distraer a mi doliente señora, alguna bella historia de amores tiernos o de maravillosas aventuras.

—No os ocupéis de tales cosas, respetable varón, pronunció al punto Lotario, pues no convienen ciertamente a vuestros muchos años, ni a la santa empresa para la cual os preparáis. Referidnos más bien las ilustres y pasmosas proezas de los caballeros de la Tabla Redonda; o — si os agradan acontecimientos más cercanos— los hechos heroicos de Godofredo de Bullón y los príncipes cruzados.

—Quizá os complazca mejor, observó el peregrino — que aunque siguiendo la conversación con los criados, no apartaba los ojos de la baronesa,— narrando desconocidos pormenores del famoso cerco de Wensberg por el emperador Conrado, que hoy se ciñe nuevos laureles en la sagrada tierra de Palestina.

—Comenzad, pues, comenzad! —dijo Lotario frotándose las manos, jubiloso con la esperanza de escuchar algo nuevo, que le sacase, del ya largo tedio que lo devoraba en aquel viejo castillo.— Mirad, hasta la dama de Joux levanta la cabeza para escucharos.

—Pues bien, repuso el peregrino, liaré antes que todo honorífica mención del duque Guelfo, quien —en la más desesperada situación— se negó resueltamente a capitular, si no se estipulaba de un modo solemne que serían respetadas religiosamente las damas, permitiéndolas salir de la ciudad sitiada llevando consigo sus prendas de más valía. Celebraré también, de paso, la feliz y patética idea de aquellas dignas hembras, que —aprovechándose de dicha estipulación— abandonaron a Wensberg llevándose a sus maridos e hijos, como sus prendas más valiosas^[29].

—Me habéis enternecido con la sola indicación de esos hechos, dijo sentimentalmente la dueña; mientras reanimándose la baronesa, preguntó al

narrador si conocía los nombres de los principales caballeros que acompañaron a Conrado en el sitio de que hablaba.

—Dos de ellos, contestó el peregrino —con acento un tanto trémulo— se han hecho célebres posteriormente; el uno por sus proezas, el otro por sus desdichas.

Se llama el primero Rogerio de Turena; se acreditó entonces de valiente, y ahora se le aclama como héroe, cuya fama corre por el mundo. El segundo era un joven apenas salido de la infancia; pero el emperador, a quien servía, le amaba con extremo, por los indicios que daba de bravura según lo compadece hoy, al verle presa de inenarrable infortunio.

—¿Podéis decirme su nombre? Articuló Berta, con más viveza de la que podía esperarse de su visible descaecimiento.

—¿Su nombre? No lo recuerdo, respondió el peregrino después de un instante de silencio, durante el cual aparentó consultar en balde su memoria. Pero os daré señas, noble señora, por las cuales acaso lleguéis a conocerle.

—¡Hablad! Repuso la baronesa, visiblemente agitada.

El anciano peregrino, que parecía temblar —acaso por el frío de sus mojados vestidos— se apoyó en el mármol del hogar, y clavando los ojos en las armaduras que a guisa de cuadros servían de adorno en los muros, dijo con lentitud, como quien va coordinando recuerdos muy lejanos.

—Los antepasados del doncel cuyo nombre preguntáis, eran en la guerra tan audaces, dejaban escapar tan rara vez la presa perseguida, que el rey Lotario, que gobernaba por aquel tiempo los países donde habían nacido aquellos bravos guerreros, solía darles el nombre de un ave muy conocida de los aficionados a la cetrería.

—¡*Faucon*^[30]! Exclamó con prontitud Lotario, quien no bien escuchaba el nombre de *cetrería*, cuando se agitaba como el corcel belicoso que oye el sonido del clarín.

—Sin duda era el ave que designáis la que dio su nombre a los dignos varones a quienes me refiero (dijo con aire de indiferencia el viejo narrador), y tengo entendido que uno de ellos llegó a poseer de tal manera la gracia del monarca, que jamás le llamaba sino Mou-faucon^[31].

Berta tornó a estremecerse, exhalando ininteligible exclamación: Alicia, por su parte, pareció alarmarse oyendo el nombre dado a su favorito por el buen rey

Lotario; pero el tocayo de éste no reparó en nada, según lo mucho que se iba entusiasmando, y dijo con una candidez que probaba su buen fondo:

—El halcón es tan noble e inteligente animal, que puede honrarse cualquier ser humano con verse comparado a él: yo lo liaría así, por lo menos.

—Debió pensar lo mismo que vos el caballero de quien hablo, repuso el peregrino, pues dice que trasmitió aquel nombre a su ilustre descendencia. Pertenecía probablemente a ella el doncel de Conrado III, que asistió al asedio de Wensberg; pues me consta que en los *parlamentos de amor* le llamaban las damas *mou-faucon*, como a su privado el monarca que dio nombre a Lorenaporque las bellas *cursantes en amor* lisonjeaban al joven, hasta el punto de querer persuadirle que era un gran cazador de corazones^[32].

—¡Basta! Exclamó la dueña, cuyos ojos fijos en el semblante de Berta, observaban la dolorosa y creciente agitación que en él se retrataba. Debéis sentir os fatigado, señor peregrino, y vuestro sayal chorrea el agua con que os regalaron las nubes. Tiempo es ya de que el buen escudero os prevenga cuarto donde secaros y descansar, toda vez que la dama de Joux se digna dispensaros franca hospitalidad.

—Tenéis razón, dijo entonces Lotario, voy al punto a ocuparme de proporcionar al venerable huésped cuanto pueda menester.

Dejó enseguida el salón, pero no sin decirle antes en voz baja al anciano peregrino —Luego charlaremos largamente los dos respecto de los halcones, pues os declaro que les tengo también grandísima afición.

El desconocido le lanzó escrutadora mirada, pero ningún indicio se columbraba en la abierta y bonachona fisonomía del escudero, de que encerrase su alma la menor sospecha, ni sus palabras la más leve intención maliciosa.

Apenas hubo abandonado la sala, cuando articuló Berta con acento indescriptible:

—¡Peregrino! Os he comprendido; veo que lo sabéis todo. Decidme, pues, al punto, ¿dónde está Montfaucon? ¿Ha muerto acaso, y sois una aparición sobrenatural, por cuyo medio quiere comunicarse conmigo aquel espíritu amante?

—¡No, Berta! Exclamó al oír esto el misterioso huésped, arrancándose la peluca y la barba que lo disfrazaban. No he muerto, porque ha placido al cielo compensarme de año y medio de tormentos, dispensándome la dicha de morir

contigo. ¡Sí! Añadió arrojándose a las plantas de la baronesa; al volver de lejanas regiones para regar con mis lágrimas el sepulcro que ya encierra a mi padre, he sabido que tú también mirabas abierto el tuyo por la mano de incurable dolencia. Entonces he bendecido los decretos del cielo, que me han traído aquí para que no partas sola a las mansiones felices del santo y eterno amor. Mira mi rostro, y él te dirá sobrado que —lo mismo que tú— me siento herido de muerte, que lo mismo que tú soy llamado por Dios urgentemente. Partamos, pues, ¡oh único bien de mi vida terrestre! Partamos juntos y regocijados.

Hablando así el falso peregrino, estrechaba entre las suyas las frías manos de la baronesa, que clavaba sus amortecidos ojos en el semblante de su tierno Aimer en aquel bello semblante, marchito y abatido —como el suyo— al soplo devastador de la desgracia.

La impresión era demasiado fuerte para la pobre niña, casi moribunda. Como si fuese llegado el momento de realizar los votos y las esperanzas que el amante acababa de expresar a sus pies, un débil grito se exhaló de sus descoloridos labios, y extendiendo los brazos cayó exánime entre los de Aimer, no menos pálido y decaído que ella.

V

DOS ALMAS QUE SE IBAN Y RETROCEDEN

Aprovechó prudentemente Alicia el síncope de su ama y el estado de profundo rendimiento en que quedaron las fuerzas de Aimer después de tan grandes emociones, para separar a los dos amantes, conduciendo a Berta a su cámara y obligando al falso peregrino a volver a ponerse su disfraz.

Tiempo era ya, pues Lotario apareció en el salón casi en el mismo instante de haberlo abandonado la dueña, llevándose en los brazos a la baronesa desmayada.

Notando el escudero la ausencia de las dos mujeres, receló desde luego algún accidente sobrevenido a la enferma, y dijo al huésped —que permanecía inmóvil y como anonadado junto al sillón que había ocupado su amada:

—La baronesa de Joux, señor peregrino, sufro una enfermedad de consunción, para la que no encontramos remedio alguno. Mucho sospecho que esté en el alma el origen de su mal, y que sólo Dios puede alcanzar a curarlo.

—Yo conozco, articuló Aimer balbuciente, milagroso ensalmo, cuya virtud suele ser admirable contra las afecciones procedentes del ánimo.

—Si es así, probad, por Dios, su eficacia, repuso al punto Lotario. ¿Quién sabe si os conduce aquí la Providencia, para conservar al noble caballero Amaury la consorte a quien adora? Venid conmigo, os lo suplico ardientemente; venid a ver a la baronesa y a ofrecerla el auxilio de ese bendito ensalmo, que acaso logre salvarla.

Sin esperar consentimiento, tomó del brazo al amante y le llevó al aposento nupcial de su amo, donde estaba casi espirante la desgraciada Berta.

En vano Alicia opuso al empeño del iluso escudero la más obstinada resistencia; en vano empleó ruegos y recurrió a reconvenciones: Lotario creía hacer a su señor un señalado servicio, y — admirándose de la caprichosa

oposición de la dueña— insistió con terquedad invencible, gritando que todas las viejas del mundo no lograrían impedirle hiciese cuanto creyera conveniente a la salud de la baronesa; cuyo estado en aquel momento acababa de comprender con no pequeño sobresalto.

El joven, por su parte, procuraba ablandar el corazón de la empedernida Alicia con miradas suplicantes, y hubo de ceder al fin la prudencia, a la obstinación de la simplicidad y a los ciegos votos del amor.

Aimer pasó los umbrales de aquella cámara, no pisada hasta entonces por otro hombre que Amaury, y se vio instalado a la cabecera del lecho donde yacía —privada aún de conocimiento— la bella consorte de aquel celoso magnate.

Sintiendo flaquear sus rodillas bajo el peso de los sentimientos que le agobiaban, cavó postrado al llegar junto a su amada, y sus ojos —encendidos por la fiebre— parecieron devorar aquel cadavérico semblante, sobre el cual inclinaba el suyo, apoyando los brazos en el borde del locho.

—Mirad cómo la observa, dijo el escudero a la dueña; mirad cómo está leyendo en sus facciones la causa interna de los padecimientos que la afligen. Si él no logra detener el alma de nuestra ama, seguro es que Dios ha determinado irrevocablemente llevársela al otro mundo.

—Salid al momento, respondió la Ronsard, pues habíais y resolláis tan alto, que asustaréis a la enferma, que empieza A volver en sí.

En efecto, el síncope de Berta parecía próximo a cesar; leve matiz sonrosado se iba extendiendo sobre sus blancos labios, y sus párpados se movieron un tanto, al impulso de ligeros estremecimientos.

—¿Qué os decía yo testaruda mujer? Exclamó triunfante el escudero: he aquí los efectos maravillosos del ensalmo del peregrino, a quien negabais la entrada. Ved cómo vuelve la vida a reanimar ese rostro donde se ostentaba el sello de la muerte. Me alejo de aquí, toda vez que lo juzgáis conveniente, seguro de que cuando vuelva hallaré a nuestra enferma mejor que ha estado nunca, pues la dejo en buenas manos.

Diciendo estoy empujándolo Alicia, salió del aposento, para trasladarse a la capilla y rendir gracias al cielo por la feliz idea que lo había inspirado, en su concepto, de hacer entrar a todo trance —para encargarse de la doliente— al que poseía el único medio de detener las almas próximas a ausentarse de la tierra.

Nada era más exacto, según pudo observarlo la dueña, una hora después de

haberse alejado el sencillo escudero.

Berta y Aimer querían y esperaban morir juntos, en aquellos momentos solemnes de su reunión inesperada; querían y esperaban morir juntos, en tanto que —vuelta ella en su acuerdo y encontrándose en brazos de su amante— sentía inundarse su alma de aquella felicidad que hace presentir el cielo; querían y esperaban morir juntos, mientras ajenos los dos a todos los sucesos de la tierra, explayaban el uno en el otro los íntimos sentimientos de sus amantes corazones, por tanto tiempo reprimidos; querían y esperaban morir juntos, cuando perdiendo toda idea de tiempo y mutación en el éxtasis divino de un amor inefable, alcanzaban en rápidos momentos, de cuya sucesión se olvidaban, la imagen indescriptible de la eternidad. Pero queriendo y esperando la muerte, era la vida la que tornaba a ellos con impetuosa fuerza, haciendo latir de nuevo sus juveniles pechos.

¡Oh, vos, prudente dueña, único testigo de aquellos locos, aunque castos delirios! ¿Por qué os afanáis, intentando oponeros al torrente que se precipita? ¡Apartaos! ¡Dejadlo correr! Ésta es la hora del triunfo de la pasión irresistible; pronto sonará la del deber, y — tenedlo por seguro— no será desoída por dos seres que hizo el cielo tan nobles y leales.

La noche se acercaba a su término, cuando percibió Alicia rumor de pasos que se acercaban. Crujieron los goznes de la puerta, como si ésta se entreabriese una especie de grito ahogado resonó al mismo tiempo. Los dos amantes no se apercibieron de cosa alguna, pero la dueña corrió — temblando de zozobra— a examinar la procedencia de aquel ruido. A nadie encontró del otro lado de la puerta, y embargada por supersticioso pavor, clavó los ojos en un retrato de Amaury colocado sobre el dintel, pareciéndole que aquellos labios— un tanto contraídos por la habitual expresión de descontento que tenían en el original — se estremecían ligeramente todavía, cual si acabase de salir de ellos el sofocado grito de indignación que la había espantado.

Logró esta vez sacar de su arrobamiento a Berta y a Montfaucon, comunicándoles sus inquietudes.

—Es preciso separaros, les dijo; no puede tardar en amanecer, y sería perderos ambos el prolongar por un instante más esta imprudente entrevista.

¡Sepárenos! Exclamó el joven, cual si saliese de un sueño. Pues ¡qué! ¿es cierto que estamos todavía en este odioso mundo, que ha puesto entre nosotros murallas indestructibles? ¿De este mundo bárbaro, que nos hace un crimen la

felicidad más pura? ¡Berta! ¿Cómo hemos retrocedido del camino del cielo? ¿Cómo encuentro la baronesa de Joux, en vez del alma libre a la cual venía a unirse la mía, para lanzarse juntas en el seno del eterno amor?

—¡Ah! Contestó Berta estremeciéndose. Dios no nos ha juzgado dignos de esa ventura inmensa. Sí — añadió extendiendo temerosa mirada por los objetos que la rodeaban;— estamos en el castillo de Amaury he allí su retrato, que fija en nosotros los ojos indignados.... He allí, casi fresca todavía, la corona nupcial que ciñó mi frente el día en que le juró al pie de los altares respeto y fidelidad inviolable. ¡Aimer! Que no te halle el sol en este sitio; que tu generoso corazón tenga piedad de mi demencia, y sepa conservar sin mancha el nombre que he recibido a la faz del cielo y de la tierra.

—Te lo prometo solemnemente, dijo con resolución el amante, aunque frío sudor comenzaba a humedecer su rostro: pura e inocente te he amado, y pura e inocente quiero presentarte al Padre universal, que nos hizo nacer el uno para el otro. Si aún no nos halla bastante depurados en el crisol del dolor, aceptemos un sacrificio más, ¡oh Berta mía! Aceptémoslo con la conformidad de dos corazones a quien en la distancia no tiene, ni tendrá nunca, el poder de separarlos por completo.

—Cada noche, repuso ella —dejando correr sus lágrimas— a la misma hora en que hemos vuelto a vernos en esta tan memorable, quiero que subas al más alto de los torreones de tu castillo, y me envíes desde allá —en alas del viento— un recuerdo y un suspiro, que se crucen con los míos, pues no dejarán de ir a buscarte mientras aliente mi pecho.

—Prométeme también, por tu parte, dijo Montfaucon —estrechando por última vez las manos de su amada— que en cada una de esas noches en que nuestros suspiros se encontrarán en el espacio, no elevarás nunca tus oraciones al cielo sin pedirle apresure el momento feliz de nuestra reunión perdurable.

—Lo haré, balbuceó ella, y su voz quedó ahogada por los sollozos.

La dueña se apoderó del brazo de Aimer, y —llevando consigo la peluca y las barbas con que debería tornar a disfrazarse—, lo hizo salir de aquel aposento donde acababa de pasar las supremas horas de su vida ¡ay! A las que guardaba el destino harto severa expiación.

Partió el falso peregrino del castillo de Joux a los primeros albores del día, bendecido por los sirvientes, que le miraban como a salvador de su señora; pero

no pudo despedirse de Lotario, porque se había marchado momentos Antes, sin que supiese nadie por qué y adonde.

VI EL ENCUENTRO

Poco más de un año había trascurrido desde la salida de los cruzados, cuando aquel poderoso ejército —que partió tan brillante— volvió a pisar las playas europeas, derrotado y en míseras reliquias. La gloria, empero, había unido su aureola a la que ciñó la desventura a aquellos católicos varones, y los pueblos, que no podían aclamarlos como a vencedores, les reverenciaban casi como a santos.

Amaury de Joux, precedido por la fama de los altos hechos con que se había distinguido, tornaba a su doméstico hogar, animándole la grata esperanza de parecer más amable con el brillo de sus laureles a los ojos de su esposa, debiéndole a la gloria lo que en vano había esperado del himeneo.

Era, por cierto, una de las más hermosas mañanas que pueden alcanzarse bajo el nebuloso ciclo del Jura, cuando el cruzado —caballero en un ligero tordo de raza árabe— y seguido a distancia por dos escuderos de talante extranjero, empezó a distinguir en lontananza los altos torreones de su señorial morada. El corazón le palpitó violentamente bajo su coraza de acero, y tuvo que levantarse la visera, sintiéndose ahogar por el exceso de sus emociones.

¡Qué perspectiva tan majestuosa, aunque agreste, le presentaba aquel país, testigo de los juegos de su infancia! ¡Con qué júbilo contemplaba —entre los undulantes vapores de la atmósfera— las torres de su castillo, erguido en gigantesco pedestal de rocas, en medio de un círculo de montañas!

—¡Yo te saludo, dijo con sentido acento, oh tierra querida de mi cuna! ¡Yo to saludo, respetable mansión de mis abuelos, que guardas ahora entre tus muros a la más bella entre las bellas, a la más amada entre todas las mujeres amadas!

Hondo gemido respondió a estas palabras del cruzado, y vio lanzarse al punto —do entre las breñas— un viejo flaco, cubierto de harapos, que cayó casi

a los pies de su caballo. El animal, espantado, se encabrita y retrocede, mientras que arrastrándose por el suelo aquella especie de espectro súbitamente aparecido, exclama con cavernosa voz: —No refrenéis a ese bruto inteligente; dejadle que me magulle el cráneo con sus herraduras: soy un miserable criminal, que no debo ver el semblante del digno y valeroso barón Amaury de Joux.

—¿No es ilusión de mis sentidos? Dice asombrado el caballero. ¿Es Lotario, el antiguo sirviente de mi padre, quien me sale al encuentro con tan extraño aspecto?

—Sí, soy Lotario, el maldecido por Dios, el oprobio de los cristianos, la escoria de los escuderos, responde mesándose los cabellos el interrogado. Soy Lotario, que ha vivido cerca de ocho meses entre esos matorrales, alimentándose de raíces de las plantas, sazonadas con la hiel de sus lágrimas Lotario, a quién el cielo ha querido conservar para darle el tremendo castigo de presentarse a su señor cubierto de vergüenza y de ignominia.

—¿Qué delito has cometido, pues, desventurado? Preguntó el barón, cuyo rostro iba palideciendo.

—¡He ayudado a vuestra deshonra! Articuló con ronco acento el anciano. He conducido por mi propia mano, dentro de vuestra cámara nupcial, al indigno caballero que iba a mancillarla.

Un rugido semejante al de la hiena se escapó del pecho del cruzado, cuyo acero brilló instantáneamente en su convulsa mano.

Lotario aguardó el golpe sin hacer ni un gesto; pero Amaury no realizó su amenaza. Rápida reflexión le paralizó el brazo, y preguntó vivamente al postrado escudero: ¿Quién ha sido tu infame corruptor? Nómbralo sin tardanza!

—Nadie me ha corrompido, respondió el viejo; pero me cegó el demonio. Una muceta y un bordón de peregrino, una peluca y una barba postiza, bastaron para hacerme desconocer a vuestro antiguo rival. La baronesa se moría y aquel falso peregrino se ofrecía a curarla por medio de un ensalmo, y yo — ¡estúpido! — yo caí en el lazo, y juzgué haceros gran servicio, mientras solo contribuía a vuestra afrenta. Sí, yo pasé la noche dando gracias a Dios en tanto que él estaba con ella en vuestra nupcial cámara.

—¡Basta! Gritó el barón, cuyos dientes rechinaron, mientras se teñía de púrpura su semblante: ¿dónde está ese hombre?

—En su castillo, respondió el escudero, según me ha dicho un cazador que

suele encontrarle en ese ejercicio, y que es la única persona que sabe mi paradero; pues dejé vuestra casa sin decir a nadie el motivo, ni al paraje al cual me encaminaba.

Los escuderos que seguían a Amaury se hallaban ya próximos a él. Les salió al encuentro, diciéndoles algunas palabras que Lotario no pudo entender, y —dirigiéndose enseguida a éste— le intimó la orden de regresar al castillo inmediatamente, dando por pretexto de su prolongada ausencia cualquier voto hecho por la salud de su ama; pero guardándose bien de qué persona alguna pudiese sospechar la verdadera causa, ni tampoco el encuentro que acababa de tener lugar en aquel sitio.

Pronunciado que fue este imperioso mandato, volvió riendas el barón, metió espuelas a su caballo, y entre la nube de polvo que éste levantaba, desapareció de la vista de Lotario, en dirección distinta de la que seguía antes, y acompañándole presurosos sus extranjeros criados.

Sumiso, por su parte, el antiguo, a la voluntad del amo, tornó a vestirse su depuesto traje —que tenía oculto en el hueco de unas peñas— y se encaminó al castillo de Joux, coordinando lo mejor que pudo la novela que había de referir para justificar su desaparición repentina.

A la llegada del viejo, ya estaba en movimiento toda la servidumbre de Amaury, cuyo próximo regreso había sido oportunamente anunciado.

La baronesa, notablemente mejorada, cumplía sus deberes preparando a su marido obsequioso recibimiento, y la dueña Ronsard —que apenas había podido ocultar sus interiores zozobras desde la inexplicable desaparición del escudero —, tuvo el gusto aquel día de verlas completamente disipadas.

Nada, en efecto, hacia increíbles las explicaciones dadas por Lotario, según las órdenes de Amaury. En aquellos tiempos los votos y las romerías eran asaz comunes, y a todos los moradores del castillo debió parecerles cosa tan natural como laudable, que el religioso anciano — a quien inspiró el cielo la feliz idea de confiar a los cuidados del peregrino la interesante vida que le estaba encomendada por su señor ausente— mostrase su reconocimiento justísimo, imponiéndose el sacrificio de pasar algunos meses haciendo la vida de ermitaño.

Al tener Berta conocimiento de tan patético relato, se enterneció hasta el punto de derramar lágrimas, y —con aplauso de todos sus servidores, incluso la dueña— hizo al viejo magnífico regalo, que él no se atrevió a rechazar; pero que

no pudo recibir sin que le temblaran las manos y se le enrojeciese la frente.

Nadie, sin embargo, fijó la atención en ello. La gente toda, sólo se ocupaba entonces en preparar festejos con que solemnizar la feliz vuelta del cruzado.

VII

REGRESO DE AMAURY A SU CASTILLO

Ondea la bandera de los barones de Joux sobre el más alto torreón de la antigua fortaleza; el puente levadizo está echado; y tropas de labriegos y de jóvenes aldeanas acuden de todos lados, llevando ramilletes y recentales, adornados con cintas de colores.

Es, sin embargo, bastante triste la tarde que está espirando: el viento del Jura zumba por los valles de la *Cluse*; la noche se anuncia lóbrega y destemplada; pero todo en el castillo presenta un aspecto de fiesta. Sus ventanas, altas y estrechas, dejan escapar —al través de sus vidrios verdosos— los tornasolados reflejos de las lámparas que alumbran lo interior; y por los patios y galerías circulan aún anchas calderas, con restos de la abundante comida que acababa de servirse a los señores, y de la cual van a participar los sirvientes.

El motivo de aquella desusada animación es fácil de adivinar. El barón Amaury ha llegado algunas horas antes a su señorial domicilio. Todos los nobles de la cercanía, excepto Montfaucon, han sido invitados por la baronesa para asistir al banquete con que celebra el feliz retorno de su esposo, y en el salón —vestido de ricos tapices— en que acaba de verificarse, resaltan entre los caballeros algunas hermosas damas, ostentando brillantes atavíos; sin lograr, no obstante, competir con la joven señora del castillo, quien —aunque vestida sencillamente y aun no bien repuesta de los estragos de su antigua dolencia,— las eclipsa a todas con sus celestiales gracias.

Amaury ha sustituido su traje guerrero con otro de riquísima púrpura, ondulando en torno de su aventajado talle ancho manto festoneado de armiño.

Gallardo está, por cierto, el noble recién llegado, pero se advierte en su semblante indefinible expresión, que no parece la más propia de aquellos faustos momentos; sin que pueda decirse, por eso, que indica claramente tristeza, enojo

o contrariedad mal sobrellevada. ¡Cosa extraña! Aquel rostro, al expresar la satisfacción del alma, le presta un no sé qué de violento y tenebroso.

Durante dos horas se entretuvo la distinguida reunión oyendo a algunos trovadores cantar las proezas y malandanzas de los cruzados; pero el barón de Luneville —que era uno de los que habían acudido a festejar la vuelta de su yerno, en compañía de su hermana Eleonora,— dio la señal de la partida, haciendo observar lo muy entrada y oscura que estaba ya la noche, y la conveniencia de emprender cuanto antes la marcha a sus respectivas moradas; algunas de las cuales —entre ellas la suya— se hallaban a considerable distancia.

Amaury no pudo menos de recordar entonces que el camino que tenía que andar su amado padre político, era peligroso a tales horas por sus escabrosidades frecuentes; que el buen señor se hallaba, además, algo achacoso, y que su respetable hermana adolecía de escasísima vista. Juzgó, por tanto, necesario aumentar con una parte de los servidores del castillo de Joux la escasa comitiva de que se habían hecho acompañar, y ¿un se empeñó galantemente en que la dueña Ronsard fuese sirviendo a la dama Eleonora, hasta dejarla al día siguiente tranquila y descansada en su casa.

La hermana del barón de Luneville quiso negarse en vano a este último obsequio, alegando no ser justo se alejase de Berta —delicada aún de salud— la incomparable asistenta, a cuyos cuidados se encontraba habituada. El barón allanó esta dificultad, diciendo —con una sonrisa que quiso parecer dulce y graciosa— que su querida consorte llevaría su amabilidad hasta el punto de aceptar sus buenos oficios de enfermero, en vez de los de la dueña, sin quejarse de perder mucho en el cambio.

Berta, al escucharlo, se sonrojó un tanto, poniéndose más bella con esto; y algunos de los circunstantes —admirándola— felicitaron al barón por la dicha que debía al cielo, poseyendo una mujer verdaderamente incomparable.

Amaury les apretó las manos, exclamando con casi febril exaltación:

—¡Ah! Decís bien, *sires*; soy el mortal más feliz de la tierra.

¿Por qué tembló Berta oyendo estas lisonjeras palabras? Ella misma no podría explicarlo; pues —según ha dicho un pensador eminente — *el corazón tiene sus razones, que la razón no comprende*.

Seis criados del de Joux montaron a caballo a la primera orden de su amo,

para acompañar al señor de Luneville, y Alicia — mal su grado— hubo de escoltar también a la respetable Eleonora; no sin besar antes por dos veces, con ternura verdaderamente maternal, la blanca frente de la baronesa; quien, por su parte, no pudo verla partir sin sentirse más conmovida de lo que al parecer merecía el caso.

Algunos minutos después quedaron solos los moradores del castillo, abandonado sucesivamente por cuantos asistieron al banquete. Se levantó el puente, se cerraron las puertas, se extinguieron una a una las innumerables luces, y el lóbrego edificio recobró toda su gravedad sombría.

No tardaron en recogerse también los sirvientes, dóciles al mandato del barón, y entonces vio Berta entrar en su estancia— en la que sólo la acompañaban su marido y una de sus camareras, la cual comenzaba a despojarla de sus galas, —a uno de los nuevos escuderos de Amaury, ostentando en las manos primorosa caja de mosaicos, que depositó— a una señal de aquél —en el tocador mismo de la joven esposa.

—Perdonad, querida mía, la dijo entonces el barón; había olvidado haceros presente un bello regalo que os traigo de Palestina, y —aun a riesgo de molestaros en tal instante,— se lo mandé entrar a mi escudero.

Lotario se acercó también a recibir órdenes, que le comunicó en voz baja el barón, saliendo a su encuentro hasta la puerta de la estancia.

Luego criados y camarera obtuvieron permiso de retirarse, y los dos esposos quedaron, por fin, completamente solos.

Mientras Amaury cerraba por sí mismo la puerta de la estancia, Berta se aproximó a la única ventana que permanecía abierta, y levantando sus ojos — humedecidos por una lágrima— a la oscura bóveda del firmamento, donde apenas aparecía como medrosa alguna estrella solitaria, dirigió a Montfaucon el mismo tierno suspiro, el mismo melancólico adiós, que —según lo convenido— le enviaba todas las noches hacia ocho meses, y que era la única comunicación que existía entre ellos desde la memorable noche de su solemne entrevista. Tampoco olvidó la baronesa rogar al cielo que los sacase en breve de la tierra, para reunirlos en las moradas de la eterna dicha.

Terminando su oración, sintió que se le acercaba su marido, —volviéndose hacia él— le pareció tan extraordinaria la expresión de su mirada, que desvió la suya con involuntario gesto de pavora.

—¡Berta de Luneville! Pronunció Amaury con voz profunda, no mostréis esa repugnancia que os causa mi presencia, pues hartó la comprendo, y quiero en adelante ahorrárosela.

Berta, trémula, quiso en balde articular alguna frase; el acento se ahogó en su garganta, y se dejó caer en un sillón, sintiendo que sus rodillas la flaqueaban.

—¿Por qué ese miedo? Dijo el barón con sonrisa satánica; no he entrado aquí a reclamar derechos que os pesan demasiado, y que no habéis sabido respetar; vengo, al contrario, a despedirme de vos, dejándoos un recuerdo, un recuerdo digno de la felicidad que os he debido, una reliquia de gran valor para vos, y que está contenida en esa caja que me agradecería veros abrir por vuestra propia mano.

La baronesa, fijó los espantados ojos en el semblante de su interlocutor, sólo acertó a pronunciar balbuciente:

—Explicaos, señor, pues no alcanzo a comprenderos.

—Pues bien, dijo él, voy a expresarme con claridad completa: sabed que estoy aquí para cumplir vuestros más secretos y ardientes votos. Os separáis para siempre del esposo a quien aborrecéis, y vais a tener a la vista las adoradas facciones del feliz amante por quien lo habéis deshonrado. Hace algunos meses que en una noche de amor y de delirio, maldijisteis, sin duda, el vínculo que os unía con Amaury de Joux; ¡pues bien! En esta otra noche de odio y de expiación, quiero que bendigáis —a los pies de Amaury de Joux— el lazo precioso con que os va a unir a Aimer de Montfaucon.

Al acabar estas palabras, se llegó a la mesa sobre la cual había depositado su escudero la preciosa caja de mosaicos, y añadió — al abrirla con convulsa mano: — Toda vez que no os apresuráis, como esperaba, a poneros en posesión de mi valioso regalo de tierna despedida, tendré yo mismo la satisfacción de presentároslo. —¡Aquí está! Prosiguió, sacando asida por la hermosa melena la sangrienta cabeza del desdichado Aimer; ya es vuestroya no volveréis a separaros de él. Sobre vuestro pecho, que guarda su imagen, le envío por mi propia mano.

Berta no hizo un gesto, no lanzó un gemido: cual si la hiriese súbitamente un rayo, cayó desplomada en tierra; rodando con ella sobre el pavimento la ya helada cabeza de su amante, que el bárbaro marido le había arrojado con horrible carcajada de triunfo.

VIII

EL FANTASMA

El día que siguió a aquella noche espantosa, no se hablaba en castillos y chozas sino de dos sucesos igualmente imprevistos y desagradables, que excitaban general interés.

El joven barón Aimer de Montfaucon había desaparecido nuevamente de su feudal morada, según aconteciera dos años antes, y —lo mismo que entonces— se practicaban por sus deudos inútiles indagaciones para descubrir su paradero. Suponían unos que —conservando el antiguo novio de Berta restos dolorosos de su malogrado amor— quiso huir de la comarca al saberse en ella la próxima llegada de su rival venturoso, por ahorrarse el tormento de tenerle cercano; mas eran en mayor número los que —menos propensos a creer en amorosas constancias —sólo daban por explicación de tan repentina y misteriosa ausencia, el aventurero carácter que se había desarrollado en el joven, y que tan frecuentemente lo impulsaba a emprender, de una manera súbita y extraña, lejanas y secretas expediciones.

Lo que llamó sobre todo la atención, fue la coincidencia de aquel suceso con otro casi simultáneo, y también propio para conmover al país. La bella y simpática baronesa de Joux, cuya salud parecía últimamente tan mejorada, había tenido profunda y repentina recaída; porque —según dictamen facultativo— proviniendo su mal de orgánica afección al corazón, el exceso de su regocijo por la vuelta feliz de su marido, le había sido peligroso, y aun podría decirse funesto; pues se abrigan serios temores respecto a su existencia.

En efecto, se supo enseguida que no pertenecía ya al número de los vivientes terrenales aquella peregrina beldad, por todos admirada y querida; siendo tan rápida su muerte, —que la dueña Ronsard —cuando regresó del castillo de

Luneville, en compañía del viejo barón, al primer anuncio que velozmente les llegó del nuevo accidente sobrevenido a la joven; —la dueña Alicia, repetimos, aunque apenas descansara algunas horas bajo el techo de su antigua residencia, encontró ya, cuando volvió a la fortaleza de Joux, encerrado en luctuoso ataúd el peregrino cuerpo de su amada señora.

Ni ella ni el padre de la difunta tuvieron siquiera el amargo consuelo de contemplar, aunque desfiguradas por la Parca, aquellas celestiales facciones. El cerrado féretro —cuya llave guardaba como un tesoro el afligido viudo— no se abrió para nadie; como si en su adusto dolor juzgase Amaury profanación impía toda curiosidad o interés que intentase exponer a la luz del día los míseros despojos que dejara la muerte, después de arrebatarse al bello ser que hiciera sus delicias.

El anciano barón, afectado hondamente con la irreparable pérdida de su única hija, tornó a su casa enfermo y abatido, disculpando los extremos más singulares del pesar de su yerno; y la pobre Alicia —alelada por el súbito golpe— apenas se apercibió de nada de cuanto a sus inmediaciones ocurría.

Fueron celebradas suntuosas exequias en la capilla del castillo de Joux, asistiendo los nobles de los alrededores, y Berta descendió al panteón de la ilustre familia de su esposo entre gemidos de general sentimiento.

Alicia, empero, al comenzar a darse cuenta a sí misma de aquella gran desgracia, encontró afortunadamente un consuelo eficacísimo, capaz de hacérsela sobrellevar con resignación perfecta. El desaparecimiento de Aimer —al mismo tiempo de recaer la baronesa y sucumbir al mal de que él la había salvado meses antes, —pareció a la buena mujer providencial coincidencia; que traducía del modo siguiente a algunos buenos amigos que tenía entre la gente del pueblo.

—No sé cómo ha sucedido, pero abrigo certeza de que el joven Montfaucon ha pasado también a mejor vida. Dios, en su inmensa bondad, cumplió los votos de dos almas amantes, que sólo anhelaban partir juntas y brevemente al cielo.

Y aquella idea de que eran ya felices en reunión eterna los dos seres que tanto por ello suspiraran, servía también de íntima complacencia a la Ronsard, aligerando en gran manera el peso de su dolor durante los primeros momentos.

Aconteció, sin embargo, que pocos días más tarde se operó en su espíritu cambio

notabilísimo, y comenzaron a circular entre los sirvientes del castillo —y aun entre los labriegos de las cercanías— muy extraños rumores.

Se decía que la dueña había oído salir tristísimos lamentos de los subterráneos del castillo, en los cuales no se sabía existiese entonces ningún preso, y que cuando —deseosa de conocer su procedencia— intentó una noche, en que se hallaban ausentes el barón y Lotario, penetrar dentro de aquellos acompañada de otros criados, vieron ella y ellos aparecer delante de una puerta —cerrada con llave, y perteneciente al calabozo del cual partían los lamentos— el más horrible y pavoroso fantasma... Un hombre sin cabeza, que— señalando aquel calabozo con la lívida mano —había hecho salir de su sangriento cuello, en inarticuladas voces, estas singulares palabras:

*Príez, vasseaux, priéz a deux geneux,
Priez Dieu potur Berthe de Joux*^[33].

De día en día tomaban incremento aquellos extraordinarios rumores, llegando a asegurarse que Alicia estaba íntimamente convencida de que su señora no había muerto, sino que se encontraba encerrada por su esposo en aquella lóbrega mazmorra, a la cual cada noche bajaba el viejo Lotario para llevarle alimento.

Estas voces populares, o no llegaron al castillo de Luneville, o fueron despreciadas como absurdas; pero los vasallos de Joux les prestaron tanto crédito, que —cumpliendo religiosamente las órdenes del fantasma— hicieron durante algunas semanas piadosas rogativas por la desgraciada baronesa; no cesando en ellas hasta el día en que les comunicó la Ronsard una consoladora noticia. Habían cesado de oírse los lamentos subterráneos: no aparecía ya por aquellas profundidades sombrías la horrenda visión del hombre decapitado; de lo cual infería ella, con entera confianza, que las almas de Berta y Montfaucon se habían, por fin, reunido en el cielo.

Notas

[1] Se publicó esta obra en Madrid por los años de 1845 0 46. Se reimprimió poco después en la Habana y en Nueva York, y ha sido posteriormente retocada por la autora. <<

[2] La autora alude a su hermano D. Manuel, que, habiendo viajado largo tiempo por casi toda la Europa, le proporcionó —con apuntaciones curiosas— los argumentos de algunas de las leyendas que contiene este tomo. <<

[3] Creemos que nuestros ilustrados lectores no ignorarán que las *avalanches*, fenómeno el más terrible y extraordinario de los que presenta la naturaleza en los Alpes, consisten en la precipitación de enormes masas de nieve o de lodo, que — con un ruido semejante al trueno— se desprenden y ruedan desde las montañas a los valles, arrastrando cuanto se opone a su paso, y causando a veces grandísimos daños. En nuestros Pirineos, donde también se experimentan — aunque con menos violencia y estragos— se llaman *aludes*. <<

[4] En Suiza se da el nombre de *alpaje* o *alpe* a la extensión de terreno de pasto que es propiedad de alguno, y se llama *sennte* el número de vacas que se alimentan de él. El valor de un *alpaje* varía según su extensión y calidad de su pasto. <<

[5] El ducado de oro de Berna equivale a poco más de 11 francos y medio de Francia. <<

[6] Cada pieza de oro de 32 *franken* vale, en el cambio con la moneda francesa, 17 francos y 12 céntimos. Es decir, nueve duros españoles próximamente. <<

^[7] *Blumlisalp* significa *montaña florida* o *florecente*. <<

[8] Esta anécdota, tomada de su novela *Guatimozin*, es lo único que la autora ha querido conservar de dicha obra, suprimida de la presente Colección a causa de no haberle permitido su falta de salud revisarla y corregirla, según juzgó necesario. <<

^[9] Carta tercera de Hernán Cortes al Rey. <<

[10] Hablando de la supuesta conjuración dirigida por Guatimozin, se expresa del modo siguiente Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de aquellos sucesos: «y se dijo que el gran cacique de Méjico y su pariente el de Tacuba, que iban con nosotros, habían puesto en plática matarnos y volverse a Méjico a juntar sus grandes poderes», etc., etc. «El Guatemuz dijo (añade dicho historiador) que no sabía nada de aquel concierto, y que nunca tuvo pensamiento de él; y declaró el de Tacuba que entre él y Guatemuz habían dicho que más valía morir de una vez, que cada día en aquel camino, viendo la gran hambre que pasaban; y sin haber pruebas los condenó Cortés». Más adelante dice: «Y fue la muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a muchos de los que aquella jornada hacíamos». <<

[11] Los españoles llamaban caciques a los reyes tributarios del emperador de Méjico, y aun a este mismo; pero cacique es una voz de la lengua haitiana, que significaba *Señor*; en la mejicana su equivalente es *Tlatoani*, título que se daba a los príncipes. <<

[12] Los mejicanos solían llamar así a Cortés. La traducción literal de esta palabra no nos es conocida. Parece, sin embargo, que el título de *Malinche* equivalía al de general en jefe o caudillo superior. <<

[13] El último emperador de Méjico juntaba en sus venas la sangre de los aztecas con la de sus antiguos enemigos los valientes fundadores del reino de Atzcapuzalco, que fue durante mucho tiempo el más poderoso e ilustre de todos los del Anahuac. <<

[14] Acamapit fue el primer rey Azteca. <<

[15] Hemos dicho antes que Tlatoani significaba *señor* o *príncipe*; al emperador se lo decía *Hueitlatoani*, que es *gran señor* o *príncipe supremo*. <<

[16] Meztli era la deidad que presidia a la noche; la Diana mejicana. <<

[17] La *jaba* es una especie de cesto tejido de las hojas del yarey, y que suelen llevar los mendigos para recoger las limosnas. <<

[18] El territorio llamado por los españoles *nuevo reino de Granada* estaba dividido a su llegada en dos monarquías, independientes la una de la otra, siendo una de ellas la de Tunja. Ambas —debilitadas por intensas disensiones— resistieron poco a las armas españolas; gracias a lo cual, al posesionarse pacíficamente del país los conquistadores, dejaron —por algún tiempo al menos — parte de los dominios que poseían a los reyes y príncipes indígenas. <<

[19] Nuestros ilustrados lectores conocen, sin duda, al Artagnan frances, que tanto figura en una de las más populares novelas del célebre Alejandro Dumas, padre. <<

[20] Palabras textuales de la crónica. <<

[21] Palabras textuales, según el cronista Tresle. <<

[22] Palabras de la crónica. <<

[23] La primera impresión de esta obra fue hecha en Madrid hacia el año de 1844.

<<

[24] El segundo concilio de San Juan de Letran, celebrado en 1139 prohibía, bajo pena de excomunión, los torneos. <<

[25] Un concilio celebrado en Rouen, en tiempo de Urbano II, declaró digno de excomunión a cualquier hombre, príncipe o vasallo, que usase largo el cabello.

<<

[26] Según la explicación consignada en una obra francesa titulada *Biblioteca de romana*, la prenda amor sin fin era la cintura virginal, que las damas se desceñían para darla a aquel a quien escogían para marido. Cuando una doncella otorgaba esta prenda, se consideraba ya como desposada, y rara vez era diferido el matrimonio después de tal empeño. <<

[27] Los nobles que morían sin sucesión, bajaban a la sepultura con las prendas Indicadas por Lotario. <<

[28] *Sirventes* era el nombre particular que daban los trovadores a las piezas que componían, teniendo por objeto a los cruzados. <<

[29] El hecho que refiere el peregrino está consignado en el primer tomo de la obra titulada *Essais de Montaignes* <<

[30] En castellano, *halcón*. <<

[31] Mi halcón. <<

[32] Según el abad Papou, en su Historia de Provenza, los parlamentos o cursos de Amor eran unas asambleas de caballeros y damas, en las cuales se ventilaban seriamente cuestiones del corazón; siendo una de las singularidades de dichos parlamentos el componerse de aves; pues los barones tomaban nombres de halcón, buitre, águila, etc., y los hombres de iglesia escogían comúnmente los de jilguero, ruiñor y otros análogos.

Para dar idea de los asuntos discutidos en aquellas Cortes, que alcanzaban en su época no pequeña importancia, vamos a exponer al lector dos de los más curiosos:

«Un novio es tan celoso, que imagina hallar en cada hombre un rival, y no sosiega nunca por el miedo de perder el corazón de su amada. Otro está tan confiado en el cariño y la lealtad de la suya, que no echa de ver ni aun las cosas que pudieran justamente inquietarle. Se pregunta, ¿cuál de los dos aprecia más y ama mejor a su novia».

«Cierta dama ha tenido dos amantes de igual mérito. La primera era tan recatada y altiva, que se le resistió largo tiempo, aunque al cabo le rindió su albedrío. La segunda se apasionó desde el principio con tal vehemencia, que — sin hacerle esperar mucho— le hizo dichoso. Ahora bien, ¿a cuál de ellas debe mayor gratitud?». <<

[33] Rogad, vasallos, rogad de rodillas por la desgraciada Berta de Joux. <<